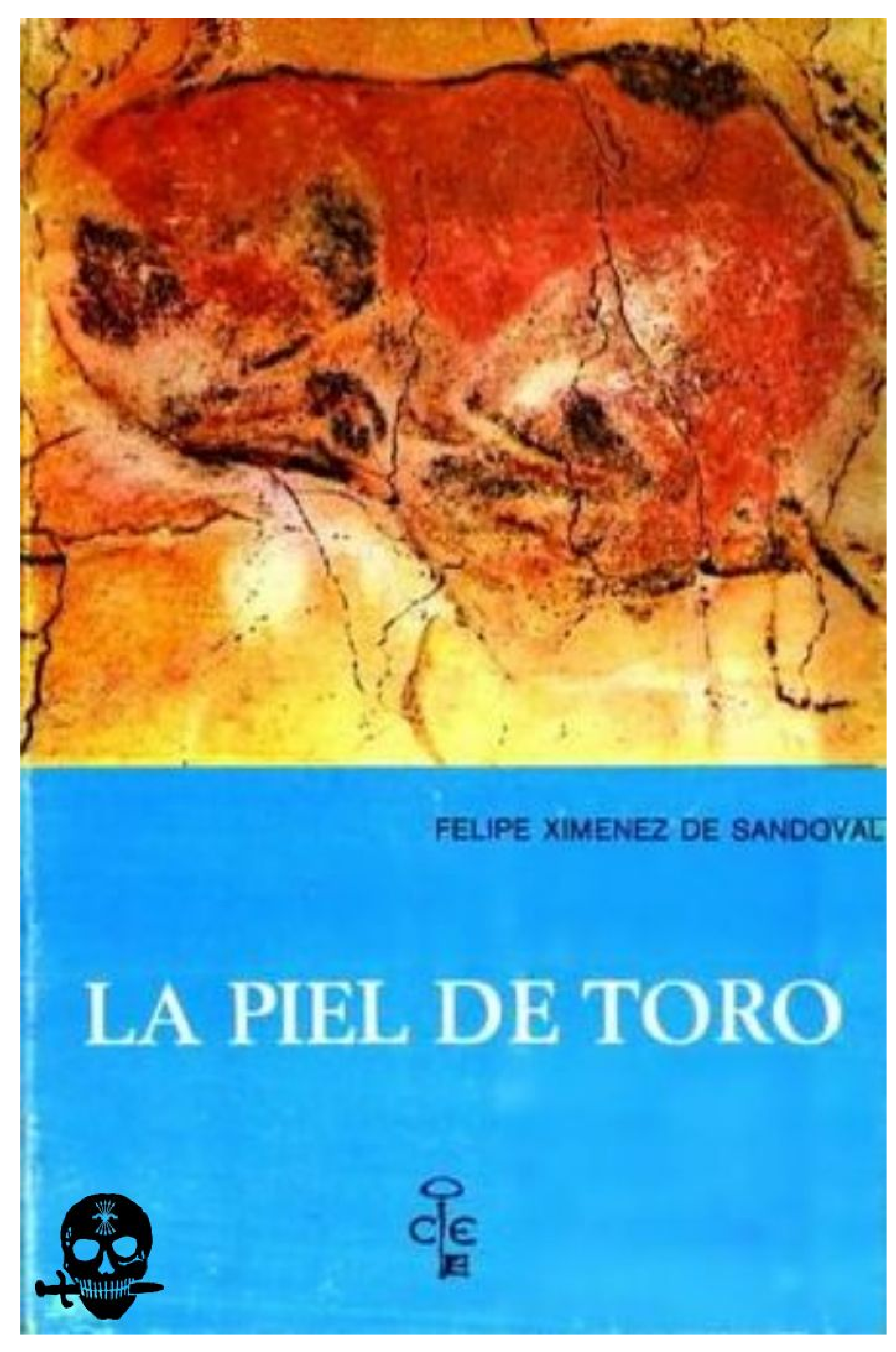
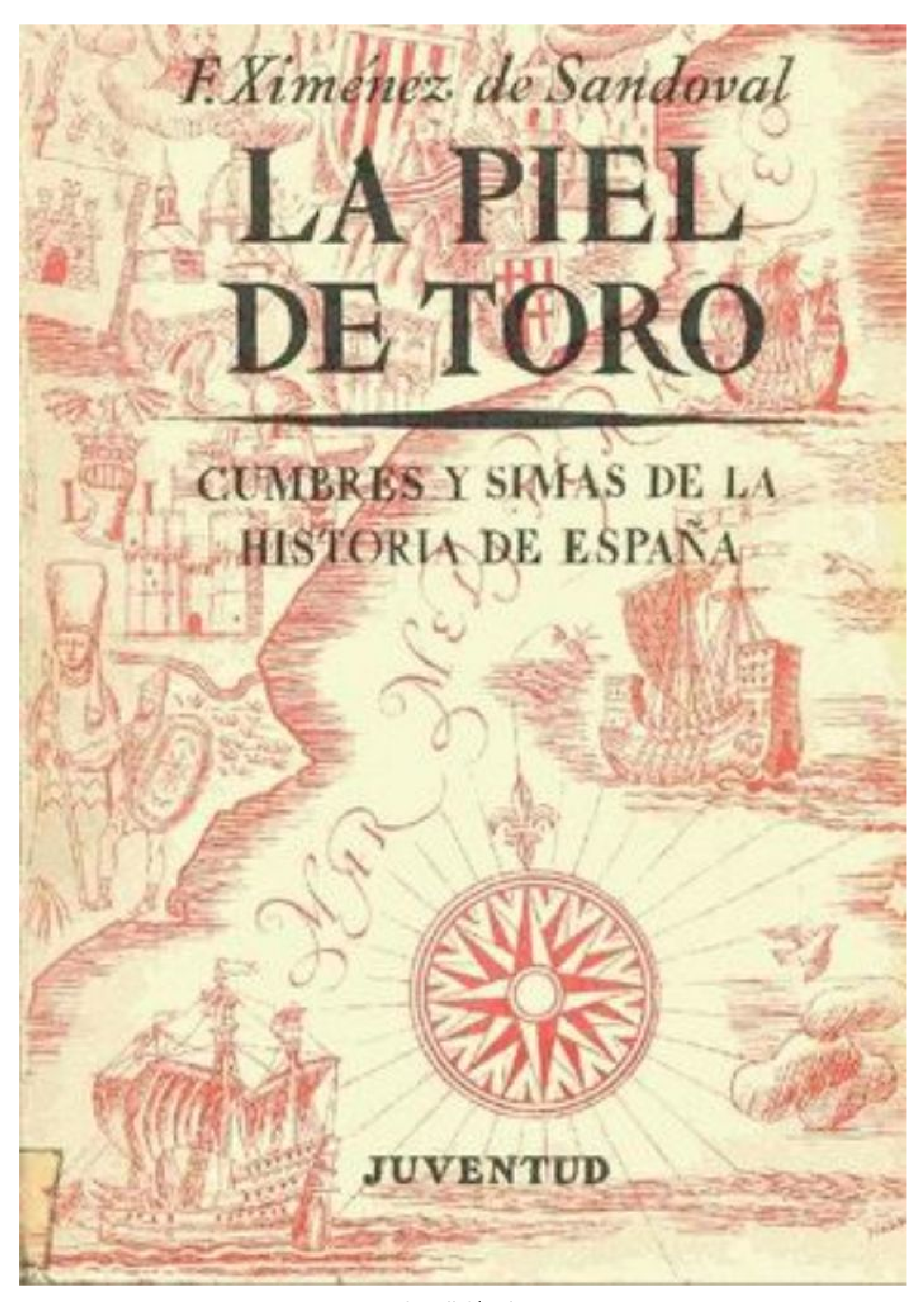

FELIPE XIMENEZ DE SANDOVAL
LA PIEL DE TORO



Portada edición de 1950

PORTADA: Pinturas rupestres de las Cuevas de Altamira. (Santillana del Mar. Santander.)



Cuadro de «Las Lanzas», de Velázquez. (Museo del Prado. Madrid.)

FELIPE XIMENEZ DE SANDOVAL

LA PIEL DE TORO

CUMBRES Y SIMAS DE LA HISTORIA DE ESPAÑA

Tercera edición, corregida y aumentada

PUBLICACIONES ESPAÑOLAS

AVENIDA DEL GENERALÍSIMO, 39

MADRID, 1968

Digitalizado por Triplecruz

CLAVES DE ESPAÑA

1. EL ESCORIAL EN LAS LETRAS ESPAÑOLAS **Saturnino Alvarez Turienzo, O. S. A.**
2. DE LA EDAD MEDIA AL SIGLO DE ORO **Manuel Criado de Val.**
3. THE SPANISH HERITAGE IN THE UNITED STATES **Darío Fernández Flórez.**
4. CIEN LIBROS BÁSICOS SOBRE LA GUERRA DE ESPAÑA **Ricardo de la Cierva y de Hoces.**
5. ESPÍRITU Y MILICIA EN LA ESPAÑA MEDIEVAL **José María Gárate Córdoba.**
6. LA PIEL DE TORO

Felipe Ximénez de Sandoval.

Imprenta del Ministerio de Información y Turismo

Avenida del Generalísimo, 39. Madrid

Editor: Publicaciones Españolas

Depósito legal: M. 10.352 - 1968

Í N D I C E

Capítulos

Páginas

I. LA PIEL DE TORO 6
II. EL HOMBRE DE ALTAMIRA 8
III. CAMPO SIN PUERTAS 13
IV. LA PRIMERA EPOPEYA....15
V. VIRIATO, JEFE NACIONAL 17
VI. PAZ DE LAS ÁGUILAS ROMANAS 22
VIL. CRISTO EN IBERIA....27
VIII. LAS ÁGUILAS LEVANTAN EL VUELO 32
IX. EL ÁSPERO CAMINO DE LA UNIDAD....34
X. RECAREDO, REY DE ESPAÑA 36
XI. NO POR EL AMOR DE FLORINDA 38
XII. LAS PEÑAS DE COVADONGA 40
XIII. MOROS Y CRISTIANOS 44
XIV. EL AÑO MIL....46
XV. EL CID CAMPEADOR 49
XVI. EL PRIMER SUEÑO IMPERIAL....51
XVII. JAIME EL CONQUISTADOR Y SAN FERNANDO O EL GRAN MANO A MANO DEL SIGLO XIII....56
XVIII. REY, TROVADOR Y SABIO 59
XIX. RÍOS HACIA LA MAR....62
XX. GLORIA Y TRAGEDIA DEL PRIMER VALIDO....66
XXI. LAS CORTES 69
XXII. LAS FLORES DE ARAGÓN....78
XXIII. LA UNIDAD NACIONAL 81
XXIV. EL IMPERIO NO SOÑADO....84
XXV. AZARES MATRIMONIALES....90
XXVI. LA REINA LOCA Y LOS REGENTES CUERDOS....93
XXVII. CARLOS I DE ESPAÑA Y LAS COMUNIDADES DE CASTILLA 99
XXIX. CARLOS V, CESAR DE EUROPA 111
XXX. LA MAJESTAD DE EL ESCORIAL 115
XXXI. EL INGENIOSO HIDALGO 122
XXXII. EL SIGLO DE ORO 130
XXXIII. ESPAÑA HECHIZADA....136
XXXIV. PELUCAS BLANCAS, MINUÉS, JUEGOS DE FUENTES....142
XXXV. GOYESCAS....151
XXXVI. EL REY DESEADO Y EL IMPERIO PERDIDO....159
XXXVII. OPERETA, TRAGEDIA Y SAÍNETE....163
XXXVIII. LA VUELTA DE LA MONARQUÍA....171
XXXIX. EL FRACASO DE QUINCE SIGLOS DE HISTORIA....177
XL. LA GUERRA DE ESPAÑA....191
XLI. LA DIFÍCIL POSGUERRA....194
EPÍLOGO LOS AÑOS DE LA PAZ 201
ÍNDICE DE ILUSTRACIONES....212

I. LA PIEL DE TORO

Ahí está. El capricho fatal de las conmociones de la tierra en hervor para buscar su perfil definitivo dio la forma de una piel de toro, extendida sobre las verdiazules aguas de tres mares, a esta Península occidental donde hemos nacido, donde vivimos y donde soñamos morir, para hacernos carne de su tierra, por los siglos de los siglos. Ahí está: clavada en los grados y minutos de los paralelos y meridianos con que han cuadriculado el mundo los geólogos y geógrafos; tendida al sol, casi africano, sobre el blanco Mediterráneo de las playas doradas y las velas latinas, lago de la cultura y camino de Oriente; enfilada sobre el Atlántico misterioso, rugidor y atractivo mar de aventuras inéditas y de glorias inverosímiles; inquieta sobre el hosco Cantábrico de nieblas y vientos del Norte. No son solamente esos tres mares horizontales los que limitan y configuran a Iberia. Otro mar vertical y pétreo —los Pirineos— aisla a la Península del resto de un continente del que forma parte y la empuja hacia otro, del que la separa un accidente geológico que el mito quiso hacer hazaña de semidioses. El nacimiento del Estrecho —rudo mazazo de Hércules para encontrar un paso al país de los Atlantes— no logró más que sembrar para las centurias lejanas esta tremenda inquietud de los ibéricos, de no saberse exactamente europeos o africanos. La flecha de Gibraltar, que busca el latido del corazón de África, y el dardo de Ceuta dirigido hacia Europa, son como los dos bordes de una herida sin cicatrizar, en los que se presiente la misma sangre y la misma fiebre.

Este Estrecho, mucho más fácil de franquear que la barrera pirenaica, habrá de decidir algún día esa duda de siglos. A un lado y otro de él, idénticas pitas y chumberas bajo el mismo cielo que Hércules no pudo dividir; idénticos ojos negros; ¡guales rostros morenos; exacto acento y nostalgia en sus cantares; el mismo gusto de la blancura en la cal y en el azúcar, del color vivo en el azulejo y en el alicatado; el mismo saborear la molicie a la sombra o al sol; la misma fe tremenda en el Dios Todopoderoso, por quien se combate hasta morir; el mismo ardor para la guerra; el mismo sentimiento, trágicamente estoico, para la filosofía y la totalidad de la vida; la misma artesanía brillante y colorista; el mismo tipo de mercado policromo; los mismos corros en torno del juglar o el romancero; el mismo desprecio a la muerte.

Al otro lado del murallón pirenaico —en cambio— todo parece distinto y distante: la luz, la flora, el arte, el acento, el concepto de la vida y de la muerte, la sensualidad. Con menosprecio para Iberia, los pueblos transpirenaicos, orgullosos de una manera de ser europeísima y de un sentido colonial del Imperio, lanzaron una frase ingeniosa que recogía una evidencia geopolítica y la afirmaba para porvenires que aun vela la Historia: «África empieza en los Pirineos.» ¡Ya lo estaban diciendo los siglos en que la ibérica piel de toro se curtía y tostaba al sol del mediodía! No era menester la sutil filosofía de los cenáculos elegantes y prerrevolucionarios para sentar tal axioma. Lo decían a gritos ambos bordes de la cuchillada azul del Estrecho. África empieza en los Pirineos. Iberia es la cabeza, el cerebro, los ojos de África. África empieza —no acaba— en los Pirineos. Constante geográfica e invariante geológica, la razón política debería hacerlo norma en un momento crucial de la vida de la colectividad ibérica sobre la ancha piel de toro extendida en los mares. El momento en que un corazón de mujer que va a dejar de latir dicta un testamento genial e inigualado. ¡África, África!... Desde Medina del Campo se piensa en otra Medina. Medina de la Cruz y Medina de la Media Luna. ¡África, África!… Los galeones traen oro, plata y esmeraldas de un continente recién nacido. Los arcabuceros y piqueros de Iberia pisan ya Italia y ya presienten Flandes. Todavía hay dinastías ibéricas en Atenas y Neopatria, creadas por los broncos almogávares en vientres de doncellas griegas. Ya ha nacido el César que corretea en Gante, europeo e ibérico, hombre futuro del más alto Destino. Pero la Reina abuela —la gran abuela de Iberia— ni piensa ni presiente, ni intuye ni adivina más que el aforismo geopolítico que algún escéptico lanzará al mundo en son de burla: «África empieza en los Pirineos...» Pero también en ellos empieza —y el ironista lo olvidó— América.

¿Cómo es esta Península en forma de piel de toro? Es una y varia, como una síntesis de la creación. Altas montañas vertebran las anchas llanuras. Por las hondonadas de los valles corren las aguas de las arterias fluviales, aun sucias de la erosión de las tierras no hechas definitivamente

todavía. Un cerco tenaz de cordilleras aprieta la meseta central, amplia y de vastos horizontes. Montes y cerros, más que ríos y arroyos. Terrenos ásperos de violentos tonos y duros climas en el cogollo de Iberia. No importa que, en las orillas de los tres mares, el húmedo aliento salino haga sonreír el paisaje cantábrico o mediterráneo ni que el chopo y el avellano, el naranjo y el olivo festoneen las playas del Norte y de Levante. No importa que el maíz y el castaño, perfilando la costa —el abeto y el pino alpino más arriba en los montes—, den plácido aspecto europeo a las regiones norteñas, y el almendro y el (imón con la pita, el chumbo y la palmera alegren de formas orientales las tierras que mojan sus pies de oro en la salada turquesa del mar Mediterráneo. No importan los vergeles y las huertas, los jardines de arrayán y surtidores, los arrozales con los patos salvajes y los bosques nórdicos de brumas sutiles y leyendas poéticas. No importan los ángulos feraces y las laderas pródigas. No importan para considerar a Iberia seca y dura, hosca y pelada, arisca y recia. Iberia es fundamentalmente la meseta, llena de luz y líneas horizontales, de color y de anchuras absolutas. Iberia es, en esencia —y ésa es su peculiaridad asombrosa—, el país del paisaje que no puede pintarse ni fotografiarse. Iberia no ha cabido ni cabe en un clisé de turista, en un lienzo de paisajista, un abanico o un biombo. Es alta y ancha, larga y profunda. Carece de adjetivos y de anécdota gratos para los ojos. La periferia lírica —el pino y el naranjo, el maizal y el almendro en flor cara a los mares— no son la pura Iberia parda y seca, amarilla y roja, de estepas y parameras, de ríos con más guijos que gotas, de montes con más jara y tomillo que árboles de sombra e industria. Iberia es tierra de arados y de bueyes cobrizos. De rebaños menores proletarios y sobrios —la cabra y la oveja, no la vaca barroca, suntuosa y ubérrima—. Agricultora y pastora —pan y queso—, antilírica y religiosa, épica y mística. Sobria y grave. Tensa y fuerte. Indescriptible, por suerte o por desgracia. Quien la ve no la puede decir a los demás que no la vieron. No la puede expresar siquiera quien más hondo la lleva en el alma. Por eso, el viajero anima a otros hablando de su encanto, sin definir ese encanto. Y por eso, de los lejanos confines vienen los ojos ávidos a contemplarla e intentar comprenderla y se quedan en ella adorándola o se apartan de ella aborreciéndola. Como Iberia lo es todo menos el término medio, soporta e inspira todo menos la indiferencia. Otros países de Europa pueden definir su paisaje: Francia es la tierra hecha campiña; Inglaterra, la tierra hecha pradera y —más tarde— agujeros de «golf»; Bélgica, la tierra hecha suburbio; Holanda, la tierra hecha jardín; Alemania, la tierra hecha ciencia; Suecia, la tierra hecha bosque; Rusia, la tierra hecha desolación esteparia. Iberia es solamente la tierra hecha tierra sin ficción ni artificio. Y son trozos de tierra que se ponen en pie, las aldeas y los molinos, los hombres y las bestias. Tierra sagrada unida a sí misma, compacta, firme y eterna. No hace falta hablar de la tierra cuando se habla del hombre, del héroe o del santo ibérico. No hace falta describir el fondo ante el que transcurre la vida mansa, la hazaña inmensa o el celestial deliquio. Detrás de la silueta de la tierra enteriza de Pedro Crespo, don Alonso Quijano, el Cid, Pizarro, Juan de la Cruz o Ignacio de Lo-yola, no puede haber más que esa tierra ibérica maravillosa y milagrosa, «sin anécdota y sin color local», que tenía que ser un Imperio. Iberia —encinares salmantinos y extremeños, llanura con chopos burgalesa, planicie manchega con vides pequeñas y molinos, chozas de arcilla, yermos— paridora de sueños infinitos a la sombra de las espadas y las cruces...

* * *

¿Qué ha pasado sobre esta piel de toro ibérica, extendida al sol hace miles y miles de años? Ha pasado la historia más varia y más dramática, más alta y más profunda de todas las historias de las parcelas del mundo. Han pasado —tintineantes los cascos de sus fuertes caballos— los hombres más geniales o más locos por Dios creados. Han pasado los alientos de cien civilizaciones que no han podido moldearla a su imagen y semejanza. Ha pasado el dolor, ha pasado la muerte, ha pasado la gloria, ha pasado la miseria. Han surgido de esa piel de toro los caballeros y los picaros, los santos y los guerreros más audaces, los más altos artistas y los más atrevidos navegantes... Verdaderamente ¿han pasado?... No. Están ahí, en ella. En la tierra hosca y dura. En el chozo de arcilla y en el otero, en el alfar y en el taller, en la universidad y en el barco pesquero. Cuando la Historia despierta de su letargo en Iberia una vez cada siglo, se advierte que esos hombres **no han pasado.** Los que fueron al morir a fundirse en la estirpe de la tierra, vuelven a resucitar en ella. Y la piel de toro —igual que hace cincuenta mil años —está ahí, bajo nuestros pies, que a veces vacilan en el rumbo porque los corazones han perdido de vista la verdad de sí mismos.

II. EL HOMBRE DE ALTAMIRA

Aquí y allí, cerca del bosquecillo donde se puede cazar con trampa el bisonte o el corzo; en la ribera del río en que se puede pescar algún pez; al pie de tal colina donde pueden pacer yerbas húmedas los rebaños de cabras; en las cuevas prodigiosamente naturales que los últimos plegamentos de la tierra han formado en las montañas y en las cuales es fácil abrigarse de las ventiscas y las lluvias o guarecerse de las hambrientas alimañas, se agrupan algunas tribus primitivas, ignorantes de todo todavía. Ignorantes —envidiable ignorancia tal vez— de ser hombres, «portadores de valores eternos». Ignorantes de estar hechos a imagen y semejanza de un Dios Omnipotente. Ignorantes de que dentro de su cabeza está la luz del futuro. Ignorantes de que aquellos gritos guturales que perezosamente se van articulando en sus gargantas serán, en el andar del tiempo, ese instrumento mágico que se llama lenguaje humano. Ignorantes de que esos miembros peludos y deformes que hay al final de sus brazos son ¡las manos!, es decir, el vehículo de las formas. Ignoran también lo que son el día y la noche, la tierra y el cielo. Ignoran que todo está virgen y fresco para ellos. Ignoran si tienen que empezar a descubrir. E ignoran que en el principio el descubrimiento es el verbo. Ignoran lo que es la vida y la muerte y la razón remota que los une al bosquecillo, a la ribera, a la colina o a la cueva. Aquellos seres desnudos, brutales e ingenuos ignoran hasta el instinto. Pero el instinto los domina sin saberlo, cómo cuarenta, ochenta o cien mil años después seguirá dominando a sus descendientes .., que también ignorarán el instinto, aunque hayan aprendido todo lo demás.

¿De dónde eran, de dónde vinieron a la piel de "oro aquellos hombres primitivos sin fuego ni verso, sin ropaje ni armas, sin idioma y sin Dios? ¿Cómo inventaron la llama y el ritmo, la tela y la flecha, el cántico y la lengua? Todas las explicaciones son terriblemente falsas, fabulosamente poéticas. El hombre es el misterio del hombre: el hombre primitivo —bestia perfeccionada— como el hombre actual, que a veces parece haber llegado al punto culminante de una evolución —perfección bestial— para emprender el regreso a la sombra del salvajismo. El cómo no se sabe, pero no puede negarse que la llama fue inventada. Se inventó la flecha y el hombre creó nada menos que el homicidio. Se inventó la tela —tan tosca, tan burda, tan áspera— y la mujer descubre el pudor y la coquetería. Se inventó el lenguaje y nacieron la mentira y la poesía, la calumnia y la plegaria, la súplica y la voz de mando. Se iniciaban —duramente, difícilmente— el poder y la fuerza, la ley y el derecho, a la vez que todas las transgresiones a todo ello. Nacían las virtudes y los vicios, inseparables compañeros del ser humano... Todo ello con una lentitud desesperante, sin que cada siglo avance más que una hora de nuestros cronómetros contemporáneos. Pero la Creación entonces parecía no tener prisa de modificarse. La inmensa pereza del bosque y la calma del mar bajo un sol —reluciente de nuevo— no acuciaban al hombre, que tranquilamente iba marcando su evolución de mamífero bípedo a rey del universo. Se desenroscan los milenios desde la noche más oscura del Hombre hasta ese preludio de civilización que decora con bisontes y toros negros y rojos las húmedas paredes de la cueva de Altamira.

¿Qué sabía este hombre, primer hermano intelectual de todos nosotros? ¿Qué creía? ¿Qué presentía? ¿Qué hablaba?... Uno de sus abuelos había encontrado en las montañas boscosas de su región norteña una piedra rojiza y dura, que atrajo su atención por el color. Frotada con otra y pulida, aquella piedra perdía su cascara y aparecía como una masa compacta y negruzca. Las viejas piedras, talladas en hachas, se quebraban al chocar con ella. Solamente el fuego —después de convertirla en una inmensa luciérnaga roja— la hacía blanda y dócil. El abuelo barbudo y cubierto de pieles, medita y observa —¡atención, está naciendo la Ciencia!—, deduce y se afana. Transcurren muchas ¡das y vueltas del Sol, de las lluvias y de los calores antes de que aquella sustancia llegue a ser un instrumento de **cobre.** Pero al fin un día, el viejo tenaz blande triunfal en su mano la lanza o el dardo que revolucionará la vida prehistórica... Otro de sus antepasados, ahondando la tierra con sus uñas terribles, ha encontrado una materia —todo es materia nada más entonces— negra, que tizna las manos y las piedras. La tribu gozosa —cada descubrimiento sencillo o complicado es un goce que articula un nuevo curioso sonido en las gargantas— asiste al raro espectáculo de ver nacer el dibujo

sobre las piedras. Rayas, curvas, esbozos de figuras, balbuceos de la perspectiva. ¡Cuánta sorpresa alegre! ¡Cuánto placer inédito!...



Ilustración 1. Un ciervo pintado en los muros de la caverna de Altamira (Santander)

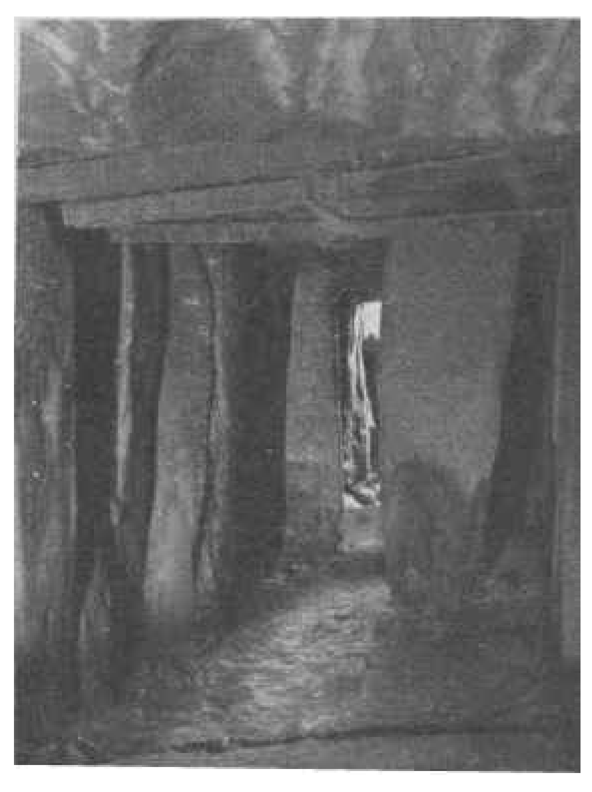


Ilustración 2. Iberos y celtas anclan en la Península y construyen sus dólmenes de piedra, como este «Dolmen del Soto», que se conserva en el término de Trigueros (Huelva)



Ilustración 3. Los celtíberos no son capaces de poner puertas al campo, siquiera sea para guardar a sus «damas de Elche», majestuosas y bellas...

El hombre de Altamira es aún adolescente y tiene los ojos ávidos. Le atormentan muchas más inquietudes que a sus hermanos de tribu. Va a la caza y a la labranza con desgana, sintiendo que otra misión —distinta que la gregaria de la tribu— le está encomendada por el Destino. Claro es que también desconoce lo que es misión y lo que es Destino; pero lo cierto es que, en la t¡-niebla de su espíritu, las dos ideas van tomando ser y estado. A veces, en el claro del bosque donde la trampa está dispuesta para cazar la alimaña, detiene su brazo armado de la corta lanza para admirar el esfuerzo musculoso de la bestia debatiéndose en el cepo. Otras, contempla a su hermano menor, ágil y valeroso, escorzado en flexible ritmo armónico para lanzar un guijarro con la honda, o a la hermana inclinada en el arroyo para adivinar en el espejo de las aguas su hermosura. ¡Ah, si él pudiera perpetuar la gracia de estos movimientos de alguna manera!... En la noche, algo le desazona y no le permite conciliar el sueño. Abandona las pieles y las yerbas secas, donde yacen los demás adolescentes con el sueño profundo de la fatiga física, y sale al campo silencioso de estrellas, que le bañan de plata la frente, orlándola de una brillante corona jerárquica que él no ve: el insomnio

angustiado del intelectual, mientras duermen los cazadores, los labriegos, los pulidores de piedra o de metal... El hombre de Altamira —el primer intelectual de la Península— sufre la congoja de su impotencia. Quiere hacer algo grande y distinto de lo que los demás hacen, pero no sabe qué es lo que ha de hacer. Cuando, mucho tiempo después, la voluntad de acción tome forma en el cerebro débil —dibujar, pintar, crear eso que todavía no se llama Arte—, nacerá una angustia nueva: sabido el **qué,** hay que buscar el **cómo.** Pero esto ya es más fácil, menos agobiante. Lo horrible es la génesis de la idea. Los medios de desarrollarla están ahí —sobre la piel de toro—, al alcance de la mano atrevida. Cuando se llega a poseer la conciencia de lo que hay que hacer se ha vencido la etapa más dolorosa de la creación. Saber cómo hay que hacerlo es cuestión de paciencia, de observación, de análisis, de estudio, de encadenamiento de la voluntad, de retorcimiento del puro instinto, de sacrificio del placer de lo improvisado, goce infinito de lo laborioso. El desarrollo de la idea es labor de acarreo y selección, de calma y de constancia, de ardimiento y de frialdad. La idea es fuego y hay que llevarla a cabo con fuego, sí, pero también con hielo para que su propio calor no la devore.

El hombre de Altamira ha envejecido madurando su idea. Han transcurrido muchas lunas antes de empezar a realizarla. Muchas risas salvajes de incomprensión —risas eternas— han perturbado sus hondas meditaciones. Muchas burlas han subrayado sus ensueños. Se le ha reprochado su desgana en las rudas tareas de la vida, su desvío por las toscas tareas artesanas, campesinas o cinegéticas. La mujer que se le ha dado para perpetuar la sangre no le comprende y le pide más piezas para asar, más granos para machacar, más pieles para vestir a los hijos, más dientes y huesos para sus preseas a lucir en las fiestas del plenilunio.

Con el hombre de Altamira ha surgido el tema —eterno luego— de la tragedia del intelectual con su mensaje recóndito y tremendo, tan claro para su mente y su corazón y tan confuso para los demás. Pero en el hombre de Altamira debió de ser más dramática que en hombre alguno la pugna entre su propio ser clarividente y la sombría penumbra de las almas en torno. Al hombre de Altamira le faltaría ese algo divino —la amistad— que otros hombres de genio han encontrado para compartir sus inquietudes. La amistad es un sentimiento muy alto, muy misterioso y muy selecto, de segura imposible existencia en aquellas épocas en que la Humanidad sólo tiene de tal la figura corpórea. Al hombre de Altamira le faltarían el maestro, el confidente y el consejero. El balbuceo de su idioma —sólo sustantivos para designar los objetos y algún verbo inorgánico para expresar las acciones más rudimentarias— sería casi el primer impedimento de la confidencia y la demanda de auxilio. El diálogo no había brotado aún del clamoreo monótono de las bestias. Quizá ya en algún mundo lejano se perfilara la armonía de las modulaciones del sánscrito y de otros idiomas viejísimos, pero en aquel rincón de la Península, el hombre de Altamira estaba solo, sin amigos, sin lenguaje en que expresar su alma transida de presagios y cargada de mensajes para un futuro inaprehensible. Solo, sin comprensión ni consejo de nadie, ante el escepticismo de la tribu —el escepticismo, que no es postura de civilización, aun cuando se haya hecho filosofía; el escepticismo, que es la incredulidad supersticiosa de la barbarie—; ante el secreto de la Naturaleza y ante la indiferencia de unos dioses sin amor, el genio intelectual del hombre de la Península empieza a pintar, para el asombro de los siglos, en la piedra húmeda de su cueva. ¿A pintar nada más? ¿No tiene aquella obra del arte rupestre más significado que el de la pura pintura decorativa Quizá el artista no quiso hacer más. Quizá el artista no quiere nunca hacer más que recrear (re-creando) a sus coetáneos. Pero la obra de arte rebasa siempre la intención limitada del genio creador. El poema, el cuadro, la sinfonía, nos dicen mucho más de lo que quiso decir el artista. Son —al transcurrir el tiempo— Historia y Filosofía y Filosofía de la Historia. Homero, el juglar de Cárdena y la crónica de Cide Hamete Benengeli recogida por el mutilado de Lepanto; los frisos de Fidias, los mosaicos de Ravena, los cartones de Teniers y de Goya; las cantatas de Bach, la sinfonía Heroica, los preludios chopinianos y las rapsodias en blues, nos dicen mucho más que verso o prosa, color o melodía. Y así, los desvelos de aquel español primitivo que lucha heroicamente, encarnizadamente, con las nebulosas del dolor, la línea y la perspectiva, nos hablan de algo más que de la Etnología y la Filología prehistóricas. Son —por ser arte— mucho más que crónica, noticia o dato preciso científico, pues, como la vértebra fosilizada de un hombre o una bestia, nos permiten reconstruir una vida y unas costumbres lejanísimas e imaginar, como se ha hecho en este capítulo, toda la lucha de la inteligencia entre sombras en busca de la luz del espíritu. En el dramatismo de la lucha constante de espíritu y materia, que es la medula de la Historia del Hombre, este primitivo

español que con betún y almazarrón pintara ciervos, caballos y bisontes en los muros de la caverna de Altamira, nos aparece como un precursor de toda la grandeza humana.

En otro extremo de Iberia, los hombres de Morella y de Valltorta —frente al Mediterráneo—, llenos de la misma jugosa angustia del de Altamira, estilizan sus cacerías primitivas en los muros de sus refugios. En estos dibujos ya aparece el ser humano representado en su actividad fundamental: la lucha.

III. CAMPO SIN PUERTAS

La Península —sin nombre todavía en aquella noche falta de apelativos de la Prehistoria— es un verdadero campo abierto, al que nadie puede ni tiene por qué ponerle puertas. La raza aborigen carece de noción o concepto de pueblo, de hermandad, de lo que más tarde se llamará nacionalidad. Las tribus, diseminadas en los lugares más propicios para la caza, se desconocen, cuando no se combaten. Hay jefes de tribus, pero no existe rey o caudillo que los aglutine en un concepto superior. No se ha inventado la ciudad, a la que sí se pueden poner puertas, murallas y centinelas y de las que sí puede esperarse el factor que trace la norma de la vida social que luego se llamará política. La Península de los tres mares y la barrera pirenaica es un amplio campo desprovisto de puertas, al que llegan por todas partes oleadas de gentes de fuera. Gentes morenas que arriban por el Mediterráneo y el Atlántico, de África, de Asia y de la misma Europa. Por los ásperos pasos del Pirineo, gentes rubias se filtran y desparraman por la Península. En el milenario en que la Prehistoria arroja el «Pre» porque un dato patente —aunque no todavía documento— la convierte nada menos que en Historia, ya se han asentado en diversos puntos los Iberos, que habrían de dar su más viejo nombre a España, y los Celtas. Iberos y Celtas, apenas diferentes de los primitivos pobladores, se mezclan con ellos y entre ellos a su vez. Primer cruce de sangres meridionales y nórdicas en el tálamo inmenso de la piel de toro. Primera fecundidad que borra características raciales definitivas. La primera y la segunda generación propiamente histórica ya no será rubia o morena exclusivamente. Ya no será este o el otro tipo el que predomina, aun cuando la influencia del medio talle algunos peculiares rasgos antropológicos, como la dolicocefalia, o psicológicos, como el valor, la arrogancia, el orgullo, la pasión y la combatividad.

Estas razas invasoras primitivas no son, en manera alguna, colonizadoras. La colonización es una flor de civilización, y los Iberos y los Celtas son todavía bárbaros pastores nómadas y fieros cazadores. La Península detiene y retiene a los que vienen del Norte y a los que llegan del Sur. El clima es menos riguroso que en los puntos de partida y la vida parece ser más favorable y fácil por la abundancia de una pródiga Naturaleza. Iberos y Celtas anclan en la Península, gozosos de reposo. Ellos saben aprovechar las enseñanzas de sus viajes. Construyen sus dólmenes de piedra —como los que dejaron a sus espaldas—, fabrican sus utensilios de arcilla o de metal y alzan sus altares a sus dioses feroces. Pero sin idea alguna de unidad política, sin un cerebro ordenador o una espada dominadora, ni la fusión de razas hace un Pueblo ni el círculo de peñascos del dolmen crea una ciudad. Llamando ya celtibérica a la mezcla de sangres primitivas, los celtíberos no han olvidado su fiereza y su independencia, su nomadismo y su recelo de la colectividad. Lo que —precisamente— les impide llegar al milagro natural de la Nación y al supermilagro intelectual del Estado. Los celtíberos no son capaces de poner puertas al campo, siquiera sea para guardar a sus damas de Elche, majestuosas y bellas, soberbiamente guarnecidas de fíbulas, collares y preseas. No son capaces de poner puertas a su campo fértil y fecundo y por eso han de ver llegar hasta él hombres de tierras y mares extraños, de barbas rizadas, de tiaras suntuosas, de espadas cortas y relucientes.

Lo mismo que los Iberos y casi igual que los Celtas, aquellos hombres mediterráneos —cetrinos fenicios, apuestos griegos y oscuros cartagineses— no llegan en son de guerra. Las armas que despliegan en las playas —sobre el mar las naves arriando las velas de púrpura— son de paz y de trabajo. Cinceles, martillos, buriles, punzones y papiros. Alfabetos y hexámetros. Pesas y medidas. Oro, plata, seda, marfil, ébano, jaspe, mármol, gemas, lienzos riquísimos teñidos de púrpura y añil. Barros cocidos. Bronces. Armas relucientes. Collares de piedras preciosas. Ajorcas, anillos, agujas. El hierro bien pulido parece un metal noble. Las mujeres primitivas se encantan y chillan jubilosas. La transacción, el trueque, la permuta, la compra, !a venta —el Comercio, en fin— plantan sus reales en Iberia. Invisibles, dos monstruos feroces —sin los cuales la Civilización no habría asesinado a la Égloga— se cuelan de rondón en la tierra feliz. El «Mío» y el «Tuyo», chacales hambrientos, víboras venenosas, van a enseñorearse de la Península. Van a civilizarla para hacerla a su vez civilizadora.

Ni fenicios ni griegos se internan mucho en la Península. Quedan las naves en las calas y radas bien resguardadas de los vientos, y los marineros y los primeros viajantes de comercio se aventuran un

tanto recelosos hacia el interior. Junto a las ensenadas protectoras se echan cimientos de futuras ciudades. El acontecimiento —el rumor de la ciudad oriental— se difunde veloz tierra adentro y los celtíberos comienzan a construir en el recinto de sus castros del interior de la Península ciudades que quieren semejarse a las villas fortificadas que los colonizadores de Fenicia y la Hélade van trazando en el litoral desde Emporion a Gadir. Dentro de ellas caben los teatros, los templos y las naumaquias, los talleres y las tiendas y la gran innovación del campamento militar. Las factorías orientales deslumbran a los ingenuos celtíberos por su lujo y su refinamiento. El tiempo empieza a contarse encerrado en el vidrio de los relojes de arena y en la dura piedra jeroglífica de los calendarios estelares copiados de Asiría, de Caldea y de Persia. Asimismo penetran en Iberia los dioses de figuras humanas y armoniosas, que tutelan —llenos de pasiones mortales— las diferentes actividades de los hombres: el amor y la guerra, la labranza y el comercio, la embriaguez y la alegría. La belleza adquiere la norma plástica eterna del desnudo y las uvas exprimidas de las viñas mediterráneas esparcen el placer dionisíaco por los ámbitos de la austera Península. Huyen las sombrías divinidades prehistóricas de los bosques ibéricos, que lentamente se van poblando de diosecillos paganos alegres y juguetones. El idioma primitivo se transforma igualmente, enriqueciéndose de giros y vocablos exóticos para definir todas las novedades importadas por los colonizadores. El gruñido gutural se hace flexibilidad de declinaciones griegas. Los hombres de Iberia se preparan a la asimilación maravillosa del latín —al que dará gramáticos, retóricos y poetas la piel de toro— y empiezan a apreciar —¿maldición?— e! valor de la moneda.

* * *

Si Fenicia manda a Iberia banqueros y viajantes de comercio con vastísimos y heterogéneos muestrarios y Grecia envía arquitectos, escultores y corifeos, Cartago —pueblo guerrero y mercantil a la vez— lanza sobre el ibérico campo sin puertas, negociantes de minas y soldados. Para el oscuro Senado cartaginés, la colonización de las tierras del otro lado del Estrecho tiene una finalidad tan comercial como estratégica. El orgullo de la gran República norteafricana estaba herido por la derrota que las águilas de la joven y vigorosa Roma infligieran a sus tropas en la primera guerra púnica en que se litigaba la posesión de Skilia. En el sueño de cada soldado de Cartago se agitaba el deseo ardoroso de desquite. ¡Pisar Roma con las patazas de sus elefantes, con los cascos de sus caballos africanos, con las ruedas férreas de sus carros de guerra! ¡Destrozar con sus catapultas y sus lanzallamas las murallas y los palacios! ¡Enrojecer las aguas del Tíber con sangre romana! ¡Decapitar a los senadores y generales con sus espadas onduladas y llevarse esclavas a sus tierras de dátiles a las hermosas mujeres de la ciudad de las siete colinas...! El Senado cartaginés, inteligentemente fomenta estos sueños belicosos y vengativos que mantienen en tensión al soldado patricio y canta la propaganda del rico botín posible entre los mercenarios. Cartago no tiene demasiada prisa. Presiente el «por todas partes se va a Roma», pero sabe que militarmente no se va a ninguna parte sin esa previa propaganda y sin una preparación económica eficiente. Iberia es rica en minas y en hombres. Los hombres de Iberia son duros y valerosos. Tierras de Iberia adelante se puede atacar a Italia no sólo por el mar. Estratégicamente y económicamente la posesión de Iberia puede ser clave de la victoria sobre Roma. Sólo faltaba encontrar un pretexto para lanzarse a la conquista sin despertar demasiados recelos en Roma. Una agresión de las tribus tartesas a la Gadir fenicia es «el motivo justo» que jamás dejarán de encontrar los pueblos con ganas de pelea. Los cartagineses desembarcan en Gadir y se extienden por otras regiones, siempre buscando la costa del mar que todavía no es latino. En su orilla crean una gran ciudad, Nueva Cartago —Cartagena—, frente a las Baleares. Baleares-Cerdeña y Cerdeña-Roma no serán etapas difíciles para un pueblo marinero. La colonización cartaginesa se hace a mano armada y con energía castrense. Nueva Cartago se convierte rápidamente en una importantísima base naval. Otros puertos pequeños cercanos la completan. Es el arsenal de la escuadra y el campamento del ejército. En ella y en sus alrededores se trabaja de manera febril, preparando el armamento, la instrucción y el avituallamiento de las inmensas fuerzas con las que Amílcar Barca primero y luego Aníbal se proponen atacar a Roma. Pero Roma —ya mayor en edad, saber y gobierno— no duerme o duerme con un ojo abierto, atisbando —como su rival— el más nimio pretexto para atacar a Cartago. Y encuentra el mismo que ella: la defensa de una pequeña ciudad ibérica —Sagunto— a la que considera su aliada, atacada por las tropas de Aníbal.

IV. LA PRIMERA EPOPEYA

Cada vez que Roma y Cartago se han querido aniquilar en la Historia —y Roma y Cartago son eternas, porque siempre habrá dos pueblos fuertes, ricos, parecidos y distintos, soberbios de su riqueza, su fuerza y su manera de entender la vida, que pretendan imponer al rival y a los satélites ese entendimiento de una manera hegemónica— hay también un pueblo débil y orgulloso, fiel **a** sus compromisos y alianzas, que sirve de comodín para la gran jugada de la guerra total. Desde Sagunto a nuestros días, pocas veces han tenido las grandes potencias la sinceridad de confesar el móvil auténtico de sus peleas. Quizás en la historia de todos los Pueblos sólo sea España quien no ha ocultado al Mundo las razones por que ha empuñado las armas. (Razones que —casi siempre— han tenido fundamento de verdadera justicia: como que nuestras guerras han sido por la unidad nacional, por la unidad religiosa o por la unidad de un Imperio adornado de todos los títulos de legitimidad. Ninguna de nuestras guerras ha sido de rapiña, de despojo o de exterminio y ninguno de los Tratados de Paz subsiguientes a las victorias españolas ha sido un dictado inhumano, cruel e imposible de cumplir.)

El cordero que el año 219 antes de Jesucristo despertó el apetito de la loba romana y del león cartaginés, fue un poblado alfarero de la piel de toro que se llamaba —y se llama, porque el heroísmo colectivo perpetúa su nombre— Sagunto.

Sagunto era una ciudad **edetana** del Mediterráneo, que giraba económicamente en la órbita de la colonización cartaginesa, sin aceptarla de una manera total ni mucho menos. Los **edetanos,** como el resto de las tribus de Iberia, no habían cuajado su personalidad racial en un pueblo propiamente dicho. Como los demás grupos autóctonos —cántabros, astures, galaicos, vascones, indigetes, contéstanos, túrdulos, tartesos, lusitanos, etc.— carecían de sentido nacional, de aspiración colectiva y de disciplina civil y militar. Incapaces de ser Nación o Estado, ni siquiera llegaban a constituir la entidad política llamada ciudad para la que es indispensable la refinada sociabilidad que suponen la jerarquía, el mando y la obediencia. Dentro de un mismo recinto urbano, las tribus y las castas eran independientes y no reconocían jefe alguno superior a sus jefecillos de clan. Las más feroces rencillas aislaban unas tribus de otras. Ni siquiera cabía la unión por el vínculo religioso, pues cada tribu tenía sus dioses propios y exclusivos. Por ello, se aceptaron sin lucha las sucesivas invasiones. Los indígenas, inermes por su falta de cohesión, se sometían a uno y otro pueblo, sobre todo cuando la colonización era sin ruido de armas. Los fenicios y los griegos no tuvieron que pelear, ya que el comercio era su medio de penetración pacífica. Los cartagineses gustaron menos a nuestros compatriotas. ¡Como que desembarcaron formados y armados y en sus bagajes había muchas más lanzas, espadas, flechas y arcos que lienzos y joyas para cambiar por los productos de la piel de toro! Rudos soldados, los hombres de Cartago no eran zalameros como los fenicios ni corteses como los helenos y usaban más de la brusquedad de la requisa que de la negociación de la permuta. Sus dioses eran sanguinarios y su idioma lleno de violencia.

Los saguntinos se veían perdidos con vecinos tan ásperos y ansiosos. Hasta los alfares de los ceramistas edetanos llegaba la inquietud prebélica de la Nueva Cartago, dedicada al acaparamiento de las materias primas y a la captación de los mozos para sus falanges de combate. Gobernadores y capitanes imponían altas contribuciones, saqueaban las huertas y los talleres y amedrentaban a las madres con la amenaza de enrolar a sus hijos en las filas de los mercenarios de Numidia.

Roma, pueblo de grande y fina intuición política, conoce con adelanto de siglos todo eso que algunos han creído inventar en nuestros tiempos: la información secreta, la infiltración, la siembra del derrotismo, la agitación de las masas. Agentes de Roma han pactado sigilosamente con Sagunto, constituyendo una verdadera «quinta columna» romana en la zona de influencia cartaginesa, susceptible en un momento dado de convertirse en «cabeza de puente» para la invasión de las Legiones. En Sagunto se refugian informadores y espías que traen y llevan datos de los preparativos y proyectos de la flota y el ejército de Cartago. Roma aconseja a los saguntinos la resistencia al invasor cartaginés y fomenta en sus espíritus altaneros el sentido de la independencia. Sentido que —

extendiéndose después de la Segunda Guerra Púnica por toda la piel de toro— costaría doscientos años a la República del Lictor para domeñar a Iberia. Porque después de la caída de Sagunto, Roma —sin careta— descubre su juego imperial, en el que la guerra y destrucción de Cartago no era más que una de tantas buenas bazas.

Sagunto, como casi todas las ciudades de Iberia, era una ciudad abierta. No estaba guardada de murallas ciclópeas ni existía en ella material de guerra suficiente para su defensa. Pero si la piedra, el hierro y el fuego necesarios para combatir al enemigo escaseaban en el poblado edetano, había en cambio un elemento nuevo en la Historia, que inmortalizaría a la ciudad, iniciando una manera inédita en el arte de guerrear: el coraje y la desesperación ibéricos, destructores de científicas estrategias y matemáticas tácticas. Manera que se repetirá en la historia militar española en varios capítulos llamados, por ejemplo, Numancia o Gerona, Zaragoza o Baler, Alcázar de Toledo o Santuario de Santa María de la Cabeza. El coraje y la desesperación, que no son ni castrenses ni civiles, ni varoniles ni femeninos, ni juveniles ni seniles. El corazón ibérico no tiene sexo, edad o condición. Cuando suena el rebato de la patria en peligro, se borran como por arte de encantamiento el fraccionamiento de las tribus, la división de las ideas y los prejuicios de las castas. Surge el caudillo y surge el sentimiento nacional colectivo, y, sin necesidad de formularlo, algo como un juramento sagrado sobre la vida y la muerte da impulso a los corazones. Así pasó en Sagunto. Hombres, mujeres, niños, ancianos, se aprestaron a defender la ciudad con un valor increíble. Con una abnegación más increíble todavía, los saguntinos se obstinan en la defensa después de la dureza violentísima del primer ataque. Se atrincheran tras sus muertos y convierten en flechas envenenadas todas las herramientas agrícolas o industriales. Sagunto vive la primera **guerra total** de la Historia. El mando cartaginés contempla asombrado aquella resistencia suicida ante la que fracasan las máquinas de guerra tenidas por segurísmas. El fuego mismo no abre brecha en Sagunto. Como las mejores tropas de Cartago, al mando de Aníbal, han franqueado los Pirineos y van hacia los Alpes rumbo a Italia, se decide no atacar a Sagunto para ahorrar vidas, que podrán ser necesarias en la fase final de la batalla de Roma, y se opta por apretar tenazmente el cerco. Allá en lo alto de la montaña, los saguntinos tendrán que rendirse al hambre y a la sed. Ni un grano ni una gota pueden entrar en el recinto sitiado, donde el racionamiento llega a límites increíbles. El hambre grita desgarradora en las gargantas de los niños, que mueren con las manitas crispadas clavadas en los secos y flaccidos senos de las madres. Por mitigar su hambre y su sed, los hombres muerden sus brazos y chupan su propia sangre. Al cabo de meses, Sagunto es una población de espectros que no se rinden. Dentro de ella no ha quedado un animal ni un niño ni un pozo con agua. Se han hecho los más arriesgados intentos de salida y se ha lapidado a todo el que, en un delirio de la fiebre o la sed, ha murmurado la palabra rendición. Desde la altura se insulta y se provoca a los cartagineses, que, impasibles, juegan juegos de azar en sus campamentos, sin lanzar una flecha. Sagunto se entregará.

Pero Sagunto no se entrega. Cuando ya no queda un grano ni una raíz alimenticia, el pueblo entero —espantosamente enflaquecido, sin sangre y sin nervios ya— decide suicidarse. Hombres, mujeres, niños, ancianos y adolescentes beben la cicuta y se clavan sus dagas y sus lanzas después de incendiar sus enseres, fundir sus alhajas, desgarrar sus ropas, quebrar sus cerámicas. Los romanos no han llegado a salvarlos, pero Sagunto ha cumplido su palabra. Cuando las tropas de Cartago, asombradas por el largo silencio de cementerio de la ciudad sitiada y por el hedor a carroña que baja mezclado con el humo, se aventuran a acercarse a la plaza sitiada, contemplan por primera vez el trágico espectáculo de un suicidio colectivo y comprenden que para la Historia ha nacido un pueblo de héroes sin esperanza, para el que la independencia y la palabra de honor valen más que la vida. Muchos siglos atrás, Esparta había pasado de la vida a la Historia como ejemplo de heroísmo y dureza. ¿Pasaría lo mismo con Iberia?... Los siglos venideros darían la respuesta.

V. VIRIATO, JEFE NACIONAL

La sandalia y la cáliga del centurión, el decenviro y el legionario han pisado con retraso la piel de toro para salvar a Sagunto; pero nunca es tarde si la dicha es buena. Mientras Aníbal desvanece en Capua el ánimo férreo del caudillo militar, el Cónsul Escipión ocupa Tarragona y Nueva Cartago. Mientras los elefantes africanos huyen en los campos de Zama, las águilas de Roma hacen nido en Iberia. Cartago se repliega y Roma avanza por Iberia. Pronto, todo aquel rico litoral griego, fenicio y cartaginés se marca con las S. P. Q. R., la loba y el haz del Lictor. Júpiter y Venus, Marte y Baco, Diana y Cupido pueblan los templos. En el aire, entre trompetas de oro, resuena, áurea también, la gravedad musical del latín. Con las Legiones entran en Iberia el Derecho de Gentes y el Derecho Privado, la rígida administración y la ancha cultura, no limitada en labor de artesanía.

Aunque la conquista de las factorías, ciudades y colonias del litoral mediterráneo se hace a punta de lanza, no resulta costosa al disciplinado y magnífico Ejército Romano, pues en ninguna de ellas, existía una fuerza organizada capaz de resistirle o en posesión del espíritu de cohesión necesario para repetir la hazaña de Sagunto. El prestigio de Roma es, además, inmenso, y las olas del mar lo cantan ya en las playas. Los Cónsules, Procónsules y Legados venidos con las tropas traen consignas hábiles para captar las voluntades. Suavidad, que no excusa la firmeza; comprensión, que no debilita la justicia; seriedad personal, que inutiliza la venganza. En Roma cabían todos los hombres de buena voluntad. La misma esclavitud no era un mal irremediable en Roma, pues la manumisión la rociaba de esperanzas posibles. Roma quería incorporar a Iberia para una tarea común, de explotación y aprovechamiento de riquezas, en beneficio de una idea de jerarquía y libertad. Roma traía— además de las eternas baratijas para deslumbre de indígenas ingenuos— ideas y programas. Sobre todos los demás pueblos, más o menos asentados en la piel de toro, Roma atesoraba una fuerza: la de su firme esencia política, cuajada y lograda plenamente. Sus legionarios y mercaderes no actuaban por cuenta de una facción o un «trust», sino por la de un Estado autoritario y jurídico, cuyo Senado era mucho más que un cuartel general o un Consejo de Administración. Cuando Roma pone su pie calzado militarmente en un territorio, no emprende una simple aventura castrense para establecer una factoría más, sino que lleva en la mente nada menos que esta idea trascendentalmente política: **crear** una provincia. Este es el secreto del Imperio: no hacerse —no querer hacerse— de trozos disformes con dispersión de lenguas, usos, fines y costumbres, sino crear partes homogéneas para un todo estatal. Cuando esta norma sapientísima se ha seguido, los Imperios han tenido permanencia —toda la posible en la finitud de las cosas terrenas—, mientras han sido castillos de naipes las entidades políticas apartadas de ella.

Después de expulsar a los cartagineses, Roma emplea sus primeros años en Iberia en afianzar y consolidar el litoral, mejor dispuesto que el interior por el contacto con los otros pueblos antes ocupantes y por la mayor comprensión que del Mundo tienen los hombres del mar. Una vez afianzado y administrado ese litoral —de Ampurias a Gades, pasando por Tarragona, Sagunto.-reedificado, Denia, Nueva Cartago, Adra, Malaca, Bele e Hrspalis, ya ciudades prósperas y florecientes, con sus puertos, acueductos, templos y faros—, las legiones se ponen en marcha hacia el interior, más hosco y más difícil.

Hasta la meseta central y las montañas norteñas no han llegado jamás los extranjeros. Los hombres que las habitan conservan su rudeza independiente y sus costumbres arcaicas. Apenas si los siglos han modificado insignificantemente los oscuros instintos. Los bravos celtíberos y los arcaicos cántabros tampoco sienten necesidad de modificarlos. La presencia de las falanges romanas les reanima el celo de su independencia. Sin hacer caso de emisarios, tratan de oponerse a que Roma se ensanche. Poco afortunada esta vez la República en la elección de general en jefe, ha concedido el mando a Galba, hombre violento, irritable, cruel y desleal. Galba es lo menos diplomático y conciliador que pueda imaginarse y, para colmo de males, tampoco es un militar brillante. La guerra se encona y se convierte en lucha sin cuartel. Los indígenas, frente a la estupenda organización táctica de las legiones —cuya concepción de la guerra es algo científico, como el ajedrez—, inventan también una

manera de combatir desconcertante, sin reglas ni reposo, algo terriblemente fastidioso y agotador. Esta manera celtibérica de guerrear —que siguen todos los pueblos corajudos veintidós siglos después— no recibirá hasta 1808 su nombre: las guerrillas. Las guerrillas celtibéricas rompen el sueño y los nervios de los legionarios, a los que acosan incesantemente, de día y de noche en el campamento, en el desfiladero, en campo abierto, en la encrucijada y en la ciudad misma, con implacable saña de tábanos rabiosos.

* * *

Las guerrillas de la Celtiberia han encontrado un capitán, probablemente sin buscarlo. La Península tiene un Caudillo, que —también probablemente sin saberlo— ha comprendido todo el valor de la unidad de las tierras y de los hombres. El capitán y el caudillo no suelen surgir por generación espontánea. Son —por el contrario— el producto de la llamada angustiosa y secular de una manera de ser que necesita concretarse en la voz y el ademán de mando. A través de las épocas de la nada, de la piedra tallada, de la piedra pulimentada, del cobre y el bronce, la piel de toro, en su letargo y oscuridad primitivos, no ha tenido conciencia de su ser peculiar. La instalación de pueblos más civilizados en las factorías costeras ha contribuido insignificantemente a alumbrar esa conciencia, porque la instalación no suponía dominación, sino convivencia. Pero las águilas de Roma tienen las garras duras y el pico agudo y su civilización unificadora se impone con violencia. Los pastores de Celtiberia se ven amenazados de sacrificar su vago nomadismo y su alegre ignorancia primitiva a una férrea disciplina de leyes escritas en latín sobre bronces municipales. Hay el horrible peligro de no poder hacer, sin permiso de la autoridad romana, las sencillas transacciones con los rebaños y de tener que abandonar la ancha calma de los campos por la estrecha inquietud de las ciudades, donde se adoran divinidades nuevas de formas humanas ante las que no se danza en rueda en los plenilunios y a las que no se sacrifican adolescencias. Hay el riesgo de pagar gabelas; de trabajar y servir a un señor —Roma— invisible; de morir quizá en las Legiones en tierras extrañas. El romano —Galba lo personifica— es cruel y pérfido. Ha pasado a cuchillo algunas tribus lusitanas, ha incendiado las mieses y ha entregado la virginidad de las doncellas a sus feroces legionarios. Celtiberia se revuelve. Y de la espuma hirviente de su sangre altanera y ofendida surge el nombre del capitán-caudillo primero de España: Viriato.



Ilustración 4. Numancia, la del viento frío y el alma de piedra, resistió veinte años a las legiones romanas. Al fin, los defensores prendieron fuego a la ciudad y se suicidaron colectivamente. Estas son sus impresionantes ruinas.



Ilustración 5. El arco de Bará, reliquia de Roma en el campo de Tarragona

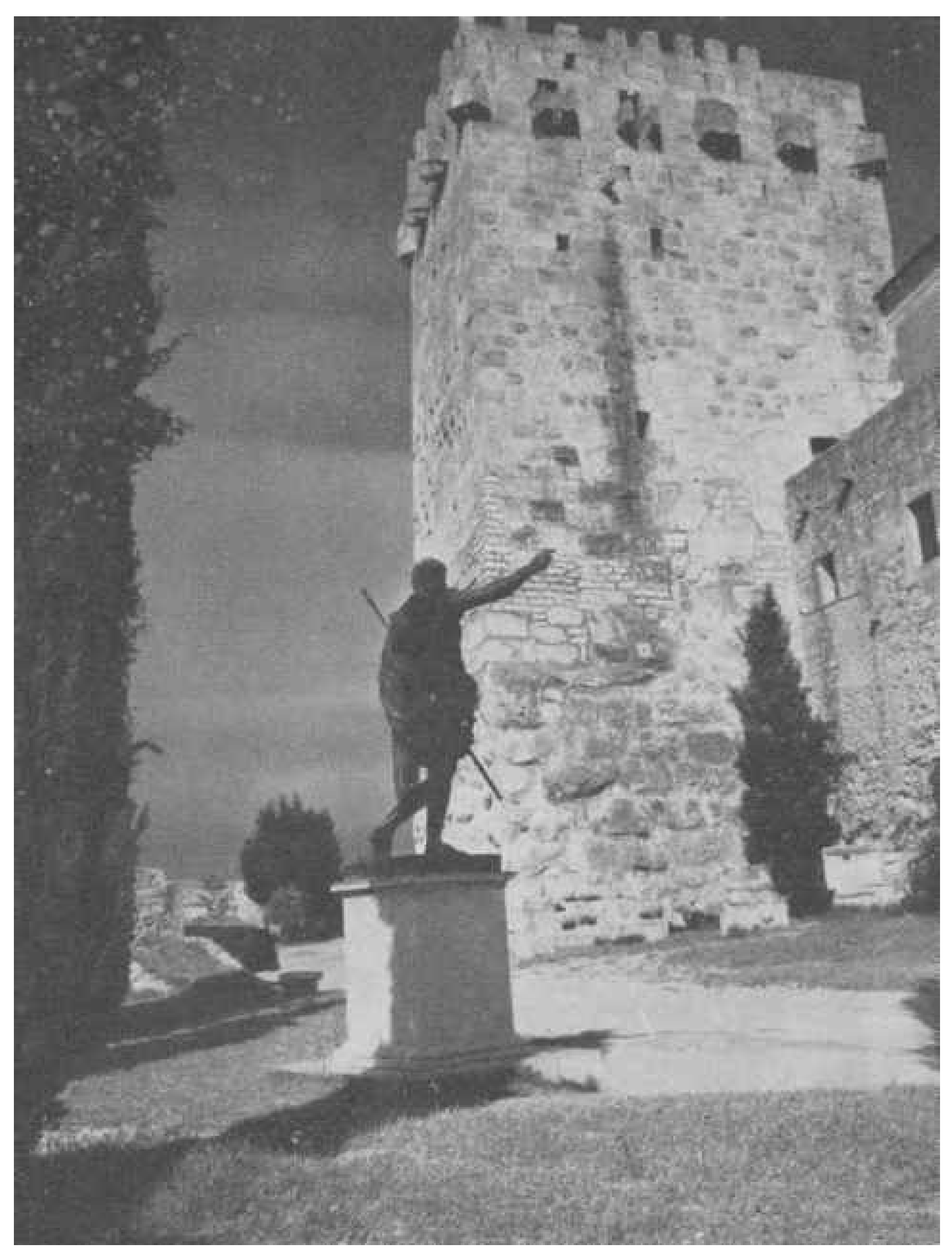


Ilustración 6. Murallas romanas en la ciudad de Tarragona

Viriato es el hombre de la meseta —cuenca del Duero— alejada del blando mar por el que Roma se ha metido en Iberia. Hombre de meseta, de chopo, de choza pastoril, de cayado, de abarca, de honda; amigo del silencio y el crepúsculo, del mastín y el recental; amante de la tierra; enemigo del lobo y del raposo que astutamente rondan en el redil la oveja tierna y, más aún que al lobo, hostil a toda norma extraña a su concepto rudimentario de libertad sin norma. Viriato es el hombre del patriotismo sensual y posesivo, arisco y heroico. Defiende —en nombre y concepto de libertad— la servidumbre de la tierra. Prefiere la esclavitud a su tierra salvaje, mejor que la libertad jurídica de su tierra, colonizada y civilizada por la espada, y la balanza y el arado romanos. Le duele primariamente su Iberia invadida y, sin saber lo que quiere exactamente, alza una voz sagrada —la voz de la gleba— para imprecar a las águilas de la Victoria. Miles de corazones primitivos recogen la voz rural convertida en arenga, que, veloz en el viento, se difunde por las tribus de la meseta entre el Duero y el Tajo,

Urbión y el Atlántico. Cuando la voz de la tierra ibérica se transforma en arenga, nace la guerra santa de la Independencia.

Viriato no sabe de leyes ni de reyes, de formas ni de normas, de hechos ni de derechos, de tácticas ni de estrategias. Tiene la sublime ignorancia instintiva y empírica de la tierra de que ha salido. Y así, su caudillaje y su guerra son empíricos e instintivos, pero tenaces e invencibles. Sus guerrillas tienen movilidad de huracán y atacan por flancos y retaguardias a la formación romana, sorprendiéndola —como más tarde a los mariscales de otras águilas— y privándola de espacio donde desarrollar el teorema de la batalla. Para Viriato y sus huestes guerreropastorales, lo más esencial es el combate de hostigamiento permanente, no el táctico movimiento de aproximación y aniquilamiento. Las falanges de Roma pierden su compostura rítmica y su eficacia combativa en aquella lucha sin cuartel ni campo de batalla. Años y años, los guerrilleros celtíberos, desde la cresta de un cerro o entre los fresnos de un bosquecillo, tunden y rinden a las ilustres centurias. No importa la brutalidad de las represalias —hogueras y cruces proclaman por las tierras lusitanas, vacceas, carpetanas, vetonas y oretanas la verdad del «vae victis» romano— ni la generosa amplitud con que se acoge a los traidores en el campo de Roma. Las tribus en guerra santa con las águilas, tienen el alma henchida de un sentimiento nuevo y cargado de promesas —la Patria— y por él combaten ferozmente. Cada año, su técnica combativa es más depurada y los romanos no logran avanzar un palmo. En redor de Numancia —sitiado como Sagunto antaño— se estrellan las legiones más selectas y se empañan las glorias de los generales más invictos de la República. Quinto Fulvio y Marcelo —entre otros— han visto sucumbir sus hombres mejores y han ¡do a la capital —encanecidos y avergonzados— a contar al Senado la tenacidad ibérica y la humillación de Roma, impotente frente a Viriato y Numancia. Los relatos de los generales y de los legionarios mutilados que regresan al Lacio ponen horror y angustia en el ánimo de Roma, donde apenas se encuentran voluntarios para ir a luchar a España, cuyo nombre causa un pavor supersticioso en los guerreros más valientes.

Invencible en el campo el primer Jefe Nacional de Iberia, Roma tiene que buscar otros procedimientos para suprimirle. El fin imperial —aunque Maquiavelo aún no lo haya dicho— justificará los medios. Cepión, general romano, encuentra estos medios, acuñados en oro. Todo tiene su precio para el poder de Roma y la traición nunca es cara. Son los propios compañeros de Viriato quienes le sacrifican a Roma asesinándole por la espalda, terminando con hierro la vida de hierro de aquel capitán tremendamente ibérico, primer soñador de la unidad, primer conductor de la nacionalidad, primer caudillo de un pueblo en armas, primer héroe nacional, primer caído del trágico Destino español que condena a destierro o a muerte vil a los soñadores, conductores, caudillos y héroes de la Patria.

Sobre la piel de toro llora —por vez primera colectivamente— el pueblo ibérico la muerte de Viriato, su primer jefe Nacional. Es en el año 139 antes de Cristo.

* * *

Pero Numancia, la del viento frío y el alma de piedra, resiste todavía. Resiste a Roma y a sus Legiones y resiste al Hambre, la Sed, la Peste, la Fatiga y la Traición, que merodean dentro de sus muros. Al frente de las legiones está ahora Escipión el Africano, cuya tienda de guerra adornan los laureles, frescos todavía, de Libia, de Numidia y Mauritania. Escipión ha cortado inexorablemente todos los caminos de socorro a Numancia, venciendo y esclavizando a todas las tribus que más o menos la auxiliaban. Numancia, desfallecida, sigue por algún tiempo clamando a los cielos impasibles su estoico «no importa». Es ya casi el último núcleo de resistencia islote incomunicado en la meseta, mientras las águilas romanas ondean desde Tarragona a Evora y desde Itálica a Cartagena. Numancia es un reducto de tormenta en medio de los presagios de la paz romana. (Aun en el Norte harán guerra cien años todavía los arriscados cántabros y vascones montaraces.) El reducto agoniza y al fin, un día, repite la página emocionante de Sagunto. Los defensores —¡veinte años de sitio!— prenden fuego a la ciudad y se suicidan. Cuando Escipión y sus legionarios pueden pisar el reducto, por sus duros cuerpos de soldados corren escalofríos de tragedia y saludan brazo en alto a miles de cadáveres no vencidos. Río Duero abajo, hacia el mar Océano y misterioso, corren crispadas de horror las aguas frías.

VI. PAZ DE LAS ÁGUILAS ROMANAS

Ha cesado por fin el estrépito bélico en Iberia y ahora las ágiles danzarinas de Gadir —que ya es Gades, casi Cádiz con acento moruno— bailan sus danzas profanas para los ojos sensuales de los Procónsules. Las viñas de Corduba, Árido, Itálica, Munda y otras vegas de la Bética encienden ofrendas a Baco con sus pámpanos rizados y adormecen en sus triclinios a los patricios de Roma que gustan de los vinos dorados o rojos de Hispania. La piel de toro se atraviesa de anchas vías enlosadas que llevan de una a otra provincia la vida de la civilización y de la economía. Las antiguas ciudades ibéricas, griegas, fenicias o cartaginesas se modernizan y hermosean. El duro granito del vientre de la tierra ibérica se hace arcos triunfales, pórticos, columnas corintias, termas, circos, teatros, anfiteatros, templos y —conjugándose con el agua— gracia de puentes y ligereza aérea de acueductos. El mármol y el jaspe de las sierras se humanizan en figuras de dioses y diosas. Las lanas de los carneros de Extremadura, la seda de los gusanos de Levante y el lino de la Bética, con el grano de la cochinilla y el polvo del añil, se transforman en lienzos sutiles —para esos ropajes majestuosos de los Césares y Emperatrices futuros— en los telares romanos. Las aguas del Tajo baten y templan maravillosamente los aceros. Otros ríos que no baten el hierro, arrastran pepitas de oro. De los yacimientos de una y otra provincia, Roma extrae el cobre y el mercurio, la plata y el estaño. Las salinas turdetanas salan los peces sabrosos de su mar verdiazul que se comen en Roma y en otras partes lejanas del Imperio, a donde los llevan los propios pescadores gaditanos en naves por ellos mismos construidas y por ellos mismos tripuladas. Iberia empieza a llegar a Roma con sus ricos productos, y Roma empieza a estimar a las cinco provincias españolas que tanto trabajo le costara conquistar.

¿Cómo se logró la paz romana? Con autoridad civil enérgica

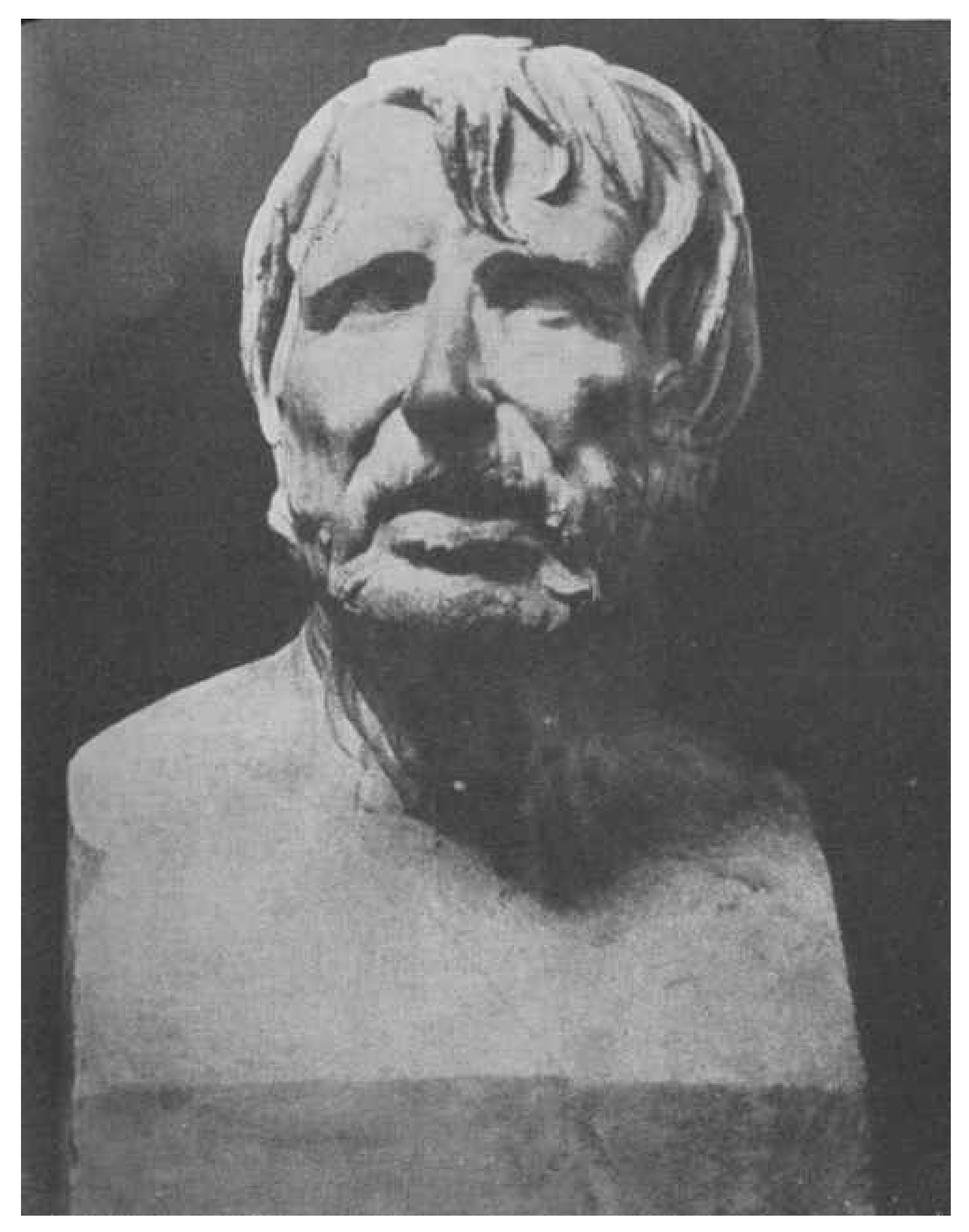


Ilustración 7. Los nietos de los pastores celtibéricos son retóricos, filósofos o abogados elocuentes. Lucio Anneo Séneca, creador de una manera de pensar original y profunda.



Ilustración 8. El ibero se emocionaba en los teatros romanos de Sagunto y Mérida, como más tarde lo haría en los corrales clásicos



y con leyes para cumplir por todos. Los legionarios triunfantes fueron sustituidos por funcionarios enviados de Roma, que en manera alguna recordaban a la raza vencida el traje, el ademán y el verbo del soldado vencedor. La ausencia amortigua el rencor y los romanos, que conocían esta máxima, la aplicaban en su política. Los funcionarios de Roma traían de otras provincias su experiencia —gobernar no es improvisar— y el tesoro de sus leyes civiles y administrativas. Roma era la ciudad perfecta en sentido municipal y sus hombres sabían toda la importancia de una buena organización ciudadana. Organización que desbordaba el puro carácter de administración local para imponer —con

tacto y energía— todo el derecho civil y político de Roma, cuyo adjetivo exacto sería el de unificador. Sabiamente unificador, prefiriendo la asimilación pausada a la confusión; la transformación a la imposición. A la unidad de mando respondía la unidad de disciplina. Gobernaba Roma y se obedecía a Roma. Unidad de entendimiento. Se podían hablar —¿por qué no?— las lenguas primitivas, pero para la vida oficial no había otro vehículo que el latín. Unidad de derecho público y privado. Unas mismas leyes para todos, exigiendo coactivamente su cumplimiento. Unidad de cultura y de costumbres. Unidad de religión y Unidad de destino con el todo absoluto del Estado Romano.

La unificación hispanorromana —larga de hacer, pero perdurable en el tiempo, como toda «obra de romanos»— se realizó sin prisa, pero sin descanso. Ni Zamora se ganó en una hora, ni Iberia se convierte en Hispania en un año. En un año los vencidos no pueden ser convencidos ni se pueden fundir los victoriosos con los derrotados. La calma romana —prudencia y sabiduría— se alia con la generosidad en la tarea de absorción. Un sistema de pocas leyes generales inexcusables y una flexible variedad autonómica para los municipios. Fácil para los vencidos la ganancia de la ciudadanía municipal primero, en seguida se logra la ciudadanía romana para todos los provincianos. El concepto jerárquico de Roma no toleraba castas ni categorías de ciudadanos libres, aun cuando la estructura social fuera clasista. Pero a los cien años de la conquista, el hombre libre de Tarraco o César Augusta, de Hispalis o de Astúrica, era —aunque plebeyo— tan ciudadano del Imperio como cualquier patricio romano de las familias más ilustres y como tal tenía acceso a las más elevadas magistraturas.

El principal acierto de la legislación romana fue interesar a los vencidos en la romanización. A sangre y fuego, Iberia jamás se hubiese romanizado. A sangre y fuego un ibero muere, pero no se moldea. La sagacidad política romana lo advirtió pronto y logró convencer a los vencidos de que su interés era romanizarse si querían dejar de ser vencidos. ¡Ah! Pero también los convenció de que **dejar de ser vencidos** no supone **pasar a ser vencedores.** Las legiones no gobernaban, pero podían ser un instrumento de gobierno en un momento dado. El campamento no significaba I? total exclusión de lo castrense de la alta misión de asegurar la paz romana. Al contrario, la paz romana era una paz **a la sombra de las espadas,** entendiendo que la sombra debía ser alivio y protección, pero no amenaza de la paz.

A la sombra de las espadas activas y adiestradas en el campamento, trabajaban el arado en los campos y la herramienta en los talleres. A la sombra de las espadas, se extiende por Iberia una cultura y un arte que asombran todavía a nuestros ojos. A la sombra de las espadas —que alguna vez centellean al sol por discordias civiles—, Iberia da el ser a ilustres hijos que engrandecerán a Roma por sus obras.

Es curioso —y demuestra el rápido fenómeno de la romanización de Iberia— que esas discordias civiles —luchas políticas de ideales contrapuestos —se desarrollen en las provincias españolas y encuentren sus dirigentes apoyo en una opinión pública que cien años antes ignoraba lo que era República o Imperio, y lo que significaban Dictadura o Senado. El pueblo ibérico, despertado por Roma de su profundo sueño de sombra y apolítica, se hace bruscamente político y partidista. Rabiosamente político y rabiosamente partidista. Los nietos de los pastores celtibéricos forman impetuosos en las facciones de Sertorio y de Sila, de Pompeyo o de Julio César y parten su unidad de pensamiento, de acción y de destino en dos mitades. Cada facción y cada bandera arrastran a los apasionados ibéricos al campo de la guerra civil y fratricida, que encuentran su cantor en un poeta culterano de la Bética: Lucano, cordobés como Góngora. Ya llega la época en que la vieja ignorancia ibérica se ha borrado con la cultura romana. Los nietos de los pastores son retóricos, filosóficos o abogados elocuentes, y los de los alfareros primitivos, arquitectos y escultores o trabajan los guijos coloreados de los ríos para hacer la obra de arte de los mosaicos primorosos de Itálica. Los huesos —Dios sabe en qué caverna desparramados para fruición de antropólogos del siglo XX— del hombre de Altamira deben estar tranquilos. El ibero se enardece en el circo y se emociona en el teatro, como más tarde en las sangrientas fiestas de toros y en los corrales clásicos. Una manera de pensar original y profunda —que también será raíz y medula de filosofías eternas en España— se produce en las «Consolaciones» y «Epístolas», de Séneca. El epigrama —eterno Igualmente en Iberia— florece con Marcial, aragonés como Gracián y Goya. Además de los artistas, toda suerte de intelectuales —geógrafos, agrónomos, juristas, oradores, retóricos— y capitanes. Y para remate, más adelante, dos Césares ejemplares —

Trajano y Adriano, fundadores de estirpes latinas en Oriente— verán la luz sobre la piel de toro. La paz de las águilas ha sido larga, fecunda y gloriosa. No hay camino español en que no hallemos sus vestigios insignes en puentes, calzadas, murallas o acueductos. No es extraño que nuestro pueblo crea a pies juntillas que por todas partes se va a Roma, ya que en la Península, por todas partes se ve a Roma.

VII. CRISTO EN IBERIA

El aspecto menos logrado de la unificación romanoibérica fue el religioso. Para el ibero —supersticioso, fanático y apasionado— los dioses poco serios del paganismo resultaban frivolos. El alma dramática de Iberia no podía sintonizar con. unos dioses escasamente sobrenaturales, llenos de los mismos vicios y pasiones de los hombres. Para el primitivo español, los dioses eran las fuerzas de la Naturaleza: el Sol y la Luna, que regían el día; la Lluvia, que ordenaba las cosechas; el Fuego, que purificaba destruyendo. Los enredos casi vodevilescos del padre Júpiter, su mujer, sus hijos y demás parentela, nada decían al espíritu celtibérico. En el fondo, ningún ibero sintió fe ni respeto por los dioses romanos, a pesar de sus templos suntuosos y de sus bellísimas imágenes de mármol. Difícilmente un adorador de la Luna —en las noches del plenilunio estival, cuando su majestad inunda de plata y de misterio la creación entera— podía prosternarse con emoción sincera ante una Diana cazadora de alabastro, juvenil y graciosa, pero no imponente. Las viejas religiones ibéricas de ritos duros, de danzas de espadas en torno de las hogueras, de cantos corales y sacrificios sangrientos bajo la bóveda del cielo, no cabían en los elegantes y fríos templos romanos. Por otra parte, el ibero era estoico y abnegado, fiel y austero; todo lo contrario que los dioses y los creyentes paganos. El contacto con el paganismo quizá borró supersticiones y restó divinidad a las fuerzas naturales al explicarlas de manera científica; pero no logró inculcar la fe en los habitantes del divertido Olimpo pagano. Roma abrió en el alma ibérica una sed de creer y un deseo de adorar, pero no dio sujeto verdadero a esas apetencias.

Cuando el pensamiento ibero se concreta y expresa en la prosa caliente de los Tratados y Cartas filosóficas de Lucio Anneo Séneca, ya se advierte el enorme escepticismo y desprecio por el paganismo y, lo que es más interesante, la predisposición espiritual para la recepción de una doctrina religiosa nueva fundada en un concepto de lo Divino y de lo Humano totalmente distinto del que habían sostenido las brutales religiones primitivas y el frío academicismo de la paganía romana. En Séneca se contienen muchas de las normas filosóficas de la doctrina del Rabbí de Nazareth: exaltación de la pobreza, la humildad, la resignación, la mansedumbre, la caridad, la clemencia, el desdén de la riqueza, la soberbia, la ira, la avaricia; consideración del individuo como portador de valores eternos del alma, más que como arquitectura armoniosa del cuerpo hecho para el placer. El sacrificio se considera como un camino de redención y los viejos iberos —Sagunto y Numancia eran ejemplos colectivos— sabían bien sacrificarse en aras de un ideal. A Séneca le falta un punto de mística para ser un profeta del cristianismo como norma Divina, pero es indudablemente un esclarecido precursor de su norma filosófica. Precursor no en el tiempo —pues Séneca existe en los años en que Jesús va haciendo su luminoso camino de parábolas en tierras bíblicas—, sino en el espacio. Cuando el Verbo Divino llega a la Roma enfurecida de los Césares, la palabra retórica y filosófica del genial cordobés ha abierto un surco en las mentes más claras del Imperio, discípulas de su sabiduría, para la comprensión de aquellas Doctrinas. Séneca dispone a los intelectuales a la comprensión de la metafísica cristiana, que si para los procónsules es una idea revolucionaria política y social que combatir sañudamente, para los doctos es una Filosofía inédita que desentrañar en la meditación. ¿Y para el pueblo sencillo, qué es? Para el pueblo sencillo, la voz de Cristo y sus Apóstoles es agua clara y alba luminosa de esperanzas nunca sentidas. El pueblo la acepta no por tendencia a la revuelta ni por regla lógica pura, sino porque le llega al corazón, sediento y angustiado, como un rocío fresco de promesas de mejor vida después de su vida dolorosa.

Santiago y San Pablo son los Apóstoles a quienes incumbe propagar por la Iberia romanizada la fe evangélica. Un santo milagroso y combativo y otro santo intelectual. Naturalmente, los hombres de Iberia entienden mejor al primero, aun cuando escuchan con deleite al segundo. La Doctrina explicada prende con rapidez —no podía por menos— en el alma ibérica, tan apasionada y austera, tan ávida de creer y tan escéptica ante el paganismo. En el fondo, para ellos, el Cristo crucificado por los gobernantes romanos es un hermano de martirio de tanta víctima ibera de las represiones de Roma. Cristo era un hombre de origen humilde como ellos, que anatematizaba el lujo y la violencia y predicaba

la igualdad y la hermandad de los hombres, totalmente ignoradas por la aristocracia burocrática de Roma. Cristo significaba un poco la vuelta a la Edad de Oro anterior a las civilizaciones que habían traído los refinamientos sensuales, la riqueza y los pronombres posesivos. Los hombres ibéricos se impregnan pronto de la Doctrina maravillosa y consagran sus vidas a su difusión y permanencia. Las autoridades romanas, alarmadas, dictan severísimas medidas contra la nueva fe que amenaza quebrar si equilibrio de las águilas en paz en todo el ámbito del Imperio. Mucho más peligrosa que cualquier emoción política anterior es esta transformación de los espíritus. Republicanos o cesaristas, demagogos o tiranos eran fáciles de combatir, pues salían con sus armas a la plaza pública o al campo libre para defender su manera de pensar. Los cristianos suponían otra clase muy distinta de peligro. Su pensamiento nada tenía de político. Al contrario, tenían por norma dar a Dios lo de Dios y lo del César al Impe-rator. Cumplían sus deberes ciudadanos, pagaban sus impuestos y cumplían los senadoconsultos y las leyes. Pero, en el fondo, su manera de ser contraria a todas las costumbres romanas, a todas las tradiciones intangibles de una civilización secular, significaba —dentro de su placidez y templanza— la más formidable subversión conocida contra un Estado de Derecho, contra una organización jurídica en la que lo civil y lo público —la familia, el patriciado, la esclavitud— formaban un todo compacto e indivisible. La propagación de la nueva fe es inaudita. El signo misterioso de la Cruz se multiplica por todas partes. La Doctrina de Cristo tiene que ser puesta fuera de la Ley, aun cuando sus fieles no combaten la Ley escrita, sino el fondo total de la Sociedad que la ha dictado y a quien rige. La razón de Estado —la fría razón romana— tiene que actuar rápida y enérgicamente si quiere conservar el Estado. Se decreta la persecución a muerte de los cristianos. No sólo en las prisiones, sino en los circos. La fe católica se convierte en espectáculo apasionante para la elegante decadencia romana, ávida de emociones fuertes. En los circos del Imperio, las luchas de gl-adiadores pierden interés ante la sensación nueva de los grupos de cristianos devorados por las fieras hambrientas. El Imperio huele a sangre fresca y a carnes despedazadas. Los circos iberos dan mártires al cielo y santos a los altares durante los siglos II y III. No se amenguan con ello la fe y el ardor de los cristianos. Al contrario, cuantos más caen, más se levantan. Cada gota de sangre vertida se hace un río bermejo que borra la púrpura de los crueles Césares. Cada mártir es un ejemplo que miles de almas anhelan seguir. Los cielos peninsulares se llenan de cantos al Señor y de plegarias a sus elegidos, martirizados en las más importantes ciudades de la España romana: Santa Eulalia de Emérita Augusta, Santa Engracia de César Augusta, Santa Leocadia de Toletus, San Vicente de Valencia... La celestial legión ibérica ha empezado a formarse alrededor de la Cruz. Cada siglo venidero seguirá aumentándola con santos y santas de todas las clases y todas las tierras de la piel de toro.

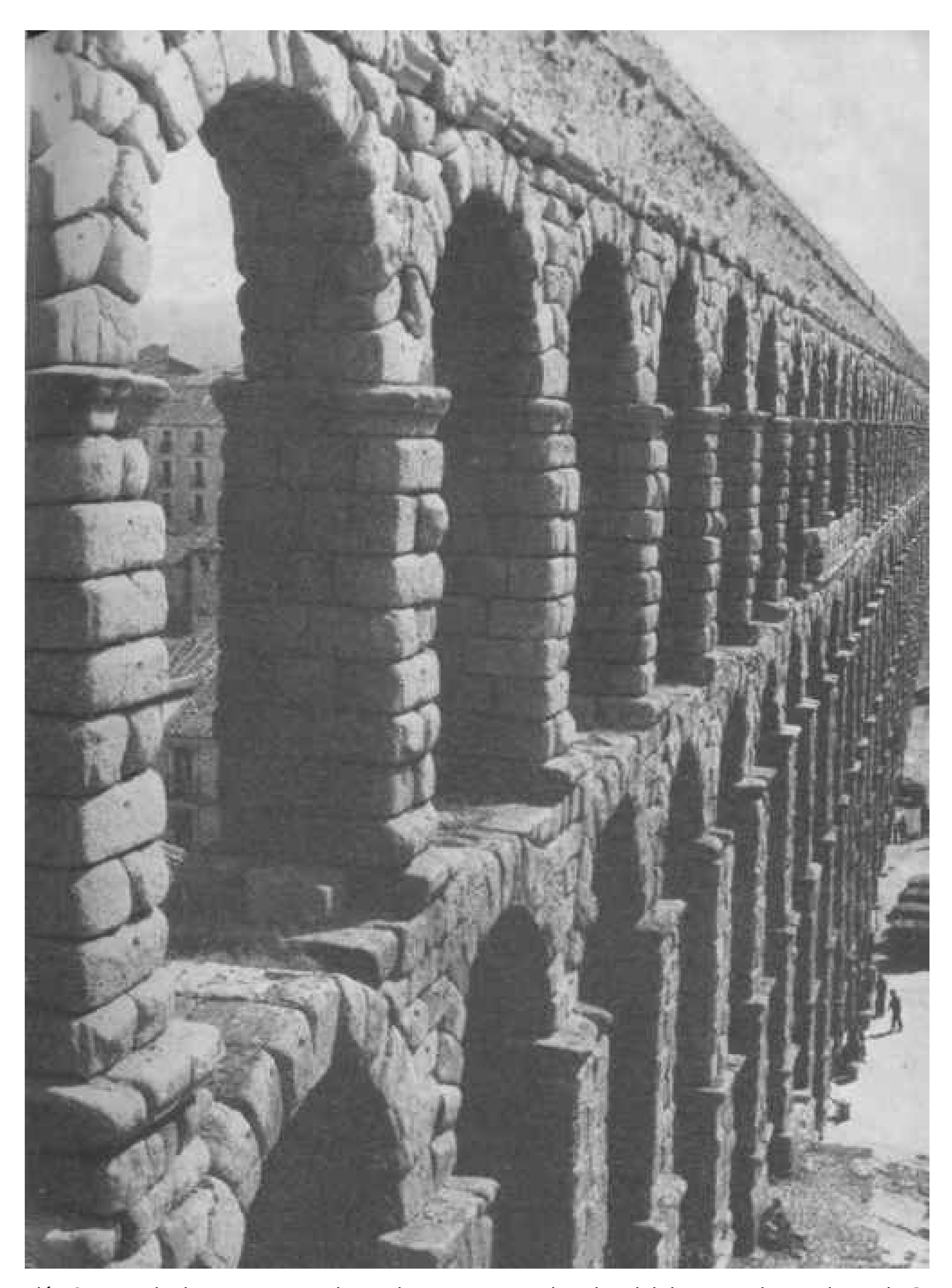
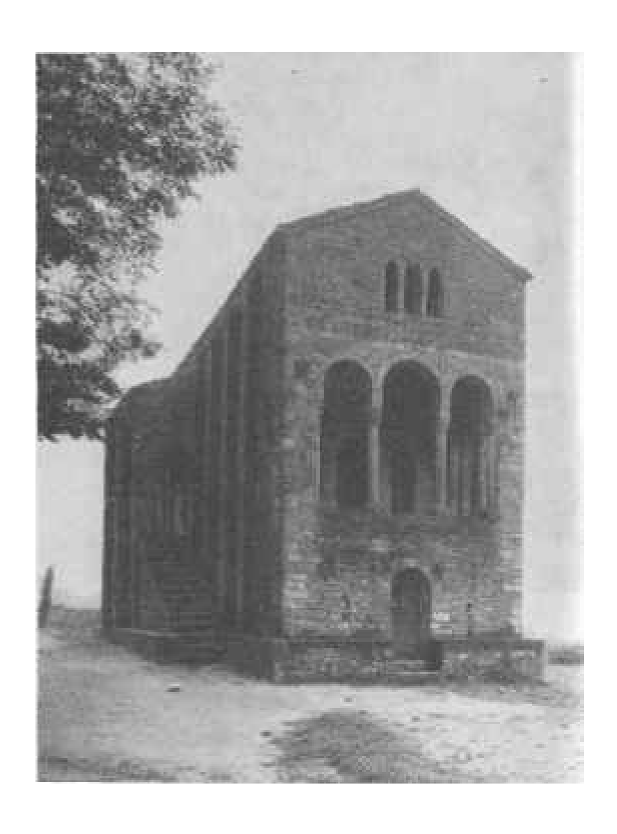


Ilustración 9. Una de las mayores «obras de romanos» sobre la piel de toro: el Acueducto de Segovia



Ilustración 10. Con la fe de Cristo nace un arte nuevo que tendría su expresión plástica en la pintura, como en este «Pantocrator» de un frontal románico de La Seo de Urgel. Y en la arquitectura, como en la bellísima iglesia de Santa María del Naranco (Oviedo)



Las persecuciones incesantes no lograron más que acrecentar la fe y fortalecer a la naciente Iglesia. La clandestinidad de los templos, el tapujo de los ritos y la palma del martirio exaltaron más y más la ya caliente religiosidad ibérica. Las Comunidades religiosas se extendían por las cinco provincias. Cuando, a principios del siglo III, un edicto imperial del César Galerio reconoce a la Iglesia católica su personalidad jurídica, la Iglesia española, filial de la de Roma, puede salir a luz y celebrar en público su rito poéticamente severo. Las persecuciones han cesado. Otras leyes de Constantino —el primer Emperador que recibe el Sacramento del Bautismo— conceden a la religión cristiana los mismos derechos públicos y privados —oficialidad y propiedad— que al paganismo, en franca decadencia. Se establece la Santa Sede en Roma y toda una escala de jerarquías —obispos, presbíteros, párrocos y diáconos— rige la vida eclesiástica de España. La mística de los religiosos y la sabiduría de los padres de los primeros Concilios informan definitivamente el catolicismo ibérico, que, a través de riesgos y vicisitudes a lo largo de los siglos, habría de perdurar como una segunda naturaleza de los españoles. No importarán dos siglos de lucha contra las herejías y ocho contra los musulmanes. No importará que una agria voz afirme en 1933 que España había dejado de ser católica. La afirmación era absurda. Caso de ser exacta, hubiera bastado con decir que España **había dejado de ser.** No importará que media España cristiana vuelva a la clandestinidad y a la catacumba desde 1936 a 1939. La religión cristiana es tan consustancial con España que a ella se debe principalmente la no fragmentación de la piel de toro en la crisis reformista que en el siglo XVI altera los mapas de otras naciones. Si España ha conservado el ser y la forma, su puesto en el mundo y su misión histórica a pesar de los azares y vaivenes de veinte centurias, es porque en ningún momento se ha apartado de aquella Cruz ingenua y tosca que adoptaron como símbolo de su ferviente fe los primeros cristianos de la Celtiberia romanizada.

VIII. LAS ÁGUILAS LEVANTAN EL VUELO

La capital política del mundo antiguo, cerebro y brazo del orbe conocido, empieza su descenso fatal después de la muerte de Augusto, el Gran Emperador de la Paz Romana, en torno del Mare Nostrum. Sus sucesores logran sostener durante algunos siglos el equilibrio inestable de aquel inmenso Imperio que comprende Tracia, Grecia, Italia, las Galias, Hispania y Britania en Europa; en África, Mauritania, Numidia, Cirenaica y Egipto, y en Asia, parte de Arabia, Siria, Mesopotamia y Asia Menor. Pero el equilibrio no es ya la paz octaviana. Además de la honda sacudida moral del Cristianismo, son muchas las corrientes de tipo político que resquebrajan la solidez del edificio imperial. La principal no viene de abajo arriba, de la ancha base popular y compleja al vértice jerárquico de la Monarquía Imperial, sino al revés. El primer gran enemigo de una Monarquía es un mal Monarca. Y entre los sucesores de Augusto, un buen Emperador es un mirlo blanco. A la serenidad, la inteligencia, el ardor y la fe que acompañan en el reinado de Augusto a su concepción de la dignidad cesárea y de la misión histórica del Imperio, suceden en el Trono la inepcia, la vanidad, la ira, la frialdad, el escepticismo, la crueldad, la idiotez, la epilepsia, la esquizofrenia y —lo más grave de todo— la oscuridad del intelecto para discernir lo que significan estas tres cosas esenciales para gobernar: la legitimidad de la autoridad, la personalidad de los súbditos y el vínculo humano de una y otra que es la autenticidad de la jerarquía. Sin ellas, no hay Imperio ni Monarquía ni República. Llámese como se llame, el Estado que desconoce una cualquiera de estas tres cosas no llegará jamás a ser un Estado de Derecho y su Jefe no pasará de ser un déspota o un juguete del azar. Resabios democráticos impidieron a Augusto establecer la dignidad imperial hereditaria. La sustitución de la fórmula dinástica —de evidente fuerza natural— o la electiva por la simplemente jurídica de la adopción, restaban solidez a la idea imperial. Si se puede aceptar como fatalidad una herencia de derecho divino, no puede tolerarse con otra fórmula la transmisión de un poder rector de un pueblo. Un soberano necio o cruel, en la Ley establecida de la sucesión a una Corona es una desgracia para la Nación que ha de soportarle, pero ese mismo soberano no impuesto por una ley superior, sino por la voluntad de quien lo designó para el Trono, no puede tolerarse sin envilecimiento. El Imperio Romano se encontró en esta segunda coyuntura y, falto de energía para rechazar el sistema, fue bajando peldaños de degradación conforme ascendían al sitial de Augusto los Tiberio, los Calígula, los Nerón, los Diocleciano, los Heliogábalo. La vileza se acentuaba cuando un Senado corrompido o una guardia pretoriana enloquecida de poder ¡legal trataban de corregir por la violencia el defecto inicial del sistema y entregaban el manto y la diadema al más brutal de sus miembros.

Salvo excepciones contadísimas —Trajano, Adriano, Marco Aurelio, Nerva—, los tres primeros siglos del Imperio transcurren entre un huracán de pasiones y crímenes monstruosos, de aberraciones caprichosas y desnaturalización de la idea inicial de los geniales Julio César y Octavio Augusto. Cuando el soberano es un cretino o un delincuente, no cabe esperar otra cosa que cretinismo y delincuencia en quienes reciben poder por delegación suya. Como, en general, el buen Monarca suele seleccionar buenos equipos gobernantes bajo cuyo mando los súbditos mejoran sus costumbres morales. Es raro en la Historia —no tratándose de pueblos sumamente fatigados o, por el contrario, de extraordinaria vitalidad— que no se correspondan en virtudes o vicios el Monarca, el Gobierno y el pueblo. Y es que, como categóricamente se ha dicho entre nosotros por el genio de nuestra generación, «el sistema es el hombre». El sistema imperial de Roma, grandioso en Augusto y armónico en Trajano, es vil en Nerón y repulsivo en Diocleciano. La inercia del movimiento adquirido conserva aglutinadas las provincias lejanas, pero las águilas están inquietas porque adivinan a distancia el bramido de la tormenta. Si hubiese brotado en una sola de las provincias del Imperio la idea política que diecinueve siglos más tarde se ha de llamar «de las Nacionalidades» —tan rápida de asimilar por los pueblos oprimidos—, la duración del Imperio de Roma habría sido meteórica, a pesar de la fuerza de sus Legiones y los tesoros de su Erario. Pero la idea nacional tenía que llegar a hacerse después de muchos siglos de experiencia histórica y evolución filosófica y revolucionaria del Derecho de gentes.

En lugar de la idea nacional —anti-imperial, pero humana y tuerte—, las provincias del Imperio

sienten una inquietud inorgánica terriblemente peligrosa al perder la fe en el Estado de que forman parte: el vago deseo de cambiar de amo. La corrupción de las costumbres públicas romanas ha alcanzado a la fiereza de los pueblos sometidos, trocados en indolentes y cobardes. Incapaces para alzar una bandera o proferir un grito que defender con las armas, esperan un acontecimiento de fuerza física irresistible que arrastre la abyección en la que ellos mismos están insertos sin saberlo. Aguardan el rayo que destruya el árbol —podrido en las raíces— de que son ramas.

En las fronteras septentrionales del Imperio —calificados de bárbaros por la cultura romana— habitan unos hombres rudos, rubios, combativos y ambiciosos a quienes no se ha podido dominar ni frenar. El Danubio y el Rin los separan de Tracia y de las Galias. Aman la guerra —que es su naturaleza y su religión— y tienen conceptos nuevos de la vida. Ningún refinamiento ni molicie alguna rebajan su temperamento belicoso, disciplinado y ardiente. Durante siglos, los germanos vienen adiestrándose para la lucha con Roma, y los más ilustres jefes militares del Imperio han paladeado el sabor de las derrotas infligidas a las águilas por los jefes del Norte. Más que por odio a Roma y la evidente necesidad de expansión de sus tribus prolíficas, más que por la ambición de dominio y la instauración de sus diQses en otras tierras, los pueblos de la Germania se mueven hacia el Sur, por lo que después se ha denominado «la llamada del Sol». La luz de Italia, más que el ansia del botín en Roma, es lo que atrae a estos hombres de las negras selvas, del pan de centeno, de los cielos plomizos, de las nieves y lluvias sempiternas. La luz de Italia, el clima de Iberia y el sol de Mauritania son los reclamos y los banderines de enganche. Se hacen frecuentes las incursiones bárbaras en tierras imperiales y las patrullas exploradoras adquieren el convencimiento de que la resistencia a su ímpetu no ha de ser grande ni esforzada. En Roma se han terminado los generales de genio. Las legiones se han blandeado en la dulzura de la paz romana. Los pueblos sojuzgados, alejados de la idea imperial por los yerros del sistema y por la norma cristiana, tampoco podrán ser valladar del empuje norteño. La era rubia se aproxima fatalmente. Hay un acontecimiento singular —a principios del siglo IV— que anuncia la inminente caída del Imperio: su división interna en Imperio de Occidente y de Oriente. La unidad de mando, esencial para el régimen, sufre el más rudo golpe. El año 326, el Emperador Constantino funda Bizancio. Roma, enemiga de Roma, huye de sí misma y franquea su puente de plata, por el que se evade, a los otros enemigos que llegan.

IX. EL ÁSPERO CAMINO DE LA UNIDAD

Antes de que Bizancio cumpla un siglo y mucho antes también de que la concepción católica del Imperio de Constantino encuentre su forma en Justiniano, los pueblos germanos, infiltrados desde el siglo II en el Este del Imperio, invaden el Occidente. Los visigodos, mandados por Marico I, entran en Italia y se apoderan de Roma en 410. La habilidad romana les hace abandonar la Península, permitiéndoles instalarse en la Galia Meridional y en Iberia como aliados del Imperio. Los visigodos son de entre los germanos quienes acaban por dominar en España, sujetando a los violentos suevos, vándalos y alanos, que les habían precedido algunos años en la terrible oleada que asoló a sangre y fuego las ricas provincias españolas, dejándolas sumidas en la peste y el hambre. Los visigodos eran mucho más suaves de costumbres por la influencia de Roma, y sobre todo porque ya conocían los principios del cristianismo, aun cuando lo practicaban conforme a la herejía de Arrio.

Al principio, el Estado visigótico —monárquico y electivo— tuvo un carácter hispanogalo y gobernaba tierras de ambas vertientes pirenaicas. Tenía como capital la ciudad aquitana de Tolosa. Los soldados godos, en frecuentes incursiones por la Península, conquistaron la Tarraconense y la Bética. Lusitania estaba sojuzgada por los suevos. En 467 sube al Trono de Tolosa un hombre de grandes condiciones políticas, diplomáticas y guerreras, llamado Eurico, quien consigue de Roma la total independencia de su reino. Al poco tiempo, otras hordas germánicas —los hérulos— se apoderan nuevamente de Roma y ponen fin al Imperio de Occidente. Eurico, Monarca codificador, no puede contener la pujanza de los francos enseñoreados del Norte de las Galias, y su reino inicia un período de decadencia. Uno de sus sucesores —Alarico II— tiene que ceder a la presión franca y replegarse en España, instaurando definitivamente, al principio del siglo VI, un Estado visigótico autónomo sobre la piel de toro. Ya no es la capital Tolosa o Narbona. Durante los primeros años, el nuevo Estado, sujeto a mudanzas bélicas, se gobierna desde un cuartel general movible, hasta el reinado de Atanagildo, quien conquista el Trono con ayuda de tropas bizantinas de Justiniano **el Grande** e instala la capital de su Monarquía en Toledo. Durante los reinados de Atanagildo y de su sucesor Leovigildo, la Monarquía hispanovisigótica se consolida y fortalece. Llevando a cabo las enseñanzas unificadoras del gran Eurico y siguiendo el consejo de los sabios y cultos bizantinos que los rodean, Atanagildo y Leovigildo fusionan en cuanto les es posible al viejo pueblo hispanorromano y a los dominadores. Se autorizan los matrimonios entre godos y españoles y estos últimos ocupan puestos en la Corte, en el Ejército y en el gobierno de las provincias. Se inician los estudios para armonizar las dos legislaciones que rigen la vida de la España gótica: el «statum legum» de Eurico —compilación de leyes germánicas públicas y privadas, que sólo rige para el invasor— y la «Lex Romana Wisigothorum», reunión de las viejas leyes del Imperio aplicadas exclusivamente al pueblo vencido en las Galias y en Iberia. Esta dualidad legislativa perturbaba naturalmente el desarrollo del Estado y ponía en peligro la unidad apetecida, casi tanto como las incursiones de los suevos, que desde el Noroeste se descuelgan sobre las comarcas centrales, saqueando, incendiando y violando. Leovigildo emprende la guerra contra los suevos y logra destruir el foco de perturbación y disidencia de aquel reino. La unidad —dentro de lo que cabe en un país sacudido por tantas conmociones y alterado en su idiosincrasia por tanto cruce y tanto derramamiento de sangre— se logra en lo territorial, salvo en el Norte de la Península, donde los vascos —nunca sometidos a Roma— prosiguen arriscados en su montaña, con una independencia primitiva y anárquica. En lo esencial, ya se ha dicho cómo la duplicidad legislativa impide casi por completo el entendimento de vencedores y vencidos, aunque la buena voluntad de todos vaya poniendo los jalones para lograrla. El príncipe Hermenegildo, hijo mayor de Leovigildo y gobernador de la Bética, contrae matrimonio con una princesa católica del reino de los francos llamada Ingunza y abjura solemnemente en Sevilla de la herejía arriana —la religión oficial— para abrazar el catolicismo. La conversión del príncipe es la señal de una rebelión de los católicos de la Bética, que aclaman rey al joven príncipe. Por primera vez en la Historia de España, la Cruz de Cristo se alza como pendón político. Por vez primera, los católicos españoles —hispanorromanos y visigodos— toman las armas por su religión, identificándola con el Estado. Leovigildo comprende la gravedad del caso y titubea. Rey unificador y padre, advierte todos los peligros que puede entrañar la discordia. Leovigildo no es un

fanático arriano. Es, ante todo, un político, y como político trata de conciliar las cosas y no llevar la disputa hasta el trágico extremo de una guerra civil, que podría destrozar su obra cuidadosamente edificada. Pero las circunstancias le empujan a la lucha. De un lado, sus cortesanos, arríanos todos, y envalentonados con los recientes triunfos militares en el reino suevo, y de otro, los rebeldes, cada vez más audaces y enlazados con los demás católicos del resto de España, que pueden también sublevarse un día u otro, le obligan a actuar con las armas contra su propio hijo, que ha salido de Sevilla hacia Toledo con sus huestes. El ejército real sorprende a Hermenegildo en Córdoba y pone cerco a la ciudad. El príncipe no quiere que la sangre española sea vertida en una lucha fratricida y rinde su espada al rey su padre. Leovigildo, satisfecho de haber conjurado el peligro de fragmentación nacional, castiga al príncipe benignamente. Le despoja de su gobierno bético y le destierra a Valencia, apaciguando a los católicos. Hermenegildo queda custodiado en la ciudad levantina, donde se le propone la vuelta al arrianismo, a lo que se niega. Su arrogancia al negar y probablemente alguna excitación entre los católicos valencianos aconsejan el traslado del príncipe a otra ciudad. Tarragona sustituye a Valencia, y la relativa libertad del desterrado político se convierte en la mazmorra del reo, bajo la vigilancia de un gobernador fanático en su religión y en su lealtad al rey. Ya tenemos un gran cuadro de Historia, tan del gusto del teatro y la pintura del siglo XIX. Un príncipe joven y bueno, recién casado; un rey inflexible como político, aunque generoso como padre; y una autoridad delegada —como casi siempre excesivamente celosa en el desempeño de su misión— que atormenta al prisionero. Calabozo de frías piedras grises. Un tragaluz. La cruz grabada en la piedra con las uñas. Lejos, Ingunza llora y reza y los partidarios —perseguidos— de Hermenegildo traman conspiraciones para liberarlo. El gobernador —que se llamaba Sisberto y era duque— insiste con el príncipe para su conversión. El príncipe recuerda a los mártires cristianos de los primeros siglos y anhela seguir su camino glorioso hacia el Señor entre los cantos arcangélicos. Sisberto insiste en sus ruegos y amenazas. Hermenegildo permanece sordo a otra voz que la de su Dios. El carcelero se convierte en verdugo y Hermenegildo sufre martirio y asciende al difícil paraíso de los elegidos. ¿Fue orden del Rey? ¿Fue exceso de celo del duque? ¿Hubo algo más?

La crónica es escasa. Siempre es escasa la crónica cuando se comete un crimen de Estado. Los sabios historiadores dudan si calificar de parricida al prudente Leovigildo, de asesino a Sisberto o de faccioso a Hermenegildo. Pero la Iglesia ha llamado a Hermenegildo a sus altares como mártir de la fe. Leovigildo murió en seguida, cuando todavía los católicos de la Bética —desalentados por la ausencia del príncipe, confortados por la presencia del mártir en los coros celestiales y dirigidos espiritualmente por otro ilustre Santo español: San Leandro, Obispo de Sevilla— luchaban contra los contabularios góticos del suntuoso Monarca toledano, primer Rey que en España acuñara monedas de oro con su efigie.

* * *

La Unidad se iba haciendo con todos estos forcejeos. La Unidad espiritual y material de los pueblos necesita luchas, necesita guerras exteriores y revueltas internas, necesita héroes, víctimas, verdugos y poetas. La Unidad es una meta difícil a través de un camino áspero, de barrancadas oscuras y cimas iluminadas, de encrucijadas y cepos, de traiciones y crímenes. Necesita de todo para hacerse. Ningún pueblo la alumbra sin espasmos de dolor, sin brutales desgarramientos, sin ríos de sangre y sin frentes nimbadas de martirio. La piel de toro ha sentido muchas veces estos dolores sobre su superficie. La fuerza unitaria ha triunfado siempre —tras siglos de forcejeo, a veces— sobre los intentos criminales de dispersión. Y en cada combate por la Unidad, el pueblo de Iberia ha ganado para su historia algún nombre con aureola de mito, de la más alta fuerza de realidad y poesía.

X. RECAREDO, REY DE ESPAÑA

Recaredo recoge la herencia de su padre, el gran rey Leovigildo, y la misión de su hermano Hermenegildo. Una feliz conjunción en su espíritu de las condiciones de uno y otro —talento unificador, energía en el mando, tacto político, comprensión de los problemas y profunda religiosidad católica, no exaltada demasiado por el martirio y la santidad fraternos— hace de su reinado uno de los más esclarecidos de la España visigótica. Recaredo ha advertido que la gran masa hispanorromana es católica y está descontenta de la minoría arriana. El error político de Leovigildo de entregar a sus adversarios como bandera de facción la sangre de Hermenegildo puede costar la destrucción del reino ya construido, si se persiste en él. Prudentemente, Recaredo juzga la situación. Incluso por respeto filial, su posición debe ser de atracción de esas masas a la Corona para borrar el odio que moteja de parricida al Rey difunto. No se diga si esa postura es aconsejable para su propia acomodación en el Trono. La sombra del mártir Hermenegildo agitándose entre las gentes revueltas sería el peor rival para Recaredo. El Héroe caído o el Mártir elevado al Altar son siempre un gran peligro para el gobernante que permanece. Es buena táctica política seguir —por lo menos algún tiempo— la inspiración del muerto popular y glorioso. Si la táctica coincide —alguna vez coincide— con el propio sentimiento, el gobernante no puede entrar con mejor pie en su tarea histórica. Esto le ocurre a Recaredo. Sube al Trono a la muerte de su padre y en seguida —tan pronto la Corte alivia su luto— emprende la reforma trascendental que el pueblo exige al aclamar y rezar a la vez a San Hermenegildo. Recaredo abjura solemnemente en Toledo del arrianismo Y abraza la fe católica. Le siguen muchos dignatarios de la Corte, algunos condes y duques. Pero parte de la nobleza visigoda Persiste en la herejía no sólo por convicción de conciencia, sino Por interés de clase. La distinción de creencias es también un modo de esnobismo aristocrático que se da muchas veces en la Historia. Cuando la plebe profesa una fe fanática, los elegantes y los privilegiados alardean de escepticismo y al revés: cuando el pueblo, trabajado por demagogias —que acaso empezaran por la corrupción moral de las clases superiores—, abandona sus creencias, es la aristocracia la que pone de moda el fervor. No es siempre así, pero es frecuente. La aristocracia visigoda tuvo esa actitud de contrariar al pueblo hispanorromano y poner en riesgo al Trono, buscando apoyo en el Reino extranjero de los francos, ávido siempre de intervenir en las contiendas intestinas de España, al lado de los enemigos de la Unidad hispánica. Los francos eran católicos, pero políticamente ayudan en esta ocasión a los arrianos. El peligro franco, que andando el tiempo llegaría a ser una constante histórica para España, lo conjura Recaredo, Rey germano —como más tarde Carlos V— con energía y prudencia. Más que militarmente, Recaredo triunfa con las armas buidas de la discreción y la mesura diplomática. Si no pareciese un juego de palabras —dada la importancia capital que para la Unidad del Reino hispanovisigodo v para la cultura patria tuvo aquella Asamblea o Consejo Nacional políticorreliaioso que se llamó el III Concilio de Toledo—, nos atreveríamos a llamar a Recaredo «el Conciliador». Nos conformaremos con señalarle como el primer gran Monarca unificador de nuestra historia. Consiguió unidad de las tierras y de los hombres bajo el signo de la Cruz; consiguió la unidad espiritual de los vencedores v los vencidos; aproximó a las dos razas dominada y dominante v a la nobleza y al pueblo. SUPO hacer piadosa la victoria, generoso el poder, nacional la disciplina y fusionar las sangres ibérica, romana v visigoda. SUPO legislar sin partidismos y preparó sobre las huellas de su padre y hermano —gloriosos cada uno en su estilo— la obra magna de su sucesor, Recesvinto: el Fuero Juzgo o Libro de los Juicios, primer Código español —redactado en latín todavía— que funde en una sola las dos legislaciones anteriores.

Guía espiritual de Recaredo. fue el más completo intelectual de la España visigótica y uno de los más esclarecidos de toda la Edad Media: San Isidoro, Arzobispo de Sevilla desde la muerte, en 596 de su hermano San Leandro, antecesor suyo en la ilustre Silla. San Isidoro era un noble cartagenero, hijo del gobernador de aquella plaza. La familia de los dos Santos españoles era oriunda de Bizancio v llevaba en la sangre el afán de sabiduría y polémica inteligente de la ciudad insigne donde reinaba Justiniano el Grande. La curiosidad de San Isidoro era inagotable y su cultura y sapiencia profundizaban en todas las disciplinas conocidas: Teologia, Derecho, Historia, Literatura, Astronomía; todo el saber que durante el Medievo enseñaran Bolonia, Heidelberg, París y Salamanca en sus planes

universitarios del Trivium y el Quadrivium, es abordado impetuosamente y reposadamente por el Príncipe de la Iglesia y de las Letras hispanorromanovisigóticas. Auténtico y formidable intelectual, San Isidoro no se conforma con pensar y escribir. Ello fuera bastante para su gloria, pero no se conforma. San Isidoro intuye que la misión del intelectual rebasa del gabinete de trabajo, mucho más si el intelectual está ungido por los Óleos Santos. Religioso e intelectual, San Isidoro, armado de su saber y su virtud, sale a ganar batallas por la Fe y por la Razón, por Dios y por el Estado. Es San Isidoro quien —todavía no Obispo y todavía no Santo— conversa y convierte a Hermenegildo primero y más tarde a Recaredo. Los convertidos a la fe de Cristo se dejan aconsejar por su insigne pastor, que sabe aplicar al arte difícil del gobierno la norma equitativa y revolucionaria de las doctrinas de Cristo. La voz de San Isidoro de Sevilla está presente en aquel Concilio III de Toledo, en donde Recaredo abjura del arrianismo. Y ya anciano venerable, vuelve otra vez de orillas del Betis a orillas del Tajo para presidir el IV Concilio (633), que es mucho más que el anterior un Consejo político, antecedente de lo que siglos más adelante serían las Cortes en los reinos cristianos de la Reconquista, aun cuando lo mismo en los unos que en las otras, los elementos reunidos no compartían con el Monarca la potestad legislativa ni la ejecutiva, sirviendo solamente de cuerpo consultivo y asesor de los más graves problemas. Ese IV Concilio, presidido por San Isidoro, precisamente, defendió a los hebreos desde el punto de vista religioso. La actitud de los nobles visigodos y de algunos monarcas anteriores o posteriores al Santo Arzobispo fue más intransigente, por motivos políticos y tal vez racistas. San Isidoro, católico e intelectual, no era partidario de la expulsión violenta ni del bautismo forzoso de los hebreos españoles. Creía en la eficacia de la predicación de la Sublime Doctrina, desconociendo —no obstante su sabiduría— la inmensa capacidad de resistencia de esta raza, que habría de continuar, a través de las exaltaciones fanáticas de cristianos y musulmanes, en la larguísima lucha religiosa de la Reconquista, impermeable a una y otra influencia, recelada de todos y recelosa de todos también, hasta que otros monarcas unificadores y católicos decidieran su expulsión. La falta de una decisión enérgica con los judíos es el reproche que puede hacerse al reinado de Recaredo y a los de algunos de sus sucesores. La unidad nacional se habría completado y es muy posible que sin judíos en la piel de toro la invasión musulmana no hubiese tenido tanta expansión, ni tanta duración la Reconquista. Recaredo y San Isidoro cometieron el tremendo error político de dejar enquistado en el Estado que acababan de unificar, el tumor maligno de las rebeldías, las resistencias, las traiciones y los separatismos. A fines del siglo VI el elemento judío español no tenía la preponderancia económica y la tremenda dispersión que a fines del siglo XV. La expulsión en masa de centenares de miles de judíos por el edicto de 1492, cuando España convalecía de ocho siglos de guerra santa disponiéndose a la conquista y evangelización de un Continente, puso en trance de bancarrota al Estado Nacional de las flechas y el yugo. En el reinado de Recaredo, la expulsión apenas hubiese perjudicado a España en el sentido económico, pues entonces los hebreos no habían llegado a la acumulación de riquezas que en el siglo XV ni se habrían incrustado todavía en todo el cuerpo nacional. Es curioso pensar que probablemente el arriano Leovigildo —de haber vivido diez años más— hubiera tomado la decisión de echarlos de España por razones de unidad política, en tanto que Recaredo, convertido a la fe católica y aconsejado por un Santo, vaciló ante ella, decidiendo al fin tolerar en el suelo patrio unificado la permanencia de ese fermento de todas las disensiones.

XI. NO POR EL AMOR DE FLORINDA

El romancero medieval, como los reportajes sensacionalistas de nuestra época, contiene tanto de verdad como de fantasía. En los romances y en los artículos de prensa tipo yanqui, la verdad es sospechosa o inventada, como la han calificado para sus comedias don Juan Ruiz de Alarcón y don Jacinto Benavente. Al fin y al cabo, el romance no es más que el rumor poetizado, como el reportaje suele ser el rumor a tanto la línea. En el rumor, el reportaje o el romance en torno de una figura destacada en cualquier actividad —político, torero o monarca—, igual que en las películas de Hollywood, «siempre hay una mujer». A veces, en la realidad no la hubo ni la hay, pero el vulgo, el poeta y el reportero —aduladores o temerosos de ellas— les inventan papel en el drama de la Historia. Así, el rumor romanceado del último Rey visigodo de España hizo protagonista del drama de la invasión musulmana a la hermosa Florinda «la Cava», la que bañaba en el Tajo —cabe el puente de San Martín— su hermoso cuerpo; vampiresa visigótica de cuyos encantos se prendara Rodrigo. Rodrigo, rey débil y enamoradizo; Florinda, seductora y coqueta; el conde don Julián, padre ofendido, y el obispo don Oppas, traidor, sacrilego y celoso, forman el cuarteto de ese gran final de ópera romántica que se pretende situar a orillas del Guadalete. La trama melodramática está bien urdida. Los coros de cristianos con su canto llano en las basílicas románicobizantinas —San Juan de Baños o el toledano Cristo de la Luz— y las danzas guerreras de los hijos del Islam con sus corvos alfanjes y su pompa oriental, parecen pedir la partitura a un compositor de escuela nacionalista. Uno piensa en la «Córdoba» de Albéniz al leer los romances —muy posteriores a la historia— del cielo de don Rodrigo.

La crítica histórica ha reducido mucho la «particella» de Florinda en la ópera del Guadalete o de la Janda. Incluso se ha llegado a negar entrada a la soprano en el famoso concertante y el drama de amor ha quedado reducido a drama político, contra el parecer del vulgo, del poeta, del reportero y, desde luego, de las mujeres, que preferirían que los «moros» hubiesen venido a España por la sin par Florinda y no llamados contra el rey Rodrigo por los hijos de Witiza, el monarca a quien Rodrigo había destronado. Antes de Witiza habían reinado Wamba, Recesvinto y Chindasvinto. Todos estos reyes habían alcanzado la corona por la forma electiva, tradicional en la monarquía visigótica española, a pesar de que algunos príncipes como Recaredo y Recesvinto sustituyeran en el Trono a sus progenitores electos y a pesar también de los esfuerzos de algunos participantes en los Concilios, que trataron de dar una fuerza y una permanencia a la institución real, que no podría adquirir si no se hacía hereditaria. La monarquía visigótica no tenía siquiera la institución de la designación del sucesor como el Imperio Romano. No había —salvo en las excepciones citadas— una solución de continuidad entre reinado y reinado. El camino del Trono estaba abierto a todas las ambiciones e intrigas de los nobles, quienes lo franqueaban muchas veces apelando a la violencia del puñal o el veneno. No cuajada totalmente la idea nacional, divorciado el pueblo hispano-rromano de la clase dirigente, el sistema monárquico electivo era peligrosísimo. El país se rasgaba en tantas facciones como Condes o Duques con apetencia del cetro y con medios de fortuna para conseguirlo. El poder real nunca alcanzaba la solidez necesaria para hacer definitivamente nacional el Estado. El Reino visigodo, como siglos más tarde la llamada «República coronada» de Polonia, vivía en el constante peligro de la autodesmembración o !a conquista exterior. Si pudo sostenerse —aunque no fundirse con el pueblo— se debió a que en la lista de sus Reyes figuraron algunos de los mejores gobernantes españoles, todos ellos por cierto interesados en lo que hubiera sido una auténtica Revolución Nacional: la conversión del régimen electivo en hereditario. San Isidoro tenía la misma idea política. Frente a esa concepción revolucionario-jerárquica, la nobleza contrarrevolucionaria continuó sosteniendo, por ambición antinacional, el mal sistema.

Fracasado en reinados y concilios el pensamiento nacional, la gran revolución jerárquica no llegó a realizarse y el cambio cada reinado conoció disturbios y complicaciones promovidos por la ambición de los nobles poderosos o los soldados de fortuna. Los más grandes tuvieron lugar en el reinado de Wamba —el único rey «malgré lui» que conoce la Historia—, durante el cual un pueblo de origen asiático —los árabes—, instalado en la antigua Mauritania, cruzó el Estrecho de Gibraltar por primera

vez. Es bien probable que los hijos del Desierto —un poco nómadas, un mucho belicosos y fanáticos de la fe de su profeta Mahoma— estuviesen informados por los judíos de Iberia de la debilidad provocada en la Península por la división interna. Wamba supo rechazar a los guerreros de rostro oscuro, adoradores de la Media Luna. Wamba era hombre enérgico y militar, austero y político. Sus sucesores —Witiza, que le destronó, y Rodrigo, que destronó a Witiza— no tenían su temple ni su inteligencia. Rodrigo —sobre todo— era débil, enamoradizo, quizá poeta y desde luego sensual y perezoso. Y los descendientes de Witiza pertenecían a esa especie de hombres que por sostener un poder —aunque sea tan ficticio como es siempre el poder amparado por el extranjero— no dudan en abrir caminos de invasión a su Patria. Ya habían seguido este procedimiento algunos nobles arríanos en la época de Recaredo, pidiendo socorro a los francos. El episodio —¡ay!— volverá a repetirse en la historia nacional. Pero en ningún momento tuvo la gravedad que en aquellas horas iniciales del octavo siglo, en que los despechados hijos y partidarios de Witiza llaman en su auxilio contra Rodrigo a los musulmanes del Mogreb. Los despechados no se dieron cuenta de cómo la Historia se repite. El Reino visigodo estaba tan corrompido en todos sus Estamentos como lo estaba el Imperio Romano de Occidente cuando alguna de sus facciones buscó el apoyo en los germanos para sus apetitos peculiares. El Reino visigodo había llegado ya a la fase de decadencia que sigue a todos los esplendores. Tenía arquitectos, escultores, armeros y orfebres delicados. Había asimilado todos los refinamientos culturales de Roma y de Bizancio. El ímpetu germano del siglo V —belicoso, aventurero y nómada —se había hecho pacifista, burgués y sedentario. La decadencia visigótica se escribía sobre la falsilla de la decadencia romana. El genio de la raza estaba aletargado y viejo. En cambio, los hombres reclamados en socorro por los partidarios de Witiza traían la fuerte frescura de su fe nueva, el aliento guerrero de los desiertos y la incontenible voluntad de Imperio de los pueblos inéditos de hazañas en la Historia. Los musulmanes eran a la vez sensuales y ascéticos. El Paraíso ofrecido por Mahoma era un Paraíso más asequible que el difícil de Jesucristo. Un Paraíso que se ganaba en el combate, mejor que en una vida de contemplación y plegaria. El Paraíso musulmán era el premio —físico— para el combatiente de una fe ardorosa. El contraste entre el pueblo invadido y el invasor era tan evidente, que en verdad no hacía falta la traición de los partidarios de Witiza para que la piel de toro volviera a ser campo sin puertas. Con traición o sin traición, con encantos o sin encantos de Florinda, la España visigótica estaba inerme ante la ofensiva musulmana. El pueblo, racialmente apartado de la minoría dirigente; la nobleza, ambiciosa, corrompida y sin sentido nacional; la realeza, en precario y a merced de todos los vientos; el ejército, sin un hombre al frente de él capaz de encauzarlo e inflamarlo; el clero —el gran clero de la época isidoriana había desaparecido—, inclinándose a una u otra fracción política, olvidando la gran misión que le incumbía... Este era el cuadro de la España del setecientos, que los romancistas han resumido en una figura femenina, grácil de cuerpo, de ojos fascinadores y pie menudo, que con artes mágicas se apoderara de la voluntad del último rey de los godos. Puede quedarse el vulgo con el romance. Pero quien medita un poco los ejemplos perennes de la Historia, sabe que todas las decadencias —con Florindas o sin Florindas— sucumben fatalmente ante los pueblos fuertes, jóvenes y guerreros que en la punta de su lanza llevan un fanatismo religioso, racial, político o social que imponer por el mundo, cualquiera que sea el conductor que los lleve por los laberintos de la madre Clío. Cualquiera que sea, venga de donde viniere y se llame Alejandro, César, Carlomagno o el moro Muza. El moro Muza se llamaba precisamente el jefe que por el portillo de la traición saltó de Ceuta a Gibraltar para llevar desde el Estrecho hasta el Tajo de Florinda, desde Tarifa y Málaga hasta las peñas de Montserrat o Covadonga, un aliento nuevo, capaz de cubrir de fuentes y jardines, acequias y mezquitas, giraldas y alcázares, las viejas tierras tartesas, turdetanas e ibéricas sembradas de acueductos y vías imperiales de Roma. El moro Muza era quien traía a la sangre ibéricorromanogótica nueva sangre para mezclar en otras nupcias terribles y grandiosas sobre la piel de toro.

XII. LAS PEÑAS DE COVADONGA

La población hispanovisigoda supo —con el estupor con que conocen los desastres los pueblos entregados a la molicie, que siempre es optimista— la traición de unos y la debilidad de otros al mismo tiempo que oía los añafiles y veía las medias lunas de los mahometanos avanzando sin obstáculo por las tierras ibéricas. Algún combate de infausto resultado, como el de la laguna de la Janda, dio al traste con la ficción del Ejército visigótico. Ejército que ciertamente había logrado una existencia y una fortaleza en el reinado de Wamba, para luego fraccionarse en banderías políticas internas que le restaron eficacia en su finalidad esencial de defensor del suelo patrio. El pánico corría por España, veloz y atronador como un buscapié. Hubo un repliegue general de los dispersos grupos militares y un éxodo tremendo de las poblaciones civiles que, despertando en la sangre celtibérica, huyeron a los montes para organizar la resistencia. ¿En nombre de qué? Por fortuna, la muerte de San Hermenegildo y la conversión de Recaredo tuvieron utilidad al crear —ya que no la nacional— la conciencia católica de España. Iberia se dispuso —sin jefes ni órdenes, sin elementos ni táctica, sin finalidad política ni perspectiva histórica— a la guerra santa de guerrillas y acciones esporádicas, sin objetivo ni plan de unidad de esfuerzo o mando. Jesucristo era el caudillo frente a Mahoma. La Cruz, el arma contra la Media Luna. La fiereza ancestral y la fe formaban el ideal de aquella guerra, que habría de ser la más larga de la Historia. No importaba que en muchos montes la resistencia fuera vencida o abandonada por las gentes que regresaban a las ciudades a someterse al invasor. No importaba que los fanáticos hijos del Desierto tratasen de contemporizar y prometieran respeto a la ley del vencido. No importaban los pactos y arreglos urbanos ni que naciesen en todas las grandes poblaciones los grupos minoritarios que se habrían de llamar mozárabes o renegados. No importaba la sumisión de España al Islam, porque en los más agrios riscos del sistema pirenaico y cántabro —en Montserrat, en Amboto, en Sobrarbe, en Covadonga— quedaban puñados de españoles —ya no celtíberos ni romanos ni visigodos, sino cristianos de la piel de toro— dispuestos no sólo a repetir las viejas epopeyas de Sagunto y Numancia, sino a convertir la resistencia en ofensiva y la ofensiva en Reconquista. Algunos nobles, ni se plegaron a la invasión ni se aprestaron a la resistencia. Por primera vez se presenta en la historia nacional ese concepto híbrido y monstruoso de la «tercera España», que franquea los Pirineos en los momentos críticos del país, de espaldas al resultado posible de la contienda empeñada, con la esperanza de poder algún día hozar en los charcos de la sangre vertida. Estos evadidos ante la invasión musulmana —con sus collares, ajorcas, fíbulas y coronas de oro en la escarcela —se refugian en el reino de los francos y a finales del siglo VIII sus hijos forman en las mesnadas con que Carlomagno conquista en tierras catalanas la provincia que con el nombre de Marca Hispánica incorpora a su imperio.

Ni los mozárabes en tierras de moros ni los refugiados en las Galias consiguen disminuir el ardor combatiente de los cruzados de la montaña. A los pocos años del desembarco de Muza y de Tarik; cuando ya el antiguo Reino visigodo constituye un gran Emirato dependiente de los Kalifas de Damasco y en Sevilla, Córdoba, Granada, Toledo, Murcia y Valencia empiezan a trabajar los alarifes sus alcázares de ensueño oriental; cuando ya el árabe, mezclándose al latín corrompido de los mozárabes, inicia la formación definitiva de los idiomas romances cuyo pináculo habrá de ser el castellano; cuando se podía prever la islamización de la Península y la formación de una raza variada de sangres y filosofías, el grupo guerrero de las ásperas sierras astures desnuda la espada.

En las cuevas y riscos de los Picos de Europa viven, oran y esperan el momento de combatir por Cristo unos indómitos españoles primitivos a los que se han unido unos centenares de familias hispanorromanas y visigodas de la meseta. Llevan una vida semisalvaje, lejos de la civilización, pero dentro de las más estrictas normas ermitañas y castrenses. Están mezclados en sagrada hermandad de fe, soldados del ejército visigodo y pastores de Cantabria, clérigos de Toledo y León y seglares de muchas ciudades. No llegan a ser un ejército, ni una comunidad, ni una secta. Son sólo un embrión de pueblo. Guardan celosamente su tradición racial guerrera, su religiosidad profunda y su altiva independencia. Son «mitad monjes, mitad soldados». Monjes de Cristo y soldados de Cristo

conscientemente. Inconscientemente, monjes de España y soldados de España. De una España que no existe visible para los ojos de los hombres, pero sí para el mirar caminante de los ríos que brotan de las peñas. Una España que para los hombres de las cuevas no tiene más forma física ni aliento espiritual que la del aliento propio de su sueño, que, como aquellos ríos, se despeñará hacia el llano para arrancar de todos los confines de la tierra unida la ley del Alcorán que la domeña.

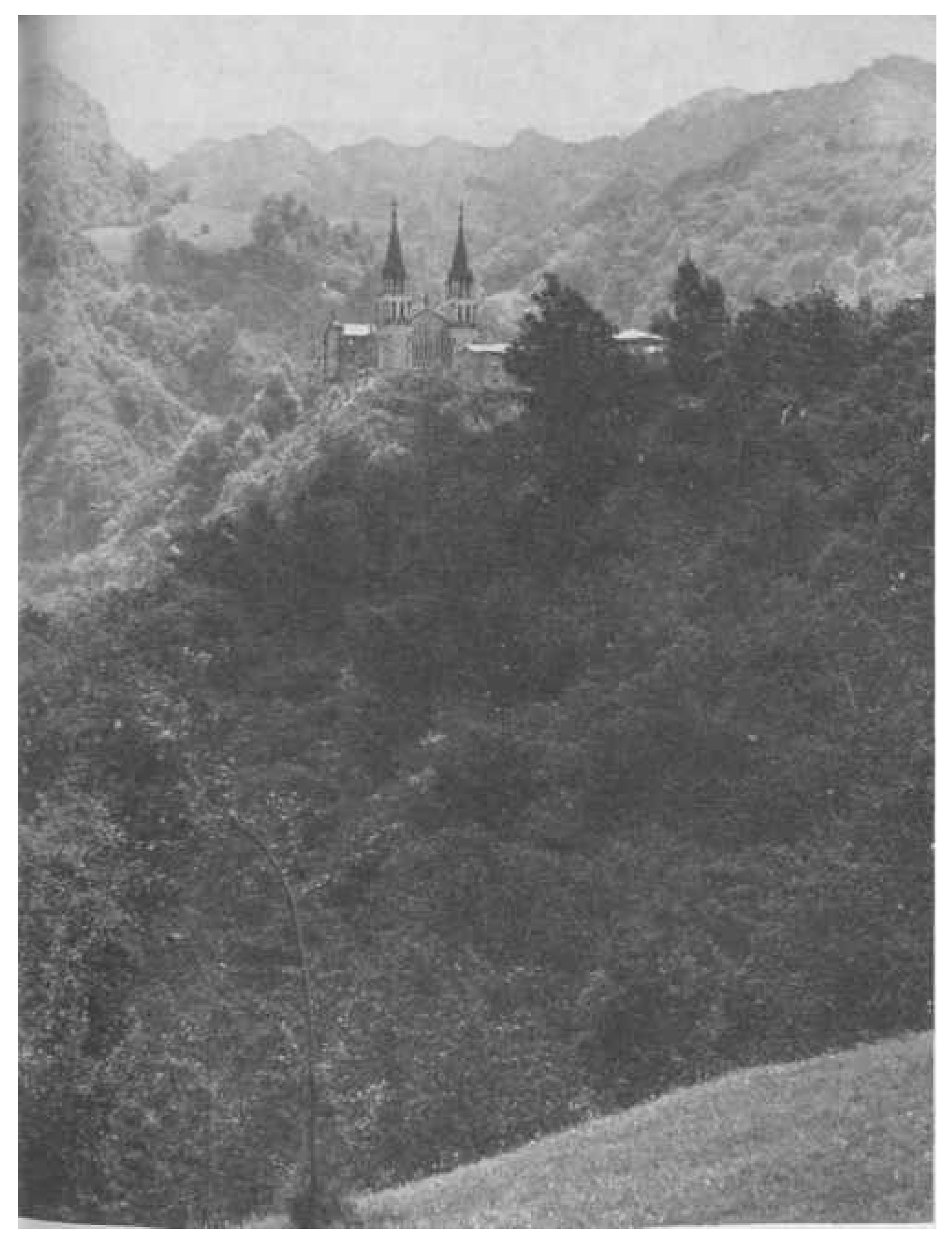


Ilustración 11. Soldados del ejército visigodo y pastores de Cantabria, clérigos de Toledo y León Y seglares de muchas ciudades —embrión de un pueblo—, derrotan en la Peña Santa de Covadonga a los musulmanes y proclaman a Pelayo el primer rey nacional de España, que todavía se llama sólo Asturias



Ilustración 12. «En buena hora nacido», Rodrigo Díaz de Vivar, ¡oven noble, de solar y sangre burgalesa, es el milagro del alma española por los siglos de los siglos. Su estatua en su pueblo natal, obra y donación del médico-escultor señor Cátala. La espada de las cien victorias cidianas.

En la noche, los cristianos de Asturias invocan la bendición del Cielo para vencer al enemigo. No hay bóvedas de mosaico bizantino ni ¡conos de plata oxidada en los altares. Como sus antepasados, rinden culto a su Dios al aire libre y frío de los picachos nevados bajo el plenilunio. Los rezos y ritos son distintos, pero la emoción de los coros es idéntica. Hay también hogueras y a su fulgor tembloroso y rojizo se ven hombres vestidos de pieles. Con el solo atributo externo de una piedra más alta en la asamblea de los varones o en la plegaria colectiva y de un brillo más fuerte en las pupilas, allí está el caudillo de la fe. Se llama Pelayo y vive con sus gentes la homérica inquietud de las horas preliminares de una gran decisión. Pelayo se abrasa de fe y de impulso de batalla. Sus virtudes le han señalado como conductor de aquel pueblo que reza en las montañas. España volverá a nacer con el brillo de su espada. Lo quiere así Cristo, que, misteriosamente, ha enviado a su Madre una noche hasta la intrincada gruta de la Peña Santa de Covadonga. Allí la han descubierto —humilde y recatada— los guerreros. Es una imagen dulce y sencilla, de tosca piedra, sin oro ni policromía, sin aderezos orientales, sin corona de brillantes. Pero el halo de su cabecita brilla como si hubiera un millón de

estrellas engarzadas en una diadema. Por las barbas hirsutas de los hombres ruedan las lágrimas de la fe en el Destino al mirar como les sonríe. El tiempo no tiene edad en las montañas. No se sabe ni el día ni la hora del milagro. Pero sí que la Virgen está allí con ellos para darles el consuelo y el ánimo de su sonrisa, para proteger a sus mujeres y a sus niños cuando ellos salgan a pelear por la Cruz.

Y salen. Se descuelgan de las peñas y atacan ferozmente a los musulmanes acampados en la falda de la cordillera, ebrios de la victoria y el botín de sus correrías y algaras. Piedras y flechas, luego lanzas y espadas. Heroico chocar de infantes estremece los montes. Los ríos corren veloces hacia el llano, rojos de sangre mahometana. Por primera vez desde que cabalgaron en sus bárbaros corceles del Desierto, los hombres de Mahoma vuelven grupas y alcanzan los caminos del repliegue, perseguidos por los cristianos. Detrás de los hombres bajan las mujeres y los chicos. Arriba queda la Virgen mirando hacia España. La tropa cristiana llega a Cangas de Onís, donde se fortifica y proclama Rey a Pe-layo. ¿Rey de qué?... El territorio pequeño y abrupto de los as-tures victoriosos da nombre al nuevo Reino. Pelayo —el primer Rey nacional de España, el primer fundador de dinastía autóctona— recibe en el campo de batalla el nombre de Rey de Asturias. Su cuartel general —mejor que Corte— se instala en Cangas. Año tras año, ensanchada la monarquía astur a punta de lanza, la capital se trasladará a Pravia y por fin a Oviedo.

Casi al mismo tiempo que Oviedo toma la capitalidad de un Reino español independiente, Córdoba se alza con la de un Emirato también independiente del de Damasco. Un príncipe muy de las Mil y una Noches llamado Abderramán, llega a España escapado de Oriente, donde la dinastía de su sangre Omeya ha sido derrocada por los Abbasidas. Abderramán levanta la bandera de su sangre, derrota al Emir gubernamental y se proclama único soberano de los musulmanes españoles. La lucha interna en el Emirato facilita la consolidación del minúsculo Reino asturiano, que habrá de enfrentarse más tarde con el Estado cordobés, convertido pronto de Emirato en Kalifato a imitación del damasquino. El Kalifato de Córdoba eclipsará con el esplendor de su cultura a todos los Reinos de Occidente e incluso al Imperio abbasida. Córdoba —como un día lo fuera Roma— será el faro del mundo. Y Córdoba también, enamorada de su gracia y su belleza, ciudad-narciso a la orilla del Wad-el-Kebir de los puentes romanos, no sabrá defenderse y se hundirá en la Historia, mientras Oviedo va quedando muy en retaguardia por el desarrollo de la Reconquista cristiana enfilada hacia el Sur y bien apretada en la meseta.

XIII. MOROS Y CRISTIANOS

Frente a frente Córdoba y Oviedo, aquí y allá sobre la piel de toro empieza a florecer la época de la Reconquista en nombres de lugares perdidos de la geografía ibérica ya en su designación romanceada. En los prados celestiales, Santiago el Apóstol interrumpe el plácido pacer estrellas de su caballo —blanco como una constelación— para armarle de guerra y salir a lidiar con él en las batallas de Dios. La dura epopeya florece de leyendas que se harán más tarde romancero.

Las capitales cristianas no abandonan su aire de campamento, mientras Córdoba la sultana, prodigiosa de mezquitas y culturas, adquiere la categoría fastuosa de una metrópoli imperial donde no faltan el esplendor de una Arquitectura, una Filosofía y una Poética propias. Abderramán I es el primer estadista de la España musulmana. Y naturalmente, como a sus antecesores ibéricos, romanos o visigodos, se le plantea el eterno problema de la piel de toro: la división. Las tribus árabes y bereberes venidas a España traían sus diferencias étnicas y culturales que se aumentaban por la ambición de mando, la codicia del botín y el fanatismo; que tropezaban con el espíritu diverso de una población autóctona, de tantos orígenes raciales, tantos matices psicológicos y tanto fanatismo religioso. Abderramán y sus sucesores hubiesen querido, como Leovigildo y los suyos, unificar los grupos étnicos y crear una legislación para todos. Pero la dificultad era insoluble. La tolerancia musulmana aceptó dentro del Emirato independiente a los viejos cristianos hispanorromanos e hispanovisigodos, sin lograr en modo alguno su fusión con el nuevo invasor. Al contrario. La Cruz y la Media Luna eran antagónicas y nada hería más a los cristianos que el nombre de Mahoma. No importaba que los mozárabes aprendiesen un idioma extraño y adquiriesen incluso algunas costumbres y hábitos de los ocupantes. No importaba que núcleos escasos renunciaran de momento a su religión abrazando la mahometana. El idioma propio y la fe nativa prevalecían y alguna vez salían a la luz en disturbios y algaradas que se traducían en martirios todavía más exaltadores ole la idea religiosa. Entre los mártires de Córdoba figuran San Eulogio y San Alvaro, verdaderos jefes tradicionalistas de la «quinta columna» mozárabe en el reinado floreciente de los Abderraman, los Hixem y los Mohamed. «Quinta columna» intelectual, más preocupada de la pureza ortodoxa, cultural y lingüística que de una verdadera rebelión interna. A la larga, este interés de los intelectuales en conservar bajo un poder extraño lo más auténtico de un pueblo es lo que favorece en el momento oportuno las explosiones nacionalistas. Los mozárabes, con su aplicación y paciencia, conseguían incluso debilitar al invasor al influir sobre él con su manera de ser, con su mística, con sus leyendas y con su verbo.

Con la lentitud natural de aquellos tiempos llegó a los mozárabes de Córdoba la noticia de que en el Norte de España se había planteado la batalla de la fe. Ni conocían a los caudillos ni tenían manera de enlazar con ellos. Pero la certidumbre de que había ya soldados de Cristo en lucha con los mahometanos reanimó su espíritu de resistencia. El mundo no se entregaba a la Media Luna. Al contrario, los francos la habían detenido en la batalla de Poitiers en 731, casi al mismo tiempo que los españoles en los Picos de Europa. El Reino de Asturias se ensanchaba y algunas veces las correrías de sus guerreros llegaban hasta el corazón de la meseta y cerca de la arteria del Tajo. A Córdoba llegó el rumor del descubrimiento —en la lejana y dulce tierra de los suevos— del sepulcro y el cuerpo del Apóstol Santiago, bajo cuya advocación se pusieron los soldados de Cristo. Más tarde, con la emoción consiguiente, oyeron en sus monasterios y catacumbas el rumor lírico de la presencia corpórea del Santo en la batalla de Clavijo (hacia 840). Todo ello apiña y fortalece a los mozárabes, que a fines del siglo IX creen llegada la hora de sublevarse, al mando de un jefe de origen visigótico llamado Omar-ben-Hafsum. Esta primera rebelión política de los cristianos no tuvo más que un éxito local y episódico, por la falta de enlace con el reino asturiano. Fracasó totalmente el movimiento a principios del siglo X, precisamente cuando la cristiandad del Norte —guiada por las espadas victoriosas de Alfonso III y Ordoño II— desbordaba Asturias y avanzaba por la llanura leonesa, en busca de Castilla. Es de suponer la impresión de los mozárabes cordobeses al conocer la noticia de que las tropas de Covadonga eran ya el Reino de León y que sus caballos abrevaban en las aguas del Duero. Dados los rudimentarios conocimientos geográficos de la época, cabe imaginar la angustia de las gentes

cristianas de Córdoba o Toledo, incapaces de precisar la importancia de los avances de sus liberadores. Los árabes —sobre todo los combatientes— sí se darían cuenta y quizá ello —tanto o más que la necesidad de acabar mediante un poder fuerte con las disensiones internas— movería a Abderramán III a proclamar el Kalifato independiente de Córdoba, ya que responde, táctica y políticamente, a la creación del Reino de León, como el Emirato de Abderramán I Omeya había sido la réplica al reino astur. A Estado fuerte había que oponer Estado fuerte. Si Córdoba llevaba la ventaja de una mayor extensión territorial, de una fuerte cultura, de una inercia de movimiento imperial, León tenía la ventaja de la solidez interna —la guerra de Reconquista borra siempre las diferencias de lo menudo—, de la pujanza de lo heroico y lo tradicional. El Reino cristiano —a diferencia del Kalifato, para el que es ley el Corán, libro religioso— sigue la tradición legislativa de Fuero Juzgo y comprende la necesidad de flexibilizar las normas según el avance exige disposiciones nuevas para los territorios reconquistados. Nace entonces la espléndida floración de los Fueros y Cartas pueblas, que llenan toda una época de la Historia del Derecho Público Español y estabilizan jurídicamente a los cuatro grupos de habitantes del Reino: los visigodos e hispanorromanos, los mudejares (musulmanes vencidos que quedan en la tierra reconquistada), los mozárabes (españoles recuperados) y los hebreos, siempre nómadas y enigmáticos, que entran, salen, van y vienen sin luchar, en todos los azares bélicos.

La nueva monarquía leonesa, que aprovechó muchos elementos visigóticos, tuvo el acierto de cambiar el sistema de la sucesión a la Corona. Aunque la forma hereditaria no se establece aún de pleno derecho, logra una evidencia consuetudinaria. Las necesidades de la guerra, el recuerdo de la amarguísima lección de los finales del Reino visigodo y la autoridad personal de algunos grandes reyes obtienen el establecimiento de la dinastía primero y más tarde el de la primogenitura. A despecho de los nobles, claro es, que siempre tratan de mermar el poder real. Pero a satisfacción instintiva del pueblo llano, que adivina en la estabilización de la institución y del Estado el cambio de norma que habrá de incorporar a la vida nacional a los siervos de la gleba, liberándolos de un excesivo poder feudal del señor.

*** * ***

El otro grupo de cristianos fortificados en las montañas vasconavarras ha tardado más en pasar de banda guerrillera a Estado. Sin duda el carácter ferozmente arriscado de los montañeses que resistieron a Roma y a los visigodos no se allanó a la conveniencia y a la disciplina urbana hasta bien avanzada la Reconquista. Su idiosincrasia prefería las luchas aisladas y la vida campesina. El reino de Navarra nace oscuramente y crece sin ruido de gloria hasta finales del siglo IX, en que ya ha nacido el Condado de Castilla y las hijas de los reyes navarros casan con príncipes leoneses. Las incursiones de Almanzor por tierras de uno y otro reinos cristianos son el clarín de alarma. Por primera vez los hombres de León y de Navarra combaten y triunfan juntos por tierras de la Ribera y llanuras de la meseta. Las armas cristianas aliadas pierden y recuperan Burgos, Pamplona y Cárdena; penetran hasta Mérida, Talavera y Madrid y derrotan a los moros en San Esteban de Gormaz. El Reino de Navarra llega a extenderse hasta el Sur del Ebro desde más allá del Pirineo, dominando asimismo el Condado de Castilla, feudo leonés en un principio. Al Este, el reino navarro limita con el Condado de Barcelona, ya desgajado totalmente del Reino de los Francos que lo llamara Marquesado de Gotia. La independencia total de Cataluña no tiene lugar hasta fines del siglo X. Cataluña —por razones de proximidad y de los años que permaneciera formando parte de la Marca Hispánica de Carlomagno y sus sucesores—, aunque libra la batalla común contra la morisma, parece más interesada por los problemas europeos y mediterráneos. Los Condes de Barcelona siguen una tenaz política matrimonial que les vincula a todo el mediodía de Francia. El Mediterráneo les une a Italia. Cataluña siembra futuros intereses imperiales por tierras extra-peninsulares, mientras los otros Reinos cristianos de España no tienen más objetivo que la Guerra Santa. Esa será una característica que Cataluña conservará durante la Alta Edad Media y aportará para mayor gloria suya y de la piel de toro a la Unidad Nacional, con su arte maravilloso y su fino instinto diplomático.

XIV. EL AÑO MIL

Romeros y peregrinos venidos a Compostela desde Alemania, Inglaterra y Francia por el llamado «camino francés» —paso de Roncesvalles, Nájera, León, Oviedo— difunden por tierras españolas la terrible superstición del milenario. El Mundo —estaba escrito en los astros— no podría vivir más de mil años después de Jesucristo. Terribles convulsiones, pestes, incendios y diluvios arrasarían las ciudades y los campos, sembrándolos de muerte y desolación. Se secarían los ríos y los mares, apareciendo los esqueletos de los peces y las ruinas de las mágicas ciudades submarinas. El sol se derretiría y llovería un fuego bíblico sobre las tierras, donde los pájaros y los niños se asfixiarían. La peste azotaría las aglomeraciones urbanas y los cadáveres, costrosos y crispados, se amontonarían roídos por famélicos perros y hienas, buitres y grajos, en las puertas de los templos románicos. Las estrellas chocarían en el cielo con un fragor horrísono y una lluvia de lava plateada sepultaría pueblos enteros. Un cometa de cola ígnea; una espantosa sequía; una horrible esterilidad de las mujeres y las bestias; la presencia monstruosa del Anticristo, anunciarían al mundo la inminencia de su fin. No se sabía —ni aun se ha precisado— quién lanzó la profecía, que corría de boca en boca, contraídas de terror, por Escandinavia y Alemania, Bohemia y Hungría, Francia y Borgoña. No se conocía tampoco con certeza la fecha exacta del cataclismo; bien podía ser en el milenario del natalicio o en el de la crucifixión de Cristo. Como todos los rumores, cada día presentaba un cuerpo, una faz, un color y un contenido. Pero siempre era constante la angustia del día D y la incertidumbre de la hora H.-Se recordaban unas palabras del Concilio de Trosly (909) a los obispos, anunciando el día majestuoso y terrible en que los pastores de almas serían llamados con sus rebaños a la presencia irremediable del Pastor Supremo. Se recordaban los escritos del Abad Adson anunciando en 954 al Anticristo y los de un monje de Fleury señalando el fin del mundo para el año 1000. (Probablemente todos ellos eran iluminados o histéricos como los que en centurias posteriores han anunciado el mismo suceso por motivos distintos que el cierre de un lapso de tiempo.) Quizá el origen del rumor fuera alguna interpretación exagerada de la frase del Antiguo Testamento que dice que **para Dios, mil años son un día.** Tal vez fuese la ingenua suposición de que los números romanos acababan en el mil. Tal vez no fuera ninguna de estas razones, e incluso quizá no sea cierta la crisis de terror del milenario, que muchos historiadores modernos niegan con fundamentos científicos. Lo indudable es que para los reinos cristianos de la piel de toro, los últimos años del siglo X presentan caracteres alarmantes por el apogeo que en ellos alcanza Córdoba y por las incursiones más audaces, más duras y más constantes de los musulmanes, quienes penetran hasta el fondo de las tierras de la Cruz para incendiar iglesias y monasterios, saquear campos y pueblos y llevarse encadenadas largas hileras de doncellas candidas —azucenas de Cristo— para los serrallos de los poderosos generales del Islam. Lo indudable es que el nombre del guerrero musulmán más famoso suena en los corazones de los fieles de Jesús como si fuera el Anticristo. Lo indudable es que en la corte de León, la sagrada hermandad de armas jurada en Covadonga se resquebraja por las ambiciones y los partidismos que debilitan la monarquía, poniéndola en frecuentes trances de aniquilamiento y de derrota.

Se carece de pruebas para demostrar que esta indudable crisis de la cristiandad española fuera un reflejo de la supuesta o real ola de terror que invadió a Europa con motivo del milenario. Es posible que no existiera un factor moral colectivo de pánico o desaliento y que la decadencia de León y de Navarra se deba a la coincidencia en el tiempo del genio de Abderramán III con la mediocridad de Ordoño II y de Ramiro II. Lo cierto, en todo caso, es que a la baja calidad de los reyes leoneses sigue una disminución en la combatividad de su pueblo, que ocupa posiciones de repliegue año tras año —salvo en victorias esporádicas y sin provecho, como San Esteban de Gormaz—, permitiendo a los musulmanes ocupar nada menos que la nueva ciudad de Composte-la, edificada alrededor del sepulcro del Apóstol. Esta falta de combatividad, las disensiones internas y el consiguiente derrotismo, bien pudieran atribuirse a la superstición que, al parecer, corría por Europa.

*** * ***

Coronado felizmente el primer milenario de la muerte de Cristo, vuelven a empezar las venturas

para las gentes de la Cruz. Es la primera la muerte del famoso general moro Almanzor, el gran caudillo del Kalifato. Almanzor es una figura cumbre en la historia cordobesa. Su genio portentoso se manifiesta en los tres aspectos que inmortalizan a los hombres públicos: el político, el militar y el diplomático. Almanzor, joven, enérgico y audaz, antes de poner mano en el alfanje para guerrear y antes de organizar la red habilísima de sus negociaciones con los reyes leoneses, se ejercita en el arte duro y difícil de la política interna del Estado Kalifal, descompuesto después del largo y glorioso reinado de Abderramán III. Abderramán había conseguido organizar y disciplinar a sus súbditos e inculcarles una moral de victoria —que empezaban a perder por los éxitos de las armas cristianas— merced a sus incursiones triunfales, a sus alianzas con los jefes marroquíes —que insuflaron de nuevo en los árabes españoles el fanatismo amortiguado por los encantos de Andalucía y la influencia mozárabe, corruptora de la fe mahometana— y a sus espléndidas tareas urbanas, que convirtieran a Córdoba en la más maravillosa ciudad de Occidente. Su sucesor Alhakem II, aunque también guerreó contra los cristianos, prefería la paz de las palmeras y los naranjos cordobeses, a cuya sombra fresca, la poesía, la filosofía y todas las ciencias florecían mágicamente en la Atenas andaluza. A Alhakem —el de los palacios y los jardines de ensueño— sucedió Hixem II, Kalifa niño, tutelado por su madre la Sultana Aurora. Un niño en un trono es siempre tan peligroso como un fumador en un polvorín. Mucho más si el Estado que ha de gobernar no tiene la unidad interna capaz de resistir las sacudidas de la ambición y el partidismo y si la moral pública está relajada por la molicie y el exceso de bienestar y de belleza. La Córdoba del niño Hixem se encuentra en esa situación y ni sus manos débiles ni las enjoyadas de la sultana son capaces de conducirla con energía en los vaivenes políticos. Pero allí está Almanzor, sagaz, ambicioso, más fanático del Estado que de Mahoma, con vocación y con destino de mando. Almanzor recoge el Poder que se cae de los dedos de la madre y del hijo y lo aprieta bien fuerte con su puño de hierro. Ataja codicias, desbarata intrigas, capta voluntades, conquista mujeres, aquieta rivalidades y somete anarquías. Puesta Córdoba en orden, desnuda Almanzor su alfanje, moviendo guerra a todos los príncipes cristianos. Condes de Castilla y de Barcelona, Reyes de Navarra y de León, miden con él sus armas, casi siempre con adversa fortuna. Las lanzas del ejército permanente y mercenario del primer gran capitán de Córdoba llegan hasta Barcelona y Santiago a pesar de los esfuerzos de los adalides de Cristo y de la presencia corpórea del Apóstol en esta o la otra batalla sin decisión. Más tarde, enterado de las disensiones de Ramiro III y de Bermudo II por conseguir el trono leonés, Almanzor despacha o recibe negociadores para tratados favorables a sus designios. Bermudo II logra el cetro, hipotecándolo a Almanzor en un pacto poco honorable en el que le entrega una hija, como ya había hecho el rey navarro. Una vez conseguido su objetivo, Bermudo rompe el pacto, pero Almanzor devasta su reino, tomando y saqueando León, Coimbra, Astorga y Santiago en las postrimerías del siglo X, cuando los terrores del milenario aflojan la moral combativa de los cristianos. Por fortuna para éstos y desdicha para Córdoba, Almanzor expira en su Cuartel General de Medínaceli, avanzada del Kalifato sobre tierras de Soria, Guadalajara y Zaragoza en el año 1002, cuando ya Fernán-González ha consolidado con su austeridad y sus hazañas el Condado de Castilla —que pronto absorberá Sancho el Mayor, Rey de Navarra— y en León ha sucedido a Bermudo Alfonso V.

La muerte de Almanzor es, pues, como hemos dicho, la primera ventura de la Cristiandad después del milenario. Su hijo Mudhafar no logra sostener el caudillaje paterno. Se hereda un trono, pero no se hereda un genio. Se hereda el poder legal —la Corona—, pero no el poder real de la espada y el talento. Mudhafar fracasa en su intento de continuar la obra paterna y Córdoba se le revuelve, para revolverse contra sí misma. Los enemigos de Almanzor derrumban su Dictadura militar y política y el Kalifato torna a las débiles manos de Hixem III, juguete de odaliscas y de astrólogos, de partidos y facciones, de banderías y codicias que lo destronan en 1031 y fragmentan el armonioso Kalifato concebido por Abde-rramán y sostenido por Almanzor, en la orgía trágica y sangrienta de los Reinos de Taifas. La caída del Kalifato es la segunda gran ventura de los reinos cristianos en el siglo XI.

La tercera es la subida al trono de Castilla de Fernando I, hijo de Sancho el Mayor de Navarra. El hecho, que tiene lugar inmediatamente al derrumbamiento del Kalifato cordobés, se produce a consecuencia de la muerte del Conde García, cuñado de Fernando, asesinado en León por la facción de los Velas. Como si su propósito fuera el de aprovechar la terrible lección cordobesa, Fernando ciñe la Corona con un afán unificador —el afán de Castilla desde este momento, aunque sus reyes lo contraríen en la hora de la muerte— y en seguida emprende campañas que le dan la victoria sobre

Bermudo III de León —hijo de Alfonso V— y sobre su propio hermano el Rey de Navarra. Deshecho el Kalifato, empujadas Navarra hacia el Pirineo y Cataluña hacia el Mediterráneo, el reino unido de León y Castilla ocupa tres cuartas partes de la piel de toro. El carácter belicoso de Fernando I le lleva a guerra de moros con una aspiración geográfica clarísima: la de limitar su reino por el Sur en la cuenca del Tajo. Reconquista Coimbra y ocupa Viseo, Coria y Talavera, en esa gran línea estratégica del Tajo. No llega a realizar la toma de Toledo, pero convierte en su vasallo al rey de la taifa toledana, así como a los de Badajoz, Sevilla y Zaragoza, con lo que se puede decir que domina en cuatro quintas partes de la Península.

XV. EL CID CAMPEADOR

En buena hora nacido —cuarta dicha de España en el milenario— Rodrigo Díaz de Vivar, joven noble de solar y sangre burgalesa, mira con ojos de admiración y fe la obra ingente de su señor Monarca. La muerte del soberano le hace abrirlos ahora con sorpresa —su adolescencia no comprende cómo puede deshacer la voluntad lo que ella misma creara— al saber que el testamento del rey divide otra vez de nuevo al reino que era ya casi de España. Fernando I tiene tres hijos —Sancho, Alfonso y García— y dos hijas —Urraca y Elvira—, entre los que reparte las coronas de Castilla, León y Galicia y los señoríos de Toro y Zamora, como si la herencia política fuese un bien privado, susceptible de partición y mejora. Este concepto patrimonial del reino dura toda la Edad Media, lo comparten los reyes más conquistadores y mejor dotados para el gobierno y llega a rozar —ya en la Edad Moderna— el pensamiento del más inteligente y fino político de los monarcas españoles, don Fernando el Católico. El reparto de la sucesión de Fernando I da lugar a pleitos que se resuelven con las armas en favor de Alfonso VI de Castilla y en favor de Castilla, pues es en medio del fragor bélico cuando suenan los versos primeros del poema cidiano.

Rodrigo es valeroso, noble, arriesgado, cristiano auténtico, orgulloso y joven. Rodrigo ha inventado que el honor castellano es «patrimonio del alma». Rodrigo ha descubierto el goce de la lealtad, que no consiste sólo en servir fielmente al señor, sino en hablarle con voz de verdad en todas las ocasiones. Para Rodrigo la lealtad no es un sentimiento inconsciente e inferior, impuesto desde fuera y susceptible de confusión con el temor o la adulación. Para Rodrigo —hombre de época feudal, de pensamiento navarro más que leonés, es decir, germánico más que visigodo—, el Rey no tiene un derecho divino a la Corona, no es un ser sobrenatural a quien el cielo dota de una calidad extrahumana diferente —la sangre real— que le excusa de los mismos deberes exigidos a todos sus vasallos. Para Rodrigo, el Rey debe ser el primero de los hombres en el honor, en el valor, en el servicio y en la verdad. El primero entre sus iguales. De no ser así, la realeza no cuenta para el mozo de Vivar. No es Dios quien da la belleza, sino los hombres, aun cuando Dios la consagre para su mejor servicio. Para Rodrigo, probablemente era más justa la Monarquía electiva que la hereditaria, si bien acepta esta fórmula, en tanto en cuanto que el Monarca sea el primero de los mejores del Reino. Si deja de serlo, él no se sublevará, pero sabrá apartarse. Hay campo abierto para la batalla de Dios en todos los rincones de la piel de toro ibérica y hay en ellos también remansos de paz y alejamiento de la acción cuando la conciencia no permite seguir al monarca tocado de felonía. Pensando así, Rodrigo puso su espada al servicio del Rey de Castilla Sancho II. Entre sus huestes combate contra los hermanos de su soberano en el litigio testamentario, gana Galicia a don García y acude a sitiar Zamora de doña Urraca en 1077. En el campamento de don Sancho, la traición se agazapa, afila su venablo y lo pone en la mano diestra de un noble de Zamora llamado Bellido Dolfos. Bellido Dolfos —¿a sueldo de doña Urraca? ¿A sueldo del rey Alfonso de León?— lo lanza en la ocasión propicia contra el cuerpo de don Sancho, que cae herido mortalmente ante los ojos de su fiel Rodrigo. Era un momento de reposo en el campamento y Rodrigo no tenía espada al cinto ni espuela en el caballo. El caballo estaba desarzonado. La traición siempre sorprende inermes a los más leales. El llanto varonil de Rodrigo abrasa las aguas del Duero. Por un ojo le llora la cólera y por el otro la impotencia. El dolor por el rey amigo, no llora. El dolor no llora nunca. Se aprieta bien en el corazón y se guarda con los ojos enjutos. Por el dolor lloran las mujeres y no los hombres.

¿A quién beneficiaba la muerte del rey don Sancho? En toda traición hay siempre alguien que la aprovecha, sin necesitar al traidor cuando aquélla es pasada. ¿A quién aprovecha la sangre del rey, vertida por Dolfos? No a don García, ya vencido por don Sancho. No a las débiles Infantas, que pronto pierden sus feudos. La muerte de don Sancho sirve maravillosamente los designios de Alfonso VI, que, expulsado de León y refugiado en Toledo, recobra las Coronas y reconstruye el ancho reino de su padre. No es de extrañar que la sospecha entre en el alma de Rodrigo como el viento en sus pulmones. Cabalga hacia Burgos. Hombre de servicio, servirá al rey Alfonso en sus proyectos militares si la sospecha se borra de su alma. Si no, no servirá. Emplaza al Rey para que jure ante Dios y ante

Castilla que no inspiró la flecha regicida. El Rey jura y Rodrigo, satisfecho, jura servir. De igual a igual, de caballero a caballero, de hombre a hombre, se han entendido el rey y el vasallo y ello es la quinta fortuna de España en el primer siglo que pasa el milenario.

No importa —sino, al contrario, favorece a la Historia y al Romance— que más tarde choquen el Rey y el Cid, después de varias hazañas guerreras, siempre contra moros, en las que la espada de Rodrigo centellea de gloria. No importa que con su Tizona, su Babieca y sus mesnadas haga la guerra por su cuenta y no por cuenta del Rey, porque lo interesante es empujar, acorralar y vencer a la morisma, ensanchando Castilla a golpe de lanza y a paso de caballos. No importa, porque Rodrigo no ha olvidado jamás su juramento y es siempre leal a su Rey, a su Patria y a su Fe, contra los que nunca combate, aun cuando a veces intervenga en conflictos entre reyes moros a los que ayudaban con conveniencias políticas algunos cristianos de Aragón y Cataluña. El Cid era un guerrero profesional —luego habrá otros capitanes ¡lustres que como él alquilen su espada a reyes ajenos, pero ninguno como él sabrá conservarla en el tahalí y no usarla contra su soberano legítimo—y como tal actúa. Cuando puede hacerse independiente y proclamarse Rey en Valencia —conquistada en una admirable campaña llena de valor profesional y de genialidad estratégica— no sólo no lo hace, sino que rinde parias a Alfonso VI, a quien reconoce soberano de derecho de un señorío que él posee de hecho. La lealtad cidiana es así. Ni adulación ni transigencia necesitan proclamarla, ni hostilidad, rencor o anhelo de venganza la empañan. El Cid está en su sitio, con su pensamiento y su honor intactos. Ni la injusticia amarga ni el temor le mueven, ni la gloria y la victoria le embriagan. Con el Cid nace una manera de ser española que, al borde mismo del segundo milenario, renacerá después de un largo eclipse. Con el Cid se configura definitivamente el alma de un pueblo que se llama Castilla. El Cid da su alma —arrogante, generosa, valiente, pura, leal, enérgica, indómita, religiosa sin gazmoñería, liberal, apasionada, tierna, familiar y hasta un poco picara— a Castilla. Castilla sabe captarla milagrosamente no sólo en su poema épico más grande, sino en la gracia varia del Romancero. Poema y romances no son inmediatos a la muerte de Rodrigo en Valencia y al traslado de su cuerpo a San Pedro de Cárdena por su viuda Jimena. El poema es del siglo XIII y la flor de los romances empieza a abrirse en el siglo XIV. Pero ése es el gran milagro del Cid: conservarse en la memoria de un pueblo. Esa es la gran batalla que gana muerto y enterrado: configurar a un pueblo. Si el poema y los romances fueran coetáneos suyos no tendrían tanta importancia. Si la exaltación de su figura se hiciese en la Crónica de su momento de auge, de fuerza y de poder, podría sonarnos a oficiosa por interesada. El milagro es morir y pervivir en el recuerdo y el sueño de un pueblo. El milagro —que logran bien pocos elegidos— es el de la presencia simultánea en el mundo evidente de la Historia con rigor científico, exactitud de fecha y pormenor de dato y en el ámbito aéreo y áureo de la leyenda, donde todo es vaguedad, imprecisión y poesía. El sabio, el erudito, no puede dudar de la veracidad poética del Romancero. El hombre sin cultura no necesita compulsar la ficha precisa para saber quién es —no quien fue— el Cid. Uno y otro le conocen, le sienten y le aman. Para el alma colectiva es ejemplo permanente. ¡Este Rodrigo Díaz de Vivar, Campeador para los cristianos, Cid para la morisma, es el milagro del alma española por los siglos de los siglos! No figura en la tabla de los Reyes ni en el nomenclátor del santoral, pero tiene en el fondo del alma de cada castellano ese altar recóndito donde sólo cabe la emoción pura de lo eterno no divino. Y tiene en la poesía del pueblo un Evangelio de amor que se llama Romancero.

XVI. EL PRIMER SUEÑO IMPERIAL

Una de las ambiciones que el ímpetu guerrero medieval enciende en el corazón de los Reyes es la del título de Emperador. El concepto imperial de estos Monarcas no se apoya en el unitarismo orgánico y estatal y en la fuerza política interna, sino en la extensión territorial de las conquistas y en el vasallaje a que se somete a otros Reinos. Para los Reyes medievales, el Imperio es una suma de coronas independientes, aunadas con un simple nexo personal. Ser rey de más de un reino supone este Imperio primitivo, aun cuando le falten los requisitos de comunidad espiritual normativa y pragmática. Sancho el Mayor de Navarra y Fernando I de Castilla se consideran de hecho Emperadores por tener súbditos de diferentes reinos. Su Imperio desdibujado, heterogéneo y sin ambición histórica —sólo vanidad personal y no convencimiento político—, se extingue con ellos mismos, incapaces de comprender que uno de los elementos básicos del Imperio es la continuidad y el mando único. Lo mismo Sancho el Mayor que Fernando I deshacen su sueño en sus testamentos.

Alfonso VI siente un poco mejor la idea en cuanto a la permanencia, ya que no en cuanto al contenido. El Imperio era difícil en la legislación foral, con la mezcla de razas y costumbres y con los azares continuos de la guerra santa. Pero Alfonso VI, después de conquistar Toledo con su espada y recibir parias de Zaragoza y Valencia ganadas por el Cid, utiliza el título de Emperador en algunos documentos. No es de suponer que Alfonso se creyera muy en serio con derecho a ostentar esa jerarquía, a la que faltaba principalmente el beneplácito pontifical, que sólo se concedía a los titulares del Sacro Romano Imperio Germánico.

Este sueño primitivo de Imperio —ya con otras razones internacionales sumadas— se precisa mejor en Alfonso Vil, nieto del conquistador de Toledo. Alfonso VіI ha ceñido las coronas de su abuelo en situación muy crítica. Heredero de doña Urraca, Reina de Castilla, hija de Alfonso VI, ha subido al trono cuando los almohades —fanáticos montañeses del Atlas— sucedían en la hegemonía musulmana a los Emperadores almorávides llamados por los Reyes de Taifas para combatir a Alfonso VI. La inyección de sangre montaraz ha reanimado la agresividad y la religiosidad musulmanas, que baten a los cristianos en Alarcos, añadiendo esa derrota a las ya padecidas por las armas de la Cruz en Valencia, Zaragoza y Uclés en tiempo de los almohades. Por otra parte, preocupa a Alfonso Vil el Reino de Aragón, en vías de crecimiento y poderío por su unión con Cataluña y las ricas provincias del mediodía de Francia, como consecuencia primero de la boda de Petronila de Aragón —heredera de Ramiro II— con Ramón Berenguer IV, y luego por el brío batallador del hijo de éstos, Alfonso II, padrastro precisamente del Rey de Castilla y enemigo suyo por sus largas desavenencias con doña Urraca, a la que despojara de casi todas sus tierras. Alfonso Vil es proclamado Rey en Galicia y reconquista a los aragoneses los reinos de sus abuelos. Doña Urraca había casado en primeras nupcias con un príncipe borgoñón —Raimundo— que con otros nobles guerreros de su país viniera a combatir a los almorávides en el ejército de Alfonso VI. Por vez primera en la Historia de Castilla, un príncipe de Borgoña casa con una heredera real y por vez primera en la mentalidad política de un monarca de España, cruza la idea del Trono del Sacro Romano Imperio. (Poco más tarde, un rey poeta y sabio se sentirá inquietado seriamente por tal pensamiento, que al fin cuajará en la figura de otro joven Rey español, hijo de un hermoso heredero de Borgoña y una apasionadísima Infanta castellana.) La sangre borgoñona de Alfonso Vil —después de reconstruir el reino leonés-castellano— le inclina a los asuntos europeos, desatendidos hasta entonces por los soberanos de España, sin duda porque el estado constante de Cruzada de la guerra contra el infiel en la piel de toro los apartaba del gran acontecimiento internacional de las Cruzadas contra Tierra Santa. Pero, al mismo tiempo, su gran rival aragonés, heredero de tierras que llegaban hasta el Condado de Niza, prefigura también en sus sueños un Imperio desbordando de los simples límites peninsulares. El batallador aragonés mira al Mediterráneo, adivinando en él un porvenir de gloria para sus Estados. Es singular que sea en el mismo momento cuando Aragón y Castilla —que han de seguir con destinos desunidos y paralelos un mismo rumbo imperial durante tres siglos todavía— sientan la aspiración europea que sólo podría cuajar definitivamente al hacerse la unión de ambas Coronas. Pero es más singular todavía que en

tanto esa fuerza centrífuga, difusa y un poco fantástica de la unidad y el imperio, agita subterráneamente la conciencia política de los Reyes cristianos de España, se produzca en la misma piel de toro un movimiento contrario, centrípeto, secesionista. La segunda hija —Teresa— de Alfonso VI, casada también con un príncipe de tierra extraña —Enrique de Lorena—, ha recibido como herencia de su padre el condado portucalense, territorios de la antigua Lusitania entre el Miño, el Tajo y el Atlántico, con las ciudades de Porto, Braga, Coimbra, Viseo y Lamego. Enrique y Teresa aprovechan las debilidades de doña Urraca y su porfía con el marido aragonés, para ganarle tierras que agregan al condado que su hijo Alfonso Enríquez convertirá en Reino independiente, a pesar de la protesta de su primo, el castellano que se hacía coronar Emperador de Hispania en León en el año 1135. El flamante rey de Portugal, como los veteranos monarcas de Navarra y Aragón no acatando aquel título, movieron guerras al castellano. Las campañas victoriosas de Alfonso Vil, el talento político de su mentor el Obispo de Compostela don Diego Gelmírez y la experiencia de los fracasos «imperiales» de su bisabuelo Fernando I y su abuelo Alfonso VI, no evitaron que el ungido Emperador echara a rodar su idea en un nuevo testamento de fraccionamiento. Con gran regocijo de los almohades, de los reyezuelos de Taifas, del navarro, el aragonés y el lusitano, el fuerte Estado de Alfonso Vil se desmembra de nuevo. Sancho III hereda Castilla y Fernando II León. El efímero Imperio español no volvió a existir. Unos años después, la corona aragonesa veía apartarse de sus dominios las posesiones hereditarias del Condado de Barcelona en el mediodía de Francia, tras las desdichadas campañas contra los albigenses. La fatalidad histórica quiso disminuir casi a la vez la potencia de los dos grandes Estados de la España cristiana en el momento en que iban a ceñir las Coronas los dos más grandes Monarcas de la Edad Media española: Jaime I de Aragón y Fernando III de Castilla. Pero estos dos ilustres soberanos merecerán su capítulo aparte.



Ilustración 13. El románico de la Catedral de Santiago de Compostela se completa con el maravilloso gótico del Pórtico de la Gloria



Ilustración 14. El gótico más solemne y suntuoso de España está en la Catedral de Toledo

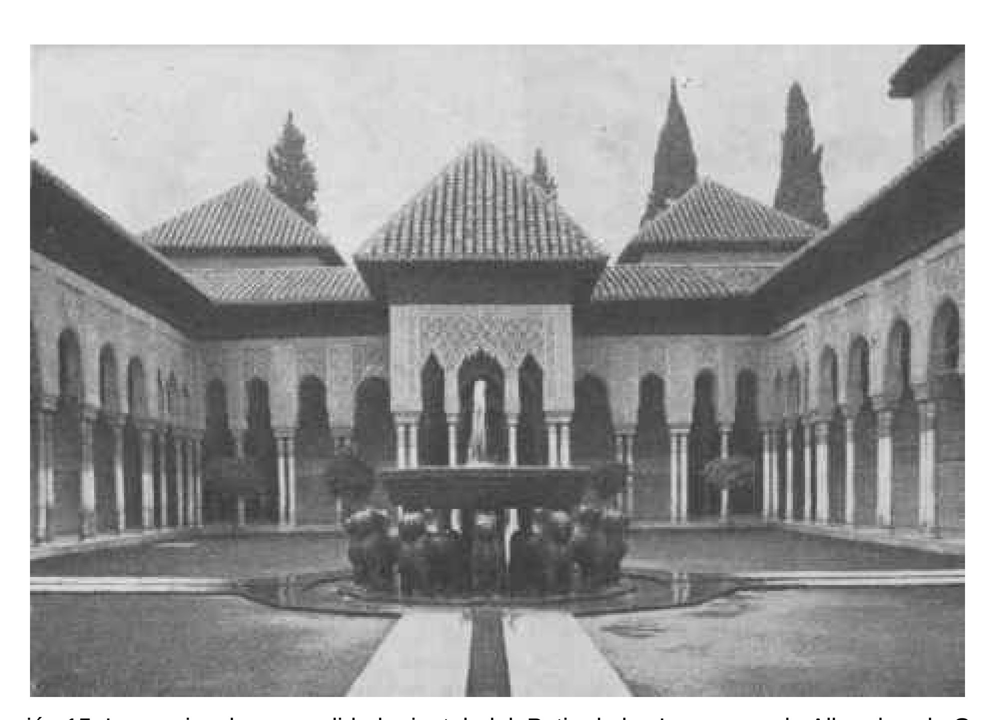


Ilustración 15. La gracia y la sensualidad oriental del Patio de los Leones en la Alhambra de Granada

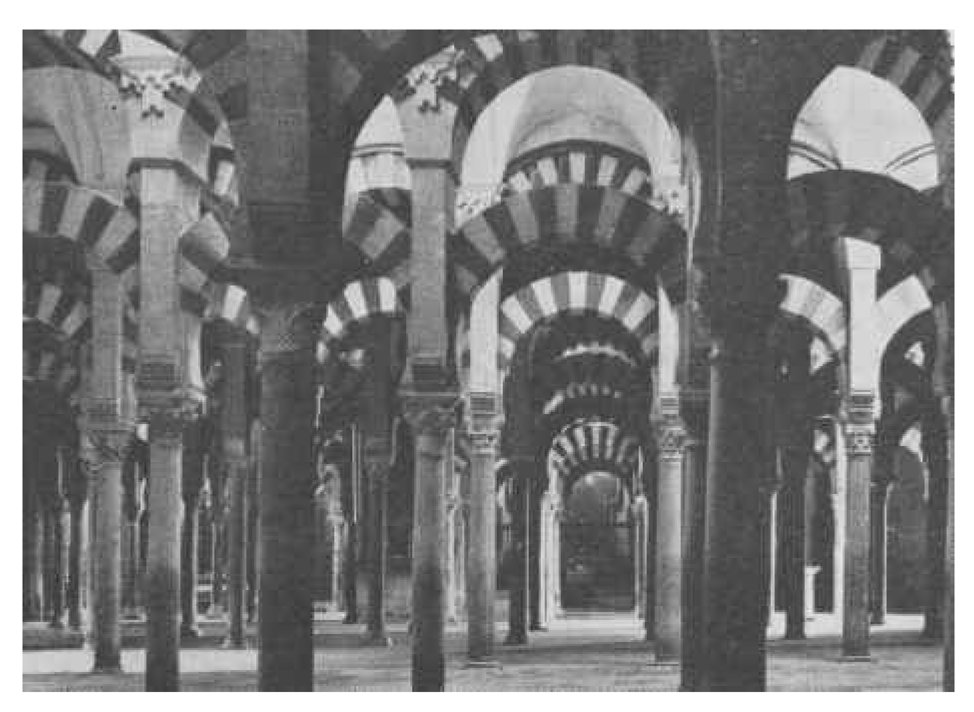


Ilustración 16. La austera religiosidad musulmana en la Mezquita de Córdoba

Antes de ellos reinan en Aragón Pedro II —hijo del Batallador, al que disputa inútilmente el Trono el Emperador hijastro de su padre— y en Castilla Sancho III, Alfonso VIII, Enrique I y doña Berenguela. Sancho III sólo refría un año y deja en el Trono a un niño, Alfonso VIII, que está a punto de perder la Corona por la guerra de facciones que provocan las nobles casas de Laras y de Castros. Felizmente, Alfonso VIII tiene en su corazón juvenil los mejores arranques de sus ilustres antecesores de igual nombre. Como Alfonso VI y como Alfonso Vil, es enérgico, duro y combativo, persuadido de su legítima autoridad y de que la soberanía no es un goce fácil, sino una misión altísima, para cuya realización son indispensables las más selectas colaboraciones. Lo mismo que el conquistador de Toledo tuvo —aunque no siempre por razones humanas— al Cid de su lado y el Emperador a Gelmírez, el Rey de las Navas llama a su consejo y asocia a su gobierno a uno de los hombres más insignes de su época: el Arzobispo don Rodrigo Ximénez de Rada. Ninguno de los tres son en manera alguna lo que más tarde se designará —con acento cada vez más rápido hacia el despectivo— un favorito, privado o valido. Todavía no son tampoco «el canciller». Son —como serán más tarde en el Reinado cumbre Nebrija, Pedro Mártir, Gonzalo de Córdoba o Cisneros— los consejeros, los colaboradores, los hombres que frenan, encauzan, orientan y guían los impulsos, las pasiones, las dotes e incluso los defectos de los Reyes. Don Rodrigo Ximénez de Rada atesora en su alma las más varias cualidades. Es hombre de iglesia, de armas, de letras y de gobierno. Es intelectual y guerrero, cristiano y diplomático. Su fe española tiene varias caras deslumbradoras, como un diamante bien tallado. Don Rodrigo es el artífice de varias cosas definitivas de la Edad Media española: de la primera Historia General de España, para la que aprovecha todas las fuentes cronísticas y juglarescas, tanto árabes como cristianas; de la primera Universidad española —en Palencia—; de la primera gran batalla contra los nobles turbulentos y de la primera Catedral de España —la de Toledo—, para cuya terminación pone a contribución su energía y su buen gusto. También cuenta en el haber glorioso del Arzobispo su Embajada a Roma para solicitar del Santo Padre el carácter internacional —jurídico y eclesiástico— de Cruzada para la campaña que preparaba su Rey contra los almohades, campaña que había de terminar con la ruidosa victoria de las Navas de Tolosa y otras menos célebres, pero que aseguraban a Castilla el dominio de Extremadura y el camino de Sevilla. El privilegio de Cruzada obtenido para aquella guerra incorpora definitivamente Castilla a la comunidad europea y abre los pasos pirenaicos no sólo a los peregrinos del Apóstol Santiago, sino a monjes, guerreros, juglares, maestros orfebres, arquitectos, copistas,

miniaturistas, tejedores y comerciantes de todas clases. El viejo estilo románico-visigótico y el gótico castellano primitivo sufren influencias flamencas y francesas al mismo tiempo que la arquitectura aragonesa y catalana se convierte en mediterránea. La literatura —que ya ha producido en las lenguas romances algunas obras de consideración, principalmente en Castilla, donde Berceo, Juan Lorenzo de Segura y el incógnito autor del Poema del Cid han compuesto sus obras fundamentales— prepara nuevos caminos a la lírica —catalana y gallega sobre todo— con el contacto trovadoresco francés. Todo ello, mezclado a lo autóctono visigodo, a lo mozárabe y a lo mudejar, siembra belleza eterna sobre la piel de toro, que lentamente va preparándose para la explosión genial del Renacimiento.

Como ya ha quedado dicho, Alfonso VIII gana batalla tras batalla a los almohades y destruye los reinos de Taifas de Extremadura. Es interesante la actividad diplomática con Aragón para fijar los límites de los dos Reinos y los rumbos de sus futuras expansiones. Estos Tratados se completarán en la época de Jaime I y Fernando III. También el de las Navas lucha y pacta con su sobrino Fernando II de León y con el hijo de éste, Alfonso IX, a quien casa con su hija Berenguela, preparando la unión definitiva de las dos Coronas. Con quien no puede conseguir nada es con Portugal, arriscado ferozmente en la defensa y consolidación de su independencia. Alfonso VIII se ve obligado por las circunstancias a reconocer de derecho al nuevo Reino, que ya nunca —salvo en un momento glorioso acabado tristemente— volverá a unirse a la piel de toro, desgarrada por el testamento del conquistador de Toledo.

XVII. JAIME EL CONQUISTADOR Y SAN FERNANDO O EL GRAN MANO A MANO DEL SIGLO XIII

Sancho el Mayor de Navarra y Fernando I o Alfonso VI de Castilla no habían conocido rival en el ruedo ibérico para la lidia del moro. Los Alfonsos (el II de Aragón y el Vil de Castilla) quitan —por su actitud hostil, que los lleva a combatirse mutuamente, olvidando al musulmán— el carácter de rivalidad a la lucha. Son enemigos jurados y no rivales. A los enemigos les es lícito el empleo de todas las armas para anularse. A veces, los más tocados de ferocidad llegan a la alianza con el enemigo común, considerando que el enemigo de mi enemigo puede ser amigo mío —circunstancial— aun cuando también sea mi enemigo. Razón por la cual, a veces, los reyes cristianos concertaban treguas o pactos con el infiel para poder asestar más y mejores golpes al adversario de su misma sangre, su misma fe y su mismo ideal. Fenómeno que, por desgracia, no ha sido sólo privilegio de una Edad Media en que el sentido ético de la política internacional y nacional era rudimentario. Esos pactos tenebrosos con el diablo los hemos visto a lo largo de la Historia cuando naciones cristianas occidentales han promiscuado con el pirata, el turco o el bolchevique, contra sus propias razones esenciales, por el goce morboso de perjudicar a naciones de cultura y origen común.

Al comenzar el siglo XIII alborea en España la más noble rivalidad de gloria y fin paralelo que se ha conocido. Jaime I sube al Trono de Aragón en 1213, sucediendo a su padre, Pedro II, muerto en el campo de batalla de Muret. Jaime I es aún menor de edad. Fernando III recibe la Corona de su madre, doña Berenguela, en 1217, ya con los pocos años suficientes para gobernar sin tutela. Doña Berenguela había heredado el Reino de Castilla de su hermano Enrique I, hijo menor del heredero de las Navas de Tolosa. Enrique I, que reinara brevemente bajo la regencia de su prudentísima hermana, murió mocito todavía. Fernando tiene que soportar una dura guerra con su padre, Alfonso IX de León, que, por odio a Castilla y a doña Berenguela, trata inútilmente de desheredar al primogénito y repartir la corona leonesa entre dos hijas de su segundo matrimonio. La habilidad del Rey castellano sale triunfante y un pacto con las hermanastras inutiliza el proyecto separatista, batido entre los campos de batalla.

Fernando III, de hecho y de derecho Rey de Castilla y León y Señor de las Vascongadas —incorporadas definitivamente al destino castellano por Alfonso VIII—, y Jaime I, Rey de Aragón y Conde de Barcelona, constituyen la gran pareja que llena de venturas a España en el más noble y caballeresco «mano a mano» que conoce la Historia. Ni una sola vez en la lidia del moro —que aún estaba brioso—, Fernando o Jaime se quitan ocasión de lucimiento, convencidos de la identidad del ideal y quizá secretamente avisados —por esa telepatía genial y profética sin la cual no se puede ser gran estadista— de que de sus estirpes nacerían un día la mujer y el hombre que, fusionándolas en una sola sangre, hicieran una Patria sola de las tierras heredadas y los reinos conquistados. Jaime y Fernando han quedado solos para la liza, pues Navarra se ha inclinado del lado de Francia —la última heredera de sus ilustres reyes casa con un conde de Champaña— y Portugal, tierno para la gloria, ha de esperar un siglo largo todavía el despertar en su verde y blanco camino del Atlántico.

Castilla-León y Aragón-Cataluña, no frente a frente, sino mano a mano por la idea española. Equilibrio de fuerzas y de territorios. Exacta ambición y capacidad de cultura. Dos idiomas ya granados en la flor de dos literaturas. Dos estilos políticos y estéticos. Dos monarcas genialmente iguales y genialmente distintos. La guerra santa —primero de independencia, luego de reconquista y ahora ya de unidad—, que a veces se había encontrado sin cabeza y sin espada, tiene en esta mitad primera de la decimotercia centuria dos cabezas directoras y dos brazos ejecutores que, conscientes del destino, no se interfieren ni se recelan. El altísimo ejemplo político y cristiano de Cataluña-Aragón y León-Castilla en esta época no ha sido imitado jamás en la Historia, aun cuando haya sido superado una vez cuando la unión definitiva de ambos Reinos. Pero el «Tanto Monta» era una divisa de amor que nimbaba de poesía la política, mientras el tácito «monta tanto» de Fernando y Jaime era sólo una norma política de una finura e idealismo insuperables, esgrimida frente al enemigo común mahometano. Lo más curioso de la actividad paralela de los insignes monarcas es que fueron siempre amigos y nunca aliados y que

cuando por única vez hubo una interferencia en sus hazañas bélicas— al llegar al mismo punto las conquistas del uno por el Reino de Valencia y del otro por el Reino de Murcia—, las espadas volvieron a los tahalís y relucieron las plumas para ganar uno y otro la batalla incruenta del Tratado de Almizra, que delimitó los dominios en tierra de Levante de las tierras tomadas a moros por los mesnaderos de Castilla-León o de Aragón-Cataluña.

San Fernando ha ensanchado primero en El Andalús. Sus ojos se han ido deslumhrando con la gracia y magnificencia de Córdoba, Jaén, Sevilla, Jerez, Medinasidonia, Lebrija, Rota y Sanlúcar. Andalucía la Alta y la Baja. La serranía y la marisma, la vega y la dehesa, el jardín de naranjos, granados y limoneros; el campo de olivares y viñedos; los potros y los toros barrocos de los anchos pastizales; las mezquitas y los alcázares; los cueros y los artesonados; las fuentes y los arrayanes; los cipreses y las rosas; los ruiseñores y los nardos; la cadencia y la risa... ¡Andalucía!... Más tarde, su ejército, mandado por el Príncipe heredero Alfonso —que además de ensayarse en todas las sabidurías sabe mandar soldados en la batalla—, avanza por tierras murcianas hacia Valencia, la vieja Valencia del Cid.

Pero ya bajaban por tierras de Teruel hacia el Mediterráneo los hombres de don Jaime, ansiosos de dominar la costa de este mar por el que se iba a Italia y a Grecia. El Conquistador ya ha ocupado Baleares y se propone adelantarse a los castellanos en la definitiva incorporación a la cristiandad del Reino valenciano, que fuera conquistado y gobernado por el Campeador. Castilla se creía con derecho por aquella ocupación —obra personal del Cid— y por las parias que el guerrero de Vivar impusiera a Valencia para Castilla. El derecho había prescrito desde que Jimena saliera enlutada tras el cadáver de Rodrigo con rumbo a San Pedro de Cárdena. No se han vuelto a cobrar los tributos ni ejercer soberanía de cualquier clase. Castilla está enfrascada en sus luchas internas y olvida el camino del Mediterráneo. La posesión de Valencia desde el siglo XI hubiese variado mucho la fisonomía **del** Estado castellano. Fernando III, magnífico estadista, preocupado del mar no obstante ser de tierra adentro, quiere recuperar los dos siglos perdidos y ordena el avance general hacia Valencia para llegar antes que los aragoneses. No lo logra. Don Jaime ocupa Valencia y sigue hacia el Sur por las ricas tierras de naranjos y arrozales bordeados de acequias y canales de riego. Játiva, Alcira, Biar, Alicante y Elche van cayendo. Pero Alicante y Elche, las de los palmerales mágicos, las de los almendros en flor, las del esparto y la pita, las del dátil y el azúcar, pertenecían a territorio murciano, en gran parte sometido y en otra feudatario de Castilla. El mano a mano amenaza trocarse en frente a frente a la sombra bíblica de las palmeras de siete brazos. Pero la amistad de Jaime y de Fernando —heredada ya por Alfonso X— renovó el Tratado de Almizra, y los aragoneses se retiraron de aquellas plazas. El poderío musulmán quedó reducido al Reino de Granada, que ocupaba desde Almería a Gibraltar, y tan sumamente debilitado, que a buen seguro hubiera sido conquistado en rápida campaña si llega a cuajar el proyecto del Rey de Aragón de realizar una expedición conjuntamente con Castilla. Los nobles catalanes se opusieron a la idea, que habría culminado gloriosamente el dichoso mano a mano del siglo XIII. Como ese proyecto de don Jaime, se habían frustrado antes otros dos de la mayor importancia internacional —llamándola así por cuanto la España cristiana comprende diversos Estados— y española: una Cruzada al Norte de África que la muerte impidió organizar a San Fernando, y otra a Palestina, en la que por primera vez vientos adversos dispersaron a una poderosa flota hispánica.

Este mano a mano castellano-aragonés tuvo dos consecuencias primordiales: la primera, la creación de los dialectos levantinos, en los que incluyen igualmente las lenguas castellana y catalana, romanceando con acento singular y espléndido vocabulario el árabe de valencianos, murcianos y alicantinos. La segunda, la creación de las escuadras de Aragón y de Castilla. La catalano-ara-gonesa, que permite la ocupación de Mallorca, Menorca e Ibiza, y la castellana —obra extraordinaria de la voluntad del Rey secundada por el insigne almirante ¡burgalés! Ramón Bonifaz—, que hace factible la conquista de Sevilla por una operación simultánea terrestre y naval. Estas dos armadas, naciendo y recibiendo simultáneamente el bautismo de gloria, significan el primer paso de un Destino unido en las más altas empresas marítimas, para las que se habría de zarpar indistintamente de Barcelona, de Palos de la Frontera o de Guernica.

Para que todo fuese venturoso en estos Reinados, Jaime I negocia con Luis IX de Francia —

primo hermano del Rey de Castilla y, como él, canonizado más adelante— un Tratado político (de Corbeil) de límites fronterizos y término de aspiraciones territoriales originadas de viejos pleitos hereditarios. La buena voluntad de San Fernando intervino cerca de su primo el Monarca francés, quien renunció a sus derechos tradicionales sobre la Marca Hispánica, como el Conde de Barcelona cedía los suyos sobre los condados del mediodía de Francia. Los dos primeros tercios del siglo XIII representan, pues, una etapa única en la Historia de concordia y esplendor de los príncipes cristianos. Francia, Aragón y Castilla se fortalecen y dibujan netamente sus líneas fundamentales. Navarra, aunque se borra como Estado peninsular, se sostiene con decoro, y Portugal avanza hacia la consolidación de su interesante personalidad histórica.

Para la piel de toro no podrían decir los más supersticiosos que fuesen nefastas la equis y las tres íes romanas que formaban el número trece de los siglos transcurridos desde el nacimiento de Cristo. Por el contrario, se puede afirmar que es en ese siglo cuando se forja la España que ordenará el Mundo en el XVI.

XVIII. REY, TROVADOR Y SABIO

Pues, señor, éste era un Rey que lo sabía todo, menos una cosa fundamental: la realización práctica del oficio real, al que venía forzado a dedicarse por nacimiento, aunque no por opción de voluntad y vocación. Alfonso X hubiera sido, en lugar de primogénito, segundón de San Fernando y el fracaso no habría amargado sus años ni empañado el claro lustre de su nombre insigne. Pero a nadie le es dado retrasar el nacimiento ni alterar el Destino. Alfonso hubo de ser Rey —aceptando gustoso lo fatal de un oficio que no iba bien a su temperamento— y sufrir en el cumplimiento de su alta misión los sinsabores que experimentan todos los hombres que dedican una parte importante de su actividad a funciones apartadas de la natural inclinación de s»u corazón y de su inteligencia. Entregado de una manera total a la serenidad de ¡a Historia y de las leyes, a la dulzura de la música y de la poesía y a la tremenda zozobra de la Astrología y de la Alquimia, Alfonso X hubiera sido completamente feliz. Teniendo que mezclar a estos goces puramente intelectuales las funciones —también intelectuales, pero dolorosas— militares y sobre todo de gobierno, en las que tan difícil es la obtención de la victoria, el hijo de San Fernando apuró cálices de desencanto y de tristeza.

Alfonso el Sabio, siendo príncipe heredero, había gustado mieles triunfales en la guerra y en la cultura. Pudo contemplar de cerca la magnífica concepción política de su padre, con el que apareció identificado en los años de aprendizaje. Apenas subido al trono castellano, en plena madurez de edad y de talento, se le presenta la ocasión única de llenar de su figura excelsa el ámbito europeo. Como vastago de la Casa de Suabia, a cuya familia pertenecía su madre, la reina Beatriz de Castilla, es llamado —no sin la dura y cara lucha de intrigas y sobornos que precedía de siempre a la elección— para ceñir la Corona del Sacro Romano Imperio de Alemania, aspiración máxima de todos los príncipes europeos desde Carlomagno. Un signo de ventura parecía presidir el reinado del décimo Alfonso. Pero he aquí el hecho trascendental, que hubiera sido la coronación en Aquisgrán, en Francfort, en Burgos, en Sevilla o en Roma de Alfonso X de Castilla y I de Alemania, se frustra, en gran parte por el propio temperamento del Monarca, que podía haber adelantado en dos siglos y medio la formidable coyuntura histórica de Carlos de Habsburgo-Aragón-Castilla. En gran parte por su propio temperamento y en mucha también por el temperamento castellano, siempre adverso —aunque otra cosa se crea— a asociarse a un concepto imperial extranjero. Castilla —en 1256 como en 1529— sueña su propio imperio: el Imperio español que realizan los Reyes Católicos y Felipe II. Imperio donde triunfa el genio nacional con la espada y la ley españolas. Imperio autóctono que conquista, cristianiza e hispaniza mundos. En el Imperio Alemán —europeo—, Castilla primero y España luego no encuentran misión histórica, quehacer nacional justificador de los dispendios que cuesta y del alejamiento del soberano. El Imperio español sí que tenía una misión y por ello el pueblo había celebrado las designaciones de Emperador autoconferidas por Alfonso VI y Alfonso Vil. Es posible que si los Reyes Católicos se hubiesen llamado Emperadores al dar cima a la Unidad Nacional, el pueblo español se hubiera estremecido de júbilo y orgullo por el Imperio Hispano. Pero el hecho de que su Soberano permanente adquiriese un título extranjero electivo, difícil de consolidar en la dinastía y seguro dispersador de las energías de un Estado que tenía encima la guerra de moros en tiempos del Rey Sabio o la colonización indiana en los del César de Gante, no seducía a los españoles, que —no obstante la leyenda— eran y son más realistas que imaginativos.

Alfonso X —no en balde gran poeta y gran intelectual, menos en la realidad que sus gentes de nobleza o Estado llano— enfocó desde ángulo distinto que su pueblo la cuestión de la investidura imperial, tan satisfactoria para su persona. El pueblo español estaba pagando caras las victorias de Fernando III. Las victorias suelen ser tan costosas como una derrota. Alteran el complicado mundo financiero. La gloria militar no equilibra lo que se llama balanza de pagos, y al tributo de la sangre que vierten los héroes que la consiguen se suman los tributos y alcabalas inevitables para salvar de quiebra el Erario público. Esta era la situación de Castilla-León definitivamente unidos y ensanchados con Sevilla y Murcia. El lujo de coronarse Emperador de Alemania el Rey, no mejoraría en nada la crisis económica de la paz. Antes al contrario, el gasto forzoso para asegurarse el Monarca las voluntades

electorales habría de aumentar los impuestos y estrecheces del pueblo y los ex combatientes. El Sabio Rey se obceca en la ilusión del Imperio que tan justamente no ilusiona a Castilla y pasa —sin meditarlo— de la inflación al despilfarro sin asesorarse de las Cortes. Sin su anuencia había ya tomado otras determinaciones que afectaban al Reino —la cesión del Algarbe a Portugal, la generosa renuncia a las parias que el Estado lusitano pagaba a Castilla y el abandono de los derechos dinásticos al Ducado de Gascuña—, dando motivo a una gran sublevación de la Nobleza, vejada por aquellos abusos de poder. No es de creer que Alfonso X fuera un déspota ni que este choque con la aristocracia respondiera a una actitud voluntariosa y caprichuda. Probablemente fue una obstinación de intelectual —demasiado impregnado de Historia Romana y algo descuidado en la de su Patria— confiado en la superioridad de su cultura y de su pensamiento sobre los de su pueblo. Las circunstancias le deparaban el Imperio y la ocasión de restaurar en el desvaído contenido del Imperio germánico una fórmula más rígida y más eficaz, según el modelo —que tanto admiraba— de Justiniano el Grande, Emperador de Bizancio. Era la coyuntura de romanizar a Europa, de reconstruir una unidad dispersa en la ley y la cultura. El Rey intelectual no podía someter este vastísimo sueño a la concepción limitada de una nobleza feudal, militar y nada universalista y de un pueblo que no veía más allá de la guerra de los moros, interesante como misión racial desde luego, pero mucho menos atractiva —para el amplio sentido político y jurídico del Rey Trovador— que la tarea de unificar a Europa.

El Rey y el Pueblo se enfrentan. Junto al Pueblo está el Clero, que sigue la postura política de la Santa Sede, adversaria, por mil razones de su política europea —entre ellas por el temor de que el Imperio distraiga a Castilla de la guerra santa—, de la candidatura del hijo de Beatriz de Suabia. El Rey, solo frente a la Nobleza, el Clero y el Pueblo, acepta la Corona imperial que le ofrece en Burgos una suntuosa Embajada de caballeros alemanes y se dispone a emprender el viaje de la Coronación, aplazado siempre por los disturbios y por la oposición tenaz de los Papas que van ocupando la Silla de San Pedro. También la ardorosa tarea intelectual del Rey, que rodeado de poetas, juristas, traductores, historiadores, geógrafos, músicos, astrónomos y alquimistas, vigila, interviene y corrige la redacción de las «Siete Partidas», las «Tablas Astronómicas», la «Crónica General de España» y las «Cantigas» —obras en que se cuajan definitivamente la majestad del castellano y la dulzura del gallego—, retrasa el viaje. Se crean Universidades —según los modelos de Bolonia, Heidelberg, París y Oxford— en Salamanca —castellana—, en Sevilla —latina y arábiga— y en Murcia —cristiana, árabe y griega—. Pero todo ello no basta para arrancar al Rey de su sueño ni para convencer al país de dejárselo soñar. Después de diez años de porfías, el Pontífice Gregorio X logra influir en el ánimo del Rey Sabio y hacerle renunciar al Trono Imperial. Alfonso X, con una inmensa tristeza —la tristeza del brusco despertar de la ilusión más alta de toda una vida en la realidad contraria—, se queda solo con su corona castellana, en precario por la insolencia de los nobles, que cantan su victoria. Refugiado en la lírica y en el Derecho, llega hasta su espiritual rincón de apartamiento un doble dolor paterno: primero la muerte prematura de su primogénito don Fernando de la Cerda y después la rebeldía del hijo segundo, el bravo Infante don Sancho, para quien la regla de sucesión a la Corona —primogenitura y representación— establecida en las Leyes de Partida, que consolidan la fórmula pública y privada romana incorporada consuetudinariamente a la tradición monárquica de Castilla, es un papel mojado. Don Sancho se opone con energía a que los Infantes de la Cerda sean jurados herederos de la Corona, recabando el derecho al Trono para sí y sus sucesores. La flamante Ley se ve conculcada por el hijo de su promulgador, a quien ayudan, entre rencorosos y ambiciosos, los nobles que ya no dejarán de ser rebeldes hasta finales del siglo XV. La guerra civil se enciende. El Rey, con enorme amargura y escasísima fuerza, tiene que oponerse a su hijo. El combate civil —para el que el Príncipe, antinacionalmente, requiere la ayuda armada de Aragón— se resuelve a favor del Bravo, poseedor de la fuerza y la juventud, contra el Sabio, a quien asistían la razón y la vejez. Los partidarios del impetuoso Infante, en unas Cortes reunidas en Valladolid en 1282, expulsan de su Trono al frustrado Emperador, quitándole también el título de Rey de Castilla. Por fortuna para don Alfonso, hay un título que no conceden ni las Cortes ni las facciones y del que no pueden despojar al hombre que sabe ganarlo ni las bravuconerías ni el partidismo: el título con el que ha pasado a la inmortalidad el rey del infausto sino: el de Sabio. Más sabio quizá cuanto más dolorido, su espíritu sobrevive en la Historia como organizador de las empresas intelectuales más altas de toda la Edad Media: la consolidación del Derecho, el pulimento del Idioma y la cimentación de la Música y la Ciencia. Don Alfonso abre el

camino a Suárez y a Vitoria, a Cervantes y a Gradan, a Mariana y a Menéndez Pelayo, a don Enrique de Villena y a Ramón y Cajal, a Victoria y a Pedrell. Pudo haber perdido batallas —que no las perdió, sino que acrecentó sus reinos heredados—; pudo fracasar en la empresa imperial y llevar su reino a la anarquía. Pero su gloria quedaría espléndida e intacta con la redacción de las «Cantigas de Nuestra Señora» y el «Fuero Real», el «Espéculo», las «Leyes de Estilo» y, sobre todo, la gigantesca compilación de las «Leyes de Partida». La cultura de la Baja Edad Media española, cuyo ciclo abriera San Isidoro de Sevilla, se cierra con el prodigio intelectual del desdichado Rey Trovador, guerrero y sabio, don Alfonso X de Castilla y León.

XIX. RÍOS HACIA LA MAR

Como dos hondos y anchos caudales de agua, fluyen y corren las vidas de Aragón y Castilla hacia la desembocadura de infinitos horizontes de la Unidad Nacional, por entre las riberas de la Historia.

La estabilización de las nacionalidades, la configuración de la realeza fortalecida por el principio hereditario y por la personalidad eminente de algunos soberanos, la caída de la peligrosidad musulmana con la decadencia de los últimos restos de su Imperio y el progreso de la cultura y el lujo, traen aparejados, desde el comienzo del siglo XIV, un nuevo concepto de la vida pública y privada reflejado vivamente en la «Crónica». La Monarquía deja de ser patriarcal para hacerse patrimonial. El Rey evoluciona y de ser el Caudillo militar de la guerra santa contra el moro pasa a desempeñar las funciones políticas y representativas con una autoridad mucho más limitada, a pesar de los esfuerzos de la realeza por el absolutismo. Del puro ambiente castrense del campamento al nido de intrigas de los alcázares, la crónica disminuye del tono épico al tono dramático o melodramático. Los nobles descienden a cortesanos y su misión de capitanes del Reino se reduce a la de abanderados de facción. Del heroísmo a la conspiración y de la generosidad al egoísmo, todas las capas sociales se ven afectadas por una degradación. Los mejores instrumentos políticos de la época —el Monarca y las Cortes— pierden eficacia por mutuas culpas. Los Reyes se alejan indebidamente de las Cortes para resolver personalmente asuntos de Estado que creen privados y las Cortes se hacen cómplices de banderías particulares frente al interés estatal. De la subversión de los principios tradicionales; de la libre interpretación por todos y cada uno de las normas jurídicas y morales; de la convivencia de jerarquías para el sostenimiento de los valores espirituales del Estado, surgen los disturbios internos, la debilidad del Poder, las claudicaciones anárquicas y las lamentables escenas familiares que más tarde inspirarán para sus dramas y cuadros «históricos» a los poetas románticos y a los pintores post-románticos. De toda esa alteración de principios —que en Castilla arranca del triunfo de Sancho IV sobre Alfonso X, los Infantes de la Cerda y las Leyes de Partida y en Aragón de la aceptación por Pedro III del Privilegio General que le imponen los nobles— nacen las páginas dramáticas y vergonzosas —que no encontraron su Shakespeare en España— de las minoridades turbulentas de Fernando IV, Alfonso XI y Enrique III; de las «justicias» violentísimas de Alfonso XI y Pedro I; de las Reinas repudiadas y las concubinas triunfantes; del despertar ambicioso de los bastardos reales culminando en el fratricidio de Montiel y en la entronización de la Casa de Trastamara —dejando a merced de ayudas extranjeras a las ramas legítimas— y de los favoritos que subyugan la voluntad de los Reyes. En Aragón, las guerras intestinas, provocadas por los nobles del «Privilegio», duran lo que los reinados de Pedro III y Alfonso III. Pedro IV triunfa de los unionistas y sanciona con terrible rigor a los conjurados. La rebelión vuelve a estallar con motivo de la sucesión a la Corona aragonesa al morir sin sucesor directo don Martín el Humano y aspirar a ella don Fernando de Antequera y el Conde de Urgel. Resuelta la crisis por el «Compromiso de Caspe» en favor de don Fernando y vencido el de Urgel en Balaguer, Aragón vuelve más tarde a la discordia civil con el conflicto entre don Juan II y el príncipe Carlos de Viana, episodio coetáneo a las luchas castellanas de don Alvaro de Luna y luego de Enrique IV contra la nobleza.

Páginas dramáticas, negras, en las que sobre el fondo sombrío de una época llena de furias, odios y disidencias, se dibujan las recias personalidades humanas —algunas de más que patológica biología— de doña María de Molina, Alfonso XI y Leonor de Guz-mán, de Pedro I y María de Padilla, de Enrique II, Juan II, don Alvaro de Luna y Enrique IV de Castilla y de Pedro III, Pedro IV, Roger de Lauria, Roger de Flor, Alfonso V, Juan II, Carlos de Viana y Juana Enríquez en Aragón y Navarra. Páginas amargas, pero que en manera alguna sirven de dique al fluir de la Historia. Al contrario, manchada de la sangre vertida por causa de tremendos complejos, sigue su rumbo por sirtes de gloria. En el siglo XIV y en el XV, la guerra de moros tiene su fase dura —victoriosa para Castilla— por el impulso que al reino granadino dan los beni-merines, que acaban siendo derrotados en el Salado, en el Palmones y en Algeciras, que pierden, aunque conservan Gibraltar. Castilla gana para la raza el

nombre de Guzmán el Bueno e incorpora a su Corona las legendarias Islas Afortunadas, conquistadas por Bracamonte y Bethencourt y pone por vez primera su pendón en África en la expedición punitiva contra Tetuán realizada en el año 1400. Éxitos que desde luego no compensan la rota de Albujarrota, que destruye las esperanzas de una posible unión de Portugal y Castilla. Las vicisitudes internas impidieron a Castilla y Aragón llevar a la práctica el Tratado convenido por Sancho IV y Jaime II sobre África del Norte —desde Bujía y Túnez al Atlántico—, que hubiera dado a las dos grandes Monarquías de la piel de toro el dominio sobre el Mediterráneo occidental.

Desde el reinado de Jaime II, en que las tropas aragonesas cercan —y no conquistan— Almería, las banderas de Aragón se apartan de la guerra de moros. Aragón y Cataluña han terminado su misión de Cruzada en la guerra santa de la Reconquista. Salvo algunos mercenarios y aventureros sueltos, sus soldados no volverán a esa guerra hasta que, unidos ya los dos países por el yugo y las flechas de Isabel y Fernando, resuenen sus cánticos milenarios en la vega de la Granada sitiada. Aunque empresa de Castilla desde comienzos del siglo XIV la expulsión definitiva de los moros, los Reyes Católicos quisieron asociar a los hombres de los dos reinos en esa primera gran empresa de Unidad de Destino histórico en lo universal. También en ese reinado se unirían a las empresas de Cataluña y Aragón en Italia para la misma finalidad trascendental, los hombres de Castilla —que era ya León, Galicia, Asturias, Extremadura, Andalucía y Murcia.

Desde Jaime II, las armas de Aragón no combaten a moros, pero tampoco permanecen ociosas. Se han abierto para las espadas y los remos, las lanzas y las velas, el amor y la lírica, las piedras y las quillas, las aventuras de Italia y de Grecia. Los peces del Mediterráneo se preparan para pintar de sol en sus escamas las barras insignes aportadas por los Condes de Barcelona al escudo que será de España.

¡Italia! ¡Grecia! ¡Nápoles! ¡Atenas!... En la ruta azul del Mar Latino, de Barcelona a Ostia, de Rosas a El Píreo, de Valencia a Palermo —ruta bien sabida de viejos navegantes en trirremes—, Jaime I, el Gran Conquistador, había plantado sus banderas sobre las calas transparentes de oro, de azul y rosa, de las Baleares de ensueño. La sombra de las alas del murciélago de su cimera de combare, después de planear sobre Valencia, Palma e Ibiza, se ciernen políticamente sobre Italia, al casar a su primogénito Pedro con Constancia de Suabia, hija del rey Manfredo de Sicilia. Este Reino —como todos los Reinos italianos hasta que Cavour y Víctor Manuel logran la unidad nacional italiana— lo codician Francia, el Imperio y los Papas. Francia, apoyada por el Poder pontificio, se apodera de Sicilia y coloca en su Trono a Carlos de Anjou después de una guerra en la que hallan la muerte el rey Manfredo, suegro de Pedro, y su. sobrino Conradino. Los derechos recaen en la Reina de Aragón y de Valencia. Pedro III se encuentra, de hecho, representando los intereses de la Casa Imperial de Suabia y jefe de los gibelinos de Sicilia frente a los güelfos partidarios del Papa y los franceses, enemigos históricos de Alemania y de España. Pedro no había podido acudir en defensa de Manfredo por estar entretenido en hábiles negociaciones con el Rey de Túnez que debían asegurar una extraordinaria preponderancia en el Norte de África a la Monarquía aragonesa. Conseguido el objetivo político y estratégico de Túnez, Pedro III vuelve su pensamiento a Sicilia. Sancho IV de Castilla, que le debe gratitud por la ayuda aragonesa en la guerra civil contra el Rey Sabio, le promete su cooperación. La escuadra de Aragón se ha hecho a la mar mandada por Roger de Lauria. En apariencia, para una expedición a Constantina. La operación-pretexto se realiza con éxito casi al mismo tiempo que los sicilianos se sublevan contra Francia en la jornada conocida por las «Vísperas sicilianas». La armada de Roger de Lauria leva anclas y abandona las costas berberiscas para arribar a Trapani, donde el Rey y el Almirante derrotan rápidamente al ejército y la flota del de Anjou, que muere al año siguiente. La situación no se arregla, sino que se embrolla porque el papa Martín IV excomulga a Pedro III, le priva de sus Estados italianos y españoles y se los otorga a Carlos de Va-lois, hijo del rey Felipe el Atrevido de Francia, concediendo carácter de Cruzada a la guerra contra Aragón. El francés —buen francés— no desaprovecha la ocasión y por el Ampurdán invade Cataluña. Algunos nobles y muchos clérigos catalanes se ponen del lado del Rey francés, a quien ayuda el de Mallorca, hermano de Pedro III. Una vez más, los franceses conocen la derrota en España y, abandonando el Ampurdán, vuelven al Rosellón. Pedro III, a punto de morir, solicita el perdón del Papa y renuncia al Reino de Sicilia. Sus herederos, que no aceptan la voluntad del padre, siguen luchando con el francés y llegan a una paz

donde se reconocen los derechos de Aragón en Sicilia, Mallorca v el Rosellón. Siguen guerras y paces que no logran arrancar de la soberanía aragonesa e! Reino siciliano. Poco más tarde se conquistan Menorca y Cerdeña y se incorpora definitivamente a la Corona aragonesa el Reino de Mallorca y su feudo del Rosellón. Es Pedro IV quien, ya en la batalla de Lluchmayor en 1349, repara el único error político de Jaime I al desmembrar sus estados hereditarios y conquistados.

En 1303 parte de las tropas mercenarias catalanas v aragonesas que se encontraban en Sicilia acudieron en auxilio del Emperador de Bizancio Andrónico, atacado por los turcos. La famosa expedición de los 6.500 «almogávares» —así se llamaron las huestes que mandaba Roger de Flor— realizó en el Asia Menor una campaña brillantísima en la que obtuvieron la rica ganancia de Anatolia. La expedición militar tuvo el fulgor y la inspiración genial que siempre ha acompañado a las armas españolas en sus aventuras por tierras extrañas. El mundo asiático conoció la dureza, el valor, la resistencia, la abnegación y la táctica de los soldados y capitanes de Occidente. Andrónico repartió mercedes sin cuento entre los almogávares, ennobleciendo a sus jefes Rocafort, Entenza y sobre todo al general Roger de Flor, a quien casó con una hija del rey búlgaro y dio primero el título de Megaduque y después el de César. El deslumbramiento por la hazaña española —alegre, improvisada y heroica— provocó la envidia de los cortesanos y militares de Cons-tantinopla, que en un banquete asesinaron a Roger de Flor y a más de 1.300 de sus hombres. La venganza de los almogávares, traicionados por aquellos a quienes habían ido a ayudar, fue terrible. Incendiaron, saquearon y conquistaron pueblos, poniendo en gran riesgo el Imperio. La llegada de un representante del Rey de Sicilia y una petición de auxilio del Duque de Atenas evitaron la destrucción del Imperio de Oriente. En Grecia, las armas de España obtuvieron la misma cosecha de victorias y traiciones. La segunda gran traición tuvo su castigo: Atenas fue conquistada y sometida a la soberanía del Rey de Sicilia —hijo tercero de Pedro III de Aragón—, quien envió para regirla a su segundogénito Manfredo. El Ducado español de Atenas duró desde 1326 a 1387, como remate de una de las más extraordinarias aventuras de las armas españolas.

Más tarde, Alfonso V —rey militar, político y artista— resuelve el pleito que por Córcega y Cerdeña sostenían las Repúblicas de Genova y de Pisa. En Cerdeña recibe una petición de auxilio de la reina Juana de Nápoles, asediada de intrigas italianas, vaticanas y francesas. Alfonso V pone caballerescamente su espada al servicio de la Reina sin fortuna y sin heredero directo, que le nombra Duque de Calabria y heredero de Nápoles en vista de sus victorias. Pero poco más tarde —después que los aragoneses han libertado Nápoles— la Reina se arrepiente y deshereda a Alfonso, nombrando para sucederle a un príncipe francés: Renato de Anjou. Alfonso combate con diversa fortuna en un principio, mas al fin logra inclinar de su lado la victoria y se proclama Rey de Nápoles. Arbitro de Italia, dirime en su favor varios pleitos políticos peninsulares y logra ser reconocido heredero de los Estados del Duque de Milán.

*** * ***

Es menester subrayar con grueso trazo —aunque su narración haya sido rapidísima— las razones que llevaron a los Monarcas de Aragón hasta tierras de Italia y Grecia, razones que se repetirán más tarde en Flandes. **En ningún momento** hubo un deseo de dominación ilegítima, de ingerencia forzosa. Fueron siempre la ley de herencia, los derechos personales auténticos de los Reyes los que llevaron sus escuadras y ejércitos a Italia. Frente a las razones jurídicopatrimoniales de los Monarcas —que naturalmente se convierten con rapidez en política—, Francia y el Vaticano oponen las intrigas y luchas de sus imperialismos. Si España al alcanzar su unidad nacional obtuvo un vasto imperio europeo por el que se vio obligada a luchar varios siglos, no lo debió a un capricho personal de nadie, ni siquiera a la vena colectiva de ambición y voluntad de mando. La voluntad del Imperio español es lógica consecuencia de una cadena de derechos sucesivos en cuya elaboración intervinieron por igual el secreto designio del Destino y la habilidad matrimonial de la Casa Real Aragonesa, verdadera rival en este aspecto de la Casa de Habsburgo, con la que acabaría enlazándose un día.

El Imperio europeo de España fue, pues, un Imperio de Derecho. Cada trozo que se le añadió desde el siglo XIV tenía tan profundas raíces Jurídicas que sólo la mala fe de los historiadores enemigos ha podido moteiar de ambiciosos de dominio a los Monarcas que fueron revindicándolos legítimamente. La pérdida sucesiva de cada uno de ellos en guerras desafortunadas contra Estados

rapaces —de manera principal con Francia, la gran enemiga de nuestro Imperio europeo— sí supuso muchas veces la codicia contra el derecho, la violencia contra la posesión jurídica y la intriga contra la razón de sangre y destino que llevaran hasta tierra ajenas a la piel de toro a los hombres nacidos en ella.

XX. GLORIA Y TRAGEDIA DEL PRIMER VALIDO

Don Juan II de Castilla heredó el trono de su padre Enrique III el Doliente en 1406, cuando contaba dos años de edad, quedando bajo la tutela de su madre, Catalina de Lancáster, y de su tío Fernando el «de Antequera» —triunfador por el voto de San Vicente Ferrer en el «Compromiso de Caspe»—, hermano del «Doliente». Juan II vivió cincuenta años, reinó cuarenta y ocho, no gobernó ninguno y la Historia le tiene —a pesar de los buenos cronistas que contaron su vida— en el lugar de olvido que su indolencia e inactividad le señalan con justicia. Don Juan II es un pálido fantasmón en una Corte de poetas —donde descuellan Juan de Mena y el Marqués de Santillana— y prosistas como don Enrique de Villena, Fernán Pérez de Guzmán y don Alvaro de Luna. Aficionado mediocre, sólo hubiera dejado recuerdo este Rey como protector de las Artes y las Letras, si no le debiera la Historia dos cosas singulares: el haber engendrado a Isabel I y su innoble actitud en el crimen de Estado que fue la muerte de su favorito el Condestable don Alvaro de Luna, Maestre de Santiago.

Hasta don Juan II, la debilidad congénita de los Reyes de la Casa de Trastamara fluctuó entre los ramalazos de sus deseos de gobierno personal y el ímpetu levantisco de la nobleza, que ni gobernaba ni dejaba gobernar, como un can de hortelano, ladrador y hosco. Don Juan II establece manera nueva en el ejercicio de la soberanía: entrega todo el poder real a un favorito para abstraerse en sus delirios de cultura y en sus enredos eróticos... aunque no lo bastante para que las rimas y el amor le aparten totalmente de intrigas y conspiraciones contra su propio mandatario, a quien admira y cela, alienta y frena a la vez, en una indecisión angustiosa entre su voluntad y el temor de los adversarios, en una dramática congoja de ser y de no ser. Juan II entrega el mando con toda confianza a don Alvaro de Luna, pero tan pronto le ve mandar se enoja y se asusta, aunque el mando sea en su nombre y por su delegación.

La voluntad débil es recelosa y toda oídos para los más bisbiseados cuchicheos de las antecámaras. Ese es el terrible riesgo del favorito. Inspirar confianza desconfiada en el ánimo de quien le eleva, lo que suspende de un hilo insostenible la propia seguridad en sí mismo. Nada más atormentador en el ímpetu de acción del elegido para una misión importante, que conocer la constante vacilación y la tendencia al repliegue espiritual del mandante, acometido siempre de precauciones de flanco y reacciones de cobardía.

El favorito, el valido, el privado, es la figura más lamentable de la Historia. No sólo por lo ilegítimo de su poder ficticio y aparente, siempre al filo del capricho real, sino también por los odios que inspira, la traición que le rodea y la caída estrepitosa o trágica que le acecha. Todo ello lo debe el Valido, más que a su propia «pasión de mandar» —aun cuando ésta exista—, a un azar imprevisto por él. El Valido es un juguete del Destino como lo es quien inspira un gran amor. La privanza suele ser consecuencia —en la historia de las privanzas españolas lo es siempre—- de una serie de factores a los que es totalmente ajeno el llamado a disfrutarla. Nunca se ha producido una privanza dentro de un régimen estatal de claras líneas, de firme arquitectura jurídica y poder bien asentado. Jamás un Rey inteligente, fuerte, animoso y tenaz ha necesitado para gobernar el apoyo de un favorito. Jamás una nación unida, consciente de sus destinos y probabilidades para realizarlos, ha dejado que las manos de su piloto de derecho «divino» o «natural» abandonen el timón a un advenedizo o un aventurero. La existencia de un Valido supone fundamentalmente esos tres hechos: un Estado vacilante y torpe; un rey claudicante e inepto y un pueblo deshecho en banderías y querellas ajenas a su finalidad histórica. También son condiciones que favorecen la aparición del Valido la pérdida del concepto de misión de la clase social más culta y preparada: la aristocracia; la crisis de hombres con dotes para el mando como consecuencia de guerras exhaustivas; la presencia de un fenómeno psicológico colectivo de decadencia por refinamiento excesivo que desemboca en la sensualidad y la molicie; la desmoralización del pueblo por la falta de fe en el jefe y por sobra de resignación milagrera.

Todas estas condiciones se han dado en España en los siglos XV, XVII y XVIII, traspasando el poder real de las manos de Juan II, de Felipe III, de Felipe IV, de Carlos II y de Carlos IV a las de don Alvaro de Luna, el Duque de Lerma, el Conde-Duque de Olivares, Valenzuela o Godoy. No se han

dado en los reinados de Isabel y Fernando, de Carlos I, de Felipe II y de Carlos III, en que el Estado, la realeza y el pueblo **eran** tales y no ficciones sostenidas por una ley de inercia.

El Favorito en función de gobierno no ha sido, en general, mal gobernante. Ninguno de ellos, es cierto, ha resultado —en España— un hombre genial. Han respondido a la mediocridad del ambiente político, superándole por condiciones personales casi siempre, pero dejándose vencer por la resistencia sorda de las facciones conjuradas contra ellos y por la genialidad del pueblo o de algún intelectual aislado. Pero desde luego, ninguno de los Validos españoles ha sido de inferior calidad humana a los hombres de gobierno de otras épocas más felices, en que la compenetración y armonía de los poderes ha hecho aparecer como eminentes a figuras intelec-tualmente vulgares. Los favoritos españoles han sido muy superiores a sus respectivos Monarcas. Ello es quizá lo que los ha hecho fracasar. La más tremenda tarea de un Valido es la de tener que disimular en cada memento la torpeza, la abulia, la insensatez del señor a quien sirve. La más dura lucha es la diaria en la cámara regia con la incomprensión, la deslealtad, la indiferencia o la imbecilidad del amo, al que hay que acatar a pesar de todo: a pesar de saberle inferior moral y culturalmente; a pesar de saberle con el oído propicio a la murmuración y el alma blanda a la intriga contra el servidor fiel y abnegado; a pesar de saberle siempre dispuesto a la más espeluznante traición que es la traición del jefe al inferior.

Algunos historiadores —influidos por las crónicas y libelos parciales de las épocas respectivas— han motejado de inhábiles, de delincuentes o de cínicos ambiciosos a los favoritos. Pero ¿eran peores que sus soberanos? Si hubiesen reinado ellos, ejerciendo el mando con la autoridad real, ¿habrían sido tan funestos sus gobiernos? No. Mil veces no. Don Alvaro de Luna era muy superior en todo a don Juan II, el Conde-Duque a Felipe IV y Godoy a Carlos IV. Es posible que les sea reprobable «la pasión de mandar». Pero es mucho más reprochable en un Rey la indiferencia por esa cosa sagrada y maravillosa que es el mando. Es preferible —políticamente— un monterilla que abusa de su poder a un soberano que no usa el suyo. El exceso de celo podrá ser pecado, pero nunca tan mortal como el absentismo.

Don Alvaro de Luna —pues a él y no a los otros Validos se refiere este capítulo— fue muy superior a don Juan II y a todos sus cortesanos. Entró en la Corte como se entraba entonces. De simple paje cuando el Rey era muy niño. Su talento, su despejo, su cortesanía, su imaginación, su respeto a la idea real, le ganaron la estimación del Monarca y la enemiga de los cortesanos. La Corte de Castilla era un hervidero de intrigas. Nadie lograba poner orden. Los Infantes de Aragón, primos y cuñados del Rey —hijos de don Fernando el de Antequera, el antiguo regente de Castilla, ahora Rey de Aragón—, eran el prototipo de la ambición, la turbulencia, la inquietud y la mala pasión de mandar. El Rey era la más galana de las nulidades. Don Alvaro era el hombre fuerte que podía sostener el Trono. Deportista, literato, guerrero —cinco veces herido en servicio de su Rey en las luchas civiles y en las guerras con Aragón o Navarra y magnífico vencedor de los moros granadinos en la batalla de la Higueruela—, hábil diplomático —concertador de tratados de paz y de matrimonios— y con visión de estadista —es decir, visión hacia fuera de las fronteras, como en la ayuda al Rey de Francia para el sitio de La Rochella por Juana de Arco y en el auxilio al Príncipe de Viana—, don Alvaro no pudo encontrar la ocasión de prestar a Castilla servicios de primer orden por las circunstancias que le rodearon. La guerra civil, que, salvo breves treguas, absorbió todo el reinado del Segundo Juan de Castilla, no permitió la reflexión necesaria para la madurez gubernamental, ni tampoco terminar la Reconquista, no obstante lo cerca que estuvieron los ejércitos castellanos de la victoria final en tierras de Granada. Don Alvaro estaba, sin embargo, dispuesto a ello, y en los momentos precisos supo, con sólo su palabra y su valor personal, salvar el prestigio de la Corona y unir en torno del Monarca a un pueblo fatigado y desmoralizado por el ejemplo insolente de los nobles, verdaderos reyezuelos sin disciplina y sin sentido nacional.

Cuantas veces don Alvaro se enfrentó en campo abierto con sus enemigos salió victorioso. Las batallas de la Higueruela o Sierra Elvira contra los moros, las escaramuzas de Ariza, Atienza, Calatayud y Trujillo contra los aragoneses, navarros o facciosos castellanos y la llamada batalla de Olmedo hablan de su pericia y bravura militares. Sus tratados de tregua o paces con Portugal, Navarra, Aragón y Granada le acreditan de prudente diplomático. Los perdones de don Jgan II a los nobles rebeldes —-inspirados por don Alvaro a buen seguro— le muestran hombre generoso de corazón. Su breve labor

poética y su libro en prosa «De las claras e virtuosas mujeres» —uno de los más elegantes de estilo y agudeza de aquel siglo— nos presentan a un fino intelectual que en el tráfago incesante del campamento castrense encontraba el espacio para la meditación y el goce incomparable de la pluma. Todo ello es su gloria.

Pero no hay gloria sin tragedia, como no hay rosa fragante sin espinas, ni embriaguez sin mal gusto en la boca. La gloria sin amarguras y sin dolor no es gloria o, por lo menos, no parece gloria para hombres. La tragedia del Condestable de Castilla son sus fracasos constantes en las intrigas palaciegas, cuando se confabulan contra él la debilidad morbosa de su Rey, la astucia de los Infantes, la malignidad de las reinas María e Isabel, la hipocresía de algunos Obispos, la venalidad de sus mismos partidarios y su propio destino. Así como la palestra de los torneos, los escarceos de Venus, los juegos de Minerva, el campo de batalla y la ardua negociación diplomática le eran propicios, el ambiente melodramático de las conspiraciones palatinas y cortesanas le asfixiaba. Contra el astuto Infante don Enrique, contra los Condes de Haro y de Benavente, contra los Obispos Barrientos y Fonseca, contra los leguleyos y curiales, don Alvaro no pudo nada. Perdió tres escaramuzas, siendo desterrado tres veces: en 1427, 1439 y en 1441. Las tres veces vuelve triunfante a las Cortes llamado por el Rey y por algunos nobles y aclamado por el pueblo, porque si Castilla no está bien gobernada con él, sin él es un caballo encabritado y ciego. Finalmente, pierde la batalla decisiva. Está cerca de la vejez, los bríos se le han gastado en cuarenta años de lucha y es demasiado caballero y demasiado orgulloso para esquivar en la huida su Destino trágico. El Rey —por quien vertiera su sangre tantas veces— le hace cazar en Burgos por instigación de la reina Isabel de Portugal, a la que había dado el Trono el Condestable. Un tortuoso asunto —la muerte del contador Alonso Pérez de Vivero— da el pretexto. Y el Rey, que en cuarenta años de reinado agitadísimo no diera al hacha del verdugo ninguna cabeza de cabecilla, le entrega —en un ataque de vesania de su ruin naturaleza física y moral— la de don Alvaro. Es decir, la cabeza que durante cuarenta años había pensado con, de, en, por y sobre él. El verdugo, en Vallado-lid el 2 de junio de 1453, separa aquella cabeza pensante del cuerpo en que lucían —más que la Cruz del Maestre de Santiago y la espada de la Condestablía— las cicatrices ganadas en Trujillo, Atienza, Olmedo y Palenzuela en defensa del Señor Rey de Castilla.

Esa cabeza es clavada en un garfio y expuesta tres días a la curiosidad del pueblo. El cadáver se entierra de limosnas del pueblo, porque don Juan ha confiscado todos los bienes que antaño diera al favorito. Y todo, como se cometen en la historia los crímenes de Estado: sin proceso ni sentencia, sin prueba ni defensa, entregando a la malignidad de la calle, encrespada y hostil siempre al que destaca, un nombre adornado de tantos títulos que, si eran gracia real, eran también pago de una vida de servicios a la Patria y al Rey. Una vida tal vez defectuosa como humana en lo puramente humano, pero ejemplar en lo que es el mayor timbre de gloria de un hombre público: en la lealtad al superior y en la fidelidad a la Patria.

Esta es la gloria y la tragedia del Condestable don Alvaro de Luna, primer Valido en la Historia de España. Los demás, con la gloria de sus servicios, no alcanzarán la sublime belleza de la tragedia, de la muerte serena y ejemplar, de la aureola del martirio por orden de aquellos a quienes tanto sirvieran. A los demás, les reservaría el Destino una lenta agonía en el destierro, menos terrible, pero también mucho menos bella y purificadora.

XXI. LAS CORTES

Antes de cerrar la Edad Media y entrar en la época histórica en que la nacionalidad española se consolida y la piel de toro está a punto de reparar de manera definitiva todas sus largas desgarraduras, es menester referirse a la participación nacional en las tareas de Gobierno. En parte para descargar de sus errores la memoria de los Reyes, y en parte para justificar al pueblo ibérico de la acusación hecha por sus gobernantes fracasados de que es ingobernable. Los pueblos ibéricos no han sido mejores ni peores de gobernar que otros países. De tres modos participan los pueblos de la Historia: haciendo revoluciones, haciendo la guerra y prestando la colaboración de sus agrupaciones sociales a las minorías directoras. Los pueblos —colectividades humanas— en cuanto masas revolucionarias tienen siempre las mismas variantes e invariantes, aparte, claro es, los factores geográficos y físicos que modifican el temperamento individual. Pero la masa —en el sentido político-social de la palabra— es siempre idéntica. Las masas ibéricas, francesas, italianas, germánicas, británicas o eslavas son iguales. Tienen iguales sentimientos. La fe candorosa en un jefe al que no piden frenéticas glorias y laureles, sino una norma de convivencia y el más modesto vivir. Las masas no son en ningún país del mundo aventureras o belicosas ni estáticas o dinámicas. Lo que son es ingenuas y aprehensibles por la palabra y la acción de quien las acaudilla o las empuja. De la masa castellana del siglo XI dice el juglar del Cid en el XIII lo que pudo repetir en cualquier otra centuria el autor de otra epopeya cualquiera: «¡Dios, qué buen vasallo si oviera buen señor!» Así es siempre. La masa ha esperado confiada al buen señor cuando el señor era mediocre. Cuando el señor era bueno le ha seguido y ha realizado con él y para él grandes empresas. Cuando el señor ha sido malo, la masa ha sido mala. La masa nacional es siempre un reflejo de la minoría que la manda. Es menester gran cuidado en lo que se le dé a reflejar, porque la masa no es jamás una superficie quieta y plana como un espejo de vidrio y azogue, sino una corriente ondulante como un río, en el que las imágenes se deforman según el viento que sople. El ancho curso de la opinión ha amplificado siempre la imagen presentada a su consideración cuando la imagan era favorable al viento. Y ampliada la ha llevado corriente abajo hasta una finalidad concreta y sublime. Pero si la imagen era contraria al viento, la masa ha reflejado —movida de ese viento que nada puede sujetar— algo deformado grotesca o trágicamente. En España, cuando la masa reflejaba —por ejemplo— a los Reyes Católicos, la imagen de éstos se convertía en el sentido profundo de la Unidad y el Imperio, la Austeridad, la Fe y el Heroísmo. Cuando tenía que reflejar a un pobre espectro como Carlos II o a un delincuente nato como Fernando VII, el río español se secaba, incapaz de reflejo, o se enrojecía, desesperado de odios y revoluciones. Cuando ha reflejado las imágenes áureas de Capitanes y Poetas excelsos, la corriente popular ha sido un río de oro que hacía posible la más ardida empresa. Cuando ha tenido que reflejar un rostro estúpido, una visión mezquina de pobretería espiritual, una fatiga de gloria y una abulia de ritmo, el río se ha hecho perezoso, escéptico, egoísta o algo más tremendo: se ha encrespado torrencial, se ha salido de cauce y ha roto su lámina en mil pedazos de disgregación desesperada para romper la imagen vil. Pero la masa, en la historia de los pueblos, nunca ha sido demasiado engañosa ni demasiado engañada. Lleva lo que le ofrecen, va por donde la llevan hasta el momento fatal en que su fluyente paciencia adquiere una conciencia corpórea sin saber por qué. Quizá por una piedra que un loco o un iluminado tira para quebrar la superficie. Quizá por un movimiento sideral del fondo cenagoso. Quizá porque lo que estaba reflejando se le vuelve de espaldas, se aparta de ella y el caudal que fluye se encuentra trágicamente abandonado sin tener qué reflejar.

* * *

No puede decirse que en la Edad Media española el pueblo llano haya llegado a ser eso que en el lenguaje actual llamamos masa. Precisamente porque lo que distingue al pueblo de la masa es el sentido orgánico, corporativo o jerárquico de colaboración sincera. Cuando ese sentido se pierde, la colectividad se hace masa y el justo sentimiento se transforma en vesania y fronda. Para ser masa en el sentido moderno y revolucionario de la palabra, al pueblo español le sobraban la Fe en su destino histórico y la confianza en sus instituciones, principalmente en la realeza, que al hacerse



Ilustración 17. Alfonso X de Castilla, frustrado Emperador Alfonso I de Alemania, rey trovador y sabio, heredó de su padre, San Fernando, la amistad y la noble rivalidad con el rey de Aragón



Ilustración 18. El gran rey de Aragón Don Jaime I, llamado el Conquistador, inició en el siglo XIII, con Fernando III y Alfonso X de Castilla, la España que ordenaría el mundo en el siglo XVI



Ilustración 19. Así aparecen representados los Reyes Católicos en un medallón que figura en la fachada principal de Salamanca

dinástica no había dejado de ser nacional. Es curioso que la primera vez que se produce en la historia patria una rebelión de masas, sea justo en el momento de la intromisión en la política nacional del elemento extranjero. La guerra de las Comunidades es un reflejo —desorbitado— en el sentimiento nacional de una política extraña en el sentido peculiar del Destino histórico español, que alteraba la norma de convivencia de los Estados tradicionales de la sociedad ibérica con el Monarca.

No es Carlos I el que inventa el gobierno personal en España. Ya existía después de los esfuerzos de don Alvaro de Luna —y, sobre todo, de los Reyes Católicos— para centrar las facultades decisorias y ejecutivas en la potestad real. Todo el siglo XV había sido un áspero camino hacia esa situación jurídica y el pueblo español lo había recorrido paciente y gustosamente, porque ello no le desviaba de su Destino. Al contrario, lo había visto cumplido al culminar la Reconquista y realizarse de manera total y práctica la unidad nacional. Si los comuneros alzan bandera de rebelión de masas, es más por la intromisión de elementos extranjeros en la gobernación del Reino que por la merma de funciones político-administrativas del órgano de la Democracia medieval: las Cortes.

Hay diferencias adjetivas en cuanto al sistema en las Cortes de los diversos Reinos españoles, pero el carácter sumario de este libro no permite entrar en su estudio. Las líneas generales son semejantes en las Cortes de Aragón y de Castilla y a ellas nos hemos de ceñir para dar una visión escueta de la intervención del pueblo en los problemas de la gobernación durante la Edad Media.

Aun no ha acabado de dilucidarse por los historiadores del Derecho y la Historia de la piel de toro si la institución de las Cortes era democrática o autoritaria, si la participación en la decisión trascendental en momentos determinados era un derecho ganado por el pueblo o si la reunión de Cortes suponía sólo un privilegie del Rey, que podía solicitar estos o aquellos asesoramientos populares en un momento dado. *Será* difícil la opción por uno u otro de los términos del dilema, pues incluso la verdad histórica se hace subjetiva con la variación de las circunstancias presentes en el momento que se trata de enfocarla para su utilización desinteresada de la continuidad. Los historiadores españoles han visto siempre desde su ángulo particular y actual la esencia de nuestras viejas Cortes. Para los liberales de comienzos del siglo XIX las Cortes eran el prototipo de un sentido democrático purísimo. Para los adversarios del sistema parlamentario, las viejas Cortes nunca significaron la intervención del pueblo en el gobierno, sino que su convocatoria era una más de las facultades de la Realeza, libre de llamar o no a Cortes y de someter estos o los otros asuntos a su deliberación, por lo que sólo formaban un cuerpo consultivo al que se podía sustraer el conocimiento y la resolución de los más importantes asuntos públicos. Lo cierto es, sin embargo, que en el mejor momento de su vida, las Cortes conocieron de todos los problemas nacionales, no obstante carecer de una constitución formal que precisara los derechos, obligaciones y facultades de los procuradores. Por ello, parece un tanto pueril el empeño de clasificar las viejas Cortes hispánicas en una cualquiera de las dos grandes tendencias del siglo anterior —liberalismo o tradición— o en las del momento actual. No. Las Cortes no eran democráticas porque el concepto de la Democracia que hoy se tiene no existía en la Edad Media. Como tampoco se puede afirmar rotundamente que el absolutismo de los Austrias —y mucho menos el de los Borbones— tuviese algo que ver con los que hoy se llaman Estados totalitarios. Las Cortes de León y Castilla son a un parlamento moderno sudamericano, por ejemplo, lo que puede ser Carlos II a un dictador totalitario. Cuando la situación y los conceptos políticos son tan diversos, no se concibe la busca de la paridad de instituciones separadas por siglos y abismos de cultura, si no es por un delirio arqueológico. Lo más prudente es abstenerse de querer identificar el propósito actual con la gloria histórica y prescindir de comparaciones que habrían de dar una visión tan falsa de lo presente como de lo pretérito. Las Cortes de los Reinos medievales fueron —sin adjetivarlas— una magnífica institución que respondía a las necesidades de la época y que periclitó de modo natural, cuando el correr del tiempo modificó sustancialmente las circunstancias de la vida con el fortalecimiento del poder real, la decadencia del sentido feudal de la nobleza, la creación de los ejércitos nacionales, la evolución de la economía con el descubrimiento del Nuevo Continente, etc.

Las Cortes nunca fueron un instrumento exclusivamente popular. Al contrario, las integraron cuatro elementos diferentes que más que de democrático pudieran calificar de totalitario su funcionamiento. Las Cortes —sucesión histórica de los Concilios visigóticos, donde sólo tenían asiento el Rey, el Clero y la Nobleza— dieron entrada al Estado llano, no por un sentido democrático como hoy quiere entenderse, sino por una necesidad vital de la autonomía que a las ciudades y reinos reconquistados daban los fueros y privilegios concedidos por los monarcas. Tampoco estos fueros y privilegios respondían a una razón sentimental, política, económica y social, sino a una necesidad puramente administrativa. Las circunstancias del estado de guerra permanente con la morisma, la no existencia de capital del Reino —el Rey y la Corte iban de un lado a otro y las más veces, hasta el siglo

XIV, estaban en el campamento—, las dificultades de comunicación, etc., imposibilitaban el fenómeno que —una vez terminada la Reconquista, cuajada la Unidad y asentados el Rey y sus Consejos— se ha llamado centralización, fenómeno que se ha querido hacer de origen francés, pero que se debe a la voluntad de Felipe II que, incluso geográficamente, **centró** —en Madrid y El Escorial— el Gobierno de sus vastos Estados.

A la reunión de Cortes debía asistir el Rey que las convocaba. El monarca era un órgano fundamental de ellas, y sin su presencia —o la de un representante de su familia en caso de enfermedad o minoría— no podían funcionar en derecho. Por eso fueron jurídicamente facciosas, aunque sus decisiones alcanzaran fuerza de Ley en cuestión tan sustancial como la sucesión a la Corona, las que juraron heredero a don Sancho —luego Sancho IV— frente a Alfonso X y los Infantes de la Cerda, y a los Infantes don Alfonso y doña Isabel frente a Enrique IV —a quien depusieron— y a la Beltraneja. Los Reyes convocaban y presidían las Cortes, exponían ante ellas las razones de la convocatoria y escuchaban a los procuradores de los tres Estados. Con los Reyes acudían a Cortes príncipes, infantes y los altos oficiales y funcionarios de su casa. En el siglo XV estos «Oficiales mayores del Rey» eran: el Condestable de Castilla, el Canciller Mayor, el Almirante, el Justicia Mayor, el Alférez Mayor, el Mayordomo Mayor, los camareros, mariscales, guardas mayores, tesoreros, Adelantados Mayores o Gobernadores, etc. Es decir, todos los cargos que más tarde se han convertido de palatinos en nacionales y suponen la jefatura de un gobierno y las supremas jerarquías de los departamentos ministeriales o militares y de las administraciones provinciales. Pero hasta el siglo XVI, es menester repetirlo, estos cargos eran palaciegos, y los que con el Rey acudían a Cortes no representaban más que al séquito real. También como derecho propio, el Rey llevó a las Cortes —desde fines del siglo XIV— a sus «oidores, doctores o letrados de su consejo», expertos en ciencia jurídica —romanistas y canonistas, especialmente—, cuya entrada en las asambleas nacionales, sin confundirse con los gobernantes, los militares, los cortesanos, el clero o la clase llana, supone el reconocimiento de una nueva jerarquía: la de la ciencia, la de la especulación intelectual. Este grupo de participantes en Cortes no constituyó jamás un Estado o trozo de ellos. Asistían por sus cargos cerca del Rey, no por derecho propio de nacimiento como los representantes de la nobleza.

La Nobleza con derecho a acudir a Cortes —por privilegio de sangre y también por fuero militar, pues cada noble tenía mando de tropas propias en la guerra— eran los ricoshombres, los caballeros, los infanzones, los hijosdalgo y los escuderos. Los primeros eran la gran aristocracia de la sangre y del dinero, grandes terratenientes y señores de fortalezas y castillos que componían la primera Nobleza por ser sólo vasallos del Rey. Los demás grupos constituían otra segunda Nobleza, menos rica, pero también con mando de fuerzas en campaña, casi siempre vasallos de algún ricohombre. Los vasallos del Rey —la primera nobleza— acudían siempre a Cortes. La segunda nobleza era convocada algunas veces —siempre también si eran vasallos directos del Rey por el origen de sus tierras— y otras era representada por sus señores de la primera clase aristocrática. Alguna vez también se dio el caso de que los caballeros de la baja nobleza acudiesen a Cortes como procuradores del Estado llano o los concejos. Poco a poco, la representación en Cortes de la alta y baja nobleza fue disminuyendo hasta el punto de no aparecer en ellas más que en razón de sus cargos palatinos. En la Edad Moderna desaparecen por completo de las Asambleas nacionales, pero han ganado, en cambio, puestos en los consejos de la Corona.

El Clero formaba el segundo Estado en las Cortes medievales. Su papel había descendido en comparación con el que desempeñara en los Concilios de la época visigótica. Bien es verdad que con la exaltación católica de la Reconquista se habían vencido todas las herejías, no quedaban sectas disidentes y los problemas de gobierno no iban aparejados —como en los tiempos de Leovigildo o Recaredo— con la ortodoxia cristiana. Tampoco el Clero de la Alta Edad Media —salvo las gloriosas excepciones citadas atrás— ejercía como en la Monarquía visigoda el monopolio del saber humano. El Clero fue llamado a Cortes no sólo por la autoridad moral de su sagrado ministerio y su participación en la Reconquista, sino también por las propiedades y la jurisdicción adquiridas. Algunas jerarquías eclesiásticas llegaron a ser, como los grandes señores feudales, vasallos del Rey, y este título les obligaba también a la participación en los negocios públicos.

Como la aristocracia, el Clero formaba dos grupos. El Alto Clero lo constituían los Arzobispos de

Santiago, Toledo y Sevilla, los Obispos, Abades y Priores de Monasterios y los Maestres de las Órdenes Militares —Santiago, Calatrava, Alcántara, Montesa, Uclés, el Temple y San Juan—, si bien hacia el siglo XIV esos maestrazgos ya se conferían a seglares, y luego fueron incorporados a la Corona por los Reyes Católicos. Este Alto Clero asistía a Cortes por derecho personal y, como la primera nobleza, podía hacerse representar. El Bajo Clero lo constituían los cabildos catedrales, los monjes de las diferentes órdenes monásticas y los simples curas de parroquias. Este Clero no asistía a Cortes sino por los representantes que cada grupo asignaba.

Como la Nobleza, el Clero fue perdiendo importancia y representación en las Cortes, adquiriendo, en cambio, gran influencia sobre los Monarcas a través del confesionario, la Inquisición y los Consejos reales. Pero no se crea que esa pérdida de influencia en Cortes de los brazos aristocrático y clerical fortaleció la posición del tercer brazo popular. Por una paradoja, de las muchas que presenta la Historia, al quedar predominante en las Cortes el Estado llano, las Cortes se encontraron ineficaces ante el aumento del poderío regio. Las Cortes «llanas» abrieron el camino al absolutismo.

El Estado llano (representación de los Concejos y Comunidades) aparece en las Cortes de León en 1188, y más tarde en las de Castilla. Poco después, la clase media representada en Cortes comprende también a las Comunidades rurales. Tenían voto en Cortes los representantes de la entidad políticoadministrativa llamada Concejo, que comprendía indistintamente ciudades y villas con tal que gozasen de una organización municipal, un fuero y un territorio autónomo. No lo tenían si lo habían perdido por agregarse a una entidad superior —la comunidad: reunión de Concejos con idénticos intereses— o por someterse a la jurisdicción de un señor, Acudían en distinto número a las Cortes, por muy diversas razones, pero casi siempre se debía a falta de convocatoria por el Rey o a falta de medios económicos de la administración local para cubrir los gastos de viaje de los procuradores, ya que las sesiones solían durar dos o tres meses y celebrarse a veces en lugares muy lejanos. Las más importantes ciudades enviaban siempre sus representantes. También influía en la ausencia de algunos Concejos la enajenación que los Reyes hacían de las tierras de la Corona —realengo— en favor del Clero o la Nobleza —abadengo o señoría— y la subsiguiente limitación de la autonomía política.

La representación popular directa era muy escasa. Los procuradores diputados, que eran elegidos al principio por todo el pueblo convocado en la plaza por los pregoneros, se eligieron más tarde por el Concejo de la ciudad, que si en algún tiempo era designado por todo el pueblo, más tarde lo era por los nobles, que se apoderaron de ellos, e incluso por los Reyes, con lo cual la designación de los procuradores distaba mucho de una elección de tipo democrático. La múltiple voluntad del pueblo se restringía cada vez más. Surgieron inútiles protestas de algunas Comunidades, que veían convertirse las Cortes de independientes en cortesanas. En el siglo XV, los procuradores eran subvencionados por la Corona, con lo que acabó de perderse la libertad y de entronizarse la corrupción.

Los procuradores o diputados del Estado llano— que se llamaron hombres buenos, mercaderes, caballeros o los de la tierra, pregoneros, mandaderos o mensajeros— se dividían en representantes de la ciudad y sus oficios o de la tierra. Entre unos y otros hubo pugnas que resolvieron los Reyes eliminando a los campesinos y fomentando la rivalidad —nunca extinguida— de la ciudad y el campo. En la Edad Moderna se establece que los procuradores de las ciudades sean precisamente **oficiales** de su administración, con lo que la representación auténtica popular desapareció.

Cada Concejo o Comunidad tuvo un sistema electoral y su número de procuradores, aun cuando esto no supusiera más votos. También variaban mucho los poderes y autorizaciones para votar. La mayor parte de las veces éstos eran insuficientes por no haberse precisado en la convocatoria de Cortes todos los temas a tratar. Estos poderes llevaban el sello del Concejo y la firma del secretario municipal o comunal. Desde 1328, los procuradores en Cortes gozaban de una cierta inmunidad, no siempre respetada. También tenían derecho a alojamiento en la ciudad en que las Cortes se reuniesen. Los representantes del Estado llano votaban después de la Nobleza y del Clero. Con motivo de la prioridad de una u otra ciudad había discusiones, igual que entre los nobles. Aquéllas y éstos se apoyaban a veces contra otros señores o villas por razones personales o políticas. Burgos y Toledo fueron eternas rivales en esta cuestión. Burgos se consideraba cabeza de Castilla, pero Toledo

alegaba haber sido la capital del Reino visigodo y mucho más antigua que Burgos.

Los tres Estados sólo se reunían para la apertura de las Cortes y para las votaciones de las propuestas reales, pues deliberaban aparte. Alguna vez también —raramente— se encontraban para preparar peticiones colectivas al Rey. Pero las más veces estas peticiones concernían al interés particular de una de las tres clases. Sólo las peticiones de índole general se examinaban en sesión plenaria.

Alguna vez que los brazos presentaban peticiones contradictorias al Rey, informaban al Monarca los jurisconsultos y oficiales de su casa. Estas peticiones siempre se hacían por escrito y como ruego. Igualmente era escrita la respuesta, justificándose el porqué de ser afirmativa o negativa. Las afirmativas se convertían rápidamente en leyes.

Al disolverse las Cortes se entregaban a todos los representantes de los Estados unas actas detalladas que contenían las propuestas reales y sus decisiones, las peticiones y sus respuestas. Hasta la época de don Juan II era costumbre que los procuradores pidieran juramento al Rey de cumplir lo acordado. También era frecuente que al clausurarse las Cortes el Rey otorgase audiencias a los procuradores.

Todo el protocolo y el funcionamiento de las Cortes era tradicional y consuetudinario, pues no había normas escritas. El primer Cuerpo legal que recoge algunas disposiciones relativas a las Cortes es la «Nueva Recopilación» hecha en el siglo XVI. Allí se sistematizan algunos preceptos anteriores, atribuyendo funciones concretas a las Cortes, tales como no hacer la guerra, la paz o pacto alguno internacional sin conocimiento de ellas. Competía a las Cortes jurar al heredero de la Corona, proclamar al nuevo Rey, nombrar Regente si el Monarca era menor de edad, tomar juramento a uno u otro, aprobar la abdicación del Soberano. Este derecho de las Cortes para decidir en las cuestiones sucesorias produjo tempestuosas sesiones con motivo de las sucesiones de Alfonso el Sabio, de Sancho IV, de Pedro I y de Enrique IV, sobre todo en estas dos últimas, en las que los propios Reyes hicieron conocer sus más íntimos secretos de alcoba. Salvo en los casos de minoridad, en que las Cortes desempeñaban un importante papel para designar el tutor y el Consejo de Regencia, en los otros problemas sucesorios, su misión era limitada y formularia, ateniéndose de manera exclusiva al Derecho y a la costumbre. Pero es indudable que cualquier alteración esencial en el Estado no hubiera podido escapar al conocimiento de las Cortes. Así se vio cuando Alfonso X aspiró al Trono del Imperio Alemán, aun a pesar de hacerlo a espaldas de ellas.

Otros asuntos de riguroso orden político como son las cuestiones internacionales competían también a las Cortes. Sin su autorización los Reyes no podían declarar la guerra ni siquiera al moro, ni emprender acción defensiva alguna si la iniciativa bélica no había partido de España. Lo mismo ocurría para el concierto de tratados de paz o de alianza, que las Cortes ratificaban o rechazaban. Esto se debía a la interdependencia del Rey y la Nación como consecuencia de no existir ejércitos permanentes a cargo del Monarca y haber, en cambio, milicias concejiles —mantenidas por las Comunidades—, que sólo servían al Rey cuando el Fuero de su lugar lo autorizaba. También influía en esa facultad de las Cortes la consideración un poco patriarcal del poder regio. Hasta el reinado de Isabel y Fernando la costumbre de consultar a las Cortes para hacer la guerra o la paz fue respetada, incluso por don Juan II y don Alvaro de Luna, que trataron de implantar un gobierno más personal. Las Cortes fueron frecuentemente consultadas, incluso para cualquier cambio de rumbo en la política exterior: variación de alianzas, enlaces matrimoniales, etc. El absolutismo y la centralización son los que hacen secreta, misteriosa y personalísima la diplomacia.

Las Cortes, ¿fueron instrumento legislativo? Los historiadores no están totalmente de acuerdo. Pero aunque no se pueda afirmar, como de las Constituciones decimonónicas, que fuesen un Cuerpo colegislador con el Monarca, es evidente que siempre —y sobre todo hasta el siglo XVI— tuvieron una participación mucho más que consultiva en la Legislación. Tomaban parte en la deliberación de las que les sometía el Rey, aprobaban su texto y promulgación y tomaban juramento al Monarca de que las cumpliría y haría cumplir. Además, los procuradores hacían propuestas, muchas veces aceptadas y elevadas a ley por los Monarcas. En el siglo XVI se estableció que las Leyes y Fueros no podían ser derogados sin el conocimiento de las Cortes. Desde finales de esa centuria empezó a decrecer la

eficacia legislativa de las Cortes y a aumentar la tendencia real a lo que luego se ha llamado «gobernar por Decreto». Los Reyes —ora por voluntad, ora por necesidad— dictaban por sí y con la sola audiencia de su Consejo, cédulas y pragmáticas con fuerza ejecutiva, aun cuando en muchas ocasiones discreparan sus textos de lo estatuido en los Fueros o en las Leyes anteriores votadas en Cortes y no derogadas. La audacia de los Reyes llegó a añadir a esas disposiciones suyas una cláusula en que se decía que tendrán fuerza y vigor de Ley como si se hubieran hecho, ordenado, establecido y publicado en Cortes. Los procuradores protestaron repetidas veces sin obtener satisfacción, dando lugar con ello a que se plantease el problema de la unidad jurídica, la que se encomendó a los técnicos legistas —a petición de los mismos Estados—, quienes prepararon la codificación del Derecho civil y político que recibió él nombre de «Ordenanzas reales de Castilla o de Montalvo», donde se reflejaban las tendencias romanistas de las Siete Partidas y la inclinación de los pensadores del Renacimiento hacia la Monarquía absoluta.

Otra misión constante de las Cortes fue la intervención en la vida financiera de la Nación y de la Casa Real, mediante la fijación de los impuestos y su reparto proporcional y equitativo entre las ciudades, ya que, sobre todo en la Baja Edad Media, el Clero y la Nobleza estaban exentos de cargas económicas. Los pueblos pagaban ordinariamente sus cargas forales fijadas de manera contractual con los Reyes y las extraordinarias que pedía el Rey en Cortes por razones de guerra, de crisis económica, de inflación, de peste o de otra calamidad pública. Los impuestos fijos que satisfacían los Concejos eran los llamados marzadga, moneda forera, yantar y fonsadera. Los extraordinarios fueron en primer lugar el de alcabala —de origen árabe—, consistente en un cinco por ciento del valor de cuanto se comprase. Este impuesto lo aprobaron las Cortes en el reinado de Alfonso XI con destino a las operaciones militares contra Algeciras y siguió cobrándose en lo sucesivo hasta que se consolidó como renta real permanente. Otros impuestos extraordinarios, sin nombre propio, se aprobaron más tarde para guerras y gastos de la Corte. Alguna vez los Reyes intentaron —sin lograrlo— percibir algunas gabelas extraordinarias. Juan II y Enrique IV se distinguieron en esos propósitos, con gran oposición de las Cortes, que veían como el trabajo de los labriegos y artesanos servía para sostener un lujo insólito en Castilla. Como el impuesto de alcabala afectaba a todas las clases de la sociedad medieval, las Cortes, a fines del siglo XVI, acordaron que todo impuesto debía ser votado por los tres Estados. Así se aprobaron algunos como el diezmo, la ayuda, el pedido, etc. El Rey debía prestar juramento de no utilizar los ingresos de tales impuestos en asunto distinto del para que fuesen solicitados. No bastando el juramento para tranquilizar a los procuradores, se creó una ordenación y vigilancia de la recaudación, prohibiéndose que ésta la realizasen los judíos, los moros, los nobles y los alcaldes. Los recaudadores rendían cuentas y percibían uno y medio por ciento de lo recaudado. Luego, los Reyes presentaban cuentas en las Cortes del empleo de lo votado en las anteriores. En la enajenación de bienes de la Corona en favor de nobles y clérigos y los privilegios de hidalguía, que liberaban de impuestos a quienes los alcanzaban, mermaron las haciendas reales —sobre todo en la época de los Trastamara— y motivaron la intervención de las Cortes, que también llegaron a fijar el gasto diario de la Casa Real. Finalmente apuntaremos que, aunque el poder judicial y lo que podríamos llamar el Gobierno —las Cancillerías y el Consejo Real— eran facultades de la Corona, en las épocas de mayor esplendor de las Cortes estuvieron influidos por éstas, que intervenían en la designación de muchos de sus componentes.

* * *

Las Cortes aragonesas empezaron a funcionar en el siglo XII, en el reinado de Jaime I. El Reino aragonés no las fusionó en un solo cuerpo como Castilla y León. Hubo Cortes aragonesas y Cortes catalanas. Sus atribuciones y su funcionamiento eran muy semejantes a los de las castellanas. Tenían una atribución especial, de la que carecían las de Castilla: la de presentar acusaciones contra el Monarca por infracciones de Leyes o Fueros. Las ciudades capitales —Barcelona y Zaragoza— tenían más votos que las otras villas. La reunión de Cortes con motivo de la sucesión a la Corona se llamaba Parlamento. Desde el siglo XVI, las Cortes catalanas y aragonesas tuvieron una permanencia que no lograron jamás las de Castilla. De una a otra reunión plenaria continuaban funcionando delegaciones de las mismas con la misión de vigilar cómo se cumplían las leyes por los Monarcas y sus representantes y el empleo que se daba a las gabelas votadas por aquéllas. La junta delegada de

Aragón se llamó Diputación General, y Generalidad la de Cataluña. Una y otra frenaban tanto más que la facultad de presentar agravios, la voluntad de los Monarcas, mucho más limitada que en Castilla.

Las Cortes de los dos grandes Reinos ibéricos comenzaron a eclipsarse a fines del siglo XIV. Eclipsadas y separadas —la Unidad nacional no logró fundir en unas solas Cortes Españolas a Jas de Aragón, Cataluña y Castilla—, agonizaron durante la dinastía austríaca y murieron definitivamente con la borbónica. La exaltación constitucional y liberal que en el siglo XIX creó las Cortes de Cádiz y todas las subsiguientes consiguió la verdadera unión administrativa y política de los dos Reinos, que aun en la mejor época imperial de España habían conservado independientes sus mejores instituciones.

XXII. LAS FLORES DE ARAGÓN

Una niña rubia sonriente y bonita es siempre —como una flor o un pájaro— un encantador enigma de poesía. ¿Qué verán sus verdiazules ojos, iluminados de la gracia adolescente? ¿Qué soñarán bajo el arco de oro y sombra de sus pestañas? ¿Qué palabras llevará la vida a su garganta y a sus húmedos labios? ¿Qué alegría o qué dolor se batirán en la sangre encendida y musical de su corazoncito trepidante bajo el pecho que inicia ya una grácil curva? ¿Qué ilusiones confiará a la blanca almohada, despierta bruscamente en la noche por un presentimiento de la Luna?

Si la niña bonita, sonriente y rubia, ha nacido en un lecho real ha cantado heraldos y trompetas su venida al mundo en un castillo, el encantador enigma de poesía es, a la vez, un misterio inquietante de Historia. La dulce y florida adolescencia de trenzas de oro es una equis trascendental para el Algebra y la Alquimia complicadas de la Diplomacia y la razón de Estado. La etiqueta moldeará los sueños, el protocolo enfriará las palabras, la conveniencia nacional secará las ilusiones en agraz sobre la blanca almohada. El corazoncito trepidante y musical no será el cascabel de los castos ensueños, convertido—niño todavía—en tema de graves conversaciones y cubileteos en el Consejo Real y en las antecámaras de la intriga.

Muy raras veces tiene lugar el milagro de fundirse la Historia y la Poesía en el Destino total de una princesita. Muy raras veces la Razón Política coincide con el Amor en la vida de una niña nacida de Reyes. Muy raras veces el Cuento es Cuento y el Algebra de la Diplomacia engendra un romance de alegre fluir, como el que brotó de los amores juveniles de Isabel de Castilla y Fernando de Aragón.

No es que el corazón de la Princesa de Castilla, nacida en Madrigal de las Altas Torres del segundo matrimonio de don Juan II con doña Isabel de Portugal, no se jugara en varias partidas de azar y de azahar. No es que no se intentara convertirlo en mercancía política. No es que el idilio con el primo aragonés fuese plácido como el de dos palomas campesinas. No. Isabel de Castilla tuvo el corazón cercado por muchas razones políticas.

Pero la intuición genial del amor y la profecía amorosa del genio rompieron el cerco para que el corazón de Castilla encontrara el corazón de Aragón y engendrasen los dos el corazón de España. Cómo se realizó la estrategia del instinto genésico y político, parece un milagro novelesco..., si los novelistas pudieran imaginar alguna vez los milagros poéticos de la vida. ¿Qué voz hondísima y grave aconsejaba a Isabel y a Fernando? ¿Qué estrella de Oriente guiaba sus pasos? No se conocían. Vagamente se sabían prometidos muchos años atrás, cuando aun su niñez ignoraba el significado de las palabras esponsales y Patria. Desconocían el uno del otro esas cosas que son precisas para que el instinto genésico despierte: el tono de la voz, el color de los ojos, el aroma de la piel. Ignoraban —don Fernando tenía hermanos mayores herederos de los Tronos de Aragón, Cataluña y Navarra, y doña Isabel sabía que vivían Enrique IV y la Beltraneja y el Príncipe don Alfonso— que sus sienes estaban destinadas a ceñir las más ricas diademas reales. Ignoraban que la granada y la tierra son redondas y que el destino de la piel de toro era redondearse en la vieja Granada y en la Tierra Nueva. Ignoraban que habría un hermoso príncipe en Borgoña y que las Reinas pueden enloquecer de amor después de concebir a un César.

Isabel y Fernando nada sabían sino que habían de casarse. Ni él —hijo de Juan II de Aragón— ni ella —hija de Juan II de Castilla— sospechaban que podrían dar vida a un futuro Juan III, monarca de la Unidad de España, después de las mil encrucijadas de la Historia. Nada sabían sino que tenían que casarse. ¿Era sueño de amor o profecía histórica lo que los empujaba el uno al otro? ¿Era el genio de la Especie o el genio de la Historia?... ¡Pero ellos tenían que casarse aunque no se conocían!

¿Se amaban sin saberse hermosos o feos, atractivos o repelentes? ¿Se comprendían sin haberse mirado a los ojos ni tocado las puntas de los dedos ni respirado el mismo aire? ¡Misterio de poesía!

El Príncipe de Viana —don Carlos de Navarra—, heredero de Aragón, Cataluña y Navarra, ha

sido prometido de Isabel. Isabel no ha soñado con él en sus noches de niña en Arévalo, y sus azules ojos han permanecido enjutos cuando le han relatado las circunstancias dramáticas de su prisión y muerte.

Don Alfonso V de Portugal era un Rey gentilhombre, galán de mares y de arquitecturas, de espada afilada y tensa, bien conocida de moros en la Morería. El Reino de Portugal, con su Lisboa tendida sobre el beso del Tajo y el Atlántico, no seduce a la niña princesa, aunque luego haya de soñarlo ávidamente como Reina madre de Infantes y de pueblos.

El conde de Gloucester, hermano y heredero del Rey de la fría y neblinosa Inglaterra, nada dice a Isabel de Castilla. ¡No hay promesa mejor que la de no dejar de ver el cielo bajo el que se ha nacido ni dejar de sentir la pincelada caliente del sol bajo el que se ha jugado! Inglaterra es país sin cielo y sin sol y sus Reyes tienen la ferocidad de las gentes con frío en el alma. Y ¡ay, que la razón angustiosa del Estado dará como Reina a la Gran Bretaña una Infanta española que llorará bajo la niebla las lágrimas que hubiese llorado su madre si casara con el trágico Ricardo III!

El duque de Guyena quizá herede de Francia la Corona de San Luis, llena de aplastadas azucenas heráldicas. Pero las azucenas orgullosas querrán prevalecer sobre los castillos y los leones de San Fernando. Habrá que oír en las noches a los juglares de Palacio las hazañas de Roldan cuando en Castilla el Cid está llenando un maravilloso Romancero. La niña frunce el ceño y se asoma a la ventana para oír a un escudero decir a las azafatas de la reina Isabel de Portugal —doliente y triste siempre— cómo Rodrigo y Jimena supieron amarse por encima de la sangre y la muerte... ¿No será don Fernando, esforzado y heroico como Rodrigo? ¿No podrá ser ella valerosa y dulce como Jimena? Y mirando volar a las cigüeñas, se olvida la Princesa de que hay en Francia un duque de Guyena que pretende su mano.

Pero no olvida —no puede olvidar— que hay en Castilla un rey imbécil que tiene un favorito pérfido e intrigante y que este favorito tiene un hermano malvado, insolente, vicioso, ambicioso y codicioso que también la corteja: don Pedro Girón, Maestre de Calatrava, hermano del Marqués de Villena, favorito de Enrique IV... ¡Este sí es el peligro! Los pretendientes de Lisboa, de Londres o de París pueden ser esquivados. Una mujer— aun niña— sabe demorar las respuestas y burlar la Diplomacia. El pretendiente aragonés puede aguardar seguro la fe secreta de su corazón. Pero el hermano del poderoso Marqués puede llegar en la noche, embozado y violento, con gentes armadas, con bolsas de doblas, con filtros de hechicería... La princesa Isabel tiembla medrosa y corre los cerrojos enormes de su estancia de virgen.

*** * ***

Enrique IV convoca Cortes y más Cortes para decir que tiene una hija y hacerla jurar como Princesa de Asturias; para decir que la Princesa de Asturias no es hija suya —las piedras más viejas de cualquier aldehuela saben las coplas de la Beltraneja—; para que juren heredero a su hermano don Alfonso; para que le desjuren y vuelvan a jurar a la que no es hija suya; para que reconozcan como heredera a doña Isabel después de muerto don Alfonso. También las Cortes se han reunido —unas Cortes facciosas, pero necesarias— para destituir al Rey en la contrafigura —exacta a la figura— de un pelele. Castilla está quebrada. No hay Rey porque hay cien reyes —cada noble se lo cree— ni heredero porque hay dos niñas que han sido juradas y cada una representa una bandera que sólo se sigue por ambición o rencor.

También en Aragón anda la cosa pública revuelta de banderías y odios. El viejo Juan II —hermano del glorioso Alfonso V el Magnánimo, conquistador de Nápoles— ha sostenido grandes luchas civiles con su hijo Carlos de Viana, heredero de Aragón y de Navarra por ser hijo también de la reina doña Blanca, soberana propietaria del reino fronterizo. La muerte súbita del Príncipe ha separado Navarra de Aragón y ha enfrentado al pueblo catalán con su Rey, por cariño al Príncipe fallecido. Al fin, su hijo don Fernando ha sido reconocido heredero de Aragón y Cataluña, como su prometida lejana —Isabel— lo fuera de Castilla. Juan II de Aragón, que no ha logrado la unión con Navarra, anhela la boda de Fernando con la heredera de Castilla. Enrique IV, inepto y miserable, juguete de validos y de malas pasiones, no ve la conveniencia española de ese enlace, que, tanto como los novios, quieren los

pueblos de España, y amenaza a su hermana con prisión si no se pliega a la boda con Girón, con Guyena o con Alfonso de Portugal.

Isabel no teme la cárcel por amor (pues ya es amor lo que ha nacido de tanta dificultad, como no podía menos de ocurrir). Isabel —muchacha en flor— sueña con Fernando, el hombre. Ya tiene dieciséis años la Princesa y ya sus enviados a conocer al príncipe aragonés se lo han descrito tal como les gustan los hombres a las doncellas de su edad, princesas o menestralas. Fernando es recio, moreno, guapo, valeroso. Como ella es también fuerte, bella y enérgica aunque rubia, el genio de la especie hierve en su sangre anunciando hijos y nietos para el hogar feliz y los tronos europeos. Sin temer la cárcel por amor, prefiere la cárcel de amor en los brazos forzudos de Fernando, viendo el día y la noche por sus ojos, en lugar de por el ventanillo de la celda.

Aragón y Castilla siguen palpitantes —como la narración de un juglar en la plazuela— las desventuras de los príncipes que se quieren casar y no pueden. Los tres Estados de ambos reinos desean también la boda. Y todos, Clero, Nobles y hombres llanos, y las mujeres y los hombres llanos, y las mujeres y los niños cantan bajo las ventanas de la Princesa una canción de amores:

¡Flores de Aragón

dentro Castilla son!

¡Pendón de Aragón!

A punto de ser detenida en Ocaña, Isabel huye a refugiarse en su madriguera —de madre— de Madrigal, donde se esconde, mientras un Arzobispo y un Almirante mandan a buscar al príncipe aragonés. ¡Todos casamenteros! ¡Qué palpito nacional!

Primero llega un collar como mensajero de amor y señal de esponsales. Y luego —¡ese luego que parecía que no vendría nunca!— el príncipe, disfrazado de mozo de muías de una caravana de mercaderes y caminando desde Aragón, se acerca a Vallado-lid. El 11 de octubre de 1469 se encuentran por primera vez Isabel y Fernando en el palacio de don Juan de Vivero de la ciudad que habrían de adornar de flechas y yugos. Se encontraron —al cabo de los sueños y los años— tal como se habían soñado. A lo mejor eran distintas las fisonomías imaginadas, pero al verse se borraron, porque cada uno era para el otro lo que tenía que ser, y ser lo que se tiene que ser para otro es el verdadero ser. ¡Ah, las imágenes distintas del sueño, cómo se desvanecían con la evidente realidad mejor que todo lo soñado!

El Almirante de Castilla y el Arzobispo de Toledo extendían el contrato de esponsales. Isabel y Fernando, ansiosos de mirarse y de hablarse, de entenderse y de amarse, lo firmaban todo. El pueblo seguía cantando. Las campanas también cantaban: ¡Flores de Aragón! ¡Flores de Aragón! El Almirante y el Arzobispo hacían la Historia. El pueblo y los novios la Poesía. Luego todos juntos habrían de hacer más poesía y más Historia. Las flores de Aragón llegarían a inundar de su aroma nuevos mundos.

El 18 de octubre los casó el Arzobispo Carrillo. Dos mil personas presenciaron las bodas de España. El Rey de Castilla no lo sabía. El Rey de Aragón no estaba presente. Pero el pueblo aclamaba a los contrayentes felices, presintiendo la gloria de un largo Reinado.

XXIII. LA UNIDAD NACIONAL

Enrique IV de Castilla ha dejado la vida, por la que últimamente anduviera como un espectro coronado, en 1474. Don Juan II de Aragón, ciego y octogenario, con su carga de gloria y amargura, abandonó este mundo en 1479. Isabel I fue proclamada Reina de Castilla. Su femineidad exquisita y su innato genio político inventaron la sabia fórmula de asociar a su marido al Gobierno castellano. Don Fernando II de Aragón, en Castilla fue Rey también. No eso tan propicio a la opereta que se llama un Rey consorte con su misión política reducida a la intriga o a la fecundación de la Reina, sino un Rey de cuerpo entero, con plenitud de mando, limitado sólo por la ineludible obligación de ejercerlo en todo con la esposa. Las Cortes de Castilla reconocieron esta fórmula prudentísima establecida en el contrato de esponsales y don Fernando fue en la cronología de los Reyes Castellanos el V de ese nombre. En Aragón y Cataluña, la situación de derecho de la reina Isabel fue la de todas las reinas por matrimonio. Pero de hecho, la gran compenetración de la pareja real puede afirmarse que también la asoció a las tareas del mando. La Unidad Nacional se ponía en marcha. De los Reinos de la Piel de Toro faltaban Navarra, Portugal y Granada. Pero ya se engarzaban —para nunca separarse —las coronas de Castilla, León, Aragón, Cataluña, Valencia, Mallorca, Murcia y Sevilla y los señoríos vascongados, que tantos siglos fueran ceñidas sobre sienes diferentes.

Mas no sería sólo la mera unidad política —unidad personal— la que podría hacer de las naciones ibéricas la Nación Española. Era menester que a la unión de las tierras siguiese la unión de los hombres y de las clases, de los sentimientos y de los afanes, el **Destino histórico en lo universal,** en suma, para que España, teniendo definido su **quehacer en la Historia,** transformase su yuxtaposición de particularismos en la empresa común de un Estado Nacional. Isabel y Fernando lo comprendieron bien. Todo su reínado es una larga demostración del teorema de la Unidad, tan lleno de complejos factores. Ellos sabían —ya se ha dicho en el capítulo anterior que el corazón de Isabel sabía misteriosamente por adivinaciones misteriosas, y hay que decir ahora que también Fernando intuía de manera mágica por ese algo tan genial como la corazonada, que es la idea inteligente— que la simple unidad política debida a circunstancias ajenas a lo p •ofundo de los sentimientos de los pueblos no tiene bastante fuerza de consolidación en la Historia. Ellos sabían que para que León y Castilla o Cataluña y Aragón se pudieran fundir indestructiblemente, no bastaría el hecho de un matrimonio real. Sería necesario mucho más: la creación de la empresa común, que es el dolor y la alegría conjuntos, que es la cultura interior y la aventura externa, que es el orden y la gloria, la ley y la espada, pero todo con el respeto a los trazos esenciales, a las tradiciones íntimas y a la personalidad individual. Ellos sabían que a los pueblos los mueven los poetas, pero que la poesía de los pueblos es la acción y que la palabra no tiene fuerza persuasiva cuando la inercia y la pereza dominan al que ha de pronunciarla. Porque sabían todo esto, Isabel y Fernando gobernaron a caballo sus Reinos. A caballo —con ruido alegre de cascos y velocidad de galopada—, que es enemigo de la molicie y de la abulia. Gobernar es hacer rápidamente lo que se ha pensado despacio. Es decidir enteramente lo reflexionado y estudiado con minucia y escrúpulo. Gobernar no es improvisar alegremente, sino improvisar penosamente. El pueblo debe creer que la medida legal se inventa para la brusca necesidad, pero la ley debe estar pensada y formada en el magín del que gobierna desde mucho antes que la necesidad haya surgido.

La Castilla dejada por Enrique IV era un pueblo que no se gobernaba a caballo quizá desde San Fernando. Castilla estaba cansada y ensoberbecida de saberse más y mejor que sus Reyes. Isabel I empezó sus tareas de Reina con la dura obligación de mostrar a su pueblo que ella era más y mejor que él. Las circunstancias eran dificilísimas. El país se hallaba dividido entre los partidarios de la Reina y los de la Beltraneja. Este bando tenía el fuerte apoyo de don Alfonso V de Portugal, doblemente despechado por su frustrado enlace con Isabel y por la afrenta que para su hermana la reina doña Juana suponía el reconocimiento de Isabel como heredera de Enrique IV, lo que proclamaba la ¡legitimidad de su hija. Al despecho se juntaba la codicia. Los partidarios de la Beltraneja la ofrecían en matrimonio al viejo Rey, su tío, y con el enlace la posibilidad de unión de las coronas castellana y portuguesa. En el partido de la Infanta adulterina militaban muchos nobles, unos por gratitud a Enrique

IV o a su esposa, otros por esperar mercedes del portugués, otros por temor a la supremacía de Aragón sobre Castilla por la boda de Isabel y todos ellos porque adivinaban en el temple de la Reina el freno para sus abusos de poder, consentidos en el reinado último.

A pesar de la influencia y el poderío de los magnates castellanos, casi todo el pueblo llano apoyó a Isabel, cuya conducta desde que entrara en la Historia venía siendo irreprochable. Nada más distinto de las cortes suntuosas de Juan II y Enrique IV que la austeridad palatina y familiar de Isabel. El pueblo lo sabía y estimaba como estima siempre a los soberanos que no ofenden su honrada pobreza con una pompa extemporánea. Junto a los Reyes y su pueblo, estaban algunos nobles y altos funcionarios de la Iglesia. Todos aquellos que, sublevados contra la ineptitud y los escándalos de Enrique IV, habían favorecido a las flores de Aragón, que ahora lo eran de Aragón y Castilla y adornaban la cuna de la Infanta niña Isabel.

La guerra con Portugal duró cinco años de adversa suerte. A veces —y más por deserciones que por reveses militares— pareció que el cetro caería de las manos de Isabel, no obstante su tesón en empuñarlo. Pero las grandes batallas de Toro y la Al-buera, ganadas por don Fernando, conjuraron el peligro y dieron su primera victoria a los Reyes.

El Rey portugués vencido renunció a todo: a la mano de doña Juana y a la corona de Castilla, y de paso a otras pretensiones lusitanas más antiguas, como eran el dominio de las Islas Canarias y a la limitación impuesta a las naves castellanas para navegar por las costas occidentales de África. La gran intuición política de los Reyes convirtió una paz dinástica en algo mucho más amplio: en la posibilidad de un Imperio que no tardaría en llegar.

La victoria a todo trance, es un buen lema militar. Después de la victoria, la paz a todo trance, es su complemento político. Y la paz no se hace con la venganza, sino con la generosidad. Sólo cuando la generosidad falla, se debe emplear la dureza para consolidar la paz. Así lo hicieron los Reyes. Después del Tratado de Trujillo, que puso fin a la guerra portuguesa, necesitaban la paz en España, y para lograrla perdonaron a muchos nobles y clérigos rebeldes desde el principio, como el Marqués de Villena, o traidores desde mediada la campaña, como el Arzobispo Carrillo, su casamentero antaño.

La generosidad no es debilidad. Al contrario, sólo puede ser generoso el que es fuerte. Los Reyes se sabían muy fuertes y tenían que hacerlo saber a los demás. Convocan Cortes para dar cuenta del fin de la guerra, para que se jure heredera a la Infanta y para decir al Reino cómo había de ser de dura y costosa la reconstrucción interior que proyectaban acometer con energía... y con el dinero del pueblo. Liquidación de cuentas y cuentas nuevas que se llevarán estrictamente. Cuentas de Hacienda pública y de orden público. Toda clase de cuentas serán bien ajustadas. Unas por los corregidores y veedores en Castilla-León y los concelleres en Aragón-Cataluña, que representarán a las Coronas respectivas en los Municipios, que, conservando aparentemente sus Fueros y Ordenanzas, habrán de acatar la disciplina de la Unidad, que sólo tolera las autonomías en servicio de sí misma. Otras, por los cuadrilleros de la Santa Hermandad, milicia ciudadana costeada por la nobleza y «los de la tierra» para librar los caminos y lugares de los bandidos que los infestaban. La Santa Hermandad administraba una justicia inflexible y perentoria en nombre de unos Reyes que querían, sabían y podían serlo. La unidad de los hombres ante la Ley, la unidad de Ley para todos los súbditos, la unidad de mando para todas las jurisdicciones. Los delitos y rebeldías anteriores quedaban perdonados, pero ¡ay de quien cayese en la tentación de cometerlos de nuevo! La unidad de las clases era más difícil de lograr por la soberbia de los no-bies, empeñados en sostener sus privilegios feudales. Todos los hombres de los Reinos Unidos se ven libres de la servidumbre al señor, encontrando, en cambio, la gloria del servicio a una Patria fuerte y entera. Desde 1480, tres siglos antes que en el resto de Europa, los campesinos de Castilla son libres de cambiar su residencia y su trabajo sin que la voluntad del señor pueda privarlos de tal derecho. Se convierten así en hombres de la tierra española en lugar de siervos de la gleba feudal. Como compensación de esta ley auténticamente revolucionaria, la legislación real se preocupa —conservadoramente— de sostener los grandes patrimonios de las principales casas nobiliarias, instituyendo los mayorazgos. Es decir; la Corona interviene, autoritaria, en la organización social y económica de la riqueza y del trabajo. El pueblo queda incorporado a la Nación y al Estado y lo mismo la Nobleza con la pérdida de sus anárquicos privilegios feudales. Al no haber más rey que el Rey, los

nobles se transforman automáticamente en cortesanos o —los más díscolos— en sombras de lo que fueron en sus viejos palacios. Las Ordenes Militares, que habían decaído de su prestigio caballeresco y castrense al convertirse sus Maestrazgos en objetos de especulación política, se incorporan también a la Corona. Todo ello cuesta trabajo. La ruptura de rutinas y vicios quebranta muchos intereses, creados rutinaria y viciosamente, pero beneficia el interés —hasta entonces desconocido— del Estado nacional unitario.

El glorioso período de tan profundas reformas político-sociales llena de actividad la mente de los Reyes en el breve paréntesis de paz desde el tratado con Portugal en 1479. Dos años prodigiosos y fecundos que preparan a España —ya se puede llamar así a la piel de toro— para las fabulosas hazañas venideras.

Desde las guerras caballerescas de don Juan II, la Cruz y la Media Luna habían vivido en estado de tregua. Tanto aquel Rey y Enrique IV como los monarcas granadinos Ismail III y Muley-Hacen se habían resignado al «statu quo» fronterizo para atender las revueltas internas de sus Reinos. El musulmán seguía pagando sus tributos y el cristiano aguardaba la ocasión propicia de emprender la última jornada de la Reconquista. La ocasión —deseada por Isabel y Fernando— no la provocan ellos, seguros como están de que el Destino se la traerá a las manos. La juventud nacional ha sentido todo el espíritu combativo de otros siglos y hay mozos que se llaman Gonzalo de Córdoba, Rodrigo Ponce de León o Alonso de Aguilar que sueñan romances para sus hazañas como los que cantan los juglares para las del Campeador de Burgos. Por fortuna para ellos, harán posible ese Romancero los bravos guerreros de Muley-Hacen y su hermano el «Zagal», en quienes también pervive el legendario espíritu de Almanzor.

Empieza la guerra con la ruptura por los moros del pacto de tributo y la alevosa sorpresa de la fortaleza de Zahara, avanzada de Castilla en la dura Serranía de Ronda, el 26 de diciembre de 1481. Nieva en los montes, y los cristianos duermen, roncos de villancicos. La sorpresa impide la defensa, la matanza y el cautiverio de la débil guarnición y sus mujeres e hijos. Pero también aprieta las mandíbulas y los puños de los guerreros cristianos, que juran una venganza que sólo se cumplirá cuando el pendón de los Reyes Católicos ondee al viento en la Torre de la Vela de la Alhambra el 2 de enero de 1492.

Pocas veces la guerra de moros fue más dura, más costosa, más violenta, más caballeresca, más digna de sus poetas anónimos y de sus cronistas ilustres que esta guerra granadina que durara once años de combates faustos o adversos y en donde ganaran fama eterna cien alféreces y un gran Capitán. Don Fernando mandaba el Ejército y doña Isabel lo inspiraba. Mando e inspiración, «tanto monta». Ordenes y alientos, «monta tanto». La guerra necesita las dos cosas. La guerra de Granada fue la mejor guerra de España, porque tuvo equilibradas y completas la estrategia y la poesía, la política y el sueño. ¡Qué bien perdieron Alhama los moros y qué bien guardaron Loja! ¡Qué bien fueron rechazados los cristianos en Málaga y qué bien supieron defenderse en Lucena! ¡Qué hermosa la toma de Ronda y la pérdida de Modín! ¡Qué grandeza épica por ambas partes en la guerra de montañas y desfiladeros!

Poco a poco, las más recias fortalezas musulmanas —defendidas con admirable tesón— cayeron por Castilla. I llora, Loja, Bae-za, Guadix, Almería... El camino de la liberación de España se recorre penosamente, a pesar de que el mundo musulmán, conmovido por las victorias españolas, se dispone a la guerra santa y a establecer un segundo frente en la Europa oriental, amenazando a la Marca austríaca. La unidad europea —creada por el peligro turco— no se logrará sino más tarde, después que España haya logrado la primera gran victoria sobre el enemigo de Occidente. El orden nuevo europeo —que significará el siglo XVI de Carlos V y de Felipe II— había nacido en la Cruzada española de Granada.

El 2 de enero de 1492, la piel de toro no contiene más que Estados cristianos. La unidad política de España —pronto Navarra será también España— está lograda. En 31 de marzo de 1492 se decreta la expulsión de los judíos, lo que fortalece la unidad religiosa y racial. En 12 de octubre del mismo año, la joven Unidad de España alumbra en el Nuevo Mundo el Imperio no soñado.

XXIV. EL IMPERIO NO SOÑADO

Isabel y Fernando no eran soñadores. Ninguna de sus grandes empresas políticas o, mejor dicho, ningún aspecto de su gran empresa política, se fundamentó en la base frágil de la imaginación. Eran —ya se ha dicho— intuitivos; pero la intuición se dirige a lo real y no a lo fantástico. La intuición sabe medir, pesar, aceptar o renunciar todas las contingencias y posibilidades ofrecidas por la inspiración, la iluminación o el ensueño de nosotros mismos o de los demás. La intuición es fenómeno de plena vigilia, de ojos abiertos a la luz más cruda y nítida. Su aspecto, relampagueante a veces, puede hacer creer que es puramente sintética como la inspiración. Pero realmente, la intuición es analítica como la creación. El intuitivo es un analizador rapidísimo, distinguiéndose en ello del improvisador.

Aquel navegante genovés que, desahuciado como visionario por diversas cortes europeas, llegaba a la España en trance de unidad, tampoco era simplemente un soñador, sino un intuitivo. Un intuitivo apoyado en miles de horas de estudios de cartas y astro-labios, en relaciones de viajes y en leyendas populares, en observación del mar y los astros con sus ¡das y vueltas. Lo que imagina el soñador, las más veces es mentira y espuma de sueños; lo que presiente el intuitivo, rara vez deja de realizarse por él o por otros más afortunados que logran cuadrar el círculo de lo quimérico.

El errante marino de Italia no quería cuadrar un círculo, sino redondear un cuadrado. Sus ojos del espíritu le anunciaban la redondez perfecta de la Tierra y que la línea eternamente recta es el camino que nos devuelve siempre al punto de partida. No lo había soñado en una noche de fiebre. Lo había visto en muchos días de inmensa meditación, frente al Mar y frente a la Ciencia. No lo había pensado como aventura lírica, sino como realización práctica de una necesidad económica del mundo. Cristóbal Colón no soñaba un Nuevo Continente que descubrir, sino buscaba una ruta utilizable para llegar con la mayor economía de tiempo —que ya era oro sin haberlo dicho un inglés— a las Islas indianas de las fábulas y de las especias. Si el desdeñado por el rey de Portugal hubiese hablado de un Mundo Nuevo, Isabel y Fernando, que no eran soñadores, habrían cerrado con cera sus oídos realistas a la voz fanática. Pero como eran intuitivos y sólo se les habló de descubrir caminos, los abrieron —recelosos porque la intuición es suspicaz— a la palabra clara que exponía ideas, tal vez confusas, pero no inverosímiles. La ventaja del navegante ge-novés era hablar —en prosa escueta— de una gran empresa. La poesía estaba, como muchas veces ocurre, en lo que sugería aquella prosa. Detrás de las razones puramente científicas y económicas de las constelaciones y las mareas, del olor del clavo, la canela, el sándalo, la pimienta y el almizcle —monopolizados por los comerciantes de Genova y difíciles de traer para los paladares europeos a través de aquel Mediterráneo que la Media Luna turca amedrentaba—, estaba la poesía mística —almas a quienes llevar la luz del Evangelio— y heroica —tierras a las que dar como reyes a los Reyes de España—. De esto Colón hablaba apenas, pues era genovés y alardeaba de científico. Pero lo percibía Isabel, mujer, castellana y católica. Don Fernando no veía el asunto con la claridad suficiente para entusiasmarse, y aunque lo hubiera visto radiante, no le habrían permitido entusiasmarse el bronce y el mármol de su mentalidad severamente política. Mas su intuición política —precisamente— le impulsaba a tomar en consideración lo que otro Monarca había desdeñado. ¡Qué triunfo incruento sobre Portugal si las naves de Castilla y Aragón, surcando el Atlántico, podían llegar a Catay o Cipango o las Islas de las Especias! ¡Qué burla del bloqueo de Bayaceto II si, esquivando a los piratas turcos por un camino misterioso, las carabelas de los Reyes de España volvían a buen puerto con la valiosa y sabrosa carga! ¡Qué medio de reparar los gastos de la guerra granadina, vender con monopolio en París y en Londres, en Amberes y Hamburgo, los condimentos que sazonan la comida, tan inso-portab'emente aburrida sin ellos para los «gourmets» de toda Europa! Si por añadidura en aquellas tierras se puede cristianizar a unos cuantos indios, ¡qué hermoso modo de ganar la voluntad del Papa —ya inclinada en favor de Castilla por la Cruzada granadina— para poder continuar la empresa de Aragón en tierras ¡taimas! Si el genovés errase y no encontrara las Islas y las naos españolas se perdieran en el Océano de los Misterios, la pérdida sería insignificante en comparación con la ganancia si el asunto sa'ía bien. Insignificante y gloriosa, porque se habría perdido un puñado de marinos en una hazaña evangelizadora. Claro que si este Colón

lograra prender en el ánimo del Rey un poco de su fuego, sería mucho mejor. Pero —en la sutileza del político— tampoco sienta mal un poco de escepticismo en la intuición...

Cristóbal el marino va y viene con su niño de la mano desde la Rábida a Santa Fe de Granada. La urgencia de la guerra con los moros aplaza un día y otro la decisión en el asunto. El genovés maldice interiormente de tanto moro y tanto cristiano que retrasan por su guerrita intrascendente el acontecimiento más grande de la época. ¿Qué importa que Granada caiga o no caiga? ¿Puede tener más importancia una ciudad —aunque tenga dentro una Alhambra y cien mezquitas— que el camino que él está seguro de hallar para Eldorados inmensos e incógnitos? La guerra de moros ha producido ya los romances del Cid y los fronterizos. Las letras españolas necesitan nuevos temas. La Historia está cansada de monótonas guerras y pasos honrosos. Hay que darle argumentos inéditos y emocionantes para las Crónicas. España ha vivido ya muchas Miadas y tiene cien héroes de tierra, tan ilustres como los capitanes de Menelao de Esparta. En cambio, le falta un astuto Odiseo, dominador de vientos y tempestades y que incorpore el Mar a su gloria. España padece sed de Mar y hambre de Islas, y él, Cristóbal Colón, sabe que puede ganárselas. Isabel y Fernando tienen la mirada puesta en Granada —que ya ven desde la Sierra Nevada— y en las costas de África, que también se perfilan allá lejos en los días más claros. Sí; dominar las dos columnas de Hércules es un trabajo de semidioses. Pero ¿no se aventuraron también los semidioses por los mares procelosos en busca de dudosas Atlántidas? ¿No vaticinaron esas tierras los viejos poetas que la piel de toro alumbró para Roma? África no es importante porque está cercana y no tiene misterio. África son alcázares y fuentes, arrayanes y chumberas, minaretes y giraldas. Las Indias —seductora palabra con miel de promesa y arrope de sorpresa—, ¿qué serán? ¿Qué templos, qué pájaros, qué frutas de sabor inédito, qué color y qué música?... Las Indias... Las Indias... Las Indias... La intuición se hace sueño en los ojos del genovés, que se cierran cada noche acunados por ese ritmo: ¡Las Indias, las Indias, las Indias!...

Y de pronto, un desgarrón en el sueño. ¿Y si no hay tales Indias?... Si no hay tales Indias, ¿qué habrá al final del Mar?... Pero ¿el Mar tendrá final?... ¿Qué será esta línea confusa del horizonte, donde los azules del cielo y del agua se funden en carmines y morados?... ¿Cómo será ese lecho en que el Sol se sumerge cada noche?... Nadie lo sabe. Nadie lo ha visto.

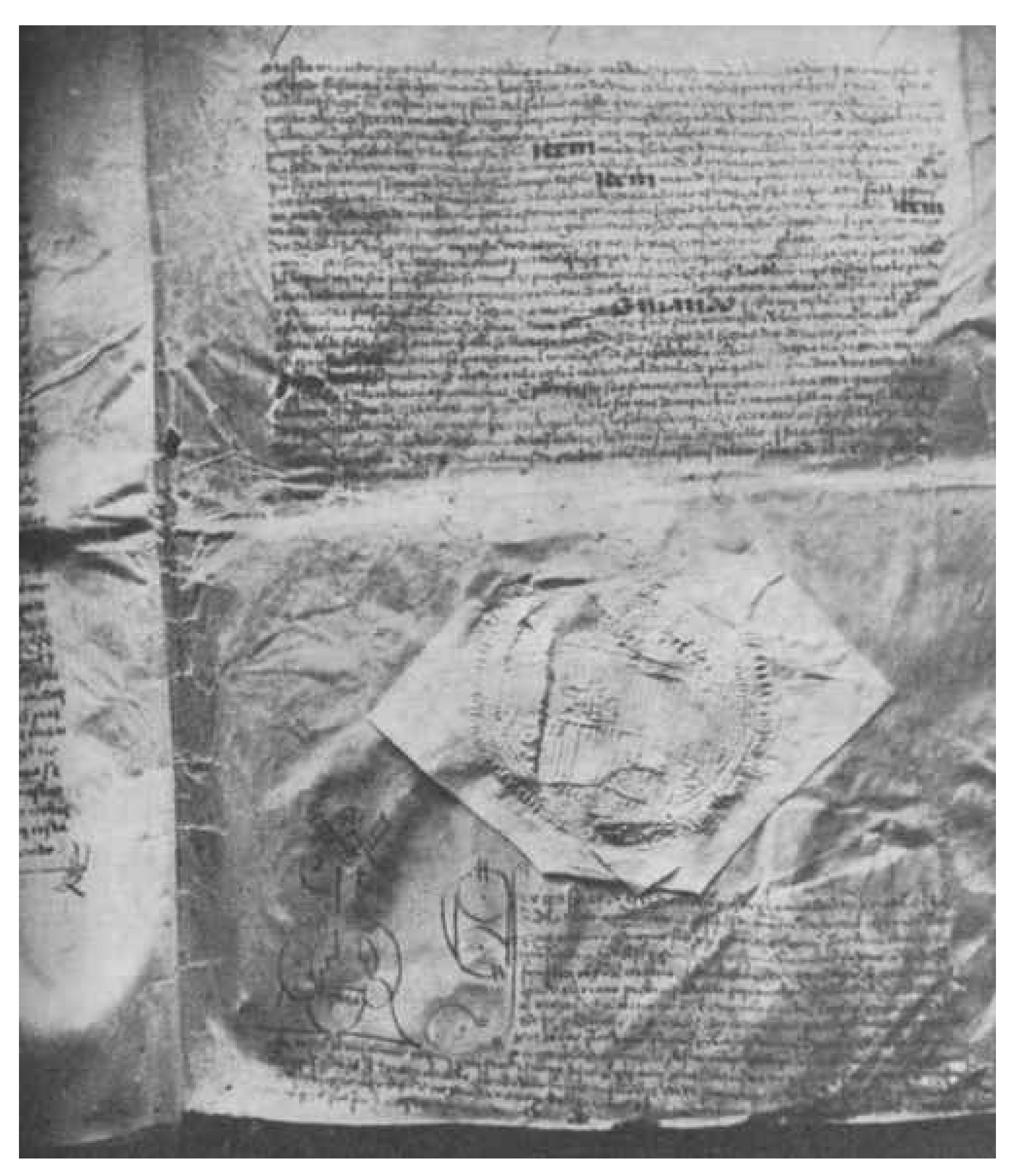


Ilustración 20. Fatigada de glorias y caminos, traspasada de todos los dolores como madre, muere la gran Isabel I de Castilla en Medina del Campo, después de disponer y firmar este admirable testamento



Ilustración 21. España padece sed de mar y hambre de islas, y Cristóbal Colón sabe que puede ganárselas. El gran pintor Daniel Vázquez Díaz ha inmortalizado así la salida del puerto de Palos de las carabelas descubridoras, el 3 de agosto de 1492



Ilustración 22. Discutido el lugar de su enterramiento como el de su nacimiento, parece que los restos del descubridor de América descansan bajo este mausoleo en la catedral de Sevilla

¡Ah, tus ojos tiernos, grumete de la nave capitana, que han de ver por vez primera la luz que nadie ha visto! Millones de seres murieron sin gozarla y tú la vas a ver antes de cumplir los quince años. Y tendrás mucha vida para contársela a los hijos y a los nietos. Cristóbal es ya viejo —más que de años, de desengaños— y no se lo podrá contar. Pero lo escribirá. Y en su Diario de Navegación lo

dirá con una sencillez encantadora para los nietos de todos los hombres, que oirán embobados el cuento de magia. Era noche de luna débil —el jueves 11 de octubre de 1492— cuando el Almirante Cristóbal Colón vio lumbre «como una candelilla de cera que se alzaba y levantaba, lo cual a pocos pareciera ser indicio de tierra». Los niños abren más los ojos. «Para el Almirante, aquella candelilla eran las Indias. Las Indias encontradas. Pero no eran las Indias.»

—¿No eran las Indias, padre?... Pues ¿qué era la candelilla?

—La candelilla era... ¡América!

—¿Y qué era América, padre?

—América era... una España mucho más grande y mucho más bella, que escondida detrás del mar esperaba hacía muchos siglos a los españoles. Era una España inmensa, de inmenso corazón, que aun no sabía rezar ni cantar ni amar en castellano. Pero que tenía encendida su candelilla para que los españoles que venían a enseñarle todo eso —y mil millones de cosas más, aprendidas a costa de mucho dolor sobre su vieja piel de toro— no extraviaran el camino.

—¿Y qué hizo el Almirante, padre?

—El Almirante bendijo a Dios y a España y al Mundo Nuevo y lloró.

—¿Es que los hombres lloran, padre?

—Los verdaderos hombres, que se muerden los puños cuando el dolor les rompe el alma, lloran de alegría cuando Dios es bueno con ellos.

¡Ah, sí, tenía razón Fray Juan Pérez, Prior del Convento de la Rábida, y Fray Antonio de Marchena, antiguo confesor de la Reina, y el escribano Luis de Santángel, y el contador Alonso de Quintanilla, y el camarero Juan Cabrero, y los pilotos Ferrer de Blanes y Alonso Pinzón, y Fray Diego de Deza, y el Duque de Medinaceli, y la Reina y el Rey, que le creyeron y le dieron tres carabelas y el Almirantazgo!... Tenían razón los intuitivos frente a los fríos y a los cautos, que por nada bello ni maravilloso se apasionan. Tenían razón los frailucos con fe y los marinos con alma marinera é intrépida, frente a los sabios cosmógrafos anclados de la Escuela de Náutica de Sagres o en la Universidad de Salamanca.

Tenían razón los audaces frente a los timoratos, los valientes frente a los expertos, los jóvenes frente a los viejos. Con rumbo a Occidente se podía llegar a Oriente. La tierra era redonda como una perla. Las Indias no eran las Indias de las Especias ni el Ci-pango de las Pagodas ni el Catay de los mandarines. Las Indias no eran las tierras de los hombrecitos de marfil y los ojos oblicuos. Pero eran las Indias españolas. Las Indias que tendrían unas leyes cristianas redactadas en un idioma que aprendería a pronunciar el Emperador de Europa para hablar con Dios. Las Indias de los Buenos Aires y de las costas y los puertos ricos. Las Indias donde un Perú valdría más que un Eldorado, donde habría un mar dulce con amazonas y territorios **colorados y montañas nevadas y sonoras.** Las Indias que necesitaba España descubrir para Dios, porque Dios la había elegido como madre de veinte naciones cristianas que amarán la justicia y la poesía, la libertad y la gloria. Tenía razón Colón contra el mundo, aun cuando, en lugar de la pimienta y el clavo, la canela y benjuí, el áloe y la nuez moscada que apetecía Europa, se trajese para España de sus viajes en las carabelas un Imperio que España no había soñado.

* * *

Luego, ya fueron otros...

No es despectivo, no. Los otros se llamaban Cortés, Pizarro, Balboa, Orellana, Ojeda, Juan de la Cosa, Magallanes, Ercilla, Las Casas, Montesinos, Sandoval, Albornoz, Bernal Díaz, Alvarado, Valdivia, Almagro, Coronado, Elcano, Legazpi y mil nombres más de Castilla, Extremadura, Andalucía, Vasconia, Galicia y Cataluña. Navegaron, lucharon, vencieron, legislaron, descubrieron, cantaron, civilizaron. Sus espadas y sus proas dieron a España el Imperio azteca de Méjico y el incaico del Perú. Domaron al fiero Arauco, se asomaron al Pacífico, se adentraron corrientes arriba por los ríos de la

Plata, Marañón, Colorado y Misisipí. Atravesaron los Andes y hallaron la Tierra del Fuego, y el Cabo de Hornos, y el Estrecho dificilísimo que enlazaba los dos Océanos. Revolvieron y escudriñaron tierras y mares, montes y valles, dándole nombre, Dios y Rey a todos. Se casaron allí y allí engendraron hijos. Cultivaron los campos y alzaron monumentos grandiosos donde el barroco español —como el idioma y los cánticos de España— adquiriría en la piedra un peculiar acento —más que estilo— colonial.

Pero ya eran otros hombres y otras ideas. Sabían adonde y a qué iban. Ambicionaban una gloria inmensa, pero concreta. Ya iban **por,** no iban a. Cada uno salía de España con un sueño **de** realidad, no con una intuición. Luego, el ambiente y la exaltación de aquel mundo virgen les realizaba sueños distintos a los que les dieran el impulso viajero. A unos América les dio la noche triste, a otros las Santas Rosas de Lima y a otros la inspiración de sus heroicas octavas reales. A muchos, dulces indias para el amor, y a otros, encrucijadas con flechas para la muerte. A todos, gloria e inmortalidad, fama y estatuas, oro y dolor, crónica y cantar de gesta.

Pero sólo al Almirante, América le dio la bienvenida con aquella «candelilla como de cera» —un gusanillo de luz, un cucuyo, en Dios sabe qué montaña— que él nos cuenta a los nietos de todos los hombres en la página más sencillamente emocionante de la Historia de la Humanidad.

XXV. AZARES MATRIMONIALES

La empresa española que en el mismo año terminaba la Reconquista y empezaba la Colonización, al hacerse plena en sí misma tenía que mostrar su plenitud al orbe entero y romper su viejo aislamiento. Las once flechas del haz de los Reyes marcaban once rumbos al Destino universal de España. Un hervor de potencia y una fiebre expansiva invadía la sangre de los españoles. Los soldados sabían que habían de fecundar tierras y mujeres en Nápoles, Milán, el Franco Condado, Flandes y Alemania. Los marinos presentían el desbordamiento de sus vidas por las Nuevas Españas indianas. El destino común de los españoles afectaba también a los hijos de los Reyes que iban llegando a la edad nupcial. Cuatro Infantas y un Príncipe —como los cinco dedos de una mano— alegraban —para entristecerlas más tarde— las vidas de los Reyes. Cada Infantina de España tenía pretendientes en todas las Cortes y por el rubio y pálido Príncipe de Asturias suspiraban Princesas tras los ventanales de todos los castillos europeos. Gales y el Del-finado, Viena y Borgoña, Lisboa, Glasgow y Escandinavia necesitaban infantas de Castilla que llevaran a los Tronos un poco de la gloria acaparada por España en el venturoso finalizar del siglo XV. Infantas bellas, católicas, austeras, educadas por una madre genial y por los más ilustres maestros del Renacimiento español: Nebrija, Pulgar, Pedro Mártir, Alonso de Palencia, Montesinos, Cisneros... Infantas que hilaban en sus ruecas cantando las dulcísimas melodías de Juan de la Encina... y que llevarían como dote la alianza con el reino más poderoso de Europa y el oro y las esmeraldas de las Indias.

Cada boda fue una gran preocupación de los Reyes. Isabel pensaba tanto en la felicidad doméstica de sus hijos como en la conveniencia política de cada uno de los enlaces que proyectaba. Buena madre española, miraba con agudos ojos críticos de suegra a cada pretendiente. Fernando los veía más con su sagaz golpe de vista de gran político. Isabel, obsesionada con la unidad total, ambicionaba una boda navarra, que fracasó por la tenacidad de la Condesa de Foix. A Fernando le importaba poco ese fracaso del Reino aliado de su enemigo francés en Italia. Para su concepción premaquiavélica de la política no valía la pena esforzarse en buscar alianza con el amigo del enemigo, si se tenía la seguridad de poder vencerle con la espada o con la intriga. Tanto peor para Navarra si no sabía verlo. Era preferible la boda con Inglaterra, mucho más vieja y enconada en el odio a Francia que pudiera serlo Aragón. Una Infanta española en la Corte de Wind-sor podía ser la amenaza por el Norte a la Francia rival en la empresa de Italia. Otra Infanta en Lisboa suavizaría !a tirantez que los descubrimientos de españoles y lusitanos provocaban en el Océano y que el papa Alejandro VI con su Bula de Demarcación trataba de evitar. Ese enlace podría también engendrar un sucesor para las tres Coronas, si la vida de don Juan, el Príncipe de Asturias, se extinguía. Para los otros hijos se pensó en el Imperio alemán, vinculado en la cada vez más poderosa Casa de Habsburgo, que ostentaba, entre otros títulos, el Archiducado de Austria y el Ducado borgoñón.

Cada una de las cinco flechas del haz juvenil de infantes partió con rumbo a su destino. Pero el Destino de España no quiso aceptar la habilísima previsión de la política matrimonial de los Reyes. La Infanta Isabel fue Princesa y luego Reina de Portugal al casar primero con el Infante don Alfonso y con el Rey don Manuel después. Murió muy joven, dejando un solo hijo, el Príncipe Miguel. Doña Juana casó con el Archiduque Felipe, Duque de Borgoña y Señor de los Países Bajos, para enloquecer de amor por él y vivir una vida de tremendo patetismo, después de dar al mundo futuros Emperadores. No menos patética fue la aventura matrimonial de la tercera Infanta, Catalina de Aragón, a punto de enloquecer de todo lo contrario que su han-nana. Catalina —objeto de un inmundo regateo de su padre y de su suegro, regateo que jugaba al alza o a la baja según el humor del Rey de Francia y del Papa— contrajo matrimonio con el Príncipe Arturo de la Gran Bretaña, heredero de la Corona. A los seis meses enviudó, permaneciendo en Londres hasta que siete años más tarde, el hermano de Arturo, el jocundo, violento y grueso Enrique VIII la desposara, para luego repudiarla encalabrinado por la sonrisa de Ana Bolena. La Infanta María casó con el Rey de Portugal, viudo de su hermana, y da la vida a la más bella princesa que había de pintar Tiziano cuando ya se llamaba Reina Isabel de España y Emperatriz de Alemania por su boda con su primo hermano el César Carlos de Europa.

El que debió ser don Juan III de España estuvo casado breve tiempo con Margarita de Austria, hermana del hermoso marido de doña Juana. Como Alfonso de Portugal y Arturo de Inglaterra, Juan de Aragón y Castilla, murió en la luna de miel y a consecuencia de ella. Indudablemente, el temperamento de los hijos de los Reyes Católicos tenía algo morboso en el sentido erótico.

Aquella Unidad de España tan querida y aquel Imperio nuevo no soñado van perdiendo los herederos masculinos, que hubiesen consolidado y dado un rumbo iberoafroamericano a los destinos de la piel de toro. Muerto don Juan sin sucesión, las Cortes de Portugal, Castilla y Aragón juran heredero al Príncipe Miguel, hijo de Isabel de Aragón, primogénita de los Reyes Católicos. El Príncipito llamado a reinar en Iberia, en África y en América muere en los brazos de la acongojada abuela, a los dos años de edad. Y hereda la Corona doña Juana la Loca, para transmitirla a su hijo Carlos. El rumbo de la política de España cambia. En lugar de un porvenir hispano-portugués y marroquí-indiano, Carlos de Gante tiene que dar frente a los problemas de Europa. La piel de toro se incorpora a la unidad de un Continente al que por su naturaleza y su Destino parecía ajena. Ello la engrandece y la arruina, como todas las cosas que no están conformes con la Geografía y la Geopolítica.

* * *

Las guerras de Italia, empresa de Aragón, se hicieron empresa nacional al terminar el siglo XV, lo mismo que se había hecho española la de Granada. La Monarquía dual se iba haciendo unitaria en todas direcciones. Puesto a enmendar yerros y corregir flaquezas de sus antecesores en los Tronos, Fernando V logró la devolución a la Corona aragonesa de los territorios del Rosellón y la Cerdeña, enajenados por su padre Juan II en un momento de flaqueo de la voluntad. Fernando V y Carlos VIII de Francia jugaban de zorro a zorro el ajedrez político. El de Aragón fingía obligarse a no concertar matrimonio de sus hijos con las Casas de Austria, de Nápoles y de la Gran Bretaña, cuando su pensamiento cubileteaba las coyundas que pronto habría de realizar, y a no prestar ayuda a ningún enemigo de Francia (que no fuese él mismo, naturalmente, a quien ayudarían todos los enredados en su juego astuto). Mientras, el francés se reservaba el derecho —no estipulado en el Tratado de Barcelona de 1493— de interpretar a su capricho la vieja cuestión napolitana. El Reino de Nápoles estaba en las manos de los descendientes bastardos de Alfonso V de Aragón y enfeudado al Papa. Carlos VIII de Francia iniciaba la línea de la grandeza francesa basada en el más cínico incumplimiento de los Pactos y en lo aleatorio de las Alianzas. Con esta norma invadió Nápoles, destronó a su Rey y ciñó la Corona en febrero de 1495. Fernando, cauto para no poner el grito en el cielo —lo que hubiera sido extremo desenfado, ya que él sabía bastante de reservas mentales para cumplir lo que firmaba—, lo puso en su representante en la tierra, que a la sazón era el Pontífice Alejandro VI, nacido español: Rodrigo de Borja. A Roma afectaba mucho la pérdida del feudo napolitano y su diplomacia, unida a la de Fernando, montó una alianza que se llamó Liga Santa, donde entraron el Emperador de Alemania, el Duque de Milán y la República de Venecia, amén —como es lógico— del pobre Ferrante II de Nápoles. Francia contaba con algunos significados «quintacolumnistas» en Italia, y aliada con ellos se enfrentaba a la heterogénea Liga formada por el Papa, el Emperador, un Rey en pleno poderío, un rey fantoche, un Duque megalómano, una República de artistas y mercaderes de todas clases... y el Gran Capitán don Gonzalo de Córdoba, ceñido aún de frescos laureles granadinos y que sumaba quizá más que nadie en la balanza militar. La guerra tuvo dos etapas, ambas victoriosas para las armas españolas. Las armas españolas, pues, fueron tropas y capitanes de Castilla y Aragón quienes combatieron. Los santos coligados contribuyeron con bendiciones, dinero e intrigas, sin aportación de sangre y heroísmo. La primera campaña finalizó diplomáticamente. Aprovechando la muerte de los dos Reyes napolitanos —el destronado Ferrante y el usurpador Carlos de Francia—, Fernando V y Luis XII, nuevo Monarca de Francia, pactaron un Tratado secreto en Granada, al que pusieron su visto bueno el Vaticano y la Serenísima veneciana. El tratado establecía el reparto amigable de Nápoles entre Aragón y Francia, sin preocuparse para nada del sucesor de Ferrante II.

Como la codicia rompe el saco, el saco que Luis XII quiso llenar demasiado con la Capitanata, la Basilicata y el Principado, comarcas que no parecían corresponderle del todo en el reparto granadino, se llenó de terribles agujeros —Seminara, Ceriñola, Garellano y Otranto—, por donde se le escapó a Francia cuanto había ganado en Nápoles. Por cada agujero se le iba una provincia y por cada provincia florecía una nueva rama verde en la fronda de laureles que ya se llamaba, entre el asombro del mundo,

nada menos que esto: «Infantería española». La segunda guerra dio Nápoles íntegro a Fernando V de Aragón. Isabel de Castilla pudo llamarse Reina de Nápoles muy escaso tiempo, pues poco después de la derrota de Luis XII moría en Medina del Campo.

Como más tarde su gran biznieto Felipe II, la inquietud de la gran Reina en su lecho de muerte era la falta de un heredero para todos aquellos Estados inmensos que su intuición y su espíritu, el genio de Fernando y Colón y el Gran Capitán habían conquistado para gloria y riesgo de España.

Las coronas, ¿a quién? Don Juan, el hijo, y don Miguel, el nieto, eran polvo y ceniza de que haría nostalgias infinitas la Patria en dolor años más tarde. Isabel, la primogénita, de tan clara inteligencia, había muerto. Las coronas, ¿a quién? A Juana. A Juana la infeliz, la enamorada, la celosa, la histérica, a quien su pueblo y la Historia habían de llamar —entre enternecidos y despectivos— «la Loca». ¡Qué angustia de muerte en la muerte, sentir la incertidumbre de lo que ha de ser en manos ajenas la obra creada con tanto amor! ¿Cómo la cuidarán? ¿En qué la transformarán? ¿Qué harán de Castilla la pobre demente y su frivolo esposo? ¿Qué será de España cuando vaya a las manos de aquel pequeño Carlos —que Isabel no conoce— que ahora juega en la campiña verde con canales negros, de Gante? ¡Si lo hubiera tenido con ella como tuvo a su soñado Juan III para educarle y hacerle sentir la grandeza caliente de la piel de toro! ¡Si le hubiera podido ella enseñar a persignarse y a cabalgar! ¡Si su corazón le hubiera podido transmitir el secreto de la misión española!... Pero tiene que morir sin hijos y sin nietos al lado. ¡Trágica muerte la del Soberano que no puede decir un último consejo a su heredero! Estaba en Medina del Campo, en el corazón de su Castilla. El aire era casi el mismo de Madrigal de las Altas Torres donde naciera, de Arévalo donde creciera, de Segovia donde luchara, de Valladolid donde casara. Castilla y España entera apretaban el corazón en los fuertes sillares tras los que agonizaba su señora la Reina, madre infortunada que sólo sentía latir ese filial corazón de su pueblo. De su pueblo, que estaba ya también en África y en Italia y en las Indias. Pero ¡el heredero, el heredero!... ¿Dónde estaba?... El Archiduque Carlos aún no sabía —en su Flandes de bruma— decir en español la hermosa palabra «abuela».

XXVI. LA REINA LOCA Y LOS REGENTES CUERDOS

Prudente e intuitiva como toda su vida y con esa aguda lucidez especial que Dios da a los moribundos de larga agonía, Isabel de Trastamara redactó en sus últimos días un testamento de maravillosa inspiración cristiana y técnica política, en donde preveía los duros problemas de España y del mundo para el futuro inmediato. Ante sus ojos claros, vidriados por la muerte —y por la muerte penetrantes ya en la oscuridad del más allá—, Isabel presiente el drama de su España y de sus Indias recién nacidas al caer en las temblorosas manos de la desdichada Juana. Vuelven a su memoria los días turbulentos de Enrique IV, en que Castilla se encendía de odios, ambiciones y desorden. La más fuerte unidad podría hacerse añicos y cuando Carlos estuviese en edad de ceñir la Corona tendría que empezar como ellos, Isabel y Fernando, iniciaron su gobierno: sometiendo rebeldes y apuntalando ruinas. ¿De qué habrían servido entonces los treinta años de aquel Reinado, con sus trabajos enérgicos, sus sacrificios y sus esfuerzos penosos? La única manera de que el tiempo no diese marcha atrás era dejar en el timón de la nave a un experto que hubiera de gobernarla todo lo largo de la vida de Juana. Nadie mejor dotado que el Rey de Aragón. Interesando a Fernando en el gobierno de Castilla, Isabel conjuraba además otro posible riesgo gravísimo: el de que el Rey viudo contrajera segundas nupcias que diesen un heredero varón a los Tronos aragonés y napolitano. ¡Ah, qué tristeza morir, romper aauel lazo de Dios comenzado en la adolescencia y pensar que las flechas se pueden separar del yugo y resultar desprovista de eficacia la divisa soñada inmortal del «tanto monta»! Como mujer enamorada y como Reina de España enamorada de su oficio, esta sospecha que luego se realizó en parte, ¡cuánto atormentaría el sexo, el corazón y el cerebro de Isabel en sus horas postreras! Fernando amaba la Unidad, ciertamente había asimilado lo mejor del espíritu castellano a su manera de ser aragonesa, pero aun no era viejo y los Alcázares adustos, sin mujer, sin hijos y sin nietos podrían malaconsejarle en la soledad. Isabel no imaginaría jamás que aquel mal consejo llegara a ser ¡el de la boda con la Beltraneja! No, no. Interesado directamente en sostener el equilibrio de la doble Monarquía, Fernando, político ante todo y copartícipe entusiasta en la construcción de la Unidad, se empeñaría en conservarla. Por ello, el testamento le designa Regente de Castilla mientras viva. Las Cortes de Toro de 1505, al jurar como Reyes a Juana y Felipe, reconocen a don Fernando como Regente.

Juana y Felipe vienen de Flandes, donde se dejan a su heredero educándose a la borgoñona, sin un maestro de español siquiera. Juana quisiera encontrar una fórmula equivalente al «Monta tanto» de sus padres, para que el esposo celado y bienamado no fuese en el Trono un acompañante a la antigua, sino un asociado a sus glorias. Ella no será Juana I si él no es Felipe I. Es tan hermoso, tan bueno, tan inteligente, tan sabio, tan valeroso el Archiduque a los ojos de Juana, que todos los Reinos de ella han de reconocerle Rey, subyugados por su presencia. Si él es Rey en el corazón de la Reina, ¿cómo no lo va a ser en el de sus súbditos? Al pensar esto, Juana, bruscamente, pasa de la feliz locura del enamoramiento al horrible martirio de los celos insensatos. Si Felipe reina en los corazones de los castellanos, mucho más habrá de reinar en los de las castellanas. Las damas de la Corte le sonreirán como las grandes señoras de Bruselas, Amberes y Gante. Las menestralas y mozas de partido soñarán con él al igual de todas las flamencas de su condición. Y él las mirará también con sus ojos goteantes de luz como las estrellas y les sonreirá con aquella sonrisa que enciende rosas en los corazones femeninos y les hablará con aquella voz de viento suave que trae canciones lejanas y aromas de mágicas campiñas. Y todas se entregarán a sus brazos, que saben abrazar y estrujar y convertir en brasa viva a las mujeres... No... ¡Que no sea Rey! ¡Que no le vean, que no le oigan, que no le sonrían ni le festejen las mujeres! Y si le ven, le oyen, le sonríen o le festejan, que no piensen que en Valladolid será como en Gante. Aquí, en España, Juana es Reina propietaria y no Archiduquesa consorte y no se contentará con arañar y cortar las trenzas a la que a tanto se atreviera. ¡Aquí la obedece el verdugo, que en vez de trenzas siega cabezas y en lugar de arañar las mejillas desgarra las carnes con los garfios de hierro de la tortura! ¡Aquí la chispa del amor enciende llamaradas de odio y hogueras de venganza! ¡Aquí ella es la Reina y el hermoso y frivolo Felipe no podrá castigarla con la privación de su dulce compañía las noches heladas o abrasadoras!... ¡Que no sea Rey más que de

ella, de su alcoba, de sus pensamientos! ¿Para qué más corona que ese halo maravilloso que ella ha puesto con sus celos y su enamoramiento en torno de la figura galana y galante dei Archiduque? Así, en este vaivén del incierto y agitado mar de los celos, el corazón de la Reina de Castilla va dando tumbos y el Reino amenaza hundirse. Juana, Fernando y Felipe hablan de asuntos de Estado y el padre y el marido se desesperan de ver cómo el pájaro loco del cerebro de la Reina levanta el vuelo desde la realidad de su misión hasta la fantasía de su desvarío erótico.

Hay que arrancarle suavemente el cetro de las manos estremecidas. Hay que apartarla con delicadeza de un Trono al que perturban las acometidas del delirio. Hay que alejarla de la Corte, que empieza a perder respeto a la Majestad demente. Y hay que evitar la murmuración dolorida del pueblo sencillo, que cree a su Reina embrujada por los flamencos, lo cual es peligrosísimo para la estabilidad de la nueva dinastía, pues todavía viven la Beltraneja, los descendientes de los Infantes de la Cerda y alguna rama bastarda de don Pedro I, aun cuando la Casa de Trastamara se extinga en la pobre Reina de Castilla y sus hermanas, que por estar casadas en la Gran Bretaña y en Portugal son también extranjeras ya. ¿Cómo hacerlo? Fernando y Felipe sólo están de acuerdo en no dar la gobernación a Juana. Felipe la quiere para sí y para sus consejeros y amigotes de Flandes, como él ignorantes del alma de la piel de toro. Fernando exige el cumplimiento del testamento de su gran esposa. Toda la habilidad política fernandina se estrella contra la testarudez flamenca y la fatuidad austríaca del hijo del Emperador Maximiliano. Suegro y yerno no llegan a un acuerdo en cuanto al ejercicio de la tutela y el Monarca aragonés se retira a sus Estados pensando con alarma en el porvenir de España. Si Carlos hereda con las coronas la esquizofrenia del abuelo Maximiliano y el histerismo de su madre, ¿qué será de España? Es menester apartar Aragón y su Imperio italiano de la inquietante aventura austríaca y Fernando pide y obtiene la mano de Germana de Foix con la esperanza de un heredero varón para el Trono de su padre. Se romperá la unidad española, pero Aragón, Sicilia, Nápoles, el Rosellón y Cerdeña conservarán su fisonomía y podrán un día rehacer lo que la Casa de Habsburgo amenaza hundir. Pero cuando e! Destino se empeña en una cosa, sirven de poco todas las argucias con que se le puede hostilizar. El Destino se cumple. El segundo matrimonio de Fernando el Católico y el heredero nacido de él duran poco. El peligro de ruptura de la unidad española queda conjurado y además la salud mental de Carlos de Gante es excelente.

Antes de un año, Fernando vuelve a tomar ya para toda la vida las riendas de la Regencia de Castilla. El Hermoso Felipe ha muerto prematuramente en un exceso deportivo, y Juana, viuda trágica, paseando un cortejo de lutos y hachones por España, ha traspasado definitivamente las fronteras de la razón para quedarse al otro lado de ellas como un fantasma vestido de negras estameñas y el corazón transido del dolor infinito de una gran amor perdido. El trono semivacante provoca inmediatamente banderías y facciones en la nobleza. Hay Juanistas, Carlistas y partidarios del yugo y las flechas, es decir, de don Fernando, que para los leales Isa-belinos continúa «montando tanto» como la gloriosa Reina difunta. Felizmente, el Rey, que necesita sus energías y su tiempo para la política exterior, cada vez más enmarañada por los asuntos de Italia y de Francia, pone su confianza para el Gobierno de Castilla en el Cardenal Ximénez de Cisneros, hombre de entereza y lealtad castellanas a prueba de intrigas y agresiones solapadas o francas. Poco a poco se restablece el orden interno y Castilla puede tomar parte en la nueva guerra de Italia, empezada por la Liga de Cambray, contra Venecia. en la que formaban con el Papa Julio II, Maximiliano, Fernando y Luis XII. La Liga cambió pronto de estructura para convertirse en una alianza del Papa, el Rey de España y la Serenísima veneciana contra el Rey de Francia, a quien apoyó el Emperador. Por tercera vez las armas españolas y sus coligadas vencieron en tierras de Italia a los franceses. Sin embargo, no fue la mejor ganancia de esta campaña el laurel de Novara y el afianzamiento del poder español en la Península itálica. El mejor laurel fue la conquista de Navarra y su incorporación al Reino español. En su tumba de Granada los huesos de Isabel oirían jubilosos los cañonazos de España en los valles navarros. El pretexto de la guerra con Navarra lo encontró la facilidad política de Fernando, en la peligrosa duplicidad de los Reyes de la Casa de Albrit, fingiendo amistad a España y pactando con Francia. Una de las cláusulas del Tratado de Blois, en julio de 1512, del que Fernando fue inmediatamente informado por sus agentes, estipulaba que Navarra no daría paso a las tropas españolas que pretendieran atacar a Luis XII. Tan pronto lo supo Fernando, pidió el paso a Juan de Albrit. Sabía la negativa y tenía fuerzas en la frontera que la pasaron rápidamente, ocupando todo el territorio navarro en una rápida marcha militar, más que

campaña, de dos meses. Parece que el proyecto del Rey Católico era sólo una ocupación temporal, pero la doblez e hipocresía de Juan de Albrit le decidieron a incorporar Navarra no a Aragón, sino a España. Y así fue. Hubo algún vano intento de los Reyes destronados, pero Navarra, respetados su legislación foral, sus Cortes y sus usos y costumbres, *se* fundió férreamente con España hasta el punto de ser en lo sucesivo, no obstante haber llegado la última a la unidad nacional, una de las regiones españolas más acendradas en la tradición y en la permanencia en la comunidad de destinos de la Patria. Y eso que su proximidad a Francia, hostil siempre a la política española y aspirante a la soberanía perdida en el Reino fronterizo —los Reyes franceses se intitularon muchos siglos Reyes de Francia y de Navarra— y más tarde el nacimiento del separatismo vasco, flanquearon de animadversión a España los corazones navarros, que, venciendo las asechanzas de todo género, ganaron, en todas las ocasiones en que el Destino los puso a prueba, el laurel de los mejores españoles.



Ilustración 23. La reina Juana de Castilla, viuda trágica, ha traspasado definitivamente las fronteras de la razón...



Ilustración 24. Francisco Ximénez de Cisneros, el gran Cardenal alcalaíno, el de la Biblia Políglota y la Universidad plateresca, castellano en el tuétano de los huesos, entregaría los reinos de España que gobernara como Regente, a los emisarios flamencos del hijo de Doña Juana, quien se niega a verle al llegar a la Península



Ilustración 25. Carlos I de España, Emperador de Alemania con el nombre de Carlos V, César de Europa

El gran Cardenal alcalaíno, el de la Biblia políglota y la Universidad plateresca, castellano en el tuétano de los huesos y fanático de la fe de Cristo, siente cerno una espuela para el corcel de su acción la consigna testamentaria de la Reina muerta, señalando las rutas africanas a España. Aragón, Cataluña y Valencia van a Italia, y Extremadura, Galicia, Vasconia y Andalucía a las Indias. Castilla, desanclada de sus tierras sin adornos, debe marchar al África sin dulzuras renacentistas ni flores

tropicales. Si no hay dinero para iniciar una acción africana frente a la piratería berberisca, la férrea voluntad cisneriana lo inventará si es preciso. El Rey Regente de Castilla le deja hacer y sonríe incluso cuando le ve poner las armas del guerrero sobre los hábitos del monje. El viejo Pedro Navarro, compañero del Gran Capitán en tantas épicas estrofas de óranada y de Italia, es el general de la nueva aventura. El Cardenal y Pedro Navarro desembarcan y vencen en el Peñón de la Gomera, en Oran, en Bugía y en Trípoli, en cuyas murallas la Cruz y el pendón de Castilla se hinchan de cálidos vientos del desierto. España quiere devolver al mundo musulmán la afrenta del Guadalete y se dispone a persequir a los hijos de Mahoma hasta las fuentes mismas de su fe en un rincón de Arabia. Los reyezuelos de Argel, de Túnez y de Tlemecén se someten al Rey Católico y le rinden vasallaje. La expansión de Esoaña en África, tan querida de Isabel, parece que ha de ser un hecho. Pero como cantan los soldados cautivos,

Los Gelves, madre,

malos son de tomare.

En la isla de Gelves, la Infantería de desembarco española conoce su primer desastre en África. Los primeros huesos de soldados ibéricos quedan cara al sol africano, mondados por las hienas. Muchos años durará en España el recuerdo, un tanto supersticioso, de los malos Gelves. La acción en el África mediterránea queda interrumpida hasta que, bien entrado el reinado de Carlos I, el César, sintiéndose Carlos I como albacea de su insigne abuela, reemprende gloriosas correrías por todo el litoral.

Con ese triple acorde de trompetas militares en los aires de Navarra, Italia y África, se cierran el Reinado y la Regencia excelsos de Fernando el Católico, que muere con más laureles que años en 1516. La España que deja ha adquirido la redondez fecunda del fruto o la mujer maduros y se ha incorporado a la Unidad espiritual de Europa, de la que será paladín su heredero Carlos. El árbol frondoso del Renacimiento da su sombra cultural y humanística a la vieja piel de toro. Las ciudades universitarias, Salamanca y Alcalá de Henares, compiten en esplendor con Bolonia. Heidelberg, París v Oxford. Valladolid, Valencia y Segovia trepidan de imprentas v huelen a tinta fresca. El idioma de España —que ya balbucean los indios americanos y los moriscos de Granada— va tallando sus gemas inmortales: la «Cárcel de Amor», de Diego de San Pedro, y «La Celestina», de Fernando de Rojas: las comedias heroicas de Juan de la Encina; las Crónicas de Pulqar, Pedro Mártir y Alonso de Palencia; la versión castellana del Amadís; los romances granadinos. Los capitanes y alféreces de Italia ensayan el metro endecasílabo en que habrán de cantar los primeros Boscán y Garcilaso. Las arquitecturas gótica y mudejar han terminado su ciclo evolutivo con las últimas piedras de Toledo, Burgos, León, Mallorca y Zaragoza, y la moda italiana empieza a perfilar en el Renacimiento español el plateresco triunfante de Valladolid v Salamanca. Berruquete y sus discípulos esculpen los maravillosos sepulcros de Burgos, Toledo, Granada, Palencia y Avila. El oro, la plata, el marfil y el azabache se hacen obras de arte en custodias, relicarios, verjas, arquetas v camafeos. Nace la Pintura española. Y en la lengua universal, el latín, el pensamiento español del Tostado, Luis Vives y Nebrija preparan el triunfo de Suárez y Vitoria en los medios humanísticos del mundo.

Larao v duro ha sido el camino recorrido por las tribus ibéricas desde el hombre de Altamira hasta el último retablo de Berrunuete desde la Dama de Elche al sepulcro de don Juan II en la Cartuja de Miraflores desde la aldea celtibérica a la ciudad plateresca. Pero esas tribus, sin prisa ni descanso, aun cuando luego hayan de oírse llamar bárbaras, atrasadas y cerriles por la pedantería de otros pueblos, han acompasado su marcha por la historia de la civilización al mismo ritmo de otros países, y a pesar de las invasiones continuas, del áspero clima, del apartamiento de los caminos del mundo y de la titánica guerra de Reconquista, han logrado, cuando el siglo XV acaba, y con él la Edad Media, lo que ningún pueblo de los que luego alardean de civilización y tildan de atrasado al celtíbero: la Unidad nacional, el Estado totalitario, el descubrimiento de un nuevo mundo, el Imperio cristiano, un pensamiento jurídico y político de valor universal, unas Artes plásticas de singular originalidad y

belleza, y, sobre todo, eso que no se puede limitar ni definir precisamente, pero que constituye el nervio de la Historia de un pueblo: una Raza genial. Raza genial que el Destino quiso entregar en manos de una dinastía nacida fuera de los ámbitos de la piel de toro, quizá para hacerla resplandecer más ante los ojos atónitos del Orbe, que aún, al nacer el siglo XVI, no sabía que ser español era una de las pocas cosas serias que se podía ser en el mundo.

XXVII. CARLOS I DE ESPAÑA Y LAS COMUNIDADES DE CASTILLA

Cuando se habla o se escribe del hijo de Juana la Loca, es casi siempre —aun en España— del Carlos V, Emperador de Alemania, y de sus hechos imperiales, olvidando bastante al primer Rey de España y sus actos de tal, que le habrían señalado lugar glorioso en la Historia nacional aun cuando sus sienes no se hubieran ceñido la corona de Carlomagno. Y si se habla de Carlos I, casi siempre es para tocar el tema —singularmente interesante— de las Comunidades de Castilla y de su azarosa y confusa guerra civil. Tema imposible de esquivar, ya que esa guerra civil de algunos organismos y tendencias nacionales contra el soberano unitario que traía de Flandes y el centro de Europa unos módulos nuevos para la gobernación del país, ha sido interpretada caprichosamente muchas veces, con desfiguración de lo que los Comuneros y el Rey querían. Dentro y fuera de la piel de toro ha movido las plumas de los historiadores —con más frecuencia que la ecuanimidad— la magia venenosa de las palabras. Comunidades y comuneros han sonado a «Comunne» y «comunismo»; y dinastía austríaca, Casa de Habsburgo, Emperador y César, a despotismo, autocracia o tiranía. Los cristales de color, del siglo XIX particularmente, veían en esas palabras toda la libertad democrática —según su concepto romántico, liberal y masónico— y toda la opresión absolutista. Sin darse cuenta de que el siglo XVI era tan diferente del XIX como lo será el XXIII de este en que vivimos. Es el mismo error que ya se ha señalado al hablar de las Cortes, para unos ejemplo de parlamentarismo liberal a seguir y para otros modelo de antiparlamentarismo y de las llamadas Cámaras corporativas. La rebelión de las Comunidades ha sido para muchos la primera revolución social española —revolución que muy escasas veces se ha intentado— cuando en su fondo y en su forma fue simplemente una contrarrevolución de exclusivo contenido político, como lo han sido casi todas las llamadas revoluciones en España. La verdadera Revolución es siempre la que trae voces y alientos de fuera para reformar la línea política seguida por un país. Revolución era la actuación enérgica de los Reyes Católicos contra la Antirrevolución de los nobles facciosos empeñados en sostener una estado de cosas insostenible. Revolución había de ser el Gobierno de Carlos de Gante, con su educación flamenca y centroeuropea. Revolución había de ser, y lo fue, a pesar de la asonada, el motín y el escarmiento ejemplar de los contrarrevolucionarios comuneros, que no llegaban a ver en la fuerza del Destino que llevaba a Carlos al Imperio la fuerza del Destino de la piel de toro, encaminada a unas empresas de importancia colosal. Carlos, al aceptar ese Destino, era el revolucionario. Los Comuneros, al. temerlo y quererlo encadenar, los contrarrevolucionarios. Igual, en el siglo XIII, había sido el Rey Sabio el hombre de la Revolución al soñar el Imperio —una Revolución siempre sueña consciente o inconscientemente un Imperio, y si no, no es más que una algarada sangrienta—, mientras eran reaccionarios aquellos «liberales y parlamentarios» de las Cortes que negaban a la Corona castellana la ocasión de intervenir en los Movimientos de Europa.

La Revolución y la contrarrevolución en España han sido casi siempre así. La Revolución ha querido lo grande, lo vasto, lo heroico, y la contrarrevolución se ha contentado con lo pequeño, lo estrecho y lo burgués. Para la Revolución, la piel de toro ha sido siempre pequeña en su palpitar colonizador, cristianizador y buscador de rutas de grandeza, y a la contrarrevolución, en cambio, le ha venido ancha la piel de toro, siendo por eso abandonista, renunciadora y separatista. Revolución española —no la de que hablara Marx el judío, sino la de la sangre española fermentada y espumosa de horizontes— fue la Reconquista, fue la Unidad, fue el Imperio, fue la Independencia y fue el Alzamiento Nacional. Contrarrevolución fue la traición del Guadalete, la deposición de Alfonso X, las facciones aristocráticas contra don Juan II y don Alvaro de Luna, las Comunidades, los movimientos contra Olivares, que apoyaron la separación de Portugal y la secesión de Cataluña; el despotismo ilustrado y la Enciclopedia de los Borbones y la masonería, la pérdida de las Colonias, quizá la neutralidad en la Gran Guerra, la Constitución del 31 con la renuncia a la guerra como instrumento de política nacional, y como consecuencia de todo ello el marxismo, el separatismo y la entrega de les altos destinos nacionales a los enemigos seculares de España.

* * *

Carlos I heredó las Coronas de España al morir su abuelo Fernando el Católico en 1516. Tenía dieciséis años, había vivido siempre en Flandes y no sabía mucho de sus futuros Reinos. Desconocía hasta el idioma del país que había de gobernar. Su hermano Fernando, nacido y educado en España, tenía, por estas razones, partidarios que le consideraban con mejor derecho al trono. El Rey Católico lo entendía así y llegó a redactar un testamento en que desposeía de su legítimo heredero —según las leyes de Partidas y, las costumbres de las Cortes— a Carlos, Duque de Luxemburgo, para nombrar heredero a Fernando, Infante de Castilla y Aragón, nacido en Alcalá de Henares, bautizado por el Cardenal Cisneros, crecido en Medina y en Burgos, y niño muy querido de los españoles y de su abuelo tanto por español como por llevar «el amable nombre de Fernando, que son fuerzas de la misma naturaleza».

En una época en que Europa entera se componía de dinastías más que de naciones, España, que había cuajado su Unidad Nacional y veía perdida su auténtica dinastía española en los sepulcros de los príncipes don Juan y don Miguel «de la Paz» —como fue llamado el efímero heredero de todos los Reinos de Iberia—, crea un nacionalismo para el Trono. Si tenía que ocuparlo —por imperativo del Destino— un Habsburgo, que fuese Fernando, nacido en España. Algunos consejos de nobles y letrados, que veían con horror el peligro de una nueva división como cuando los Infantes de la Cerda, mueven a don Fernando a modificar su testamento y llevar la sucesión española al orden de primogenitura establecido, con lo que se evitó la guerra civil entre fernandinos y carlistas que de fijo hubiera estallado de prevalecer el primer testamento.

Don Carlos había tomado el gobierno de Flandes, cedido por su abuelo paterno, el Emperador Maximiliano, en 1515. A fines del mismo año, enterado del delicadísimo estado de salud del Rey Católico, envía a España a su preceptor, Adriano de Utrecht, Deán de Lovaina, porque «si Dios llama de esta vida al Rey, quería tener en los Reinos de España un varón de vida ejemplar, sabia y prudente, que acudiese al Gobierno de ellos con fidelidad y cuidado». La causa del viaje de Adriano era, pues, «saber el estado de las cosas de España y tomar posesión del Reino cuando don Fernando muriese». Más que suponer a don Carlos ignorante de la existencia en España de varones de vida ejemplar, sabia y prudente como Cisneros, el envío de Adriano hace pensar que conocía bien el ambiente a favor de su hermano Fernando y el primer testamento del Rey Católico.

Poco antes de su muerte (en 2 de enero de 1516), el Rey escribió a su nieto desconocido una carta en la que, entre otras cosas, le dice que la mayor lástima de su muerte es no haberle visto, «por el entrañable amor que le tiene». (¡Ya se había visto con el primer testamento!) «Y esto ser verdad —añade— conocerloeys por nuestro testamento, porque como quiera que de otra manera pudiéramos disponer de nuestros Reinos y Señoríos, no deseo sino dejar en vos nuestra sucesión y toda nuestra memoria.»

Estas dulces palabras no eran del todo exactas, como no lo son jamás las frases de un gran político. El deseo de don Fernando hubiera sido el otro testamento por amor «entrañable» al nieto que acompañara su vejez solitaria. En cuanto a la libre disposición de sus Reinos, tenía la de Aragón y Cataluña —si las Cortes lo autorizaban—, pero no las de los castellanos, puesto que no era Rey en plenitud jurídica, sino gobernador, y además aún vivía doña Juana. Ahora bien, en sus últimas horas se aparecía a don Fernando el fantasma de la Historia conminándole a no deshacer lo que tantos siglos había costado construir —España— y a dejar abiertos los caminos a un porvenir cuya mayor gloria estaba en la incertidumbre que lo nimbaba.

Muerto el Rey, se abrió su testamento en presencia del enviado de Carlos, Adriano. El testamento nombraba Regentes del Reino hasta la llegada del Príncipe a Cisneros y a Adriano. Ello produjo consternación en la nobleza y en el pueblo. «Los grandes del Reino estaban sentidos de que un fraile, no siendo de su calidad, y un extranjero de la misma suerte se hubiesen alzado con el gobierno del Reino: decían que el Rey Católico no podía sustituir ni poner gobernador, pues él no había sido Rey, sino gobernador después de la muerte de la Reina Católica, y que, no reinando la Reina doña Juana, se había de reducir el Reino a Gobierno, según la ley de Partidas.» El pueblo castellano sentía también el olvido de la Reina legítima y del bienamado Infante y recelaba del extranjero.

Los nobles trataron de alborotar ante la energía con que el Cardenal complutense había tomado

las riendas de la Regencia en previsión de desmanes y osaron preguntarle por la legitimidad de sus poderes. La conocidísima respuesta de Cisneros mostrándoles por una ventana las piezas de artillería —respuesta parodiada hasta el infinito después por tantas gentes sin energía, sin poder y sin cañones— anunció a Castilla que Cisneros no era de la madera de un don Alvaro de Luna, sino del hierro de una especie nueva en la Historia de los gobernantes: del estadista-caudillo, del Rey natural. No obstante, la prudencia, que en Cisneros se hermanaba con la energía, aconsejaba llamar a don Carlos para que venga cuanto antes al Reino. El Consejo Real le escribe suplicándoselo y el mensaje se cruza en el camino con otro en que el Príncipe manifiesta que «por el grande amor y afición que a los dichos Reinos como es razón tengo, he acordado y determinado de muy presto ir **a** ver y visitar y con mi presencia los consolar y alegrar y regir y gobernar». También recomienda a los nobles, a Cisneros y a Adriano que tienen sus instrucciones. El Consejo Real le contesta pidiéndole —entre otras cosas— que no se llame Rey mientras viva doña Juana, a lo que se oponen los cortesanos flamencos, y Carlos contestar que le conviene usar tal título. Cisneros consulta sobre el caso al Consejo. El oidor está conforme, pero no son de su parecer otros miembros. Después de un amplio debate, Cisneros decidió darle el título conjuntamente con doña Juana, cediendo la precedencia a la infeliz Reina, que «por dolor o por falta de juicio, viéndose sin marido no quiso reinar». Ello pareció muy mal al put-olo, a muchos nobles y al Infante, a quien se hace víctima de intrigas, supercherías y fingidas apariciones, vaticinándole que será Rey de Castilla. No por primera ni por última vez en la Historia de España, augurios, hechicerías, adivinanzas y supersticiones tratan de alterar el ritmo natural de los acontecimientos. Por fortuna, el Infante supo resistir esa presión popular. Pero si no llegó a reinar en España, sí fue Emperador en Alemania y, por paradoja, el Habsburgo de Gante moriría en Yuste y el de Alcalá en Viena.

Los problemas de política exterior —Italia, Francia y Navarra— impedían la venida del Rey, tanto como su deseo de despedirse de sus queridos Estados de Flandes. La impaciencia por tenerle y los apetitos de los nobles perturban la marcha de la Regencia. Valladolid se subleva y el Cardenal tiene que imponer un severo castigo a la ciudad. **Los nobles se ponen de parte del común.** Es el primer chispazo de la guerra civil, en el que no existe para nada una idea de tipo social revolucionario. La alteración del orden se corre con celeridad de buscapié a otras ciudades y villas. Cisneros, con mano dura, ataja los desmanes, con gran descontento de Adriano, a quien el prelado insigne no da cuenta de sus medidas. Adriano se siente postergado y se queja a su señor. Carlos I comete el error de enviar a otro flamenco —Guillermo de Croy, señor de Chiévres—, al que Cisneros no acata. El flamenco informa a Carlos de la situación en España y Carlos ordena algunas cosas, entre ellas que se prive al Infante del séquito que le rodeaba e inculcaba la idea de reinar en España. Cisneros —lleno de lealtad al Rey y al Infante— cumplió a rajatabla esta orden, granjeándose la impopularidad del Estado llano, la antipatía de los nobles y la del Infante, que jamás volvió a tratarle cordialmente.

Por fin llega don Carlos a España. Por presiones de sus adictos de Flandes y por congraciarse con la nobleza y el pueblo españoles, no ve a Cisneros, escribiéndole una carta que amarga la ancianidad gloriosa del leal servidor de España, quien se retira humildemente para morir al poco tiempo. La gran desgracia nacional pasa inadvertida. Siempre suele ocurrir lo mismo con los hombres que, después de prestar los mayores servicios, son apartados por vientos desfavorables. Pero cuando estos vientos se aquietan y el país se ve turbado de conflictos, la memoria despierta y se evoca al caído con nostalgia y arrepentimiento: ¡Ah, si viviera!... ¡Ah, si viviera Cisneros un par de años más tarde, cómo hubiese atajado la guerra civil de las Comunidades! Pero ya no vivía Cisneros y su inflexible norma política no había encontrado heredero.

Y no sólo no vivía, sino que todo su inmenso poder —ganado por su autoridad, no al revés, que no es difícil— estaba repartido y fragmentado en manos de hombres nacidos muy lejos de España, ajenos a su clima moral y político, desconocedores del carácter y el matiz de un pueblo tan vario. Al pueblo español, lo que más le irrita es no sentirse comprendido por quienes le gobiernan. La irritación crecía cada momento ante el orgullo despótico de los flamencos venidos con don Carlos y equivocadamente alzados por el Rey al poder civil y a las jerarquías eclesiásticas. Equivocadamente, pero también naturalmente, pues eran sus amigos y conocidos, sus leales, sus adictos de siempre, y ningún monarca o gobernante es tan necio que se prive de estos consejeros íntimos. A Castilla le

disgustaba también con lógica, y como ninguna parte cedía de sus razones, el problema se agriaba. Así, al plantearse el caso de la jura del Rey por las Cortes, los procuradores exigieron que Carlos I jurase antes las Leyes del Reino. Destacó en la actitud intransigente el procurador de Burgos doctor Zumel, quien resistió todo género de coacciones y amenazas. Al fin, el Rey fue quien se convenció por la tenacidad castellana y empezó a conocer y amar al pueblo español. Conocimiento y amor que, al andar del tiempo, se convertirían en comprensión e identificación, no en pasión sensual, sino en pasión mística. Es curioso que Carlos I —extranjero en España— llegara a ser el más apasionado español, y con todo su cariño de infancia a la dulce tierra flamenca escogiera para retirarse a meditar y morir la áspera tierra extremeña. Quizá son don Carlos y el Greco, nacidos ambos bajo cielos lejanos y distintos, quienes llegan a comprender mejor el alma española entre los gobernantes y artistas encargados de moldearla en leyes o interpretarla en obra de arte. Merecería la pena un estudio comparado de la pasión española de ambos, nacida por azares diferentes.

Jura el Rey y es jurado en 7 de febrero de 1518. Las Cortes le piden, solemne, respetuosa y enérgicamente, el respeto de las leyes y costumbres, la exclusión de extranjeros del Poder y que hable el castellano. El Rey promete vagamente y sale para Aragón, convocando las Cortes aragonesas en Zaragoza, donde muere su canciller flamenco Laxao, a quien sustituye con el italiano Mercurino Gattinara. Las Cortes aragonesas plantearon un nuevo problema: no jurarían al Rey si no lo hacían simultáneamente el Infante don Fernando como presunto heredero hasta que don Carlos casara y tuviese descendencia. Después de largas discusiones, se juró como Reyes a don Carlos y doña Juana.

En aquel mismo año muere el Emperador Maximiliano, y don Carlos —no muy educado para Emperador— presenta su candidatura al Imperio, en competencia con los Reyes de Francia y de Inglaterra, Francisco I y Enrique VIII, con los que inicia una rivalidad personal transformada más tarde en rivalidad y odio nacionales, en prenda de los cuales aún sangran hoy heridas españolas. Los dos Reinos ibéricos— que no comprenden todavía la idea imperial que nace en la mente de Carlos— no se muestran favorables a la aspiración cesárea.

Jurado el Rey en Aragón, surge nuevo conflicto en Cataluña, donde se alega que vive doña Juana. Se resuelve el asunto para reproducirse en Valencia, donde se toma un carácter diferente. Existían en el Reino valenciano unas agrupaciones de menestrales llamadas «Germanías», de carácter típicamente social —cooperativo y corporativo—, siempre en pugna con la nobleza. Al oponerse los nobles a la jura del Rey por las mismas razones políticas que los demás Reinos españoles, los agermanados se enfrentaron con ellos de manera violenta, alentados por Chiévres, que trataba de reducir la influencia de los nobles. Hubo sangrientos disturbios y se aplazaron las Cortes valencianas.

Las ciudades de Castilla —Toledo principalmente— recuerdan al Rey la necesidad de cumplir lo ordenado en las Cortes de Valladolid sobre la provisión de cargos oficiales y la administración de las rentas reales, excluyendo a los extranjeros. El Rey demora la respuesta concreta, quizá influido por los flamencos, quizá preocupado por los asuntos de Europa; pero ello desilusiona a los castellanos, que empiezan a moverse sediciosamente en las comunidades, con la intención —política— de liberar al Rey de sus consejeros y ministros extranjeros y la contrarrevolucionaria de hacerle desistir de la candidatura al Imperio alemán. En este sentido se movían cerca de las más molestas de las Comunidades agentes del Rey de Francia: el dinero extranjero alentando en España descontentos populares no es una novedad de nuestro tiempo.

Si en algunos aspectos de política interna tenían razón los Comuneros por los abusos intolerables de las aves de rapiña de Flan-des, que esquilmaban al país con impuestos y sobre todo con lo que hoy se llama «evasión de capitales», se equivocaban en la política exterior. La unidad moral de Europa se resquebrajaba con las primeras prédicas luteranas; el descubrimiento, colonización y cristianización de las Indias empezaba a correr los riesgos de la codicia anglosajona y la misma unidad y expansión de España estaba al garete por las ambiciones de Francisco I sobre Italia y sus intrigas tenebrosas en Navarra. No menos grande era la inquietud suscitada en el mundo cristiano por la piratería y la potencia turca El Viejo Mundo, entre capiteles, cúpulas, sonetos y pavanas renacentistas, presentaba todas las facetas de la disgʳeqación y sus problemas eran de vida o muerte. Vida que vendría del restablecimiento de la unidad moral imperial, ya que el Papado del Renacimiento había abdicado su

autoridad indiscutible de la Edad Medí? al entregarse al esteticismo y a la corrupción política. El Gran Emperador Maximiliano había visto claro con su mirada aoasiona-da de Habsburgo. Su nieto Carlos podía ser el Emperador de la Unidad de Europa, por la serie de azares familiares que habían depositado sobre sus sienes la corona de España —primera Nación realizada y primera gran colonizadora de los nuevos tiempos, católica, romana y germánica, con misión evangélica y política en África— y la de la herencia borgoñona, tan europea y tan culta. Carlos era el hombre del Destino.

El Imperio en sus manos podía ser la realidad que sólo había sido bajo Carlomagno; unidad de mando, de fe, de misión y de destino. Carlos era Habsburgo, pero también Borgoña, Aragón y Castilla. Su sangre era un cruce de caminos de todas las glorias pretéritas, donde se abría fragante y nueva la flor de la esperanza de las glorias futuras renovadas. Carlos comprendió bien el designio de su abuelo de Austria y aceptó ese Destino con el júbilo preocupado del que se sabe señalado por el dedo de Dios para una empresa magnífica. Francia no estaba hecha todavía y si no era aún Nación, mal podría ser Imperio, Inglaterra se hallaba en situación idéntica. Portugal, más cuajada, era la fachada atlántica de Europa, cara al misterio y la tentación del mar ignoto, por lo que difícilmente estaría en condiciones de realizar la unidad del Viejo Continente. Carlos no podía dudar en aceptar la dignidad de César de Europa, sin traicionar todos los destinos de sus sangres. Carlos estaba obligado por el categórico imperativo de sus sangres diversas a empuñar su Destino como un cetro o como una lanza para reunir lo que estaba a punto de dispersión, que era nada menos que el alma europea.

Naturalmente, los caballeros y menestrales de Toledo, Ávila, Va-lladolid o Segovia no comprendían todas esas razones imperiosas e imperiales. No eran hombres del Destino. Ellos veían que su Rey —no totalmente aceptado ni querido— se les escapaba de las manos en un vuelo peligroso. Lo tradicional —patriarcal— de la monarquía española se transformaría al ausentarse de España el soberano. Rey y pueblo habían sido en los Reinos de España un todo inseparable y armonioso, aun cuando muchas veces entraran en conflicto. El pueblo necesitaba la presencia del Rey. La Revolución de la Unidad Europea exigía también que el Rey español —Emperador germánico— estuviera presente en el corazón de Europa. Los españoles, testarudos, no querían comprender las razones europeas y se aferraban hoscos en las suyas españolas. Y ahí surge el hondo abismo que llevaba a la guerra civil. Abismo en el que la razón de las Comunidades se nos aparece, aunque legítima, de menor cuantía y tremendamente reaccionaria. Querían administración y no Imperio, querían Rey y no César y hubiesen dejado blasfemar a Lutero y ocupar Viena al Gran Turco, con tal de que no se aumentara la alcabala, y no saliera un doblón español para pagar la soldada de un lansquenete o un soldado de los Tercios. España, recién hecha, quería replegarse y aislarse, como un mundo aparte, en sus ciudades y sus campos austeros. Y su Rey —nacido de sangre imperial— soñaba espacios para el vuelo de su águila. El castillo de Castilla tenía hondos cimientos tierra adentro, mientras el águila del Habsburgo bebía cielos altísimos horizonte adelante. Tenían que luchar castillo y águila —por la tierra y el cielo—, aunque el pretexto fuera la evidente verdad de la despótica rapacidad de Chiévres y el desdén de Carlos 1 hacia los modestos problemas económicos de la burguesía española [1].

[1] Todas las frases entrecomilladas de este capítulo y del siguiente pertenecen a la «Historia de Carlos V», de Fray Prudencio de Sandoval, el más minucioso y detallista cronista del Emperador.

XXVIII. LA GUERRA DE LAS COMUNIDADES

El común de Toledo toma la iniciativa de escribir a las demás ciudades explicando las preocupaciones que suscita el Gobierno de Carlos I —al parecer gobernado por los extranjeros Chiévres y Gattinara, rivales entre sí porque «ni el reinar ni el privar con los Reyes, admiten compañía»—, el peligro de que el Emperador electo de Alemania quiera sacar fondos de Castilla para los gastos de la elección y del viaje para coronarse, y la inquietud de que su ausencia de España —antes de haberla recorrido— dure los tres o cuatro años que se dice. Con esos temores se mezclaban los falsos rumores —que tantas veces en nuestra historia han estremecido a las gentes ingenuas a quienes nunca se ha dicho la verdad, por lo que naturalmente dan crédito a cualquier patraña excitante de su imaginación— y la «oratoria desgreñada de algunos frailes populacheros, ora imperiales, ora demagogos, que servían de nuncios y embajadores entre los dos bandos» (Menéndez y Pelayo). Lo que no se mezclaba jamás con la demagogia frailuna y artesana, con el rumor falso y con el temor justo, era una sola idea constructiva frente a las necesidades políticas del Emperador. Como que una contrarrevolución es incapaz de ese género de ideas.

Uno de los rumores que más eco encuentran en la opinión exaltada es el de que el Rey Emperador quiere sacar de España a doña Juana. Dos representantes de Toledo llegan a Valladolid a hablar con Carlos de la situación de Castilla y a impedir ese secuestro de la Reina, en el momento en que el Rey va a partir para Tordesillas. El Rey no los recibe y les envía a decir que nadie tiene más interés que él en los negocios del Reino. Tal respuesta a los representantes del común toledano irrita a éstos y encrespa a Valladolid, de donde sale el Rey en medio de un gran tumulto. La ciudad tiene en aquel momento seis mil hombres armados, dispuestos a detener al Rey y a matar a los flamencos. Ante ese riesgo, los ministros aconsejan la audiencia y Carlos recibe a los toledanos en Villalpando. Entre otras peticiones le formulan entonces la de que, caso de salir de España, deje ordenada la intervención de las ciudades en el gobierno del Reino. Los Procuradores salmantinos que acompañaban a los toledanos hablaron después en el mismo sentido. El Emperador, luego de oírles reunió los Consejos de Justicia y de Estado y con ellos acoraó considerar punible aquella petición, si bien no se impuso castigo alguno, teniendo en cuenta que su propósito era servir al Rey.

Don García de Padilla habló con los Procuradores para reprenderlos por su atrevimiento en querer impedir la partida del monarca, «que tan importante era a su honr? y reputación y aun para la seguridad y conservación de sus Estados». Lo que hacían Toledo y Salamanca podía desasosegar a las demás ciudades y producir perturbaciones en el Reino. Los comuneros no hicieron caso y continuaron con tenacidad su propaganda para evitar el viaje del Rey. Francisco I de Francia, a quien hubiera gustado mucho que su rival de Europa abandonara la partida imperial, fomentaba el descontento de las Comunidades.

Carlos había convocado las Cortes en Santiago. Después de mucha resistencia de las ciudades a enviar sus mandatorios a la lejana Compostela, se reunieron en 1.° de abril de 1520, presididas por don Hernando de Vega, Comendador Mayor de Castilla. Ante ellas expuso el Rey las justas y grandes causas que tenía para hacer el viaje a Alemania y para pedir los socorros a sus Reinos españoles. Hubo que suspender las sesiones por la actitud levantisca de los procuradores de Salamanca, Toledo, Córdoba, Sevilla, Zamora y Toro. Luego se agravió Galicia por no tener procuradores propios y estar representada por Zamora. El conde de Villalba fue expulsado de las Cortes. Los nobles hablaron al Rey de los abusos de Chiévres. Los procuradores de Toledo obstruían la marcha de las Cortes —procedimiento dilatorio— porque faltaban los de otras ciudades, y en vista de su actitud fueron expulsados, lo que produjo enorme indignación en Toledo. Algunos personajes de esta ciudad encendieron el ánimo de don Juan de Padilla, «mozo de treinta años y de poca experiencia y no muy agudo (aunque bien acondicionado) y fácil de persuadir cualquier cosa en que le quisiesen poner como lo hicieren estos caballeros y su mujer doña María de Pacheco, que fue un tizón del Reino». Una procesión de la Cofrade de la Caridad fue el pretexto en Toledo para organizar una manifestación política contra el Rey y sus gobernantes. El Rey llamó a Padilla y a otros caballeros al enterarse de lo sucedido, pero ellos no quisieron acudir a la Corte, temerosos de castigo, buscando toda clase de

coartadas, incluso la de hacerse detener por sus partidarios, a ciencia y paciencia del corregidor. Los frailes, desde los pulpitos, hacían una gran propaganda de Padilla y sus amigos y de las razones castellanas de su conducta. Los insurrectos —que aumentan sus filas con !a plebe toledana— se apoderan del Alcázar y de todos los puentes y puertas de la ciudad. El Emperador —mal informado de la situación—, no dando demasiada importancia a estos sucesos, no envió refuerzos. Los rebeldes se engallaron con esa negligencia real y echaron de la ciudad al corregidor. Carlos quiso entonces marchar personalmente sobre Toledo, pero Chié-vres, argumentando con las razones internacionales, se lo impidió. Estas razones imponían la urgencia del viaje imperial, por lo que bruscamente terminaron las Cortes de Santiago, votándose los subsidios por unas pocas ciudades y absteniéndose la mayoría. El Rey cometió un nuevo error al nombrar Gobernador de Castilla durante su ausencia al Cardenal Adriano, lo que disgustó profundamente al Reino por su condición de extranjero. Para Aragón designó a don Juan de Lanuza y para Valencia a don Diego de Mendoza. La razón que tuvo el Rey para designar Gobernador de Castilla a Adriano no fue en manera alguna la creencia de que faltasen en el Reino grandes señores capacitados para esa tarea, sino por saber las pasiones y parcialidades que entre ellos existían. Si nombraba a uno, se agraviarían los demás. La razón, aceptable simplemente, no excusa la equivocación política que supone el dejar el gobierno en España en manos extranjeras.

El Rey emprendió el viaje. Su marcha produjo reacciones diferentes. Los revoltosos la vieron con gusto, «por lo que el refrán dice de las ganancias que se sacan del río revuelto».

El primer episodio trágico y sangriento tuvo por escenario la ciudad del Acueducto, a poco de la marcha del Rey. Fue una escena brutal y feroz de revuelta callejera. Uno de los procuradores segovianos enviado a las Cortes compostelanas, llamado Juan de Tordesillas, votó el servicio real y recibió por ello algunas mercedes para sí y para la ciudad. A su llegada a Segovia. el pueblo estaba algo alborotado y con motivo de una reunión de cuadrilleros se produjo un motín contra los Regidores. Como interviniese con ánimo de concordia un corchete de los alguaciles, no sólo no consiguió calmarlos, sino que fue atacado, arrastrado por las calles y muerto a golpes en unión de un compañero suyo. Al día siguiente se reunió el Regimiento de la villa y Tordesillas acudió a dar cuenta de su gestión. Apenas le dejaron hablar y explicarse. El tumulto popular aumentaba, ya ebrio de sangre, y el desdichado procurador fue cazado como una alimaña por la chusma desmandada que, entre gritos de furor jubiloso, le hizo seguir el mismo calvario de los corchetes asesinados la víspera. Cuando era arrastrado por las calles angostas entre los insultos de las turbas, trataron de intervenir unos frailes —entre ellos un hermano suyo—, para que al menos le dejaran confesar, sin obtener el menor resquicio de piedad del alma cruel del pueblo encrespado, tan feroz en caliente como lo suele ser en frío cualquier tiranuelo esquizofrénico. Tordesillas fue ahorcado y descuartizado. Los regidores fueron destituidos por la plebe, que, después de nombrar otros a su gusto, puso cerco al Alcázar. El sitio de la ilustre fortaleza duró todo el tiempo de la guerra civil.

Enterado el Gobernador, Cardenal Adriano, de la bárbara violencia en la que al parecer intervinieron esos difusos «elementos extraños» presentes en todas las asonadas, reunió al Consejo. Para algunos consejeros esta supuesta intervención de elementos extraños era un truco defensivo de la ciudad, y no debía disminuir el justo castigo a que era acreedora. El Presidente del Consejo, don Antonio de Rojas, opinaba que si se aflojaba el rigor de la justicia, tomaría fuerza la tiranía, y que si se pasaba por lo ocurrido en Toledo y Segovia, los **pelaires** no creerían que se quería disimularlo por generosidad, sino por miedo. Otros como don Alfonso Téllez Girón opinaban que era temprano para castigar a ambas ciudades, ya que ni el Gobernador ni el Consejo tenían aún fuerza moral para aplicar duras sanciones. Privó el parecer del Arzobispo Rojas —a pesar de que gran parte de los consejeros estaban conformes con la palabra de Téllez Girón— y se ordenó al Alcalde Ronquillo marchar con gentes de guerra a proceder contra Segovia.

Es entonces cuando la guerra toma el aspecto social que algunos han querido atribuirle. Carácter social, no por la finalidad ni por el origen, sino por la intervención demagógica del proletariado, que, movido inicialmente por la razón «política» de los caballeros, inaugura la táctica de sus reivindicaciones por el crimen y el saqueo. Pero como siempre, los proletarios no saben lo que hacen ni por qué lo hacen y van movidos por intelectuales y agitadores que perfilan sus deseos o razones inconcretos. Así,

el cronista Ayo-ra, en un **razonamiento** que presentó al consejo y se difundió por Castilla, habló por primera vez de las **clases sociales** y de las excesivas cargas que pesaban sobre el Estado llano. Ayora alegó, además, los argumentos conocidos de la ausencia del Rey y pidió se escribiera a Su Majestad para que, no obstante su ausencia, convocase Cortes en Valladolid. También opinaban lo mismo que Ayora muchos frailes con cartas y sermones, «unos con buen celo y otros por ser inquietos y entrometidos en la vida y cuidados de los seglares y bien ajenos a la vida religiosa». Entre otras cosas, uno de ellos afirmaba que los caballeros tenían usurpadas las rentas de los vasallos reales y que ésta había sido la razón que moviera a Cisneros a tratar de la Ordenanza que quiso poner para armar al Reino, por lo que los caballeros estuvieron contra él.

Inmediatamente de Segovia, alzóse Zamora. No encontrando las turbas a los procuradores, arrastraron sus efigies y saquearon sus casas. Como en una guerra santa primitiva, los pueblos se avisaban unos a otros mediante hogueras encendidas en los montes. Después de Zamora se sublevó Burgos, donde también hubo actos de pillaje y vandalismo en las casas de algunos procuradores que habían votado el servicio y de varios nobles. Las hordas asesinaron a un viejo servidor del Rey Católico y de don Carlos, llamado García Jofre, «porque había nacido en Francia». El justo recelo por los ministros flamencos se convertía en la más ciega y brutal xenofobia.

Madrid, Sigüenza, Guadalajara, Salamanca, Murcia y otras ciudades alzaron bandera comunera y cometieron idénticos excesos. Los de Guadalajara nombraron por capitán a un hijo del Duque del Infantado. (¿Dónde quedaba el matiz social de la revuelta?) El Duque escribió al Cardenal Gobernador rogándole un perdón general y la derogación de los servicios y alcabalas votados por las últimas Cortes. No sólo no se concedió, sino que se ordenó a Ronquillo poner sitio a Segovia, donde —como dice el cronista— «ya no eran parte hombres de honra, sino el pueblo bravo y enfurecido». Hubo algunas escaramuzas entre las tropas del Rey y los rebeldes, y Ronquillo ahorcó a casi todos los prisioneros, lo que excitó más a la ciudad, en la que empuñaron las armas las mujeres y los niños, como en Sagunto y Numancia. Ávila ayudaba a Segovia. Las ciudades, como decían con bella retórica los de Toledo y Segovia, «aunque tuvieran partidas las torres, tenían enteras las voluntades». Pero se había llegado a un punto en que resultaba difícil conocer cuál era la voluntad de las ciudades. La comunidad madrileña pone cerco también a su Alcázar y, adelantándose en varios siglos a una repugnante táctica roja, emplea como protección a los familiares de los sitiados. También, adelantándose a otros asedios, hubo clérigos que negociaron una capitulación, que sólo habrían de conseguir la sed y el hambre.

Un caballero jurado de Toledo llamado Ladrón de Mauleón aconsejó a Adriano el perdón de Segovia, puesto que «si al presente estaban los pueblos alterados, no había guerra conocida, sino decisión de ella, y que si se juntaban a favorecerse unas ciudades a otras, sería mucho peor». El Consejo Real no aceptó la propuesta.

Toledo nombró su capitán a Padilla y Madrid a Juan Bravo, y, de acuerdo con el Capitán de Segovia, se unieron para atacar y destruir las huestes de Ronquillo. Enterado Adriano, mandó más tropas al durísimo Alcalde. Ronquillo se movió hacia Medina del Campo para buscar la artillería real que allí se encontraba. Segovia envía un mensaje a Medina pidiendo que no entregue las piezas, accediendo Medina por solidaridad comunera. Un ardid que intenta Fonseca para obtenerlas produce el incendio de la ciudad (novecientas casas destruidas), con lo que Medina queda «más encendida en fuego de ira que lo habían estado sus casas con el alquitrán» y entra a formar en las Comunidades sublevadas. Segovia, en gesto de hermandad agradecida, ofreció todos sus bienes a los de Medina para rehacer la ciudad. Medina solicitó de Adriano que, considerando traidores a Antonio de Fonseca y al corregidor Gutiérrez Quixada, se entregaran sus bienes al común para reparar los daños causados. Sin esperar respuesta del Gobernador, la comunidad se tomó la justicia por su mano, lo que siempre es una elegante perífrasis de la injusticia y el crimen.

La destrucción de Medina hizo que Valladolid, quieta hasta entonces, se sumara a las Comunidades. El populacho exigió juramento comunero a muchos caballeros e incendió las casas de Fon-seca. Entonces Adriano y el Consejo, asustados, decidieron que Fonseca marchara de España, sin evitar por ello que la hoguera comunera se corriese a Cáceres, Jaén, Badajoz, Úbeda, Baeza y

Cuenca y se formaran en Ávila la «Santa Junta». Pasan también al bando comunero Toro, Ciudad Rodrigo y León. En resumen, quince ciudades, con voz en Cortes, se pusieron en comunidad.

Entre tanto, los campos y talleres están abandonados, se desbordan las más extrañas supersticiones y los más cu "¡osos fanatismos.

El Consejo pide al Rey que regrese, pero Carlos decide continuar su viaje a Alemania. Nombra Gobernadores con el Cardenal a don Fadrique Iñíguez, Almirante de Castilla, y al condestable don íñigo de Velasco y hace algunas mercedes a los castellanos en cuestiones económicas. Todo ello lleqa tardíamente, puesto que ya funcionaba con amplias facultades la rebelde «Santa Junta» de Ávila, a la que se prestaba el juramento de «morir en servicio del Rey y en favor de la Comunidad». El Obispo de Zamora, don Antonio de Acuña, entra a formar parte de la junta, la cual se dirige a los Gobernadores pidiendo la retirada de Ronquillo, que cada día aumentaba su violencia frente a los muros segovianos. La petición fue desestimada. El Emperador había ordenado un rigor tremendo contra Segovia, pero el Consejo no se atrevía a aplicárselo y prefería cargar toda la responsabilidad sobre la vesania feroz de Ronquillo.

La Santa Junta inicia una nueva táctica: la de asegurar que se movía en nombre de doña Juana, única Reina legítima de Castilla. Entonces el Presidente y algunos miembros del Consejo deciden ir a visitar a la reclusa de Tordesillas. Encontraron a la Reina en un período de lucidez razonadora y se les quejó amargamente de que durante quince años le ocultaran la verdad y se negó a firmar algunas provisiones que le llevaban para calmar un poco a los pueblos. Al enterarse de aquella entrevista, los de la Junta deciden ir también. Fue Juan Padilla, siendo recibido con gran amabilidad por la desdichada princesa, la cual quedó sorprendidísima al conocer por él cuanto sucedía en Castilla. No obstante, de sus secos y morados labios no salió un reproche para su hijo... lo que no gustaría mucho a la Junta. Pidió la Reina a Padilla que la Junta se trasladase a Tordesillas. La Junta, poco después, trató de prender al Presidente y algunos miembros del Consejo Real, encomendando tal misión a los vallisoletanos, que no se decidieron a hacerlo, yendo Padilla en persona y arrestando a varios consejeros. El Cardenal Adriano pudo escapar por un verdadero milagro.

En aquellos días se sublevaron las Germanías de Valencia. En la clara ciudad mediterránea se produce un episodio curiosísimo, similar al del falso zarevitch Dimitri en Rusia. Tiene razón Menéndez y Pelayo cuando asegura que muchas escenas de la guerra de las Comunidades parecen nacidas para «esmaltar una crónica dramática del género de "Ricardo III" o de "La prudencia en la mujer"». Aunque este episodio a que voy a referirme y varios otros recuerden más al «Boris Godunow» de Puschkin. En Valencia apareció un falso Príncipe don Juan, lo que prueba hasta dónde había llegado la exaltación, la credulidad, el milagrerismo supersticioso de un pueblo desesperado y sin fe en su Rey. El **Sebastianismo** es un delirio místico que nace de la desconfianza. El falso Príncipe don Juan era un judío aventurero llamado Juan de Bilbao. Con una mezcla de iluminado, de truhán y de demagogo, el judío logró convencer al pueblo valenciano —no obstante la evidencia de la muerte del heredero de los Reyes Católicos, cuyo entierro había conmovido a España entera— de que doña Isabel y don Fernando, «por ciertas revelaciones y causas secretas de los juicios de Dios», habían creído conveniente fingir ante el mundo la muerte de su único hijo varón. Cuáles fueron las razones por las que el pueblo diera crédito a la absurda patraña, no están esclarecidas. Bien merece un detenido estudio este episodio de la Historia de España, a cuyo dramatismo no se ha consagrado atención y que no suele figurar en las Historias manuales. Aquí no hay tiempo de analizarlo. El falso Príncipe fue jurado por Rey en Valencia y después de dura lucha cayó en poder del Virrey Marqués de Cénete, quien le mandó arrastrar por las calles y ahorcar el 19 de mayo de 1522. Las germanías —como se dijo más arriba— sí tuvieron un carácter social, terriblemente demagógico y estuvieron llenas de violencia, pólvora, hierro y sangre.

La Santa Junta castellana escribió al Emperador una carta durísima. El más terrible reproche —no del todo injusto y que alcanza también al Rey Católico— que se hacía a don Carlos era que nadie se había ocupado nunca de la salud de la Reina y que la Junta tomaba a su cargo este deber sagrado, con la esperanza de verla sanar. Con la carta enviaban a la aprobación del César unos largos capítulos de carácter político. La Junta ganaba popularidad y eficacia por haber hecho creer a los españoles que

la Reina había recuperado la salud mental, pero, por otra parte, los nuevos gobernadores nombrados por el Rey dividían a la opinión, por el prestigio personal de sus nombres y sus cargos... y también por el soborno. Como en toda guerra civil, dentro de los dos bandos había gentes forzadas por razones geográficas a fingir una postura contraria a sus sentimientos y que trabajaban por su causa en la clandestinidad: es decir, existían «quintas columnas». La «quinta columna» del Rey en las ciudades abanderadas de Comunidad tenía la doble ventaja del nombre sonoro de los nobles y la noble sonoridad del oro indiano acuñado en ducados. Las dos músicas, gratísimas, reblandecían en algunos puntos la fe comunera y en todas partes contrapesaban el esfuerzo tenaz de los capitanes fanáticos de su idea antiimperial. En vista de ello la Junta —traicionando la finalidad primitiva de las Comunidades de no admitir ingerencias extranjeras en el Reino— recabó el auxilio del Rey de Portugal.

El almirante continúa su política de división interna de las Comunidades. Escribe a Valladolid y Burgos para separarlas de las otras ciudades y favorece indistintamente a uno y otro de los bandos en que se ha fraccionado el espíritu de Segovia. El Consejo Real, luego de algunas vacilaciones, declara traidores a los miembros de la Santa Junta, la que replica moviendo su ejército contra el que se llama ejército del Reino. Las tropas comuneras pierden Tordesillas, que ocupan las fuerzas de los Gobernadores, capturando a algunos dirigentes de la Junta. Grave fue la derrota comunera no sólo por su aspecto militar, sino por perder su más seductora bandera política que era la Reina doña Juana. Entre tanto, «los oficiales no hacían sus oficios, los labradores no sembraban los campos, cesaron los tratos de los mercaderes por no haber seguridad en los caminos y no haber justicia», con todo lo cual se arruinaba Castilla, a pesar del oro de las Indias, acrecidas en aquellos años con la fabulosa conquista del Imperio de Méjico por la escasa y heroica hueste de Hernán Cortés. La energía desplegada por Juan de Padilla y el Obispo Acuña era insuficiente para atajar la anarquía en el territorio comunero. La Junta se había trasladado a Valladolid, desde donde combatía a otras villas. El Consejo Real se reunía en Briviesca, logrando captar para la causa de don Carlos a Burgos, «cabeza de Castilla». En Toledo sostenía el espíritu comunero doña María de Pacheco. Uno y otro bando, fatigados de la lucha, deseaban la paz sin saber cómo hacerla.

El 28 de febrero de 1521, Juan de Padilla, con gentes de Valladolid y Toledo, conquista Torrelobatón —que estaba por los leales al Rey— después de un asedio de varios días y de violentísimos combates. La villa fue saqueada brutalmente. Con esa conquista —que contrapesó la pérdida de Tordesillas— recobró su prestigio el ejército comunero. Los realistas pidieron una tregua, que se aprovechó por don Pedro Lasso y otros jefes de una y otra parte para intentar un acuerdo que no se consiguió. Pero aquella tregua facilitó la huida de muchos soldados de las Comunidades.

Por entonces el Rey de Francia mueve guerra al Emperador v Rey de España. Esta razón debía haber bastado a los comuneros —que eran patriotas— para deponer sus querellas políticas y unir a todo el país ante el peligro común. Pero no lo hicieron, por lo que los caballeros, ante esta actitud mezquina de las Comunidades, deciden continuar la lucha dentro y fuera de España y venden su plata y sus alhajas para pagar las soldadas de las tropas.

Antes de acabar la tregua, los gobernadores publican una provisión donde declaran traidores y quebrantadores del juramento de fidelidad al Rey a los comuneros. La provisión se hace pública con una carta firmada por el Emperador en Worms el 17 de diciembre de 1520 y por el Condestable en 16 de febrero de 1521. Con ello y con la inexplicable inmovilidad de Padilla en Torrelobatón, pierden fuerzas las Comunidades. El Condestable trata inútilmente de ganar a doña María de Pacheco para que convenza a su esposo de la esterilidad de la lucha, y el Obispo Acuña se apodera de la Sede Primada sin Breve Pontificio, haciendo una consagración falsa en Toledo.

Los caballeros tenían su Cuartel General en Tordesillas y los de la Comunidad en Torrelobatón. Los primeros contaban con unos 6.000 infantes y 2.400 jinetes, con los que decidieron dar la batalla a Padilla a toda costa. Padilla, al conocer esa intención, no quiso esperar en Torrelobatón y salió para Toro con su gente, no obstante la predicción de un fraile que aseguró al caudillo comunero su derrota si se movía de la villa. Las tropas comuneras se pusieron en marcha el 23 de abril antes del alba. Salieron muy en orden. Pero enterados los caballeros, las atacaron en el camino por tres puntos en las cercanías de Villalar. Las causas de la derrota comunera, según algunos cronistas, fueron que las

gentes de Padilla «eran mal regidas y de poco ánimo y los capitanes no muy diestros», así como el lodo que llegaba a las rodillas de los tristes peones y no los dejaba caminar. También falló la artillería comunera: los servidores de las piezas huyeron al oír el fuego de los caballeros, dejando los cañones en un barbecho. Iniciada la batalla, empezaron las deserciones. Padilla combatió valerosamente, y lo mismo los capitanes de Segovia y Salamanca, Bravo y Maldonado. «Fue tan mortal y doloroso este suceso para las Comunidades, que sin disparar una bala de la artillería de Juan de Padilla y sin perder un hombre los caballeros, murieron más de ciento y fueron heridos otros cuatrocientos y presos más de mil.» Por el pueblo corrió el rumor de que había habido traición. Los tres capitanes cayeron prisioneros y los gobernadores, sin proceso ni consejo de guerra, les condenaron a muerte, no dejándoles testar por decir que sus bienes quedaban confiscados.

Conocida es la anécdota de la muerte de los capitanes comuneros. El pregonero gritaba: «Esta es la justicia que manda hacer Su Majestad y su Condestable y los Gobernadores en su nombre a estos caballeros [2] mandándoles degollar por traidores y alborotadores del pueblo y usurpadores de la corona real.» A lo que Bravo, indignado, replicó: «Mientes tú y aun quien te lo mandó decir: traidores no, mas celosos del bien público sí y defensores de la libertad del Reino.» Padilla interrumpió a Bravo para decirle con esa dulce resignación que ante la muerte tiene el castellano que cree haber cumplido con su deber —resignación reflejada en sus cartas de despedida que a continuación se transcriben—: «Señor Juan Bravo: ayer era día de pelear como caballeros y hoy lo es de morir como cristianos.»

Les degollaron y expusieron sus cabezas en el rollo de Villalar. Algunos dijeron que la ambición de Padilla se debió a su mujer, que había convertido al pobre escudero que era, en medio Rey de Castilla.

La carta en que Padilla se despidió de su mujer, dice así:

«Señora, si vuestra pena no me lastimara más que mi muerte, yo me tuviera enteramente por bienaventurado. Que siendo a todos tan cierta, señalado bien hace Dios al que la da tal, aunque sea de muchos plañida, y del recibida en algún servicio. Quisiera tener más espacio del que tengo para escribiros algunas cosas para vuestro consuelo: ni a mí me lo dan ni yo querría más dilación en recibir la corona que espero. Vos, señora, como cuerda, llorad vuestra desdicha y no mi muerte, que siendo ella tan justa, de nadie debe *ser* llorada. Mi ánima, pues ya otra cosa no tengo, dejo en vuestras manos. Vos, señora, lo haced con ella, como con la cosa que más os quiso. A Pero López mi señor no escribo porque no oso, que aunque fui su hijo en osar perder la vida, no fui su heredero en la ventura. No quiero más dilatar, por no dar pena al verdugo que me espera, y por no dar sospecha, que por alargar la vida alargo la carta. Mi criado Sosa, como testigo de vista y de lo secreto de mi voluntad, os dirá lo demás que aquí falta y así quedo dejando esta pena, esperando el cuchillo de vuestro dolor y de mi descanso.»

De la ciudad de Toledo se despidió Juan de Padilla en estos términos: «A ti corona de España y luz de todo el mundo: desde los altos godos muy libertada. A ti que por derramamiento de sangres extrañas como de las tuyas, cobraste libertad para ti y para tus vecinas ciudades. Tu legítimo hijo Juan de Padilla te hago saber como con la sangre de mi cuerpo se refrescan tus victorias antepasadas. Si mi ventura no me deja poner mis hechos entre tus nombradas hazañas, culpa fue en mi mala dicha y no en mi buena voluntad. La cual como a madre te requiere me recibas pues Dios no me dio más que perder por ti de lo que aventuré. Más me pesa de tu sentimiento que de mi vida. Pero mira que son reveses de la fortuna que jamás tienen sosiego. Sólo voy con un consuelo muy alegre, que, el menor de los tuyos, muero por ti y que tú has criado a tus pechos a quien podría tomar enmienda de mi agravio. Muchas lenguas habrá que mi muerte te contarán, que aun yo no la sé, aunque la tengo bien cerca, mi fin te dará testimonio de mi deseo. Mi ánima te encomiendo, como patrona de la cristiandad; del cuerpo no digo nada, pues ya no es mío, ni puedo más escribir, porque al punto que ésta acabo, tengo a la garganta el cuchillo, con más pasión de tu enojo que temor de mi pena.»

Si grandes errores políticos cometió Padilla en su actuación, no cabe duda que sus adioses a la vida y la serenidad con que murió le confieren la calidad auténtica de caballero español. Pero esa

[2] Todavía en el siglo XVI se tenía la elegancia de llamar caballero al adversario caído en el campo de batalla.

muerte y esa vida suya prueban que las comunidades no fueron en manera alguna —aunque muchos de sus desmanes la califiquen de ello— la revolución roja que algunos afirmaron, ni siquiera un movimiento social de importancia, que deja consecuencias aun en su frustración. La guerra de las Comunidades fue —como ya se ha dicho— una contrarrevolución política, abortada por la fuerza del Destino imperial de Carlos V.

* * *

Después de la muerte de los tres capitanes vencidos, los caballeros marcharon sobre Valladolid, amenazando con sitiarla. Valladolid se rindió y fue perdonada. Las demás ciudades del Reino fueron cediendo, aun cuando en alguna continuase la resistencia. Doña María de Pacheco, viuda de Padilla, prolongó cuanto pudo la lucha en Toledo, pero al fin tuvo que huir disfrazada para morir miserablemente. El Obispo Acuña quiso pasar a Francia por Navarra —«con lo que había robado», dice Fray Prudencio—, donde combatían españoles y franceses, siendo detenido en Villamediana y llevado preso a Simancas, de cuya fortaleza trató de escapar dando muerte al Alcaide. Cuando huía fue detenido por un hijo del muerto. El Emperador envió a Simancas al terrible Ronquillo, quien «con la poca afición que tenía al Obispo y en virtud de un Breve que el Emperador tenía del Papa para conocer de los excesos de este Obispo y de otros frailes y clérigos... le dio garrote en la misma fortaleza y aun dicen que !o colgó de una almena para que todos lo viesen», lo cual disgustó profundamente a Carlos V.

También fueron ejecutados algunos otros jefes comuneros como don Pedro Pimentel y el Conde de Salvatierra y los Procuradores de Guadalajara, Segovia y otras ciudades. Luego hubo un perdón general. Castilla se pacificó; más aún: se enamoró de la idea cesárea de Carlos V,, convertido, a raíz de la entrevista con Lutero en la Dieta de Worms, en el paladín de la unidad cristiana. La lucha contra el protestantismo en Alemania; la evangelización de las Indias; la guerra con los piratas turcos y bereberes en el Mediterráneo, la rivalidad con Francisco I y la enemistad con Enrique VIII; incluso la pugna con el Papado y el saco de Roma, se convirtieron en empresas tan castellanas como españolas y como imperiales. Castilla y el César se encontraron en un mismo punto de altísima misión universal. Castilla y el César se comprendieron mutuamente y llevaron su ideal por el mundo. Nadie volvió a hablar de los comuneros. Ni inspiraron romances ni merecieron crónicas. La epopeya cesárea en tres continentes absorbió todas las plumas y las espadas. Tenía que llegar la decadencia del espíritu castellano y morir el Imperio español para que un siglo frío y escéptico con la gloria nacional —el XIX— tratara de revalorizar antinacionalmente una contrarrevolución histórica, presentándola como un antecedente de las luchas sociales que, bajo los signos russonianos y marxistas —demoliberales y socialistas—, transformaban el mundo. Tenía que llegar el triunfo efímero de la masonería internacional, rabiosamente antiespañola para que la sublevación comunera simbolizase la lucha por la libertad. Pero tendría que llegar también una doctrina nueva de hombres que sabían morir tan bien como Padilla, para definir que sólo se es verdaderamente libre dentro de un Estado Nacional potente con una unidad de Destino en lo universal y una fe común en su histórica misión eterna.

XXIX. CARLOS V, CESAR DE EUROPA

En tanto que la contrarrevolución española se va extinguiendo, el Rey de Castilla, Emperador de Alemania, topa en tierras germánicas con una auténtica revolución, acaudillada por el «frailuco» agustino Martín Lutero. Revolución auténtica, porque el sentido de la Reforma luterana es político, social y religioso y su finalidad remota —quizá sólo entrevista por Lutero— es terminar con el Sacro Romano Imperio Germánico —ficción medieval que no puede satisfacer a una raza como la germánica—, para constituir un Imperio alemán reformista y autónomo en Religión y plenamente racista en lo político. La Revolución luterana aspirará —cuando rebase de! campo de la especulación teológica— a constituir lo que es una norma de toda Revolución verdadera: a la transformación y a la permanencia. Al cabo de cuatrocientos años, la revolución alemana —después de varios avatares— sigue en pie y el Imperio alemán se ha hecho y se ha deshecho políticamente según los vientos, pero la raza alemana ha llegado al cénit de su fuerza. Francia, la antiespañola, por odio a nosotros favorece en cuanto puede a la Revolución de Alemania, que tanto habría de cos-tarle. Contra la Revolución alemana Carlos V enfrenta su concepto político heredado de la sangre española que corre por sus venas. Es singularmente atractivo el hecho de que Carlos aparezca a los españoles como un Rey extranjero y, en cambio, ante los alemanes exhiba un concepto imperial a la española. Lo que prueba dos cosas: la originalidad poderosa de su carácter y la amplitud de su formación ideológica, en la que se entrecruza todo el saber —a veces clarísimo y a veces lleno de confusión— del Renacimiento. Si Carlos V hubiese llevado al Imperio una mentalidad exclusivamente germánica, este capítulo sobraría en un libro dedicado a recoger reflexiones rápidas sobre la Historia de la Iberia en forma de piel de toro. Pero como en su actividad cesárea hay una impregnación de espíritu español, no podemos por menos de recoger, aun cuando sea en forma sumaria, algunas sugestiones pletóricas de interés.

¿Qué era el Imperio romanogermánico cuando los Electores, manejados por el dinero y el halago, deciden otorgar su corona a Carlos de Habsburgo y de Aragón, Rey de España y de las Indias, Duque de Luxemburgo y Archiduque de Austria? El Imperio no era nada. El título de Emperador era inútilmente decorativo como un gran manto de brocado. El Imperio era una simple jerarquía honorífica que no concedía poder efectivo alguno. El Imperio era una ficción de derecho que no otorgaba la más mínima ootestad de hecho. Los largos siglos de lucha con el Papado habían quitado al Emperador toda la grandeza positiva del mando, «de imperar», dejándole tan sólo la ostentación de un título que apenas se acataba antes de Lutero y que desde Lutero iba a desacatarse. El Imperio no tenía capital, ni ejército ni hacienda propios. Ni, lo que es más grave, unidad ni misión en la Historia.

Carlos de Habsburgo, en el Gante de su infancia, nada sabía de ello —aunque estaba destinado por su abuelo Maximiliano a recoger la Corona imperial— como ignoraba que la España, que también iba a heredar de sus otros abuelos, había llegado a tal armonía orgánica de sus poderes-que bien podía considerarse un Imperio, por la suma de Territorios y Reinos coloniales que encuadraba el floreado coronel de los Reyes Isabel y Fernando. Es al llegar a aquella España adusta y difícil, de bronco idioma y de broncos sentimientos, cuando el Reyecito adolescente y boquiabierto advierte la tremenda magnitud de su Destino. De Reino en Reino peninsular, a través de pueblos entusiastas y Cortes encrespadas, bajo la sombra gigantesca de sus ¡lustres abuelos y ante el testimonio indiano del oro, las esmeraldas, los aguacates, los papagayos y los esclavos cobrizos, Carlos comprende la carga angustiosa y bella del Poder que Dios ha puesto en sus manos. Mientras sus amigotes flamencos se abalanzan sobre las riquezas inéditas para sus manos avarientas, a Carlos, meditabundo, le abruman las ideas de responsabilidad que le inculcan sus maestros —teólogos y humanistas— españoles. El debe continuar en España la obra de los Reyes Católicos: la Unidad política y religiosa; y en los territorios descubiertos por Colón, la propagación de la fe de Cristo y la iluminación de las almas salvajes de los indios. Todo el poder que Dios le ha dado deberá dedicarlo a Dios. Se lo decían las voces de los teólogos y humanistas y se lo cantaban las campanas de Toledo, de Burgos, de Medina, de Ávila, de Segovia. Se lo decía el rostro atormentado de unos Cristos sangrantes, estremecedores, patéticos, como no los viera jamás en Gante, en Brujas, en Lovaina o en Bruselas. Quizás España no

le gusta a Carlos, que viene de Flandes, donde el paisaje es suave, la vida amable y la Divinidad plácida.

Pero **porque no le gusta** empieza a amarla. Las pocas ideas políticas que trae de su tierra natal —espumosa de cerveza y colorista de sedas y brocados— se le transforman con la cruda luz ibérica. No lleva un año en Iberia y ya ha decidido vivir y morir en ella. España ha de ser «el huerto de sus placeres, la fortaleza para defensa, la fuerza para ofender, su tesoro y su espada».

Y es entonces —una vez que tal decisión trascendental está tomada con firmeza— cuando le llegan nuevas de Alemania de que será elegido Emperador de Romanos. Aparte la seducción deportiva de la elección, que se anuncia disputada por las pretensiones de los Reyes de Francia y de Inglaterra —que andando el tiempo darán pruebas del desastre europeo que hubiera sido su triunfo—, Carlos se siente atraído por el Imperio «que puede volver a ser» en las manos del Rey de España. El concepto teológico y humanista español de la Unidad, que ha dado tan espléndido fruto en la Península, puede ser llevado a la Europa Central, rasgada por divisiones políticas, desangrada por la falta de autoridad plena y en riesgo gravísimo de disociación definitiva por el Cisma religioso que nace del verbo violento de Lutero. Carlos acepta la corona del Imperio por el hecho de ser nieto de Maximiliano, pero con el pensamiento de los abuelos españoles. Su primer acto como Emperador es un grito —moderno— de Cruzada, con el que empeña su palabra de defender a la Cristiandad. De defender y de reconquistar. El grito del César en la Dieta de Worms es un grito ibérico de ocho siglos de eco desde las peñas de Asturias a la vega del Genil: el Imperio de la paz cristiana. Imperio y Paz que son Unidad y tienen por enemigos a todos los adversarios de esa unidad: Lutero, Barbarroja, los príncipes alemanes protestantes, los reyes francés e inglés y en ocasiones la política vaticana, oscilante y ambigua, que ya había dificultado algunas veces la idea de paz cristiana de los Reyes Católicos.

A Carlos, cada hora le encantaba más la compenetración con España. España, en aquella espléndida madurez del siglo XVI, era la única y auténtica materia imperial del mundo. La formación guerrera, católica, intelectual y política del Reino español constituía la sólida armazón de un Imperio que sólo necesitaba de un César piloto. Carlos conduce a España, pero no puede hacer lo mismo con Alemania. La lucha en Europa Central dura todo su reinado y el Emperador fracasa en su sueño unitario. La Guerra de los campesinos —mucho más feroz y más **marxista** que la rebelión comunera—, las alianzas de Francisco !, la hostilidad papal y la aceptación de la Reforma luterana por muchos príncipes alemanes, fatigan a Carlos V, que no era de hierro. Después de treinta años de gestiones para lograrlo, se convoca el Concilio de Trento —ya muerto Lutero y ya reformada más de media Europa—, donde la intransigencia pontificia corrió parejas con la intolerancia luterana y donde todos los esfuerzos diplomáticos de Carlos V para infundir el sentido de unidad fueron baldíos. Las batallas de Dios, ganadas o perdidas, han dejado en la boca del César un acre regusto. La idea española sólo se ha logrado en la parte española del Imperio. Europa no ha podido o no ha querido entender a Castilla y ha arruinado de manera definitiva el sueño de la unidad. Ni Emperador ni Papa serán en adelante jerarquía suprema sobre un Continente que ha deshecho su comunidad espiritual. ¿Quién recibirá esa jerarquía? Nadie, de una manera permanente. De un modo esporádico y ficticio, la ostentarán —de tarde en tarde— un soldado de fortuna hijo de la Revolución o la Revolución misma. Los siglos pasarán, mientras Europa busca ferozmente un orden nuevo —viejo— de unidad continental, de jerarquía suprema.

* * *

Carlos V, intuyendo cómo Alemania se le iba de su idea, busca otra solución —austríaca: «tu felix Austria nubae»— en Inglaterra, donde después de muchas peripecias dramáticas ha triunfado la Reforma britanizada y ha subido al Trono la solterona María Tudor, hija de Enrique VIII y de Catalina de Aragón. Carlos V concibe el proyecto de salvar la fe cristiana en Inglaterra y de incorporar una parte de la Isla a la unidad europea casando a la Reina María con su sobrino Felipe, Príncipe de Asturias. El viejo Imperio alemán quedaría en manos de Fernando de Habs-burgo, el nieto querido del Rey Católico, y el Nuevo Imperio —España, Flandes, Inglaterra, Italia y las Indias—' en las de Felipe y María. La Gran Bretaña volvería a ser católica, apostólica y romana y sólo permanecerían al margen de la unidad la eternamente inquieta Francia, aprisionada en ella como en cerco de hierro, y el mundo

oriental sometido al turco. Enfermo, cansado y prematuramente envejecido, el César se encariña con el complicado matrimonio hispanoinglés, como con la maquinaria de uno de los relojes que le fabrica Juanelo. Tantas tuercas, ruedecillas dentadas, tornillos y espirales de precisión tenía la boda como los artefactos que le divertían. ¡Pero valía la pena de intentar construirlo para acordar las horas de Westminster con la hora española! Se disponen las piezas y se construyen la esfera y el péndulo. Las manecillas, sin embargo, no llegan al acorde. María se enamora de Felipe, pero Felipe no sintoniza sensualmente con su flaca y huesuda tía británica. Las nieblas de Londres no concuerdan con el sol castellano. La hora inglesa es diferente y suena adelantada o retrasada, con desesperación del Emperador-relojero. Se anticipa la vuelta de la Catolicidad a Inglaterra —aún no había madurado el daño anglicano— y se cortan o dejan de cortar cabezas a destiempo. Felipe se cansa y marcha a Flandes a hacerse cargo del Gobierno que le transfiere su padre. Se marcha sin hacer un heredero español a María Tudor. Los ingleses le ven partir jubilosos. Sólo María tiene los ojos y las entrañas arrasados de un dolor que renueva en la sangre de Aragón y Castilla las inquietudes y delirios eróticos —furor, melancolía y celos— de la pobre demente de Tordesillas. Pero Felipe hace sordos los oídos al amor de su otoñal tía la Reina de Inglaterra, y abandona un país donde todo lo demás le es hostil. Inglaterra y Felipe se repelen por instinto. Cuando el futuro soberano español pierde de vista, entre las brumas del Canal, los acantilados de la Gran Bretaña, sueña acaso en volver, sí; pero con una escuadra poderosa con la que abatir el nunca abatido orgullo de Britania.

* * *

Muchas horas ha acariciado el Emperador la idea de abandonar la partida y buscar reposo para el cuerpo y el espíritu en un rincón de su vieja España. Muchas horas en las que han desfilado cinematográficamente por su memoria las imágenes de su vida, las campanas solemnes de su gloria terriblemente fracasadas en aquel Viejo Continente empeñado con afán suicida en la ilusión de fragmentarse. Han pasado paisajes, rostros, voces, ciudades, mares, ríos... Los amigos y los adversarios, las mujeres queridas y los libros amados... Despiertos en la memoria del corazón están los muertos que duermen en sus tumbas. Las horas alegres de las victorias y las amargas de las derrotas hacen agridulce al Emperador el conjunto de su crónica: Pavía, la Goleta, Mülhberg, se le aparecen ahora más con la realidad inmortal de los tapices y cuadros que las perpetúan que como el episodio sangriento que fueron. Ya no recuerdan bien sus ojos présbitas si Isabel era más o menos bella que en el lienzo del Tiziano. Casi cuarenta años ha combatido en Europa. Está agotado del esfuerzo. Felipe, su hijo, es mozo y debe recoger la carga. Pero no la del Imperio quimérico de Europa, sino la de los Reinos hereditarios de España, Italia y Flandes y la del Imperio del Nuevo Mundo, donde aún no han germinado malas semillas de división.

Es el 25 de octubre de 1555. El examen de conciencia histórico ha terminado y el rostro doliente de Carlos V tiene una enorme serenidad. Su voz tiembla, sin embargo, y sus ojos se nublan de lágrimas. Renunciar es morir un poco, y hasta al más justo, la idea de la muerte le acongoja. Ya ha traspasado a Felipe el maestrazgo —tan querido— de la Orden borgoñona y universal del Toisón de Oro. Ya le ha cedido su Flandes natal, alegre bajo la llovizna. Ahora, en el palacio bruselés de los Duques de Brabante, ante una Corte numerosa, ante sus hijos, ante los Embajadores y Nuncios, ante el pueblo de su infancia, pronuncia en voz quebrada el resumen de su vida consagrada a Dios y al bien de sus Estados y las palabras de abdicación de todos los poderes majestuosos de que le invistiera el Destino. Los hijos se arrodillan y le besan la mano sarmentosa. El pueblo llora silenciosamente. Es octubre y lloran también los bajos cielos flamencos sobre las tierras verdes y llanas. Pero un débil rayo de sol, atravesando la niebla bruselesa, hiere una vidriera de la catedral de Santa Gúdula, en la que, amarillos de oro, están pintados el yugo y las flechas de los Reyes Católicos. El mundo se entera con asombro del hecho trascendental. Las coronas española e imperial se separan. Felipe de Habsburgo, Gobernador de los Países Bajos y Rey consorte de la Gran Bretaña, hereda las de Castilla, León, Granada, Navarra, Aragón, Valencia, Mallorca, Cataluña, Rosellón, Cerdeña, Sicilia, las Indias, islas y territorios del Océano, el Condado de Barcelona y los Maestrazgos de las Órdenes Militares de Santiago, Calatrava, Alcántara y Montesa. El Imperio romanogermánico deberá elegir un nuevo César, que no será Felipe.

Con sus hermanas las Reinas viudas de Francia y de Hungría y un breve séquito, sale Carlos —

gloriosamente cargado de ex, delante de sus viejos títulos— para Flesinga, donde embarcan rumbo a España. En la rada holandesa, Felipe se despide de su padre hasta la eternidad.

Desde Laredo —donde desembarca— a Yuste, la caravana imperial camina lenta, atravesando tierras que fueron comuneras y hoy lloran a su Rey que quiere enterrarse en vida. En Valladolid, conoce el viejo Emperador a su nieto don Carlos —hijo de Felipe II y de su prima hermana María de Portugal—, en quien se reúnen todas las venas de locura de la sangre de la Reina Isabel, madre de la Reina Católica. Sigue la caminata por Castilla, «esta tierra esmaltada de nombres maravillosos —Tordesillas, Medina del Campo, Madrigal de las Altas Torres—, esta tierra de Chancillerías, de ferias y castillos, es decir: de justicia, milicia y comercio» —las tres cosas bienamadas de Carlos V— y llega a Extremadura. Su casita campesina de Yuste no está concluida y permanece en Jarandilla tres meses, alojado en la casa del Conde de Oropesa. El 3 de febrero de 1557 entra en Yuste, de donde no saldrá ya en vida. El 21 de septiembre de 1558 halla el descanso eterno. El año y medio de Yuste fue de reposo, pero no tan absoluto que dejara de preocuparse por la marcha del mundo, ni por las leyes, los mapas, los relojes, las flores, los pájaros, los peces, los libros, los viejos y nuevos amigos y los familiares. El año y medio último de su existencia permitió al Emperador lo que le habían impedido sus cuarenta años de gobierno de pueblos en crisis de ideas: vivir su vida humana, cerca de la Naturaleza, la Amistad y los Libros.

* * *

Vencedor de una contrarrevolución española, Carlos I dejó España hecha y cuajada para las más grandes empresas del espíritu, que sólo se realizarían por Felipe II, en quien la fuerza racial de los Habsburgos españoles llega a su más alto nivel, a tono con un pueblo en plenitud. Después de Felipe II la dinastía austríaca entra en una rápida decadencia. Vencido en la Revolución germánica, Carlos V dejó el Imperio romanogermánico en trance de disolución como fuerza efectiva en el orden europeo. La Casa de Austria tendrá días de gloria en su límite territorial puramente hereditario y austríaco, pero el Sacro Imperio germánico no volvería a significar nada en el mundo. Después de Fernando I en Alemania y de Felipe II en España, llegará el momento ascensional de las rivales Inglaterra y Francia, que dominarán los mares y el espíritu del mundo hasta la Edad Contemporánea, sin lograr la unidad por la que combatiera con la fe de un cruzado la Majestad Imperial y Real del último Emperador de Occidente, César de Europa, nuestro Señor Don Carlos de Habsburgo-Aragón y Borgoña-Castilla.

XXX. LA MAJESTAD DE EL ESCORIAL

Está muriendo la tarde. Está muriendo el estío. Está muriendo la Augusta Majestad de don Felipe II, Rey de España. Está muriendo el siglo XVI, que —en España, en Europa, en el Mundo— se ha llamado sólo por los nombres de los Monarcas españoles y de sus capitanes, poetas, navegantes o santos. Siglo XVI —sí, ya sabemos que en él hubo Luteros e Isabeles, Franciscos y Enriques de Francia—, cuya memoria en la Historia universal son Carlos V y Cortés, Pizarro y Felipe II, don Juan de Austria y Cervantes...

Está agonizando la tarde de septiembre y en las pizarras grises de El Escorial acaban de vaciarse los nidos de las cigüeñas. Está muriendo el estío y un turbante de nubes atormentadas encaperuza el picacho de Abantos. Vendaval septembrino y presagios mortales estremecen los vidrios de las 2.673 ventanas y los goznes de las 1.200 puertas del Monasterio de San Lorenzo, más hondamente silencioso que nunca; sobrecogida su mole pétrea por el dolor que desgarra el viejo cuerpo del hijo de Carlos V. ¡Está muriendo el siglo XVI —es septiembre de 1598— fatigado de guerras y pasiones!

Sombras de monjes y de voces de monjes bisbisean latines en el coro de la fría basílica. Y en los jardines, los murciélagos espantan a las golondrinas.

El Rey yace en el lecho. El Rey —pura llaga doliente— tiene abiertos los ojos y entreabierta la boca reseca para emitir un gemido constante, instintivo, que su enorme voluntad no puede vencer. La estancia huele —infecta— a cuerpo vivo todavía, pero ya descompuesto en inmundicia verdosa y gusanera.

Estatua de dolor, pálida entre los negros terciopelos y crespones de luto por la hermana Catalina Micaela, duquesa de Saboya, muerta el año anterior en la lejana Italia, la archiduquesa infanta Isabel Clara Eugenia alivia el horror de aquella agonía con su presencia incansable, con su mirada fija y vigilante en el rostro contraído del padre, en adivinación filial del menor deseo. Los labios del Soberano se mueven. Isabel Clara Eugenia adelante el busto para escuchar. No es una plegaria ni un gemido ahora. Los labios del Rey murmuran lentamente los versos que Fray Luis de León dedicara al ciego maestro de polifonías Francisco Salinas:

El aire se serena

y viste de hermosura y luz no usada,

Salinas, cuando suena

la música extremada

por vuestra sabia mano gobernada.

A cuyo son divino,

mi alma, que en olvido está sumida,

torna a cobrar el tino

y memoria perdida

de su origen primera esclarecida...

Isabel Clara Eugenia comprende, se levanta y se dirige a la espineta —que de su alcoba han hecho traer al despacho del Rey—, próxima al astrolabio y el Crucifijo. Los ojos de la Infanta tienen esmalte amargo de lágrimas. Los dedos sin sortijas se apoyan en las negras teclas del teclado.

La espineta suena suavísima y lejana una pavana de Milán, una «diferencia» de Cabezón, una Chacona de Salinas y una dulce canción vieja de Portugal que tocaba en Valladolid, allá cuando el Rey era niño, la Emperatriz Isabel, mujer de Carlos V...

El Rey, suspirando, sonríe y su alma —en olvido sumida— vuelve a cobrar el tino y la memoria perdidos en el dolor tremendo de las úlceras. La espineta —quizá no sea ya más que su eco— sigue haciendo vibrar recuerdos maravillosos en el aire podrido...

Recuerdos... Hace un rato ha salido de la estancia, lloroso y medroso de responsabilidad, el Príncipe su hijo. El padre moribundo ha tratado de repetirle aquellos consejos —jamás olvidados— que él oyera del César. Pero el nieto no es como era el hijo y se ha echado a llorar tapándose los ojos, sin acertar a oír las normas por que regir la Monarquía. ¡La Monarquía!... «Dios, que me ha dado tantos Reinos, no me ha hecho la merced de un heredero que sepa gobernarlos»...

Recuerdos... La voz del Emperador, grave como esos bajos de la espineta. La de la Emperatriz —con su acento lusitano—, dulce como esos trinos que adornan en las octavas altas las «diferencias» de la melodía... Recuerdos, voces, rostros... El Rey ha sido fiel a esas voces y a esos rostros. Hijo obediente, se ha separado de las



Ilustración 26. La conquista de Túnez, uno de los grandes hechos de armas del rey-emperador, se representa así en un magnífico tapiz conservado en el Palacio Real de Madrid



Ilustración 27. Felipe II, retratado en su juventud por Antonio Moro



Ilustración 28. El Real Monasterio de San Lorenzo de El Escorial (Madrid), creación y panteón del gran rey de España

instrucciones de su padre tan sólo en lo que él se hubiera separado de ellas al correr de los tiempos. Pero ahí —fuera del recinto monástico— está España unida como la querían los Reyes Católicos, intacta de pies infieles; libre de la escisión de las conciencias. Las Indias van dejando de ser tales, para ser Virreinatos, Capitanías Generales, Obispados y Audiencias con leyes humanas y posibilidades de fusión con la sangre para hacer una raza. Las Indias, que no han sido —en el deseo del Rey— el viejo sueño medieval de las especias o el renacentista de Eldorados fabulosos. ¿No ha

solicitado del Santo Padre en 1563 que se le concediera el título de Emperador de las Indias? ¿Para qué quería él, a quien los títulos sobraban, a quien jamás tentó la dignidad imperial germánica, esa jerarquía hispanoindiana sino para fortalecer y unificar por los siglos de los siglos la civilización católica de España e injertar en su tronco toda la vida nueva de los territorios inmensos y riquísimos? El Emperador de las Indias no habría sido el titular de un poder fantástico como el del Sacro Romano Imperio. El Emperador de las Indias suponía la realidad evidente del Imperio Indiano con su organización jerárquica, su disciplina militar y sus internas y vigorosas razones de existir en el mundo.

Recuerdos... ¿No ha llevado, bajo la inspiración y el mando de un Príncipe de su sangre las banderas de la Cristiandad al triunfo sobre el turco? Se resistían los Estados cristianos a la empresa. El Imperio, Inglaterra y Francia quedaban fuera de ella. Pero la escuadra española —con las flotas aliadas del Papa, de Genova y Venecia— venció en Lepanto, y el nombre de don Juan de Austria —el guapo bastardo bienamado del César en los últimos años de su vida— alcanzó gloria universal y su nombre juvenil y encendido de laureles, como el del César adolescente, alteró el sueño de todas las doncellas de Europa, desde las altivas princesas hiperbóreas y anglosajonas hasta las cautivas cristianas de Constantinopla...

Recuerdos... La guerra contra Francia —nunca deseada, pero nunca rehuida por España, víctima constante del odio y la envidia de los Valois— se ha seguido contra los tres Enriques y contra Carlos IX, apoyados siempre por Inglaterra —tan antiespañola o más que la adorable Francia de los vinos fragantes, los poetas galantes y las damas amantes— y casi siempre por el Vaticano y los príncipes reformistas. Se ha seguido la guerra y se ha vencido en los campos de batalla de San Quintín, de Gravelinas, de Calais… En memoria de la jornada de San Quintín se alza en Castilla ese monumento eterno de El Escorial, donde reposarán por los siglos de los siglos los Reyes e Infantes de la Casa de Habsburgo...

(Hay una nota falsa en la espineta que el oído del Rey —fino oído musical hipersensible— recoge con un estremecimiento...) Cierto que políticamente España logró poco fruto de esas victorias —que el Rey no dirigió en el campo de batalla— ni de las paces que las siguieron. Cierto que la política de cerco de Francia —vieja política de Isabel y Fernando y también de Maximiliano— se aflojó con la paz de Cateu-Cambresis y la boda del ahora moribundo con Isabel de Valois. Tal vez Su Majestad Imperial no hubiera visto con buenos ojos esa boda. Quizá prefiriera volver a intentar con la cuñada inglesa Isabel —soltera— el resultado frustrado en el vientre otoñal de María: un heredero inglés de los Habsburgos... Pero Isabel de la Paz ha sido tan dulce en la vida triste del Rey escurialense, que le es posible en esta hora de agonía perdonarse el error político que el padre hubiera condenado.

Con Inglaterra —no pudiéndola vencer fecundando a sus Reinas— ha seguido también la pelea... ¡Dios mío, más le valiera no acordarse de aquella Armada, que yendo a luchar sólo con hombres, topó con hombres diestros y elementos siniestros en el Canal de la Mancha y sucumbió —al revés que otras veces— con más pena que gloria! ¡Dios mío, con qué esfuerzo hizo impasible su rostro al saber la noticia y con qué desdén acogió los panfletos que en Francia, Inglaterra, Alemania, Flandes e Italia se burlaban del fracaso de la Armada a la que él nunca osara llamar como su pueblo la **Invencible,** «lo que habría sido soberbia intolerable en su humildad rendida siempre a los designios del Todopoderoso»! ¡Ah, la risa estridente de Isabel de Inglaterra al repetir con su finísima y pérfida ironía británica el fanfarrón nombre que a la Armada vencida pusiera el optimismo hispano! Una jornada adversa, ¡qué pesada losa para los días de gloria! Las banderas triunfales de Lepanto se han desteñido con las nieblas del Paso de Calais. El poderío naval de España es ya un recuerdo, mientras el de Inglaterra se yergue amenazador como un nuevo turco ducho en piraterías, para tantas leguas de costas ibéricas y trasatlánticas a la intemperie. ¡Ah, Inglaterra, Inglaterra, más virgen que tu Reina! ¿Cuándo el soldado de Europa levantará tus sábanas de niebla para humillar tu orgullo con sus botas marciales? ¡Ya no serán los españoles, a los que podrás insultar y vejar impunemente durante largos siglos porque la Armada Invencible fue vencida! No serán los soldados de esta España, a la que robarás islas y tierra firme no sólo en sus colonias imperiales, sino en la misma carne sagrada de la piel de toro, afrentando con tu bandera su sueño milenario de integridad y unidad...

Recuerdos... Ahora le vienen a las mientes —¿es acaso la canción melancólica de la Emperatriz,

que también tañía la joven princesa María, su primera esposa?— la dulce tierra portuguesa, por donde vierten en el Atlántico su sangre castellana los ríos de Iberia... Portugal... Una corona más para las sienes abrumadas por el peso de las diademas. El sueño de tantos Reyes peninsulares realizado al fin. España y Portugal, federadas y autónomas bajo un solo Monarca. ¡Y todas las Indias y todas las Américas y todas las factorías de los más extraños mares, reunidas en un haz inmenso de riquezas en una sola mano firme!... ¡Ay, si el Felipe que viene supiera sostenerlas!… Portugal... Ya era viejo el hijo del César cuando fue a coronarse en Lisboa. Los portugueses no le quieren porque acaban de perder en la batalla de Alcazarquivir a un Rey adolescente, exaltado y legendario, al que adoraban. A un príncipe —nieto de Carlos V por su madre, bisnieto de los Reyes Católicos por su padre— que como don Juan de Austria, muerto en el mismo año de 1578, era un perturbador de almohadas virginales. Don Sebastián de Portugal y don Juan de Austria se han llevado al otro mundo las últimas imágenes de los héroes caballerescos de las edades antiguas. Don Sebastián y don Juan son los últimos Amadises del mundo. La guerra después de ellos se hace arte militar, no poesía, y ganan las batallas los estrategas y no los paladines. Porque don Sebastián y don Juan de Austria mueren en 1578, puede nacer en 1605 el pobre don Quijote de la Mancha. Es posible que el ingenioso hidalgo mutilado don Miguel de Cervantes, combatiente en Lepanto bajo la rubia voz de mando del almirante juvenil y bastardo, haya escrito ese libro de la inquietud espiritual del siglo que termina por no llorar en una epopeya la muerte de la Caballería con don Juan.

Don Sebastián de Portugal desaparece en la batalla soñada para crear un Imperio lusitano en el Norte de África como lo quería la abuela de Iberia Isabel de Castilla. Don Sebastián no es visto muerto, su cadáver no es hallado y ningún superviviente de la trágica jornada puede decir si cayó en el combate, si fue cautivado por el moro o si un milagro lírico digno del pincel del Greco le salvó por los aires llevándole a un país ignoto del que volverá a Portugal cuando Portugal le necesite. La leyenda se borda en cantares y esperanzas del pueblo. Mucho más cuanto que el Rey adolescente y soñador ha muerto sin contacto de esposa o concubina y su pura sangre lusitana se ha extinguido sin descendencia. Para la sucesión a la Corona habrá que empezar a remontarse por los complicados árboles genealógicos en cuanto muera el viejo Cardenal-Infante don Enrique de Avis, su tío-abuelo, a quien corresponde en primer lugar la Corona. Los árboles genealógicos presentan alguna confusión a la muerte del Cardenal-Rey. Pero Felipe II no se entretuvo en andar por las ramas. Su sangre portuguesa se juzgó preferible a la de otros aspirantes, y apoyada por las armas españolas consolidó la Corona en sus sienes, pasando una esponja por el viejo recuerdo de Aljubarrota. De no haberle llegado esa victoria en años de vejez y de profundos dolores íntimos, Felipe II hubiera logrado al menos —si no la imposible cuadratura del círculo de hispanizar a los portugueses— establecerse sólidamente en Lisboa y conservar a Portugal dentro de la gran federación peninsular con el mismo perfecto equilibrio de los demás Reinos de la piel de toro. Su escrúpulo en el respeto de los fueros, leyes y costumbres de sus Estados habría ganado el ánimo lusitano a la unidad peninsular querida por el Destino después de tantos avatares históricos. Pero era ya tarde para el esfuerzo. El primer Rey de España y Portugal unidos tenía ya fatiga de siglos en su cuerpo y su alma para lograr disipar recelos seculares. No obstante ello, Portugal no causó preocupación alguna al Rey en los años que llevó su Corona gloriosa. El archiduque Alberto de Austria —futuro esposo de Isabel Clara Eugenia y gobernador de los Países Bajos— rigió en nombre del Rey, con sumo tacto, a los portugueses y consiguió tenerlos más en calma que a la gente de Flandes.

El recuerdo del Rey muriente vuélvese ahora al Flandes tan amado del César de Borgoña y tan incomprendido —por lo menos— por él...

Flandes... Flandes que empieza a abominar de una dominación española, en realidad inexistente. Carlos V y Felipe II nunca han reinado en Flandes como Reyes de España, como Jefes del Estado Español conquistador u ocupante de los «polders» y las dunas y las ciudades mágicas de canales, «befroids» y Ayuntamientos góticos. Flandes no era empresa de los Reyes de España como lo es Italia en Europa y lo es África y ¡o son las Indias. Si Carlos V y Felipe II han gobernado en los Países Bajos no ha sido por aspiración dominadora de la sangre española de sus venas, sino por imperativo natural de la sangre borgoñona. Los Países Bajos forman parte de la federación de Estados que rigen los Monarcas españoles, no por una unión real de conquista a sangre y fuego —que España no ha

conquistado así más que a su propia piel de toro—, sino por una unión personal de títulos jurídicos indiscutibles. Los Reyes de España nada han tomado en los Países Bajos que no les perteneciera. Y los soldados españoles —tan odiados en las dulces y poéticas llanuras neblinosas— defienden el derecho de sus Reyes, «señores naturales» de las provincias nórdicas. España no ha ido a Flandes por impulso propio. Es Flandes quien ha venido a las manos de los Reyes de España por un Destino imposible de soslayar, por un imperativo de la Divinidad que rige la vida de los pueblos. Y contra ese destino se han alzado los holandeses, flamencos y valones, ayudados por el oro de Francia y de Inglaterra. .Felipe II, en su lucha tenaz con los rebeldes flamencos, no ha /querido otra cosa que conservar para sus hijos la herencia borgoñona de sus padres. A esto, la propaganda francoinglesa y la tozudez flamenca lo llaman «tiranía». Contra los súbditos flamencos insurreccionados han ¡do a combatir los súbditos españoles, leales desde que fueron vencidos en su contrarrevolución comunera contra el César de Gante. ¿Los súbditos españoles sólo? No. Los tercios tienen en su composición una gran cantidad de soldados de Italia, Alemania y la misma Walonia. Incluso húngaros, albaneses y croatas han figurado a veces en las filas de la soberbia Infantería que, más que a los hombres que la forman, debe su nombre de española a la táctica legendaria de Gonzalo de Córdoba perfeccionada por el Duque de Alba, por Alejandro Farnesio y por el Marqués de Spínola más tarde. Los Tercios son una aventura y un deber español, pero nunca un deseo de opresión y de brutalidad, aunque los términos feroces en que plantean la lucha por su independencia los caudillos rebeldes obliguen a los soldados de España a la máxima violencia en algunas represiones. También los Tercios de Lombardía y el Milanesado —con españoles, alemanes y flamencos— habían saqueado Roma en tiempos del Emperador y su misión era la de guardar el orden cristiano. Encrucijadas de la Historia de las que no se puede hacer responsable a un hombre solo...

Pero Flandes se diluye en las manos del rey Felipe. En aquel examen de conciencia provocado por la música de la espineta, «compuesta de números concordes», el Rey moribundo piensa en su padre y en la Historia y quiere justificarse ante ellos de las provincias perdidas en la Holanda prorestante... ¿Culpa suya?... Cierto que nunca le han simpatizado los flamencos y que jamás se ha esforzado por comprender su carácter, un poco retorcido. Pero, en cambio, ha velado siempre por ellos. Ha dejado como gobernadora a su hermana Margarita de Parma y luego les ha enviado a don Juan de Austria, hijos los dos de aventuras galantes del César con jocundas flamencas de carnes opulentas y blancas. Si ha enviado al Duque de Alba con órdenes severas de castigo cuando la rebeldía se ha hecho intolerable, tenía también la intención de ir luego él a suavizarlas con su real clemencia...

No ha sido un tirano con sus pueblos. Toda esa leyenda negra de su amor a los autos de fe y al olor de la carne quemada de los heterodoxos es falsa, falsa. ¡El no ha inventado la Inquisición! ¡El no ha impuesto el tormento! ¡El no se ha regodeado en la matanza de infieles!... ¿No toleraba a los moriscos hasta que fueron un peligro para la vida interna de la Península?... Sí. Él creía en Dios ciegamente, fervorosamente, fanáticamente si se quiere. Deseaba para todos sus súbditos —para todos los hombres— la gracia de la fe y el bálsamo de la Eucaristía, pero no trataba de imponérselo. Ni siquiera la Inquisición era un instrumento de intromisión en la conciencia individual cuando ésta no se expresaba en una forma peligrosa para el Estado... Habrá cometido errores humanos —ahora al morir con todo el dolor físico posible en su carne y su hueso, el Rey ve que es de carne y hueso, mortal y falible, su Majestad Augusta— como todos los Reyes, hombres al fin y al cabo. Pero esos errores han sido guiados por una intención legítima y sagrada de estabilizar para sus descendientes la suma de herencias de sus antepasados. Y se han cometido no a sabiendas, sino por contingencias de imposible previsión o alteración en el momento y nunca por un azar improvisado, sino después de larga reflexión y estudio. ¡Quizá de demasiada reflexión y estudio, pues muchas veces el acierto hubiera estado en la corazonada alegre más que en la grave consulta y en el frío dictamen técnico!

Su conciencia real no le inquieta en la hora de la muerte. En cada una de sus decisiones pensó mucho en su padre y modelo y obró como creía hubiese obrado el César. Puede, pues, presentarse tranquilo ante él y ante Dios en la otra vida. La Historia, tarde o temprano, hará justicia a su conducta. (¡Tarde, tarde, que el odio inglés no acaba nunca!)

Ahora ha callado la espineta y es el gran órgano el que invade el inmenso espacio de la Basílica

con la inmensa voz de un coral de Tomás Luis de Victoria. El Rey murmura el «Yo pecador» y piensa en Dios. ¿Qué dirá a Dios de su vida humana? ¡Dios lo sabe todo y juzgará sin preguntar! ¡Dios no es un curial al que la verdad humana se le pueda escapar entre los resultandos y considerandos! A Dios no tendrá que desmentirle las odiosas calumnias inventadas por sus enemigos —el tríptico horrible de Isabel de Inglaterra, Guillermo de Orange y Antonio Pérez— y lanzadas a la voracidad de un mundo ansioso de acusaciones sensacionales contra el hombre de poder o de genio. Dios sabe bien que ha sido buen hijo, buen esposo y buen padre. Dios sabe la cantidad de ternura que su corazón guardaba para la Emperatriz su madre y para sus hermanas niñas, para el aya Leonor de Mascarenhas y para la nodriza Magdalena Ruiz. Dios sabe la veneración casi idolátrica al César Carlos, lejano siempre de su vida de niño, pero siempre presenté en su ilusión de niño, de mozo y de anciano. Dios sabe su cariño a sus maestros —sobre todo a Silíceo— y la lealtad al único gran amigo de toda su vida, Ruy Gómez de Silva. De sus cuatro mujeres respetó a todas y amó a tres: María la portuguesa, Isabel la francesa y Ana la austríaca. María la inglesa no logró inspirarle sentimiento alguno, pero se comportó con ella como un esposo leal. Con las cuatro sufrió el mismo martirio de incomunicación, pues sólo hablaba el español —que ellas no comprendían— y un latín erudito de Pandectas y Guerra de las Galias en el que era imposible abrieran las rosas de un diálogo íntimo. Las cuatro murieron y fueron lloradas y honradas con un duelo del corazón.

¿Y los hijos?... ¿No ha sido buen padre? La calumnia y el romanticismo liberal harán un mito de martirio del príncipe don Carlos. Pero Dios primero, y la crítica histórica y las ciencias psíquicas más tarde, reintegrarán al morboso Príncipe a su triste anaquel de caso clínico. El mártir será el triste padre obligado a combatir en silencio la vesania y la esquizofrenia del heredero del más poderoso Imperio. Cuando le ve morir, no le puede llorar, pues un Rey es Rey antes que padre. El ataúd de don Carlos garantiza a España su continuidad por los siglos de los siglos. Isabel Clara Eugenia, Catalina Micaela, Felipe y los demás Infantitos que murieron niños han conocido mil ternezas de su padre. Dios no le ha dado el goce de los nietos a quienes prodigar consentimientos.

Con los demás parientes —hermanas legítimas y hermanos bastardos, tíos, sobrinos y primos— ha sido justo y generoso. Quizá la gloria de don Juan de Austria y de Alejandro Farnesio le han hecho recelar un poco en los momentos de agitación que Europa vivía. Quizá no ha deplorado lo bastante la desaparición del Rey don Sebastián porque permitía la realización del sueño de unidad ibérica. Pero estos **quizá** pueden cargarse más a la cuenta del Rey —donde tienen disculpa por razón de Estado— que a la del hombre...

Ha cesado la música y han vuelto los horribles dolores. Entran físicos, cirujanos, frailes, sacerdotes, grandes... Los nervios de Isabel Clara Eugenia se rompen de dolor en un sollozo.

Le duele el cuerpo, pero el alma está plácida. A petición del Rey, un frailecico lee con clara voz el «De Profundis». Es ya de noche. Alta noche de ventisca serrana, preludio de la otoñada en Castilla. Noche de sábado 12 de septiembre de 1598. Lentamente, pasan sus horas de horrible angustia. Sus labios contraídos besan el crucifijo que tuviera en sus manos al expirar Carlos V... Amanecer del 13. Un día más. Un Rey más —Felipe II— para el panteón recién acabado. Un Rey más —Felipe II— para la cronología hispánica. En el alto cimborrio escurialense, la Historia dobla a muerto...

XXXI. EL INGENIOSO HIDALGO

Si hubiéramos de buscar en el hombre de la piel de toro el tipo medio humano del español del siglo XVI, que vive, sufre, trabaja y muere mientras sus grandes Reyes, capitanes y diplomáticos hacen la gran historia, no necesitaríamos la linterna de Diógenes para el difícil hallazgo. El prototipo del español de esa centuria gloriosa y fracasada es Miguel de Cervantes Saavedra. Miguel de Cervantes y su obra genial que sintetiza un pueblo.

Miguel de Cervantes, soñador y escéptico, socarrón y lírico, caballeresco y plebeyo, realista e idealista, prosaico y poético. Miguel de Cervantes, militar y cautivo, escritor y burócrata, católico y picaro, andariego y estático, ingenuo y truhán, quijotesco y pancista en suma. Aunque el libro inmortal aparezca en el XVII, Cervantes es el español del siglo XVI que ha pasado por los estados de alma de la Unidad, el Descubrimiento, la guerra comunera, el Imperio y la Contrarreforma. El español, primero reflexivo y desconfiado; luego apegado a su bolsa; después sediento de aventura y gloria; más tarde fatigado y desilusionado de esa aventura y gloria que secan de sangre su tierra; de esa aventura de fiebres y quimeras a la que marchó armado de todas armas para regresar tundido de golpes, amargo de desengaños, vacíos la escarcela y el estómago, tan pobre y vencido como honrado y glorioso. Mares y tierras fueron recorridos por su pie trotamundos y su alma crédula y ardiente en pos de ínsulas de fantasías. Y al morir, el terruño desnudo de ínsulas y castillos en el aire y Dios —sobre todo— endulzando de la buena fe materna el acre sabor del encantamiento quebrantado.

No son Carlos V ni Felipe II en la realidad del ajedrez político que juegan —matemática de Reyes y Reinas, caballos, torres v peones— quienes hacen al Cervantes español soñar la Monarquía universal, el Imperio español sobre la tierra y la supremacía de la estirpe hispánica en el mundo. Son los Cervantes de la Mancha, la Alcarria, la tierra de Campos, la Rioja o la Ribera quienes sueñan a voces y contagian del sueño alguna vez a los Monarcas. Si Felipe II no creyó nunca en la invencibilidad de la Armada contra Inglaterra, seguramente no dudó de ella ninguno de los quijotes marineros de su tripulación, reclutada tanto en el interior como en la costa. El Rey ordenaba la leva **para ¡r a combatir con la Inglaterra hostil políticamente.** Pero el alférez y el pregonero enrolaban a la gente para la Escuadra «Invencible» que había de batir en su guarida al hereje anglosajón. Para eso sí se alistaban los mozos. Ellos no veían el tambor redoblando a política de gabinete; escuchaban un clarín que llamaba a Cruzada.

Carlos V y Felipe II, soberanos europeos y reyes de la piel de toro, llevan de la mente a la espada ideas generales de gran política europea. Mas los soldados que siguen sus banderas únicamente sueñan continuar la gran empresa **española** dondequiera que vayan. Ellos no siguen hasta Mülhberg, San Quintín o Amberes al Emperador de Alemania, al Rey de Nápoles o al señor de Flandes, que empuñan las armas **por razones de estrategia continental,** sino al Rey de Castilla, que **continúa la guerra contra el infiel** en otros campos de batalla. Esta es la dramática situación inevitable. Si Carlos y Felipe expusieran sus razones europeas, los soldados no les seguirían. La gran victoria sobre las Comunidades no había sido vencerlas, sino alistar a las tropas comuneras, derrotadas, en los Tercios que iban con el Rey de Castilla a combatir el luteranismo en Alemania. Carlos y Felipe han de dejar a sus soldados creer que la lucha en Europa es la lucha por Cristo como en las Navas de Tolosa o la vega de Granada, aunque ellos no lo crean. El soldado español hace magníficamente la guerra santa —cruzada sin fondo intelectual—, pero no entiende de guerras políticas que requieren una frialdad de razones inteligentes. El soldado español que cosecharía laureles en todas las campiñas europeas sigue teniendo, después del Renacimiento, la mentalidad de sus abuelos de Covadonga. Tiene más fe en Dios que disciplina militar y patriotismo consciente. Aun cuando la victoria —enamorándose fiel de sus banderas— cree inconscientemente para su alma y su petulancia el orgullo de ser español: es decir, el orgullo de ser invencible en el campo de batalla... va que el soldado nunca llega a saber cómo en la negociación diplomática sus victorias se disminuyen las más veces o, lo que es peor, se esterilizan.

El soldado quijotesco cree que sale al campo a deshacer entuertos y a vencer malandrines. Han

de pasar muchas campañas *y* han de blanquearle los cabellos antes de que se dé cuenta de que, aun venciendo siempre en el campo su tizona —ningún soldado quijotesco dejará que su espada se llame menos que la del Cid—, los entuertos siguen en pie y gozan de buena salud los malandrines. Ha paseado embriagado por su gloria desde Nápoles a Amberes, peleando en Milán, en Lombardía, en Baviera, en Flandes, en el Artois, en el Franco Condado y hasta en la Isla de Francia; sus hermanos del mar estuvieron en la Goleta y en Túnez y en Lepanto... Pero Francia, Inglaterra y el Gran Turco siguen pirateando, adorando falsos dioses sin querer reconocer como la más hermosa de las damas a la simpar Dulcinea del Toboso, o de Burgos, Valladolid, Sevilla, Zaragoza o Salamanca... ¿Qué extraño encantamiento hay en todo esto?... ¿Cómo es posible vencer y no vencer?

En el camino de regreso, con el brazo inválido, los pies aspeados y la bolsa vacía —si hubo botín en el saqueo, pronto volvieron los collares y zarcillos a adornar a las mujeres de los saqueados y los escudos y doblones a enriquecer a taberneros y tahúres—, despierta el Sancho a quien se le llenara de ínsulas la cabezota dormida. ¡Qué pobres los lugares, qué sobrias las ciudades, qué austeras las mujeres de España!... ¡Qué contraste el de estos campos sin cuidar, estos arroyos pedregosos, este cielo quemado, con aquellos de Flandes o de Italia!… Pero ¿Flandes e Italia no **son nuestros, no son de España?...** ¿Y el oro de las Indias? ¿Y las esmeraldas?... Yantar de mesón: pan duro, berzas y cordero guisado... ¿Y las pimientas y el clavo y la nuez moscada con que aromar los manjares? ¡Ni siquiera el laurel de la victoria sirve para sazonar el condumio, pues es un laurel metafórico!... ¿La gloria?... Bajo el mostacho cano del veterano curtido, la sonrisa se hace amarga y cervantina. Hay que dormir en la paja, cerca de las bestias. Arrieros y trajinantes hacen la noche inquieta de voces y de temos. Y en el sueño pesado del cuerpo tundido, una voz razonable y embustera dice al soldado que los gigantes que venció eran molinos de viento... La boca sabe a lágrimas de mal despertar al despertarse... Sí, sí, molinos de viento... Tal vez eran molinos de viento...

Leguas y leguas de desierto bajo la solana, entre nubes de polvo sobre el que nunca llueve... Allá lejos... Sí, es la Corte... ¡La Corte!... ¡Madrid, la capital del mundo!... Allí está el Rey en su Alcázar... El Rey que velará por los soldados que le escriben con sangre mil crónicas de gloria. Allí estará el Rey en su Alcázar y con él estarán el premio y el descanso, aguardando al soldado con licencia.



Ilustración 29. Don Juan de Austria, el guapo bastardo bienamado del César, en sus últimos años, cuyo nombre juvenil y encendido de laureles alteró el sueño de todas las doncellas de Europa

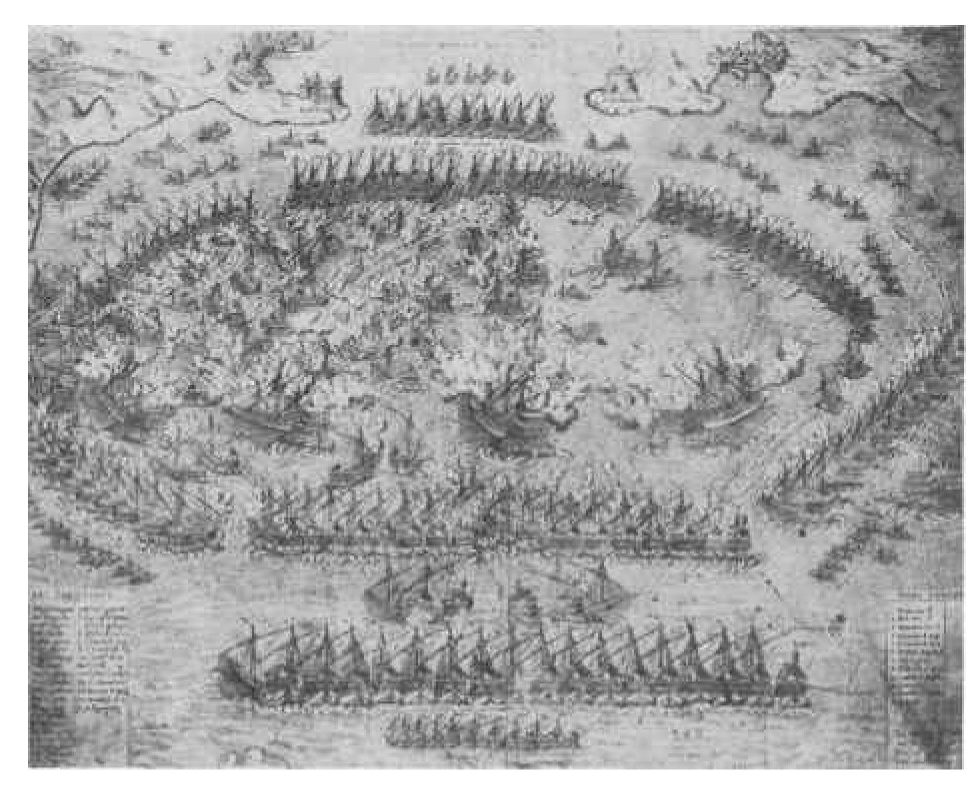


Ilustración 30. La batalla de Lepanto —la más grande ocasión que vieron los siglos, como la calificó un humilde combatiente en ella— empezó con esta disposición de las Escuadras de la Cristiandad y del Turco, según un grabado de Marius Cartaris de 1572



Ilustración 31. El prototipo del español de esa centuria gloriosa y fracasada —el siglo XVI— es Miguel de Cervantes Saavedra



Ilustración 32. Don Quijote de la Mancha es el libro de todos los ex-combatientes del mundo

Pero antes del descanso y el premio están el garito y el prostíbulo, el naipe y el aloque, el jaque y la alcahueta, el corchete y el alguacil, el hospital y la cárcel. Son miles de soldados los que vuelven lo mismo a la Corte con el rostro curtido y la piel taladrada soldados quijotescos que despiertan de su ensueño en almohada de piedra.

Miguel de Cervantes ambula por corrillos y mentideros. Él, además de soldado, es poeta. No le dejan relatar aquella «alta ocasión» en que perdió su brazo. Lepanto ya está lejos. Y además, ¿qué significa Lepanto? ¿Se llegó hasta Constantinopla? ¿Se terminó con el Turco?... Hay epigramas ingeniosos contra la inutilidad de la guerra, contra la torpeza de la paz, contra esto y aquello. Nada del habla ruda del vivac, sino sutil conceptismo se escucha por la Corte. Es menester buscarse la vida, difícil para el que llega y no tiene valedores. Los nobles comentan y pasean, cortejan tapadas en el Prado y corren lances de muerte y amor por el nocturno. Los segundones que no son soldados, cantan misas. Las gentes del Estado llano llenan las mil y una covachuelas de los Consejos. Los plebeyos no artesanos de las ciudades laboriosas se ensayan en los cien oficios no santos de la picaresca, haciendo quiebros garbosos al Santo Oficio... ¿Qué hace el pobre licenciado quijotesco?... ¿Mendigar?... ¿Apicararse?... Ni sus cicatrices mueven lástima ni el exacto romance de sus hazañas tiene admiradores.

¿Qué hará Miguel de Cervantes, el más quijotesco de los soldados, no derrotado, pero sí vencido, devuelto mutilado de la carne y los sueños a la Patria? Correrá una vida triste, mordidos los talones por el hambre primero y la envidia después. Adulará a señores, recorrerá covachuelas burocráticas —¿no será en ellas donde se asesinan las quimeras que llenaban el corazón de los soldados?— y verterá su corazón puro y desencantado en un libro inmortal, que bien puede considerarse el libro de todos cuantos volvieron de Flandes, de Italia, de Francia, de las Indias... Don Quijote de la Mancha es el libro de todos los ex combatientes del mundo.

Nadie lo entiende así. Su grandioso sarcasmo, lleno de heroica antipoesía, no lo ven los contemporáneos más que como una parodia de los libros de Caballerías. Pero es mucho más. Es la confesión de un Quijote que se ha hecho Sancho a pesar suyo. Es la humillación de un Amadís vencido sin saberlo. Es la alegría de la Caballería y de la Caballerosidad, ahogadas de burocracia v de leguleyis-mo; es el más doloroso llanto por el Héroe y la maldición al Mediocre que empieza a ascender en España. Es el más vivo cuadro de Historia. No es cierto que sea una sátira contra Carlos V y mucho menos contra Felipe II, que tan escaso quijotismo tenía en su gran inteligencia. Ni siquera es una sátira

contra España. Le dolía demasiado España en el corazón a Miguel de Cervantes para querer hacerle el escarnio de morir devuelta a la razón. El Ingenioso Hidalgo es la autobiografía de un soldado quijotesco —uno entre tantos miles cruzados de la quimera— que se llama Miguel de Cervantes. Si de alguien se burla Cervantes es de sí mismo, de su manera de ser quijotesca y de su modo de pensar pancista. Autobiografía, disección implacable del alma propia. Nos imaginamos a Cervantes en la cárcel de Argamasilla ante el primer pliego, virginal todavía, riéndose de su donquijotismo, pero pensando ya la inmensa frase doliente del último capítulo: «No tengo de ver más a Dulcinea»... Es decir: al ensueño, a la gloria, a la divina locura del Héroe... ¡Ningún español, durante muchos siglos «tendría de ver más a Dulcinea»...!

Cervantes empieza a escribir la crónica de su desencanto... y escribe, sin saberlo, tres siglos largos de Historia de España.

Después de los fabulosos marinos del Tinto-Odie! que acompañaron al Almirante de la Mar Océana, fueron otros. Se llamaban Cortés, Pizarro, Balboa, Orellana, Ojeda, Magallanes, Belalcázar... Navegaron, lucharon, vencieron, legislaron, descubrieron, cantaron, civilizaron. Revolvieron y escudriñaron tierras y mares, montes y valles, dándoles nombre, Dios \ Rey a todos. Se casaron allí y allí engendraron hijos



Ilustración 33. Francisco Pizarro



Ilustración 34. Hernán Cortés



Ilustración 35. Don Pedro de Alvarado



Ilustración 36. El Adelantado Sebastián de Bealcazar



Ilustración 37. Pedro de Valdivia



Ilustración 38. Pedro Menéndez de Avilés

XXXII. EL SIGLO DE ORO

Camino adelante va el siglo XVII. España, «de la carrera de la edad cansada», trata de mantener un prestigio quijotesco difícil y arriesgado. La sangre habsburguesa no ha logrado mantener su alta tensión primera, y Felipe III y Felipe IV, los reyes mejor retratados ecuestremente, parecen haber olvidado que el áspero cabalgar conduce a la gloria. Y no sólo eso —que también la majestad de El Escorial olvidaba el corcel—, sino el papeleo y el estudio minuciosos que Felipe II, Rey no militar, dedicaba a los asuntos de Estado. A Felipe III y Felipe IV les abruma la noble carga del gobierno de sus reinos. Han nacido fatigados, perezosos e Indolentes, sin pasión por ejercer el privilegio de su sangre imperial y real. Los descendientes del César no quieren imperar en Europa y los del Rey escurialense casi no apetecen reinar en España, en cuanto reinar supone desvelo administrativo y no pomposo protocolo. Es tal vez la continua mezcla de sangres cansadas de gloria la que fatiga antes de nacer las medulas de estos Monarcas. Quizá otra razón de su cansancio sea el cansancio de la España quijotesca ya devorada por el sanchismo. El caso es que a la baja tensión de la realeza corresponde el pulso escaso de un pueblo que, no pudiendo ya vivir empresas épicas, se dedica a la lírica y a la teología, sustituyendo las altas empresas colectivas por la genialidad individual. Como ya no realiza epopeyas no las escribe, pero como hace picardías para ir tirando otra centuria, escribe novelas picarescas y comedias de enredo. Creyente en Dios, creyente fanático a pesar del desencanto de verle vencido y maltratado por sus enemigos —enemigos de Dios y de España, paladín de Dios—, se vuelve hacia la mística que barroquiza en el auto sacramental. España toma un gusto morboso a las «ociosas plumas»: plumas de escritor; plumas de almohada; plumas de sombrero cortesano, barredoras de suelos ante damas en lugar de cielos de pólvora quemados en el airón de la cimera. Los reyes se hacen cazadores, y chistosos murmuradores los soldados. El aire huele a rosas decadentes y la caballería marcha a pie, que el último andante caballero murió sin descendencia en su lugar manchego, mientras el hombre del rucio procreaba una estirpe pancesca inagotable.

Los reyes cansados, sin perder el empaque borgoñón y la altivez hispánica —que tampoco ha abandonado el pueblo— nada son capaces de hacer por conservar lo que están en trance de ver perdido. Quisieran conservarlo, sí, pero no entienden que para ello es menester un esfuerzo coordinado de voluntad e inteligencia. A los Felipes III y IV los sorprende y disgusta profundamente, como un ultraje a su majestad, que la victoria se desprenda de los estandartes ibéricos a los que la clavaron Carlos V y Felipe II, pero no son capaces de reconocer la responsabilidad de su abúlica inercia mental en ese abandono. Ellos han dejado en manos ajenas el cuidado de su patrimonio hereditario y, lo que es más grave, el de las ideas políticas que nadie debe administrar a un soberano, sobre todo cuando la institución monárquica tiene el sello tan personal y exclusivo que los primeros reyes de la dinastía austríaca imprimieron a la actividad de la Corona. Por otra parte, la nación también se ha resignado al silencio de su voz, que antaño valiera tanto como la del Monarca. Las Cortes han perdido frecuencia, prestigio y eficacia y son, más que una institución, una memoria vaga de un pasado glorioso. A los Tercios —invictos todavía hasta Rocroy en 1643— les falta la seguridad de que su heroísmo y su táctica sean fecundos. El siglo XVI justifica esa zozobra militar. La economía española interna, que milagrosamente ha sostenido la lucha de la centuria anterior gracias, sobre todo, a la tesonera genialidad de Felipe II, empieza a desmedrarse. La guerra de los moriscos y su definitiva expulsión por Felipe III influyen en ello tanto como la incesante emigración a América, que ya en 1617 hacía decir al doctor Suárez de Figueroa: «... ésa es la causa de estar España tan desierta. Tantas y tan remotas empresas como se le ofrecen la van cada día enflaqueciendo, quedándose en las ciudades solamente las mujeres. Salen todos los años muchos millares de hombres en el verdor de la edad, para no volver de ciento, diez, y de ésos, casi los más, viejos y estropeados. Así viene a quedar la provincia no sólo huérfana de los mismos, sino también de los que pudieran nacer por su respeto». («El Pasajero». Alivio I.)

Toda esta labor de erosión de las contingencias del momento histórico, quizá hubiera conseguido frenarla un monarca de fuerte personalidad. Otro Carlos V, insuflando ánimo heroico en los pobres

quijotes en paro forzoso, u otro Felipe II, lubricando cada momento la maquinaria burocrática, habrían aplazado la ruina.

Un Felipe III o un Felipe IV, indecisos y tímidos como todos los mediocres, dejando lo antipático del Poder en manos ajenas, frecuentemente ineptas y siempre impopulares —los Lerma, los Uce-da, los Olivares, los Calderón, los Haro—, apresuraban el desmoronamiento interno. Cuando el Rey no sabe qué hacer, los súbditos —ministros o masas— van a la deriva, trabajados por el escepticismo y el sarcasmo.

Coincidente con el desmayo de la calidad humana de los monarcas españoles es el encuentro de Francia —la enemiga eterna— con sus mejores reyes y estadistas. Al otro lado de los Pirineos —que no demolerán ni las bodas francoespañolas ni siquiera la instauración de una nueva dinastía francesa en España— coexisten con los dos pequeños Felipes ibéricos los dos grandes Luises galos. Luis XIII y Luis XIV, que aun cuando casan con Infantas españolas —Ana y María Teresa— no aplacarán el odio de su sangre a los descendientes de Carlos V —rival de Francisco I—, y en las paces de Westfalia (1648), los Pirineos (1659), Nimega (1678) y Ratisbona (1684) consumarán la catástrofe europea de España haciéndonos perder los Países Bajos, Flandes, Artois, Luxemburgo, el Franco Condado, el Rosellón y la Cerdeña —por otro lado, se pierde Portugal— y dejándonos en situación precaria las posesiones italianas. El genio de Richelieu y la habilidad de Mazarino, ministros omnipotentes de ambos Luises, machacan y pulverizan las consideraciones familiares con que contara la Casa de Austria española al dar en matrimonio sus hijas a los Borbones franceses.

Incesante también y mal disimulado es el odio de Inglaterra, transmitido por la Reina Isabel a sus sucesores y difundido como una consigna en cada promoción marinera de la Gran Bretaña. Piratas y corsarios siguen infestando nuestras costas, apresando nuestros galeones, atacando nuestros puertos americanos, hollando nuestras tierras, escarneciendo nuestras banderas. Su juego, habilidoso más que limpio, nos finge amistad las veces en que su conveniencia es atacar a Francia, con quien también rivaliza, celosa de su poderío; amistad que se ve burlada siempre que al interés británico le es útil una traición o una perfidia.

Portugal nunca ha estado contento de la unión personal con los Austrias impuesta por las leyes de herencia. Pronto, los errores de la política de los favoritos españoles convierten en hostilidad el descontento y el anhelo de independencia: lo que la propaganda de la época llamaba —como en Flandes— la «dominación española». Para conseguir la libertad, el Reino portugués se subleva en un momento crucial de España, empeñada contra Francia, Inglaterra y los Países Bajos en que no se ponga el sol en Flandes; en que no se rompa la unidad nacional en trance de quiebra por la sublevación de Cataluña —fomentada asimismo por Francia— y en conservar el Reino napolitano —también revuelto por el mismo oro, para ganancia de los mismos avisados pescadores—. Ni que decir tiene que la sublevación portuguesa encontró ¡guales apoyos financieros e idénticos alientos morales que las demás rebeldías contra el poder de la dinastía española. Veinticinco años tardaron los portugueses en recuperar su independencia y en sustituir a la Casa de Austria por la de Braganza en el trono lisboeta. La primera nación en reconocer esa independencia, naturalmente, fue Inglaterra, que pronto impondría a los lusitanos, debilitados por la contienda, el Tratado de Methuen. Portugal quedó incluido de manera automática en la órbita de la política británica, antiespañola y antifrancesa.

El único amigo que le quedaba a España en Europa era el Imperio de Austria, unido por lazos familiares y necesitado de la fuerza hispánica para sostener su crédito en el corazón del Continente. No era ya el viejo Imperio germánico, muerto en realidad desde la abdicación de Carlos V, sino un Imperio de nacionalidades diversas sometidas a la Casa de Habsburgo. Austria conservaba alguna potencia merced a la tenacidad y al orgullo de su dinastía y, sobre todo, por el constante peligro turco para los territorios del Archiducado y del Reino Húngaro. Esta tensión de la amenaza bárbara era mucho más fuerte que los sentimientos nacionales primitivos y apretaba —por el temor— en torno del Trono a los distintos grupos raciales. Pero Austria carecía del gran poder que contrapesara el de los enemigos de España en el resto de Europa. Y, además, su tendencia egoísta trataba de sacar partido de nuestros fracasos militares.

A los validos de los Reyes de España se les presentaban, terriblemente agravados por la

expansión hispánica en Europa y América, los mismos problemas íntimos e internos que señalamos al hablar de don Alvaro de Luna. La nobleza, la burguesía y el pueblo, leales con los Monarcas, no quieren cargar sobre los hombros reales la responsabilidad del desastre y hacen blanco de sus iras y sus sátiras a Lerma y Olivares. Principalmente al Conde-Duque, no obstante las excelentes cualidades políticas que poseía, compensadas con grandes defectos humanos. Los intelectuales —alineados tras don Francisco de Quevedo, el más alto espíritu español del siglo XVII— combaten llenos de ferocidad al Conde-Duque. El pueblo español, para quien la política es un espectáculo tan violento y apasionante como la fiesta de toros, toma partido, pasivamente, por los enemigos de Olivares, no por comprensión e identificación con la excelsa mentalidad de Quevedo y demás tratadistas políticos, sino por el afán de derribar al favorito. Quevedo, Gracián y Saavedra Fajardo ven la realidad y atacan a Olivares, pero apuntando a la inepcia y la desgana del Rey. El pueblo, no. Para el pueblo, el Monarca es todavía «tabú» y, como en el siglo XV, atribuye a maleficios del Privado las desdichas nacionales. El pueblo no reconoce que su propia fatiga de gloria sea también culpable. El pueblo no advierte que él mismo ha abandonado su manera de ser enérgica y disciplinada; no se da cuenta de que ha perdido las ilusiones quijotescas que le capacitaban para las empresas difíciles. El Rey acaba por creer —como el pueblo y los escritores— que toda la culpa es del Valido y de los favoritos del Valido y poco a poco le va haciendo la traición de restarle su confianza. Quitándosela de pronto, hubiera sido quizá tiempo de remediar en algo la situación crítica. Pero socavar el poder ficticio del favorito sin disponer el modo de recogerlo, era dejar al país al garete en cuanto al sostenimiento del equilibrio del Privado fuese imposible. Así ocurrió. La caída de Olivares —como antes la de Lerma— no remedió nada, porque no había Rey ni siquiera Estado capaz de levantar de su postración a un pueblo desgobernado y desilusionado.

Felipe ha holgado muchos años y ya en su vejez no puede transformar su temperamento. Los sabios consejos de la monja de Agreda son incapaces de atraerle de veras al amor de los asuntos políticos y apartarle de los amoríos con comediantas, del prurito poético y del placer de la caza en los azules paisajes velazqueños. El segundo matrimonio con doña Mariana de Austria, mujer enérgica que le da un desmedrado heredero, no remedia la situación. Al contrario, Felipe IV se deja dominar por una melancólica nostalgia del tiempo perdido, por un arrepentimiento ineficaz de sus pecados, por una preocupación dinástica hondísima al ver en su cuna al hijo Carlos, canijo y tarado, que ha de ocupar el Trono cuando él falte. ¡Si al menos hubiese vivido para sucederle el guapo Baltasar Carlos, tan vivo e inteligente!... ¡Si al menos ese bastardo de la «Calderona» que llevaba el nombre del vencedor de Lepanto tuviese las condiciones caballerescas, políticas y militares del bastardo del César!… ¡Pero la decadencia de la dinastía es evidente y en los hijos pálidos e inexpresivos se advierte, dramática e inexorable, la fatalidad que castiga las culpas paternas!

El rostro de Felipe IV se hace cada vez más frío y más lejano. Su alma se enluta como su cuerpo esbelto. Una luz como de ocaso irradia de su figura, extraordinariamente atrayente a pesar de sus errores. Felipe IV es como un Rey de plata en el siglo de Oro.

Viéndole en los lienzos de Velázquez, lleno de empaque majestuoso y señorial sencillez, con su belfo sensual y su mirar perdido en no se sabe qué quimera, aleja de nuestro juicio cualquier rencor por el mal que su abulia haya causado a España, pues también nos parece un Rey quijotesco para quien la vuelta a la Corona ha sido más que para nadie dolorosa. El ha visto el horrible crepúsculo del sol hispano en Flandes; él ha visto desgarrarse para siempre el sueño de unidad peninsular de sus antepasados; él ha oído los gritos de los muertos en Rocroy, tan diferente del silencio de los que cayeron en las batallas victoriosas. Lo que ha visto y oído no le ha dejado terminar un soneto a Filis en el barroco estilo gongo-riño... ¡Rey de plata sobre el fondo de ocaso de un siglo de oro!... ¡Rey fantasmal y desdichado, sin sitio en el Parnaso ni en la Historia! ¡El Escorial para su cuerpo y un Limbo-Purgatorio para su espíritu, al que no se abrirán las puertas de la Gloria ni las del Infierno!... Rey timonel —sin genio— de una nave desvelada y agrietada, ¿qué iba a hacer más que soñar que vivía y reinaba, Segismundo en la torre ciclópea de sus herencias físicas y morales?... Felipe III y Felipe IV son los Reyes de la decadencia política y militar de España, pero también los de un siglo en que el espíritu de la Raza —resistiendo a la amargura de los desastres— asombra al mundo con sus obras. Marte y Mercurio nos abandonan en las lizas de guerra y diplomacia, pero las nueve Musas, instaladas

con Minerva en los sotos floridos del Tajo y el Manzanares, el Henares y el Betis, reciben pleitesía de plumas, pinceles y buriles. La estrategia española se ve superada por los genios militares franceses Conde y Turena, pero el Fénix Lope de Vega es el fenómeno literario de Europa. Los corsarios ingleses acosan los galeones españoles en las cuatro esquinas oceánicas, pero España tiene a Calderón después de Lope y la dramática británica ha enmudecido al morir Shakespeare. Flandes se nos va de las manos y Rubens y Van Dyck ya no serán pintores de Reyes e Infantes españoles, pero para inmortalizar sus oros y marfiles trabaja en la cámara real Velázquez. La gravedad de la hora española no mata la sonrisa aristocrática de una Raza que, porque todo ha sabido ganarlo, ha de saber perderlo todo sin un gesto de desaliento o impotencia. Para que el mundo aprenda a despertar de los sueños, andan ya impresas en todas las lenguas europeas las andanzas del «Ingenioso Hidalgo» y las de los picaros Marcos, Guzmán y Justina. Y las crónicas de los historiadores y las humanidades de los polígrafos y las audacias cristianas de los místicos y la revolución poética de Góngora. América se llena de palacios, de catedrales, de sustancia y de idioma. El mundo nos estudia, nos traduce, nos copia... ¿Y ésta es la decadencia?... A la larga, todos los países vencedores conocen la derrota. Todos los Imperios llegan a la disgregación porque la fuerza material tiene su límite de distención... ¡Glorioso el país a quien dejar de ser el primero cuesta un siglo de Oro! ¡Glorioso el Imperio —sólo Roma y España tienen esa gloria— que, al perderse en la Historia como tal concepo político, dejan su idioma, su cultura, su esencia racial y su norma jurídica a veinte pueblos jóvenes nacidos de su sangre! El Poder material no es eterno. La Eternidad es el espíritu. En los retratos velazqueños parece que Felipe IV lo sabía. Y por eso su faz no pierde la impasibilidad... Se ha perdido Rocroy, pero Lope de Vega ha terminado su espléndida tarea. Portugal ha recobrado su independencia, pero don Pedro Calderón de la Barca está componiendo «El Gran Teatro del Mundo» y Queve-do «Los Sueños» y Gracián el «Criticón» y Velázquez «Las Lanzas» y Góngora la «Soledad primera» y Murillo, Ribera y Zurbarán sus vírgenes y santos y se han embarcado en un galeón en Sevilla los planos barrocos para las iglesias, audiencias y palacios virreinales de Lima, de Méjico, de Quito, de Guatemala, de La Habana... Por eso, el rostro del Rey no se deja abatir por la tristeza. España es tan eterna como esa luz de los montes que la nimba. El crepúsculo político se funde con un radiante amanecer de belleza, expresión y pensamiento que asegura la permanencia del sol del espíritu sobre las tierras legítimamente heredadas o adquiridas por la Monarquía española desde 1492. Por eso, la mirada perdida de Su Majestad Felipe IV tiene más de melancolía y de ensueño que de tristeza o amargura. ¡Que no en balde era poeta el bisnieto de Carlos V!



Ilustración 39. Don Francisco de Quevedo, el más alto espíritu español del siglo XVII



Ilustración 40. Se ha perdido Rocroy, pero Lope de Vega ha terminado su espléndida tarea



Ilustración 41. En corrales como este de la «Casa de Comedias», de Almagro, nació, vivió y alcanzó gloria universal «el gran teatro del mundo»: el español del Siglo de Oro



Ilustración 42. Flandes se nos va de las manos, y Rubens y Van Dyck ya no serán pintores de reyes e infantes españoles; pero para inmortalizar sus oros y marfiles trabaja en la cámara real Diego Velázquez

XXXIII. ESPAÑA HECHIZADA

El último Habsburgo español es esa pobre miseria humana, exangüe y enlutada, fantasmal y enteca que toma la Comunión en el cuadro de Claudio Coello de la sacristía de El Escorial. De niño parecía un viejo; adulto ya, no ha perdido el aire de infantilidad raquítica y enclenque. Su figura, en medio del dramatismo de un Reinado en que todo está a punto de perderse por falta de pulso, es una sombra sin personalidad ni anécdota. Ni tirano ni bondadoso, ni sensual ni místico, ni culto ni inepto, Carlos II «ni pincha ni corta». Personalmente no ha interesado a casi nadie su caso clínico. Su paso por la Historia de España apenas ha movido un par de plumas a consagrarle unas páginas. Es un Rey al que su país no tiene que agradecerle más que una sola cosa: no haber dejado hijos. Horroriza pensar que aquel desmedro físico —casado dos veces— hubiera tenido fuerza en la sangre para engendrar un sucesor. No es que el cambio de dinastía haya traído bien alguno a España. Pero ¿qué habría sido de la piel de toro si la sangre de Carlos II hubiera tenido un heredero? ¿Hasta dónde habría llegado la agonía del país? ¿A qué extremos la tristeza angustiada de los escasos seis millones de seres que en España quedaban, hambrientos y desilusionados, supersticiosos y acobardados, dedicados al bostezo y los exorcismos para deshechizar a la caricatura de Rey que ocupaba aquel trono que fuera el primero del mundo?

El español, monárquico por naturaleza y convicción —justificadas por las glorias de la institución real desde Isabel y Fernando a Felipe II durante casi un siglo y medio—, no puede comprender desde mediados del XVII que su decadencia sea obra del régimen, ni siquiera de las personas que lo encarnan. Por ello, salvo el episodio separatista de Cataluña en el Reinado de Felipe IV, no se da un caso de rebelión frente a la inepcia real, que el pueblo no sospecha siquiera. Lo de Cataluña, que tuvo inspiración extranjera, respondió a un malestar económico y a cierto recelo foral ante el centralismo de Madrid. También hubo su parte de inquina contra el Conde-Duque. Pero la Majestad filipesca —al menos la Alteza del Conde de Barcelona— quedaba a salvo. El pueblo catalán, ferozmente sublevado a golpes de hoz, no llegó a deponer al Monarca —ni aun en efigie— como se había hecho en Castilla con Alfonso X y con Enrique IV. La Monarquía española desde Carlos I era mucho más una especie de representación divina en la tierra que un convenio del pueblo, la nobleza y el soberano como en la Edad Media. Los Reyes Católicos atando corto a los nobles, Carlos I venciendo a las Comunidades, Felipe II imponiendo el suntuoso aparato del ceremonial borgoñón, y los Felipes III y IV haciendo caso omiso de las Cortes tradicionales, habían conseguido situar a la realeza en un mundo aparte y sagrado. Felipe IV había descendido un poco a la esfera mortal con sus amoríos en San Plácido y en los corrales, con su afición a la comedia y a los toros y sus medianas dotes poéticas, aunque su presencia en el mundo de los pobres seres terrenos era todavía como una aparición sobrenatural, ungida de misterioso esplendor. Su mismo porte elegantísimo y majestuoso, su misma faz como de otro planeta, imponía respeto al vulgo. Felipe IV cuando llegaba hasta el pueblo lo hacía en un descenso magnánimo de su olímpica altura, sin que jamás él ni la plebe osaran darle una interpretación igualitaria, imposible de concebir entonces. Ni los errores tremendos de su gobierno ni la resonancia por los mentideros de sus devaneos con monjas o actrices llegaban a ser considerados por el pueblo español como un signo evidente de una misma constitución moral y física del soberano y los vasallos. La Monarquía para los españoles tenía algo de mitológico, y si el Rey condescendía a tener algún defecto humano, era como cuando los dioses paganos se envolvían en carne mortal para sus aventuras: quizá para engendrar semidioses. ¿No había sido un semidiós, un héroe legendario, un caballero de romance de gesta, el hijo natural de Carlos V, don Juan de Austria? Con ese concepto tabú de la personal real —evidente en tantos aspectos que aquí no hay espacio para analizar— era lógico que el pueblo no achacase —ni por asomo— a los monarcas la causa de! desastre inevitable hacia el que caminaba el Imperio hispánico. Los fracasos —que los hubo— de la política de Carlos V fueron, para el pueblo, culpa de Lutero; los de Felipe II, de Francia e Inglaterra llenas de herejes que pactaban con el demonio; los de Felipe III, del diablo de Richelieu y de su acólito el Duque de Lerma; los de Felipe IV, del Conde-Duque de Olivares. El amargor nacional por la ruina de sus ilusiones, por el desmoronarse de sus grandezas, no fija nunca su pupila de estupor o de cólera en el representante de

Dios que ocupa el Trono. Para el Rey hay siempre una excusa absolutoria —por otra parte, casi nunca buscada— en las culpas ajenas. El desencanto y la tristeza nacionales se hacen en tiempos de Carlos V y Felipe II hervor y orgullo españoles y luego inmensa xenofobia y fanatismo religioso. La Contrarreforma es un verdadero movimiento nacional, mucho más todavía que un sistema político dinástico. La Inquisición se convierte de instrumento político de la Realeza en arma defensiva y ofensiva de un pueblo exasperado que la acata y la venera —aunque otra cosa se haya dicho— como garantía de la subsistencia de España al frente de los destinos del mundo. ¿No es singular la coincidencia de los autos de fe con la celebración de faustas jornadas? La religiosidad, el fanatismo español —viejos de la guerra de moros— se renuevan con el auge y el poder del XVI. El enemigo sigue siendo el infiel y la guerra continúa como guerra santa dondequiera que van los soldados de España. Cada auto de fe es —por la concurrencia— un plebiscito nacional en el que el pueblo da su voto a la política cristiana de los Reyes. El pueblo no ve más que ese aspecto tradicionalista y ortodoxo, aunque el cerebro de los grandes Reyes mueva las piezas de su ajedrez con intención más puramente estatal, con estrategia mucho menos simplista que el sentimiento popular.

Cuando los Reyes abúlicos resignan el mando en favoritos, el pueblo, lleno de satisfacción, encuentra en quien descargar su ira y su sarcasmo. Lerma y Olivares recogen una herencia dificilísima y cargan con una responsabilidad abrumadora, pero cumplen con su Rey y con el pueblo la tremenda misión —ya señalada— del Valido. Pero la decadencia y el desbarajuste, la descalificación estatal ha llegado a tal punto en España bajo el pelele con Toisón que es Carlos II, que el pueblo no acepta ya, como explicación de su miseria, el maleficio de los favoritos. Valenzuela, Nithard, don Juan de Austria son, más que odiados —como Lerma y Olivares—, despreciados. Quizá sean demasiado mediocres para pechar con la dura misión del Valido. El pueblo ya no quiere culparles de lo que el Rey hace y no hace. Falta también un Quevedo que los fustigue aguda e inteligentemente. La sátira contra los favoritos de Carlos II carece de altura y filiación. Es el libelo callejero, la copla tabernaria, el chiste anónimo del truhán, el envidioso y el despechado, no la catilinaria elevada y profunda del pensador de genio. La decadencia de un pueblo se conoce, quizá mejor que por otra cosa, por el rebajamiento de la crítica adversa. Cuando a la razón sucede el insulto, cuando a la lección severa y constructiva sustituye el chiste populachero, puede decirse justamente que el poder

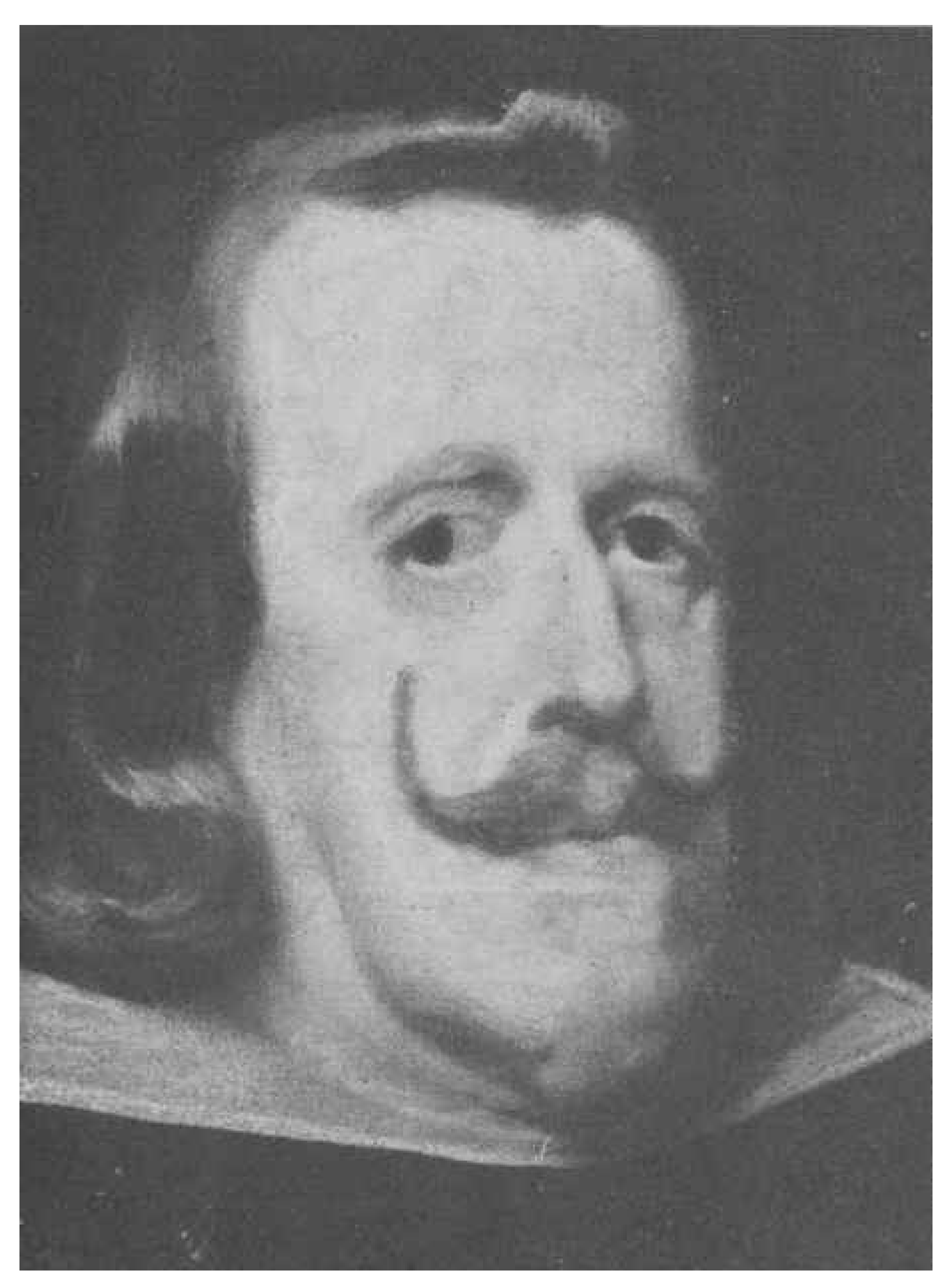


Ilustración 43. Felipe IV es como un rey de plata en el Siglo de Oro



Ilustración 44. Defensa de San Juan de Puerto Rico, por don Juan López de Haro, contra los holandeses, en 1625. Derrotados los holandeses, incendiaron la ciudad antes de abandonarla (Copia, por Jesús Molina, del original de Juan Leonardo)



Ilustración 45. Toma de Brissach por el Duque de Feria, don Gonzalo Suárez de Figueroa en la guerra de los treinta años (1633) (Copia, por Jesús Molina, del original de Juan Leonardo)

es una ficción y que la descomposición ha corrido todo el cuerpo nacional. Carlos II y sus gobernantes, que no han tenido enfrente un Quevedo como el Conde-Duque, tampoco tendrán jamás un Marañen. Quien no logra en la vida pública la atención hostil de alguien selecto, nunca tendrá tampoco una crítica inteligente o apasionada. Bien es verdad que en el Reinado de Carlos II parece haberse secado todo el jugo de la inteligencia española... Hasta la vena del sarcasmo parece endurecida y estéril. Entonces el pueblo busca una razón a la decadencia, a la miseria, a la impotencia que martiriza a los españoles, del Rey abajo. Y la encuentra en el poso medieval de la superstición: ¡El Rey está hechizado! Al verle, tan flaco, tan macilento, tan pálido y exangüe, tan sin brillo la mirada, tan prognática la mandíbula, tan belfo el labio; con la melena lacia y descolorida; la mano, huesuda y lívida, sin fuerza para empuñar el espadín —¿quién pensaría en colgar al cinto de Carlos II la espada del César?—, el pecho hundido por el peso liviano del Toisón de Oro y esposo estéril de dos Reinas jóvenes y sanas, las devotas españolas se santiguan y piensan en brujas, en ungüentos, en yerbas, en vampiros, en aojamientos... Todas las recetas y antídotos, todas las cabalas que aprendiera de la Edad Media la vieja Celestina, salen a relucir en los albores del racionalismo y de la Enciclopedia. A los físicos y cirujanos del Alcázar les sustituyen curanderos y practicones. Las paredes encaladas de los conventos se ensangrientan de las salpicaduras de los cilicios por la salvación del Rey, y los picaros y hampones de estómagos vacíos matan el dolor del hambre en procesiones de disciplinantes. La superstición suelta su melena de culebras por toda España y corre un viento frío de montes Pelados y noches de Walpurgis por las aldeas y los campos, vueltos a la angustia salvaje del milenario. El Rey y el pueblo se torturan con exorcismos y penitencias, en una horrible confusión de fe católica y de credulidad pagana. Pero ni Rey ni pueblo sonríen ni procrean. Al contrario, cada día menguan, se empequeñecen, se hunden... Los mozos más fuertes abandonan las aldeas y corren al mar para buscar el camino de las Indias. El Alférez de los Tercios —¡si existieran los Tercios!— no encontraría hombres en toda Castilla para levantar siquiera una Compañía... El ambiente está poblado de duendes y fantasmas. Los niños mueren a millares. ¿Qué pasa? No es sólo el Rey quien está hechizado. ¡España entera está hechizada! Todo el aire vibra estremecido de campanas que doblan, sin campanero, por algo que agoniza lentamente. Como el Rey no tiene hijos y el Rey de Francia tiene nietos —hijos del hijo de María Teresa, hermana mayor del Rey doliente—, Francia ya no mueve guerra a España, esperando la herencia. El Imperio acecha también la sucesión. Inglaterra —preocupada de que el trono español vaya a ocuparlo un príncipe francés, ya que es ahora Francia su enemiga— refrena un tanto los apetitos de sus piratas. Carlos II no ha muerto todavía y ya rondan su cuerpo todos los cuervos testamentarios. La madre, la mujer, el confesor, el privado, el hermano bastardo, los embajadores, confidentes y espías y las facciones de cada uno de ellos, murmuran, cuchichean, vigilan, intrigan. El cuervo francés tiene su bando —o su banda— e igual el grajo austríaco. Cualquier país europeo, grande o chico, pone un interés deportivo y macabro en torno del sepulcro abierto —y sin ocupar todavía— del pobre fantochín real compungido, impotente, idiotizado, entregado a las prácticas de la fe y a las supercherías de la curandería rural en las vastas estancias con tapices flamencos y cuadros de Velázquez del Palacio del Buen Retiro... Así pasan años. El Rey y España, crispados, horrorizados, exorcizados, se sobreviven por un milagro incomprensible. Hasta que un día, en el corazón del Rey mísero se paraliza para siempre la sangre. Aquella pobre sangre por la que —en un delirio de árboles genealógicos— corrían glóbulos nada menos que de Carlos el Temerario, de Isabel de Castilla, de Fernando de Aragón, de Carlos V, de Felipe II, de Manuel el Afortunado de Portugal. ¡Aquella sangre de los mejores soberanos de Europa, empobrecida y anemizada en la figurilla de marfil del último Habsburgo español!

* * *

Se ha abierto el testamento del pobre Rey mísero. España ha dejado de ser austríaca. Después de dos siglos de reñir con Francia, hereda el Trono de los Reyes Católicos el Duque Felipe de Anjou, nieto de Luis XIV. Si los muertos ríen o lloran en sus tumbas, la de Francisco I en Saint-Denis y la de Carlos V en El Escorial habrán quebrado sus piedras con una carcajada y un sollozo homéricos, mientras el viejo zorro de Versalles, Luis XIV, frotándose las manos jubilosamente, exclama con malicia —es demasiado astuto para ser ingenuo— la frase que habrán de desmentir Napoleón Bonaparte y el alcalde de Móstoles: «¡Ya no hay Pirineos!»

* * *

¿Que ya no había Pirineos?... Luis XIV olvidaba que la piel de toro seguía siendo la piel de toro.

XXXIV. PELUCAS BLANCAS, MINUÉS, JUEGOS DE FUENTES

El Duque de Anjou entra en España como un tímido rayo del regio sol de Versalles. En España, donde los últimos años habían sido una noche tan negra como inacabable, donde ya no lucía el sol aun cuando no se hubiera puesto del todo en sus dominio, se acoge al heredero testamentario de Carlos II con ese gesto de satisfacción física con que vemos por la ventana el cielo despejado al despertarnos después de un largo invierno de nubes y aguaceros.

La atonía de España había llegado a tal extremo en los últimos años austríacos, que el pueblo no comprende la magnitud del fracaso de su tradición histórica que significa la venida de un príncipe francés a ocupar el Trono de los Reyes Católicos. No se produce en las gentes el movimiento de sorpresa e indignación que cabría esperar después de dos siglos de enemistad incesante con Francia. El joven Rey —como Carlos I cuando vino de Flandes— ni ha nacido en España, ni habla español, ni conoce las costumbres ibéricas. Es extranjero por los cuatro costados. En lugar de la negra ropilla española, viste sedas policromas y brillantes. Adorna su cabeza la nieve sedosa de una peluca parisiense. De su cuello, en lugar del Toisón, cuelga el collar del Espíritu Santo, y su paso va rimado —en vez de a una grave zarabanda de Cabezón o a una pavana de Luis Milán el vihuelista— a un perfumado minué de Couperin, de Lully o de Rameau. Es, en lugar de adusto, sonriente. El belfo perfil de los Austrias va a ceder su lugar en las monedas de oro a la gruesa nariz y a los labios sensuales de la borbonada... España, no deshechizada todavía, ve con indiferencia la entrada de la Corte francesa. Probablemente, la nueva Casa Real española se habría asentado cómodamente en el solio de los Carlos y Felipes, si la familia habsburguesa de Viena no hubiera reaccionado como reaccionó. El Emperador Leopoldo ambicionaba para su hijo el Archiduque Carlos la herencia de los Habsburgos de Madrid. El Archiduque era nieto de Felipe IV —hijo de la Infanta Margarita, la de los maravillosos lienzos velazqueños rosa y plata de los museos de Madrid y Viena— y por la rama paterna también tenía sangre de los Reyes Católicos. María Teresa de Austria al casar con Luis XIV había renunciado al Trono español para sí y sus sucesores en la Isla de los Faisanes. El Emperador alza su protesta, a la que Luis XIV hace oídos sordos, lo que enciende la guerra que Austria declara a Francia y al flamante Rey español. Luego, sus agentes y los británicos consiguen sublevar a Cataluña contra Felipe V. Cataluña, ayudada por Francia en la rebelión de 1640, ahora, sesenta años después, se manifiesta rabiosamente antifrancesa.

Austria ataca a Francia y España en diversos teatros de guerra europeos, principalmente en Flandes y en Italia. Inglaterra, en seguida, se llama a la parte en el conflicto, y, según su tradición, se pone enfrente de quien más dificulte la expansión de sus ambiciones, que, naturalmente, es el bloque francoespañol, potencias marítimas y coloniales que de antaño obstaculizan sus pretensiones a la supremacía marinera. Los satélites de Albión, Portugal y Holanda, secundan los designios de su rectora y entran en la liza. Prusia, donde ya se dibuja la gran rival de Austria en Centro-Europa, toma también las armas. Saboya —no obstante ser la joven Reina española una princesa saboyana— forma entre los enemigos de los Borbones. La lucha por la sucesión de Carlos II se hace, pues, una conflagración europea y americana, porque los navios angloholandeses hostilizan nuestras colonias y las de Francia en el Nuevo Continente.

La flota británica, utilizando los puertos portugueses, desembarca tropas propias —escasas como de costumbre— que con otras austríacas y portuguesas mandadas por Churchill, el «Mambrú» de nuestra canción de «folklore» infantil —con música francesa por cierto, como si ya no hubiese Pirineos verdaderamente—, atacan por diversos puntos. El Archiduque Carlos pone pie en Lisboa, se proclama Rey de España y avanza hasta Madrid. Con Cataluña hacen causa común antiborbónica, Baleares, Aragón y Valencia. Desde 1704 a 1714 se suman en el suelo español la guerra civil y la guerra internacional. Hombres de España en uno y otro bando bajo extrañas banderas. Alternativamente, la victoria sonríe a ambos ejércitos, pero el dolor hace su mueca a España, regada de sangre la piel de toro. Los triunfos de Almansa, Brihuega y Villaviciosa parecen inclinar el éxito de la contienda a favor de los Borbones. Pero muy pronto, las derrotas de Almenara y Zaragoza ponen en peligro a la nueva

dinastía. La guerra se hace pesada y lenta, con poco entu-



Ilustración 46. Carlos II «el Hechizado». De niño parecía un viejo; adulto ya, no ha perdido el aire de infantilidad raquítica y enclenque. Su figura, en medio del dramatismo de un reinado en el que todo está a punto de perderse por falta de pulso, es una sombra sin personalidad ni anécdota



Ilustración 47. La Corte de los Borbones ya no va a El Escorial o a El Pardo españolísimo, sino a La Granja o Aranjuez de los juegos de fuentes versallescas y los jardines afrancesados



siasmo por parte de los contendientes. Salvo España, que lo da todo —ya encendidos sus fuegos—, los demás beligerantes negocian más que combaten, preparando una paz en que todos ganen algo, menos España, a la que tocará el papel de víctima, que ya no dejará de representar en todas las contiendas internacionales futuras,

Carlos VI es llamado al Trono imperial de Austria en 1710. Inglaterra no quiere ver repetirse la Historia y decide pactar con Francia. Francia sabe que Austria, desasistida de la Gran Bretaña, no

podrá sostener la lucha mucho tiempo y se decide a pactar con Inglaterra. Los lobos no muerden a los lobos. Queda para sus dentelladas el cordero español. Los satélites británicos hacen también su paz con Francia. España, abandonada de Francia y con la división interna en Cataluña, firma también las paces en Utrecht con Inglaterra, Holanda, Portugal y Prusia y, en Rastadt, con Austria. ¡Las paces de Utrecht y de Rastadt, dramático regalo de las bodas de la piel de toro con la flor de lis! Por ellas, España, sin gloria, vuelve a su rincón europeo, semiafricano, barrida del concierto —o desconcierto— de Europa en que llevara la batuta durante siglo y medio. Por aquellas paces, España, tan fieramente celosa de su independencia y su integridad territorial, siente clavarse en su piel táurica y sagrada el rejón enemigo doloroso que ha de afrentarla y humillarla, precisamente enfrente del África que la espera. El primer Borbón español cede a Inglaterra, en Utrecht, Menorca y **Gibraltar.** Menorca será recobrada poco tiempo más tarde, pero el sol de Gibraltar no ha podido volver a bañar con su lumbre andaluza y mora la bandera de España. ¡Ya no hay Pirineos...! Pero tampoco hay unidad, tampoco hay integridad, tampoco hay dignidad. La herida está abierta, chorreante, imposible de cicatrizar. Gibraltar es como una mutilación, más vergonzosa que dolorosa, para la España eterna que, en medio de los azares de su Historia, siempre había conservado el orgullo de su bloque intacto, de no tener un solo palmo de su tierra dura bajo la sombra de una bandera extraña. La paz de Utrecht nos puso al pie el grillete de un poder extranjero impidiendo nuestro movimiento africano y nuestra alegría nacional, asfixiando cualquier anhelo de renacimiento legítimo de nuestras glorias. En Utrecht perdimos también Sicilia. Pero Sicilia no era nuestra carne. En Rastadt hubimos de ceder al Imperio lo poco que nos quedaba de los Países Bajos. ¡Pero Flandes y Luxemburgo no eran nuestra carne aunque fuesen nuestra ilusión y en la fortaleza de Namur quedase el corazón del doncel don Juan de Austria! Rastadt nos despojó de las últimas posesiones italianas donde quedaban enterrados los soldados de Pavía, aireados al viento latino los laureles de Gonzalo de Córdoba. ¡¡¡Pero Cerdeña, Nápoles y Milán no eran nuestra carne!!! Todo podía perderse porque todo se había heredado o ganado y la guerra y la historia y la vida tienen ese hermoso azar de pérdida o ganancia. Pero Gibraltar, no. Gibraltar no era azar, sino esencia y carne de la carne y ¡a esencia ibéricas. Gibraltar no era un trozo de partija hereditaria de un abuelo real que testa a su capricho. Gibraltar era, Gibraltar es, el extracto sacrosanto del mito. Gibraltar era y es el vértice de la forma que a esta tierra de España dieran las conmociones de la tierra en busca de su perfil definitivo. Gibraltar no podría quitárnoslo más que Dios, que lo había hecho nuestro. ¡Pero Gibraltar se lo llevaron los ingleses! No importa para nuestro dolor que sea un peñasco estéril o que fuese un vergel; que sea la llave del Estrecho o que fuese el punto menos estratégico del universo. El dolor de España por Gibraltar no es por lo que valga o deje de valer en consideración cualquiera ajena al sentido unitario e integral de la tierra. El dolor de España es porque Gibraltar es su carne y está cortado de su carne; porque su sangre no se mezcla con toda la demás de la tierra española; porque no puede cantar ni llorar con nosotros la alegría o el dolor de la tierra española; porque nos mira y no nos tiene; porque le miramos y no le tenemos... Por eso la Casa de Borbón nunca ha reinado **totalmente** en España. Pudo Felipe V haber perdido —como perdió— todos los dominios europeos de la Corona española, y hubiese sido Rey de España. Cediendo Gibraltar y Menorca fue sólo Rey de **casi toda** España. Pero el «casi» que le faltaba, tan grande en su pequeñez, deslucía su diadema, como una perla muerta afea un collar de perlas vivas y fragantes; como una fruta podrida deshace la armonía barroca de un cestillo de ofrendas estivales. El príncipe francés ¡qué sabía!... Al príncipe francés ¿qué le importaba?... A España sí. Otros dos siglos largos ha parecido olvidarlo, pero cuando se ha puesto en pie, su primer pensamiento ha sido para la tierra amputada y sangrante de Gibraltar, en la que tan poco tan poco habían pensado los descendientes de Luis XIV.

* * *

Firmados los tratados y repatriadas a España las guarniciones de Flandes, Luxemburgo, Nápoles, Cerdeña, Sicilia y **Gibraltar,** Felipe V se instala en el Palacio Real de Madrid y establece a la manera francesa su Corte y su Gobierno, instaurando el verdadero absolutismo. La Monarquía habsburguesa había distado mucho de ser algo similar a lo que ahora se entiende por «liberal», pero también fue algo muy diferente de lo que los manuales de Derecho político estudian bajo el dictado de «Monarquía absoluta». Carlos V había respetado en lo fundamental todas las diversas leyes, usos y costumbres de los Reinos españoles y, sin comprender la razón profunda de muchas cosas, había sabido conservarlas. Sus sucesores hicieron lo mismo. Cierto que el pueblo había dejado de coparticipar en el

Gobierno por mediación de las Cortes, pero la Monarquía —sobre todo en tiempos de los dos grandes Reyes austríacos—, llena de sentido patriarcal, conservaba con plena vitalidad las viejas instituciones tradicionales. La centralización de Felipe II no mermó las autonomías y libertades de los Reinos y sólo con ocasión de los sucesos de Aragón cuando la fuga de Antonio Pérez —que costaron la vida al Justicia don Juan de Lanuza—, las medidas represivas alteraron el «statu quo» de los viejos Estados independientes. Después de la sublevación de Cataluña en 1640, Felipe IV no aplica sanciones, sino que, por el contrario, jurado Rey en Barcelona, confirma todos sus fueros y privilegios al Principado. El absolutismo austríaco se autolimitaba en la mente de los Reyes por la importancia sagrada del juramento de fidelidad a las leyes y costumbres y por la del interés nacional. También los monarcas tomaban en consideración las opiniones de los juristas y teólogos, que establecían en sus tratados las normas de una Monarquía sabiamente conciliadora de los derechos divino y natural que regían las relaciones del soberano y súbditos. Juristas y teólogos escribían con toda libertad, poniendo al día y en forma científica la sustancia del pensamiento político español tradicional, que los Reyes asimilaban. En desuso las Cortes y un poco olvidada la fórmula medieval del Rey considerado como «primero entre ¡guales», los Monarcas habsburgueses, conscientes de toda su fuerza y preponderancia en el Gobierno de la nación e imbuidos del origen divino de su voluntad soberana, jamás hubieran osado la identificación del Estado con su propia persona, como hace la definición de Luis XIV. Pero el nieto del Rey Sol traía en su equipaje parisiense esa doctrina antiespañola. Felipe de Anjou no sabía ni español ni latín para leer a Mariana, a Suárez y a Vitoria, ni, por otra parte, deseaba mucho hacerlo. Prefiere seguir la fórmula borbónica— «el Estado soy yo»— y disponer para España normas gubernamentales nuevas en donde su arbitrio —y el arbitrio francés— sean la fuente jurídica. Sin reunir Cortes para conocer el parecer de España, se firman las paces en que se enajenan tantos territorios y se mutila por primera vez el suelo nacional; quedan abolidos los Fueros valencianos y mallorquines en su totalidad y en parte los de Aragón y Cataluña —como un castigo a la rebelión de estos Reinos y su apoyo al Archiduque— y se proclama la Ley Sálica —francesa cien por cien—, en que se excluye de la sucesión a la Corona a las hembras, caso de existir parientes varones del rey difunto. Esta Ley Sálica no respondía a necesidad política española alguna —el Rey tenía varios hijos varones—, sino a un deseo de tranquilizar a Europa respecto a una eventual unión de las Coronas española y francesa. Con todo ello, Felipe V alteró profundamente por su solo designio lo que era medula tradicional de la política hispánica, que, basada en la unidad de tierras y de Estados con voz en Cortes y en la conjugada y armónica variedad de Fueros, había logrado realizar la grandeza nacional, precisamente bajo el matriarcado de Isabel I. Estas alteraciones de la vieja norma ibérica contenían los gérmenes de los más graves conflictos internos que habrían de sacudir la vida española hasta nuestros días.

El segundo matrimonio de Felipe con Isabel de Farnesio vuelve a traer aspiraciones internacionales —más dinásticas que españolas— a la Corte, que ya no va a El Escorial y a El Pardo españolí-simos, sino a La Granja o Aranjuez de los juegos de fuentes versallescos y la jardinería afrancesada. Isabel de Farnesio, italiana inteligente, astuta, intrigante, ambiciosa y rodeada de favoritos extranjeros, desea Tronos italianos para sus hijos, segundones del Rey de España. La Reina y su amiga la Princesa de los Ursinos inician en los palacios reales de Madrid una diplomacia de faldas, bastante en boga por Europa entonces. Tropas españolas ayudadas por fuerzas pontificias ocupan el Reino de las Dos Sicilias, cedido a Austria en el Tratado de Rastadt, y proclaman Rey al Infante don Carlos, que más tarde habrá de renunciarlo para suceder en España a su hermano Fernando VI.

España nada ganó con aquella conquista borbónica, que, en lugar de volverla hacia sí misma para emprender la necesaria reconstrucción interior, la llevó de nuevo a complicar su vida en los azares políticos franceses y a continuar sufriendo los continuos desafueros ingleses. La cima de esta actividad internacional fue el «Pacto de Familia» con los Borbones de Francia suscrito en 1761. Verdadera alianza antibritánica, hecha en momentos en que España no podía presentar en el mar la batalla al poderío inglés, habría de costamos a la larga la pérdida de nuestra flota y de nuestro Imperio americano, sin devolvernos Gibraltar ni descargarnos jamás del odio de Albión.

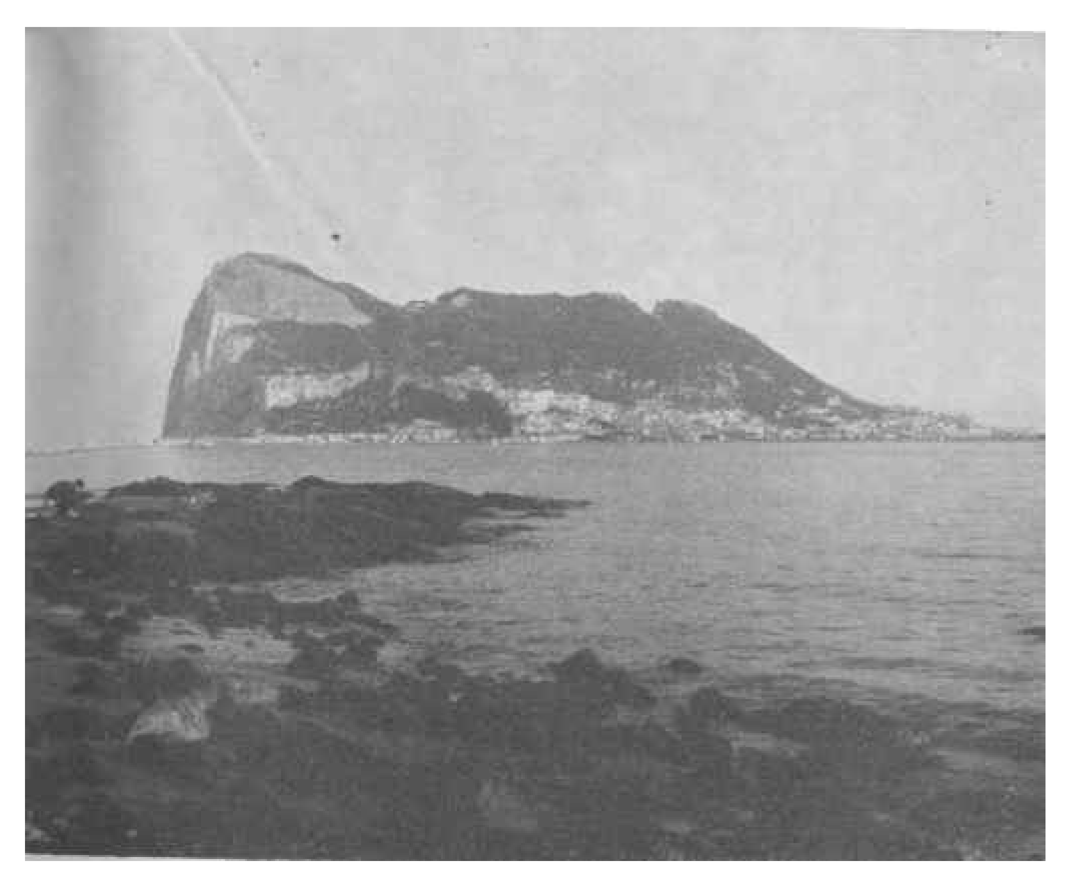


Ilustración 48. Las paces de Utrecht y de Rastadt, dramático regalo de las bodas de la piel de toro suponen la Pérdida de Sicilia, Cerdeña, Nápoles, Milán, los últimos pedazos de Flandes y de Gibraltar. Pero Gibroltar no era azar, sino esencia y carne de la carne y la esencia ibérica. Gibraltar era y es el vértice de la forma que a esta tierra de España dieran las conmociones de la tierra en busca de su perfil definitivo. Gibraltar no podría quitárnoslo más que Dios, que lo había hecho nuestro ¡Pero Gibraltar se lo llevaron los ingleses!.



Ilustración 49. Con Carlos III —tercer hijo de Felipe V que ocupa el Trono de España— entra en la piel de toro el aire nuevo y archi-europeo que agita las Cortes de París, Berlín, Viena y San Petersburgo (Retrato de Mengs. Museo del Prado)

Con Carlos III —tercer hijo de Felipe V que ocupa el Trono de España, después de los Reinados de Luis I y de Fernando VI— entra en España el aire nuevo y archieuropeo que agita las Cortes de París, Berlín, Viena y San Petersburgo. Aire movido por las ideas filosóficas y sociales de los escritores que en Francia redactan la «Enciclopedia», en el que cuaja para la historia de la evolución política continental el interesante fenómeno conocido por el nombre de «despotismo ilustrado».

Cuando los soberanos que aplican la fórmula novísima a la vida de sus pueblos se llaman María Teresa, Catalina, Federico II o Carlos III, la política intelectual a la luz de las arañas «rococó» de los gabinetes de Schoenbrun, Tsarkoieselo, Postdam o La Granja logra sus fines rápidamente. El secreto del «despotismo ilustrado» —encontrado por esos cuatro Soberanos— era sencillo. Consistía en la justa comprensión de las realidades del momento presente y en un saber equilibrarlas con el aprovechamiento de las enseñanzas del pasado; es decir, ni arriscándose en creer lo viejo inalterable y

perfecto por su eficacia en otros tiempos, ni lanzándose sin reflexión a lo nuevo por prurito demoledor. El «despotismo ¡lustrado» era una revolución desde arriba, sin efusión de sangre ni de fácil retórica, que se anticipaba con energía y orden a la de los pueblos. Se anticipaba para contenerla y, para contenerla mejor, en muchos aspectos contrariaba vigorosamente los sentimientos populares. El «despotismo ilustrado» suponía audacia y energía en la reforma de usos y costumbres enmohecidos por los siglos, pero estudiada y elaborada lentamente por hombres de gran preparación técnica en la fría calma del gabinete, jamás improvisada y forzada por el bullicio callejero de un pueblo fuera de sí.

Condición indispensable del éxito en esa nueva concepción gubernamental era la previa selección del equipo de hombres. Carlos III aprovechó algunos ministros y colaboradores de su hermano Fernando VI y trajo otros que en Italia le habían servido en Nápoles. Secundado por ellos, el Monarca realiza una eficacísima labor en los aspectos económico, industrial, agrario, cultural y social, logrando sacar al país del marasmo en que lo sumieran la agonía del último Austria y la excesiva sumisión a Francia del primer Borbón. La legislación carlotercista, aunque inspirada en la orientación general del moderno pensamiento europeo, supo atender a lo tradicional hispánico con una ponderación y un buen sentido admirables, privando a las reformas de asperezas de tipo demagógico y de timideces conservadoras. Nada que contrariase la esencia de las costumbres españolas se contenía en aquellas leyes, pero tampoco nada que perpetuase la postración de la vida nacional.

Gran parte de esta tarea había sido iniciada por Felipe II, a quien el intenso ritmo internacional de su Reinado no permitió llevarla plenamente a cabo. La Majestad de El Escorial —como el hijo de Felipe V— comprendía la necesidad de mejorar las condiciones del agricultor, el ganadero, el artesano y el menestral de España mediante una educación y orientación, impuesta por el Estado, que aprovechara todas las condiciones magníficas de los trabajadores españoles. La labor de Carlos III era más ardua, porque las grandes instituciones gremiales de la Edad Media, llenas de pujanza a mediados del siglo XVI, a mediados del siglo XVIII se habían anquilosado y esterilizado. Por esta razón de desgaste, más que por el principio de libertad contractual del trabajo que algunos señalan a la reforma de Carlos III, los gremios artesanos y el Consejo de la Mesta sufrieron modificaciones profundas. Carlos III se encontró con otro problema desconocido en la época de Felipe II. En el siglo XVI, lo español era orgullo de los españoles —bien es verdad que casi todo lo más selecto europeo era español políticamente como Flandes e Italia—, mientras que en el XVIII se había producido en la Península el fenómeno del esnobismo por lo francés y Lyon, Sévres y Gobelinos sustituían a Valencia, Murcia, Alcora y Talavera. El Rey «ilustrado» tuvo que volver a sus súbditos al gusto perdido por lo español, que de nuevo se impuso sobre patrón francés hasta encontrar por fin su personalidad en los estilos goyesco e isabelino. Contrariamente a esa desviación del gusto por lo español de las clases aristocráticas e intelectuales, que siempre son, aun en épocas prerrevoluciona-rias y revolucionarias, las guiadoras del sentimiento estético del pueblo, los artistas y operarios extranjeros traídos por los Bor-bones se dejan ganar —como en los siglos anteriores— por el ambiente español y si de entre ellos no sale un Greco, porque el ardoroso sentimiento místico nacional ha evolucionado, aparece un Scarlatti que deja influir su manera de música italiana por el encanto garboso de los giros españoles, hasta el punto de que hoy pueden considerarse la mayor parte de sus «Sonatas para clavecín», compuestas en su época de músico de la Corte, como las piedras sillares de la escuela nacionalista española. Los mismos escritores, afrancesados de estilo, vuelven a lo nacional en temas y sentimientos. El Renacimiento borbónico tiene varios nombres ilustres, que, si no llegan al esplendor de los del Siglo de Oro —salvo en el genial de don Francisco de Goya, tal vez el más grande de los pintores españoles—, llenan de interés aquella época: Feijoo, el gran polígrafo; Salzillo y José de Mora, entre los imaginarios; Sors y el Padre Soler entre los músicos; Ventura Rodríguez entre los arquitectos y Moratín en el teatro, son con Meléndez Valdés, Cadalso, Forner y Jovellanos las figuras más representativas del siglo de Carlos III.

Siglo que en España, como en toda Europa, interrumpe su marcha triunfal hacia la mejora de las condiciones de vida de la Humanidad querida por los grandes monarcas del momento, por la intromisión de las turbas revolucionarias francesas en el camino empezado a desbrozar por los Reyes. La Revolución, que en el fondo arranca de los mismos principios filosóficos y sociales de donde naciera el impulso evolucionista de los Soberanos «ilustrados», provoca un lógico repliegue reaccionario de los espíritus selectos avanzados y prueba cómo ciertos ideales no pueden ser manejados más que

minoritariamente, pues en cuanto descienden del ámbito intelectual al aire callejero convierten en motín la idea y en crimen la audacia. Si las normas inspiradoras de la actividad de los monarcas esclarecidos no hubiese bajado a la callejuela de los descamisados, la Revolución se habría hecho sin vileza ni venganza, sin arbitrariedad ni guillotina, sin provocar la ola reaccionaria que nublaría toda la vida del siglo XIX. Pero los pueblos, en fermentación de nacionalismos y captando sólo de las doctrinas prerrevolucionarias lo que tenían de exaltación destructora, asfixiaron la buena voluntad de las minorías capacitadas e «inasequibles al desaliento» que podían haber llevado a término feliz la gran obra iniciada. Los pueblos, ciegos de ira sangrienta, se entregaron en nombre de la libertad a la tiranía, en nombre de la igualdad al desenfreno y en nombre de la fraternidad a las guerras imperialistas y civiles, y a la tragedia larga de la lucha de clases. Tenía que transcurrir siglo y medio de horrores y miserias, de plutodemocracia y anarquía, para que en Europa volviesen a los puestos de mando las altas nociones de jerarquía, disciplina y sentido nacional contenidas en la fórmula un poco abstracta del «despotismo ¡lustrado», transformada con el andar del tiempo en una serie de fenómenos y mudanzas políticas, que resucitarían —sin pelucas blancas, sin minués y sin juegos de fuentes— los conceptos de unidad de mando, selección de colaboraciones, ideales nacionales fuertes, espacio vital, técnica y orden que entrañaban la política de Carlos III de España, Federico II de Prusia, María Teresa de Austria, Catalina de Rusia y Carlos XII de Suecia.

XXXV. GOYESCAS

La Revolución Francesa sorprende en el Trono de España al trío vodevilesco que forman el plácido Carlos IV, la casquivana María Luisa de Parma y el audaz y buen mozo extremeño llamado Manuel Godoy, instalado de hecho bajo los doseles de rica heráldica borbónica del Solio. Desde la inmediata jerarquía nacional —el Príncipe de Asturias— hasta el último majo del Avapiés madrileño, toda España amenazaba con su cólera a aquel terceto pintoresco de «farsa y licencia». La saña tradicional en España contra el Valido del Rey se ha hecho mucho mayor en el caso de Godoy, por sumarse en él, a la usurpación ¡lícita del poder real, la cierta o supuesta suplantación en el tálamo regio de los ajados encantos de la Reina. Don Alvaro de Luna, Lerma y Olivares, favoritos reales, fueron odiados por el pueblo y por las Reinas. Debían su favor y encumbramiento a artes de intriga o enga-tusamiento de la pereza de sus amos, pero no a la ponderación de su arrogancia física descubierta por los ojos encandilados de una otoñal augusta. Los favoritos de Juan II, Felipe III y Felipe IV, llenos de defectos a juicio del pueblo —por ser tales favoritos—, habían guardado siquiera el más elemental respecto humano a sus Reyes. Godoy empezó su privanza, precisamente por no respetar lo más íntimo de la Casa Real. Ello había de exasperar a un país donde, a pesar de toda la evolución de las costumbres, cada marido —como en el XVII— era «médico de su honra». La afrenta al Rey —aunque ya Carlos IV hubiese perdido aquel sagrado hieratismo de la Institución monárquica en los siglos anteriores— la consideraban un poco suya todos los españoles, que, menos pacientes que el Soberano, desgarraban en sus jácaras el amargo sarcasmo del humor chispero que inundaba de colorido el pincel del sordo de Fuendetodos.

Carlos IV cazando en el monte de El Pardo; María Luisa y Godoy cuchicheando su devaneo por la Saleta y el Salón de Gasparini; el Príncipe Fernando rumiando los odios de su sangre bajo el consejo de canónigos ineptos y majos analfabetos; los generales sin Ejército, los Almirantes sin navios, los intelectuales sin misión, los nobles sin orgullo y el pueblo sin aliento, tienen que interrumpir bruscamente su dormitar al sol para considerar el fenómeno trascendental que se produce en Francia.

El juego diplomático de la política borbónica anterior a Carlos IV había culminado en el Pacto de Familia con la Casa de Francia, alianza ofensiva y defensiva contra Inglaterra. Con los demás Estados europeos existían relaciones frías, sin intimidad ni recelo: indiferencia. Ahora se planteaba una nueva situación. El desastre de la Monarquía de Versalles invalidaba aquel Pacto puramente familiar, imposibilitado de subsistir con el nuevo Estado que nacía del derrumbamiento de los Borbones franceses. Pero falta España de la colaboración francesa, sus flancos en la batalla contra Inglaterra quedaban al garete. La Revolución Francesa era el enemigo natural de la dinastía borbónica —y de todas las dinastías—, pero la Gran Bretaña era el enemigo natural de la piel de toro. Siempre es difícil elegir un amigo cuando se presentan solicitudes análogas, pero mucho más arriesgada es la elección del enemigo. La opción de España ante la situación europea era bien complicada. Por unos días, la caza menor de El Pardo anduvo a sus anchas por las carrascas y las jaras, mientras el regio cazador cavilaba. ¿Inglaterra? ¿Francia? Godoy aconsejaba aplazamientos en la decisión, aplazamientos que duran hasta que la Corte conoce estremecida de espanto la sentencia por la que la Convención condena a la guillotina a Luis XVI y a María Antonieta. La sangre borbónica y lejanamente austríaca de Carlos IV arrebola sus mejillas. El pobre marido burlado siente en sus venas hervir la realeza. El ultraje hecho por los descamisados a las Majestades de Francia es un escarnio para todas las testas coronadas. Por la del Rey de España pasan ráfagas de ira vindicativa. Austria y Prusia preparan sus ejércitos para marchar contra los convencionales. Inglaterra habla de bloqueos, de cuerpos expedicionarios y de empréstitos: es decir, de su clásica guerra. ¡Y los reyes inglés y prusiano y el Emperador germánico no se llaman Borbón, es decir, no sienten en la sangre la ofensa del crimen convencional!... Carlos IV se ve forzado a declarar la guerra a la República francesa.

Cuando se ha pensado mucho antes de tomar la decisión de romper hostilidades, es que el ánimo no está muy encendido para hazañas bélicas. Eso pasa entonces en España, a la que, además, es punto menos que imposible sentirse aliada de Inglaterra, cuando todavía está Gibraltar llorando bajo

el pabellón de John Bull. La guerra —a la que España acude desganada y por puro compromiso sentimental— termina pronto, sin gloria y con la pena de perder la isla de Santo Domingo. Dichosamente, no fue larga y la creación del Directorio moderado en París permitió romper el vínculo contra natura de la alianza con la Gran Bretaña, quien, como siempre, había hecho su juego con la sangre española. El eterno egoísmo inglés hubo de herir a España también en esta ocasión y aun las insensibles epidermis de Carlos IV y de Godoy sienten la roncha. Se ¡ría a la paz con el Directorio y si es posible se reanudaría la significación antibritánica del Pacto de Familia. La caída de los terroristas franceses abre una esperanza para las flores de lis. Los príncipes pueden volver un día del destierro al trono de San Luis, o en éste puede sentarse un Infante español. La megalomanía y el candor decoraban el pintoresco carácter de Carlos IV, en cuyos oídos canturreaban María Luisa y Godoy sus sueños de intrigantes con ambiciones repartidas en Portugal e Italia. Cuando nuevamente Inglaterra se une con Rusia y Austria, Nápoles, Toscana y Turquía para combatir a los franceses, España rechaza las sugestiones diplomáticas y permanece en una neutralidad benévola respecto a Francia. Al tomar el poder con el golpe de Estado del 18 de Brumario el General Bonaparte, su mirada de águila se fija en España, donde la familia de Carlos IV, llena de odios, apetitos y pasiones, puede ser un magnífico instrumento para planes futuros. Luciano Bonaparte, Embajador en Madrid, sostiene y mejora las posiciones francesas adquiridas en los Tratados de San Ildefonso y aturde las débiles cabezas del Estado español con la propaganda de las glorias napoleónicas. Carlos IV, María Luisa, Godoy y el príncipe heredero se hacen fervientes admiradores del Primer Cónsul. En el fervor de cada uno Influyen grandemente sus propios designios egoístas. Napoleón puede asegurar al Rey su caza tranquila; a la Reina el plácido disfrute de sus amoríos y un reinito en Italia para la Infanta María Luisa; a Godoy puede inventarle un Reino o Principado que le eleve a la Majestad que sólo por la mano izquierda tiene conseguida; a Fernando le puede liberar del odiado favorito. La diplomacia bonapartista fomenta todos esos designios que costarán bien poco al Corso cuando sus planes geniales —ya madurados— comiencen a desarrollarse. Le costarán bien poco y le asegurarán dos cosas que por el momento necesita: una escuadra cipaya en el Mediterráneo para vigilar a los Ingleses y el oro de las Indias. Más adelante —Bonaparte con su genialidad, adivina que todas las tierras y los mares serán utilizados por Inglaterra para intentar batirle— la Península Ibérica puede ser una inmensa cabeza de puente para la batalla del Atlántico. Las colonias españolas en la otra orilla del Océano pueden contribuir con eficacia a formar la red con que cercar a Albión.

Perfectamente informado de la manera de ser del trío ibérico —ya cuarteto, pues la mayoría de edad del Príncipe de Asturias le da papel preeminente en la comedia palatina—, Napoleón urde su trama aprovechando todos los hilos. Lo primero es complacer a la Reina María Luisa. Lejos de la genialidad napoleónica un sentimiento de pura galantería francesa. Es que considera a María Luisa la pieza más importante del ajedrez español. La Reina es aquí mucho más que el Rey, el caballo, la Torre y el Alfil. La Reina priva en la voluntad del marido, del amante y del hijo. Es más astuta que todos y cada uno de ellos y su habilidad italiana divierte a «Buonaparte». Para complacerla, el dueño de la Italia conquistada en gloriosas y fulgurantes campañas, corta una flor de aquella Península —el antiguo Gran Ducado de Toscana— la bautiza pomposamente con el nombre de Reino de Etruria y sienta en su Trono a la Infanta madrileña. María Luisa sonríe —con su mueca goyesca— al tirano de Europa. Godoy se esponja sintiéndose un Alejandro de la Diplomacia. Carlos IV, en buen papá, se alegra de ver Reina a su niña, y Fernando se encoleriza, envidioso más del éxito aparente de Godoy que del Trono de su hermana y su cuñado.

El incesto y la bigamia que merodean junto a los pecados del adulterio y lesa majestad del favorito extremeño necesitan de un baldaquino de damasco carmesí para ocultarlo al cielo. María Luisa quiere príncipe efectivo a quien ha hecho rey chulesco de su corazón y al César corso le divierte poner un Trono al final de una cucaña arriesgada por la que debe trepar la Monarquía española en servicio de Francia. El premio estará en el insignificante Portugal enfeudado a Inglaterra, desde donde la pérfida Albión burla el bloqueo continental. La invasión de Portugal por la cuenca del Tajo no es problema estratégico para Napoleón Bonaparte, sobre todo si el Rey de España hace la vista gorda. Carlos IV vacila, pero la promesa de un rutilante Principado de los Algarbes para Manolo Godoy fascina a la Reina y enciende de traiciones las codicias del Valido. Un pretexto cualquiera sirve para provocar la guerra con Portugal. Una guerra de capricho goyesco que la Historia conoce con el sobrenombra de

«guerra de las naranjas», en la que el favorito —como en una opereta cinematográfica— se ve elevado a los más altos puestos militares. La guerra de las naranjas es tan trivial y escasa de heroicidades por una y otra parte, que el flamante capitán general de los ejércitos españoles no puede conquistar ni el nombre de una mísera aldea lusitana para un título de nobleza. Claro que como al ambicioso nada le importa una mayor o menor justificación para el logro de sus apetitos, Godoy, que no puede concederse un título que recuerde una gloriosa acción de guerra, se otorga el de Príncipe de la Paz. No de la paz de Badajoz, en donde España ganó sólo la plaza de Olivenza y una declaración platónica de Portugal de cerrar sus puertos a Inglaterra, sino de la paz de Amiens de 1802 que firman la Gran Bretaña y el Primer Cónsul, por la que Inglaterra nos devuelve Menorca... a cambio de Trinidad en las Antillas. Poco más tarde, Napoleón —ya Emperador de los franceses— y la Gran Bretaña vuelven a guerrear. Godoy, enredado en sus propias ambiciones y en la habilidad diplomática imperial, decide la participación de España junto a Francia —¡otra vez a perderlo todo!— en la contienda y pone nuestra escuadra a las órdenes de un almirante francés.

El aire del mar que hinchaba las velas de los navios mandados por los Gravina, los Churruca, los Valdés, los Escaño, los Alcalá Galiano, nos alivia el pulmón oprimido por el recuerdo de esta época vergonzosa de la Historia de la piel de toro. Se perdieron la batalla y la flota. Nelson aseguró para el porvenir la supremacía británica sobre las olas de espuma de los cinco Océanos, pero los marinos de España, cubriéndolas de sangre —como antes y como después—, salvaron el honor de una Raza, hipotecada por los caprichos regios y las lucubraciones tragicómicas de los favoritos. El dolor de Trafalgar purifica toda la época con el derroche de heroísmo de los marinos hispanos.

La derrota encoleriza a España, que se dispone a no soportar más a Godoy. El pueblo se vuelve contra él y contra Francia. El Príncipe de Asturias —tan deseado como Rey por los incautos españoles— conspira con Napoleón contra sus padres y contra el Príncipe de la Paz. Godoy, para aplacar a los españoles y contener las intrigas de Fernando, inicia negociaciones antifrancesas con el Gabinete de Saint-James. Francia e Inglaterra se regocijan con la disensión y la vergüenza españolas. ¡Tan abajo ha caído la odiada rival de otros siglos, que ya no preocupan, sino divierten, los episodios de su política! De una manera o de otra, España está vencida para siempre y jamás volverá a ser motivo de inquietud para las aspiraciones de Londres o París. Londres y París vuelcan en las colonias sus propagandas separatistas y masónicas, que prenden como yesca en los jóvenes pueblos americanos, conscientes del desgobierno en que se los tiene.

De no haber triunfado las águilas napoleónicas en la batalla de Jena, España hubiera formado en la coalición europea. Pero el clamor resonante de aquella victoria amedrenta a la Corte de Madrid, que recoge velas en su política antifrancesa y se inclina abiertamente hacia Napoleón, con quien suscribe los Tratados de Fontainebleau, que deciden la desmembración de Portugal. Napoleón, con todas las cartas españolas en la mano, al mismo tiempo que suscribe con el Rey y el favorito unos convenios que ni remotamente piensa cumplir, finge oído atento y comprensivo a las cuitas de Fernando, que le pide protección y ayuda contra sus padres y contra su pueblo, llegando a acusar a su madre de adulterio. También el Príncipe heredero olvida su progenie altísima y solicita del corso advenedizo, a quien las Cortes europeas despreciaban, la mano de una Princesa de su familia para ocupar el Trono de Isabel la Católica. Si los proyectos de Napoleón hubiesen sido los de cualquier monarca de su época —colocar sin ton ni son a su parentela en los tronos vacantes—, cualquier mademoi-selle Bonaparte, Beauharnais, Clary, etc., podría ceñirse la diadema que aún encerraba dos mundos. Pero Napoleón tenía pretensiones dinásticas de más importancia. Para él, hijo de la Revolución, no era tentación seductora todavía ser cuñado, padrastro o tío de un Borbón, un Habsburgo, un Romanof o un Hohenzollern. Aún retribuía a la vieja realeza europea con un idéntico desprecio al que ella le mostraba y le agradaba más la idea de hacer Rey de España a cualquiera de sus hermanos o mariscales que casar a una doncella de su sangre con el heredero de Carlos V. No obstante, manejando el señuelo de esta boda querida por Fernando, sujetaba a éste a su causa.

Así las cosas, la política borbónica en España se asemejaba mucho a los tapices de Goya. «La gallina ciega» y «El Pelele» son dos imágenes de aquel ir y venir con los ojos vendados, de aquel mantear como a un fantoche a la pobre dignidad nacional. «El cacharrero» con sus piezas para lañar, o los chavales de «Los zancos» presumiendo de gigantones, reflejan también —además de las

costumbres populares— la situación de un Reino roto sin compostura y de un pueblo que, inconscientemente, conserva la aspiración a elevarse.

* * *

La hostilidad del pueblo y de Fernando a Godoy une a la alegre manolería y a la Alteza Real en una algarada en la que la plebe chilla y el Príncipe intriga, mientras las Divisiones francesas van entrando y avanzando hacia el corazón de la Península. Como el esquizofrénico don Carlos, el rijoso don Fernando es detenido y preso por el Rey, que hace abortar la llamada conjuración de El Escorial. Mucho menos grande que el delirante hijo de Felipe II, el de Carlos IV llora, gime, patalea, suplica, promete, pide perdón y culpa de sus manejos a terceras personas. Ni siquiera tiene la gallardía de hablar como hijo y vasallo a su padre y Rey. Logra refugio en las faldas de su madre —de la que se hace monstruoso cómplice al ocultar la verdad al Rey— y protección en los representantes napoleónicos, acumulando en torno de su persona todas las vergüenzas e ignominias jerárquicas y humanas. Ni un sentimiento real, filial o nacional tiene albergue en su alma corrompida de miedos, ambiciones y rencores. Ni un adarme de decoro personal ni una idea de estadista le han movido a la conspiración, para la que, sin embargo, obtiene un fallo absolutorio y el perdón paterno, que no ocasionan ni mucho menos dolor de corazón o propósito de enmienda al Príncipe. A los dos meses, una nueva intriga, preparada con más cautela en los bailes de candil del Madrid goyesco, estalla en Aranjuez en forma de motín popular el 14 de marzo de 1808. Si ahora fracasa, Fernando queda al margen y la turba a merced de las picas de la Guardia Real. Pero esta vez no fracasa. Godoy ha comprendido al fin las intenciones napoleónicas y ha dimitido. La Corte, horrorizada de lo que se le viene encima al país, estudia la huida a América. El pueblo, que olfatea el peligro y empieza a odiar a los gabachos, sueña en Fernando, paladín de la Independencia, sin sospechar su turbio entendimiento con el Emperador. El motín de Aranjuez tiene escenas trágicas y cómicas. El miedo de Godoy llega a extremos ridículos. Al fin, el favorito es destituido por Carlos IV, que no puede sobrevivirle veinticuatro horas en el Trono. El día 19 se ve forzado a abdicar en el Príncipe, a quien España aclama Rey con el nombre de Fernando Vil. El nuevo monarca entabla negociaciones con Francia y sale inmediatamente para Vitoria a entrevistarse con el Emperador. Entre tanto Carlos IV, repuesto del susto, se pone al habla con Murat, generalísimo de los ejércitos franceses en España, solicitando el apoyo de las bayonetas imperiales para volver a un Trono del que asegura se le ha hecho abdicar a la fuerza y con engaños. Napoleón exige ver al padre y al hijo. El ex Rey de España emprende camino a Francia tras el flamante monarca. Los personajes de la comedia —María Luisa, Carlos, Fernando y Godoy— y sus comparsas se encuentran en Bayona ante un Napoleón-Maese Pedro que tan hábilmente ha movido la tramoya. Bayona presencia el más terrible «capricho» goyesco. La Corona de España y sus Indias disputadas al padre por el hijo, es cedida por ambos al Emperador de los franceses a cambio de unas rentas vitalicias y unos honores imperiales... Es el 5 de mayo. Todavía Napoleón y los Reyes desertores, chalanes y cobardes, no tienen noticias de que en Madrid, corazón de la piel de toro, hace tres días que han armado «la del 2 de Mayo» un puñado de chisperos y oficiales del ejército.

* * *

La del 2 de Mayo es nada menos que toda una Revolución Nacional, a la vez que una Guerra de Independencia. Una Revolución Nacional en la que el pueblo se alza contra el desgobierno, la claudicación, la cobardía y el envilecimiento, encontrando en sí mismo las más fundamentales razones de existir. El 2 de Mayo es en gran parte una continuación del estallido popular del 19 de marzo por el que se derribara la petulante insolencia de Manuel Godoy y la abyección bobalicona y carneril de Carlos IV, en busca de una fórmula gubernamental en consonancia con la tradición de la Monarquía española. El 19 de marzo calificaba de Alzamiento Nacional al motín, porque su cabeza era el Príncipe de Asturias, es decir, quien mayores timbres de legitimidad podía prestar a la sublevación contra la horrorosa podredumbre que desde el Trono se cernía sobre el Estado. Acaudillado por un soldado de fortuna o un civil de mayor o menor prestigio, el 19 de marzo hubiera sido una revuelta. Con el Príncipe heredero al frente, la rebelión se jerarquizaba. Cierto que el pueblo estaba engañado y ciego como un toro bravo y noble, pues Fernando carecía de las más imprescindibles dotes morales para acaudillarlo en un movimiento salvador. Por desgracia suya, España tardaría muchos años en advertirlo. Pero ese retraso en la clara percepción del pérfido carácter de su Príncipe no disminuye en nada la nobleza de

las masas populares que por él jugaban sus vidas llenas de fe y generosidad. El 2 de Mayo fue la continuación heroica de esa fe generosa frente al poder inmenso de un ejército legendariamente invencible. Madrid, el 2 de Mayo de 1808 despertó, con la luz de Sagunto, Numancia o Covadonga, del largo letargo de los dos siglos de sombra. Los monjes-soldados iban a cazar las águilas a navajazos. El pueblo no sabía —ni lo hubiese creído nunca— el guisado de traiciones inmundas que se cocinaba en Bayona y se lió la manta a la cabeza, metiéndose de lleno —con su instinto africano y primitivo— en la gran vorágine europea. El agua enrojecida y lenta del «arroyo aprendiz de río» canta la primera estrofa de la terrible canción de guerra que acabará en el Beresina. Los soldados franceses —de Arcóle, de Jena, de Austerlitz— se desconciertan ante el nuevo tipo de guerra total —la de Sagunto y Numancia precisamente, que el dragón y el mameluco ignoraban, pero que el Emperador debió prever— planteada por los españoles. El mismo estupor de los cuarteles generales de los mariscales bonapartistas corre por las Cancillerías europeas cuando se enteran de aquella guerra de la piel de toro: guerra empezada en las calles contra soldados aliados; guerra sin ruptura diplomática ni declaración solemne; sin comunicación soberana a las Potencias ni designación de General en Jefe... Guerra sin fórmulas jurídicas y, por lo tanto, sin cuartel… Guerra de **desesperados** que no puede terminar con un armisticio ni un tratado de paz, porque no es la guerra regular que hasta entonces conoce el mundo —guerra de Estados y de Ejércitos—, sino otra diferente, peculiar, cruel y alegre, en que mujeres, frailes, estudiantes, garrochistas, campesinos y toreadores forman bandas armadas y en que un pastor analfabeto con intuición y sin categoría, con audacia y sin álgebra, hace añicos con su cayada la frágil técnica complicada de la más alta estrategia. Guerra de encrucijadas, navajazos, Judiths aldeanas y aceite hirviendo como en la Troya fabulosa.

Montaña del Príncipe Pío... Mamelucos y patriotas... En la paleta de Goya se han mustiado los azules radiantes de los ciclos populares para hacerse el negro sin estrellas de la noche de duelo madrileña; el rosa fragante y el blanco de nardo de la carne fresca y dorada de la maja desnuda se han tiznado de humo de pólvora y de polvo de refriega callejera en el rostro de los chisperos fusilados ante el paredón. Un viento de incendio abrasa los geniales pinceles y los grandes lienzos, preparados para Dios sabe qué luminosos cuadros, se embadurnan del horror de la tragedia y en vez de gracia chorrean sangre ahora... El Alcalde de Móstoles declara la guerra al Imperio francés, en otro capricho goyesco más...

Cinco años dura la guerra. Cinco años en que la espada francesa se mella contra el bloque granítico del pueblo español, que asombra al mundo, sin darse cuenta de lo que hace. Los ingleses, radiantes de júbilo, han encontrado el suelo para el segundo frente, administran nuestra sangre, fomentan la rebelión de nuestras colonias y ensanchan el campo de acción de las logias de rito escocés. En la España militarmente dominada por las armas francesas se llama Rey José al hermano mayor de Napoleón. En el resto del país, con ese garbo desgarrador que Dios le ha dado para el epíteto sangriento, se designa al intruso con el mote de «Pepe Botellas».



Ilustración 50. El 2 de mayo de 1808 Madrid se subleva contra los franceses «amigos».



Ilustración 51. El 2 de mayo de 1808 los franceses «amigos» fusilan a Madrid. El genio de Goya inmortalizaría la patética escena en la montaña del Príncipe Pío



Ilustración 52. El general Dupont fue batido por Castaños el 19 de julio en los campos de Bailen. La capitulación de las tropas napoleónicas se firmó en Andújar el 22. Con un recuerdo de la famosa Rendición de Breda, de Velázquez, Casado del Alisal pintó el encuentro

Los intelectuales se han afrancesado y aun los que se llaman «nacionales» —deslumbrados por el genio del Corso, que ilumina de oro las sombras sangrientas de la ideología revolucionaria— sueñan en Cádiz constituciones liberales y derechos del hombre. El pueblo bravio defiende las ciudades y los campos palmo a palmo de las acometidas de las tropas francesas, mientras sus dirigentes copian y parafrasean las leyes, y los senadoconsultos, los códigos y los rescriptos del antiguo subteniente jacobino. La exaltación de Zaragoza hace a los españoles olvidarse de Gibraltar. Por odio al gabacho se llega a vitorear a los ingleses. Nuestro sentido genial de la Independencia nos hace olvidar que nuestras hijas de América lo han de llevar asimismo en la sangre y han de gritarlo pronto. Guerrillas y logias se agitan por todo el territorio nacional. Fernando Vil continúa en Francia dedicado a una vida plácida de holganza, encanallamiento y adulación a Bonaparte mientras los españoles mueren sobre su tierra con el nombre de su Rey en los labios crispados. Toda la piel de toro se adorna con las banderillas de lujo de las más raras paradojas. España no sabe lo que quiere y se desangra en el combate sin precisar el objetivo de su heroísmo.

Los franceses también agotan inútilmente sus energías en el esfuerzo español. Uno tras otro son relevados de España —como los generales romanos frente a Numancia— los mariscales vencedores en cien combates. Murat, Junot, Ney, Lefébvre... Ni un solo título español puede otorgar Napoleón como airón de victoria a su nobleza nueva. De España no sale un Moskowa, un Essling, un Frioul, un Benevento, un Abrantes... Al fin, hay que ir retirando Divisiones —diezmadas— para cubrir los huecos abiertos por la campaña de Rusia en las filas compactas de la «Grande Armée». El Rey José huye de Madrid cargado de tesoros. Wellington, con tropas angiohispanoportuguesas y las guerrillas más curtidas, aguijonean la retirada francesa hasta convertirla en huida. Napoleón se ve acosado como un ciervo ante la jauría. Si sus tropas del Sur han de repasar los Pirineos —¡vaya si los había, Luis XIV!—, las del Norte abandonan Rusia y, hostilizadas en toda la Europa Central, entran de nuevo derrotadas en Francia. Los rusos, los prusianos y los austríacos —con algún general inglés de observador— pisándoles los talones, invaden Francia. Los españoles no. Los españoles, después de arrojar de su

suelo a' último soldado francés superviviente de la trágica lucha, reciben a su Rey Deseado y echan un cerrojo a los Pirineos. La nación española se dispone a celebrar sus bodas con el Príncipe de sus ensueños, sin soldados extranjeros. No quiere saber más, como si estuviera cansada. Al fin y al cabo, España no había formado parte de ninguna coalición europea y no tenía problemas europeos. Y aunque los tuviera, España prefería dejarse de problemas europeos, recatándose entre sus mares y sus fronteras a gozar del idilio con su Rey Deseado y con su independencia conseguida. Alejada de la vorágine de la Paz, España no firma el Tratado de París de 1814. España no tiene qué decir en el Congreso de Viena. España no está presente en Waterloo ni ha sentido la vibración escalofriada de los últimos Cien Días de la aventura napoleónica. España, violentamente empeñada en definirse dentro de su recinto, ni siquiera piensa en América que, enfebrecida de libertad e independencia, ha empezado ya la lucha por su emancipación.

¡Triste y goyesco final de la Epopeya encendida el 2 de Mayo! La carretela del Monarca traidor tirada por los guerrilleros tostados de cinco años de lucha cara al sol. Los constitucionales de Cádiz escindidos y luego perseguidos. Los virreinatos americanos en trance de disgregación. El plenipotenciario de Fernando Vil en Viena, mendigando de Metternich, Castlereagh y ¡Talleyrand! la reposición de aquel reino de Etruria que fue el «triunfo diplomático» del Príncipe de la Paz. Gibraltar olvidado,, cuando la contribución de la sangre española a la caída de Napoleón hubiera sido una sagrada razón de más para pedirlo en Viena. ¿En qué pensaba Fernando Vil?... En nada. España y su Rey se divertían en hacer y deshacer un rompecabezas francés que se llamaba constitución —«Made ¡n Cádiz»—, cuya gracia principal consistía en dividir a los españoles en dos bandos que empezaron por llamarse exaltados y moderados y siguieron en liberales y conservadores para acabar en marxistas y antimarxistas, en vísperas de ese otro 2 de Mayo que es el 18 de julio de 1936.

XXXVI. EL REY DESEADO Y EL IMPERIO PERDIDO

Del amor al odio no hay más que un paso —decimos en España, sin la menor seguridad en la certeza del aforismo—. Por lo menos, en sentido político, el pueblo español tiene que andar muchos malos pasos —conducido por el objeto de su amor— antes de convertir en odio o desdén la pasión por el hombre a quien ha esperado impaciente. España y Fernando Vil hubieron de dar muchos bandazos antes de que el Rey Deseado fuera el «Narizotas», antes de que el «Viva la Pepa» sustituyera el «vivan las caenas», antes de que el grotesco chinchín del himno de Riego iluminara los corazones como una música celestial.

Muchos traspiés por una calle de Amargura sin salida, con los ojos vendados por la fe y la ilusión. Muchos traspiés y caídas, mucho penoso alzarse del suelo a latigazos, mucho sabor de sangre amarga de lágrimas en los labios.

¡Ah, cómo esperaba la España combatiente al lejano Rey, príncipe de leyenda encantado por el brujo Bonaparte!... ¡Cuando vuelva el Rey!... La España guerrillera, feroz, tenía temblores de doncella al morir suspirando el nombre de su Rey. Llegará el Rey y de los charcos de sangre brotarán rosas y espigas. Llegará el Rey y la tierra ofrecerá fecundidades candeales. Llegará el Rey y las glorias pretéritas serán reanudadas, borrándose como un mal sueño las vergüenzas del Reinado anterior y los horrores de la guerra hecha para desencantar al Príncipe bienamado.

Y llegó el Rey. Había entregado su Reino al invasor extranjero, mas nadie lo creía. Había felicitado al Corso por la toma de Zaragoza o de Gerona, mas nadie lo creía. Había renunciado a su título de Rey de España por el de Príncipe del Imperio francés, mas nadie lo creía. Y si alguno lo creyera sería atribuyéndolo a las artes mágicas del Emperador o a un espíritu heroico de martirio por su pueblo. Todo menos a lo que en realidad se debía: a maldad instintiva, a bajeza moral, a falta de imaginación y patriotismo, a tosquedad cerebral, a viejos rencores incrustados en el alma, a incultura y barbarie de reyezuelo negro. En Fernando Vil faltaban todas las cualidades que debe poseer un Rey y que más o menos habían tenido sus antecesores. Ni noble ambición, ni generosidad, ni garbo imaginativo, ni amor a las artes, las letras o las armas. Carecía del espíritu del déspota ilustrado a lo Carlos III o de la perezosa dejadez bonachona de Carlos IV; de la afición decorativa de Felipe V o la pasión musical de Fernando VI. Fernando Vil era zafio, ruin, avaro, cruel, cobarde, cominero, vanidoso. Ni una sola idea noble atravesó su mente real, ni una sola virtud adornó su personalidad humana. Fue reaccionario por crueldad, no por convicción o lógica; no porque intuyese que el liberalismo podría causar a España grandes males, sino por cuanto limitaba sus caprichos de tiranuelo. Pero tampoco su reaccionarismo tuvo la solidez y terquedad que hacen admirable el tipo psicológico del tirano o del inconsciente. Carlos I de Inglaterra y Luis XVI habían jugado sus cabezas al sostenimiento de una idea. Carlos con energía y Luis simplemente con decoro, supieron perder sin claudicación vergonzosa. Fernando Vil jamás arriesgó un pelo por el sostenimiento de su persona sobre el Trono y prestó juramento tras juramento con la insana intención de quebrantarlos en cuanto le fuera posible. La deslealtad era su segunda naturaleza. Desleal con sus padres, con su Patria, con sus vasallos, con sus ardientes partidarios, con sus enemigos, no podía ser otra cosa con su Dios. La deslealtad, contravirtud horrible en un subdito, es más repugnante todavía en un hombre de posición eminente. Ni siquiera cuando va adornada de altas prendas de talento político como en un Talleyrand o un Fouché, tiene perdón o disculpa.

Fernando Vil, apenas instalado en el Trono, se rodea de una camarilla de majos guitarristas, clérigos iletrados y nobles serviles; deroga la Constitución gaditana e instaura un despotismo cerril y vengativo. La Constitución salida de la iglesia de San Felipe no era un dechado de perfección jurídico-política, ni mucho menos un arquetipo de españolidad. Copiada de las normas francesas, influida aquí y allí por el ideario humanista rusoniano, podía haber sido, no obstante, un instrumento de transición hasta que España y su Rey se entendieran y se cicatrizasen las heridas abiertas en la piel de toro. Desde luego, una ley mediocre es mejor que la ausencia de ley que suponen la anarquía o la tiranía, el capricho de la masa desbordada o la arbitrariedad de un déspota. Fernando Vil prefirió esta ausencia

de ley y condenó a España a oscilar durante un siglo en ese péndulo tremendo de caprichos y arbitrariedades.

A pesar de los defectos e ingenuidades de aquella Constitución —que el Rey no enmendaba por sabiduría, sino por maldad—, había preceptos que, interpretados amorosa e inteligentemente, hubiesen podido evitar graves males futuros. Tales los referentes a la igualdad de derechos entre españoles y americanos y la abolición de los derechos abusivos sobre los indios y los esclavos negros. Estos artículos aun dentro del estilo francés de la Constitución, conservaban el espíritu tradicional de la Gran Reina Católica y completaban la obra de siglos de la Conquista, colonización y evangelización del Continente colombiano. Su puesta en vigor de una manera efectiva habría podido dar al traste con las propagandas antiespañolas que se esparcían por los Virreinatos y sedimentar la fermentación de las ideas revolucionarias que difundían las logias. Como los mismos liberales padecieron miopía a! enjuiciar el problema americano, al Rey correspondía ser el lazo de unión de la metrópoli y sus territorios sublevados, mas, por el contrario, su política nefasta, autocrática, brutal, anegó de odios cualquier posible camino llano para la concordia. Lo poco adelantado en igualdad de derechos, expansión cultural o autonomía administrativa se retrocedió con la declaración real —típicamente absolutista a lo Luis XIV— de considerar inexistentes los años de la guerra de la Independencia —en la que tantos oficiales coloniales combatieron—, lo que equivalía a decretar que la España heroica y popular, guerrillera y vencedora no existía. La sublevación de Riego en 1820 con las tropas que debían embarcar para reprimir la rebelión americana cegó también el otro camino posible —el de las armas— para atajar el desmoronamiento del gran Imperio. Y como remache de tantos y tan variados errores políticos, la entrada en España en 1824 —el año crítico de América— de los «cien hijos de San Luis», poniendo a España nuevamente en trance de pérdida de independencia, consumó la catástrofe. Los Virreinatos y Audiencias del Plata, Charcas, Perú, Nueva Granada, Guatemala y Nueva España se desprendieron del tronco español, fragmentándose luego en las diferentes Repúblicas que hoy constituyen el mundo esperanzador de la Hispanidad.

El antiespañolismo que las clases dirigentes de la secesión de Hispanoamérica habían sostenido durante la lucha por la Independencia cesó en seguida, pues no había sido otra cosa que un banderín político circunstancial. Los hombres más esclarecidos de los países nuevos, llenos de justo amor por su tierra natal, tuvieron el enorme talento de no renunciar jamás —por ese prurito «novedoso» que suele atacar a los triunfadores en profundas conmociones políticas— a lo más recio de su esencia cultural y racial. Superada con la independencia americana la pugna de lo español y lo criollo, los nuevos ciudadanos americanos sintieron el orgullo de la sangre y el blasón de su viejo solar en cualquier punto de la piel de toro. Las dificultades de su propia obra les hizo admirar más la obra de sus antepasados ibéricos. El ardor con que acometían la ingente idea de buscarse y encontrarse a sí mismos les puso en la coyuntura de encontrar en el fondo de sus almas todo el poso de una civilización y una cultura que se les había traspasado —no dado— con el ritual —mucho más solemne y entrañable que el de una donación cualquiera— con que los padres transmiten a sus hijos el tesoro de su fe y sus virtudes domésticas, los ahorros de una vida de esfuerzo y de trabajo, con la esperanza de mejorarlos, perpetuarlos y acrecentarlos en el curso de las generaciones venideras. España no **dio** su idioma a América, como a ninguno de nosotros nos lo **han dado** nuestras madres al convertir sabia y pacientemente nuestro balbuceo infantil en idioma y plegaria. ¡Es mucho más que **dar** esta función augusta y milagrosa! Lo mismo pasa con la fe. El misionero, el pedagogo, puede **inculcar** una fe a un salvaje o a un niño abandonado. Nuestros padres, al hacernos creyentes de la Religión que ellos han aprendido de los suyos, no nos **dan** esa fe: nos la transmiten como antes nos transmitieron la sangre de sus venas. Una madre enseñando a rezar a su hijo no realiza una tarea misional o escolar; en esos momentos hace mucho más: **traspasa** a su hijo la vida de su alma, como le ha traspasado la vida de su cuerpo al amamantarle. Los padres, al ceder a sus hijos con la herencia fisiológica y espiritual los bienes materiales de su caudal heredado o ganado, tampoco se **los dan** de la manera simple con que se efectúa una simple donación entre extraños. La herencia no es generosidad espontánea de limosna u obligación ineludible de cláusula contractual. La herencia supone mucho más a lo largo y a lo ancho del tiempo y el espacio. Ser «heredero» significa una cantidad de matices finísimos de imposible equiparación con la sencillez de sentirse donatario o legatario. España, familiarmente, había vertido así en América todo lo más esencial de su cuerpo y de su espíritu, sin ánimo de lucro ni esperanza de

retribución, sólo por el instinto genial de la perpetuación de sus altos valores raciales. Al recabar los pueblos americanos su independencia cumplían también un instinto genial y españolísimo, que la piel de toro advirtió pronto, reconociendo a los diferentes Estados constituidos en seguida de morir Fernando VII. El Rey absoluto y despótico no habría accedido al reconocimiento. Para él, el fenómeno secesionista —provocado en gran parte por su obstinación y su falta de sentido político— era nada más que una merma de sus atribuciones reales, nunca uno de esos acontecimientos históricos que, modificando de manera radical la apariencia externa de las cosas, fraguan con reciedumbre el fondo subterráneo donde se nutren de eternidad las raíces de los pueblos. De haber vivido unos años más el hijo de Carlos IV es muy probable que las Repúblicas americanas y la vieja Metrópoli se hubieran separado, además de en lo político, en ese algo impreciso y extraordinario, en ese algo insignificante y cósmico, indescriptible o inexpresable que se llama la Hispanidad, que —como tantas otras cosas inmensas e inefables— no es una manera de pensar, sino una manera de ser.

Perdido el Imperio, Fernando Vil perdió también la unidad. Cuando volvió en 1814, el pueblo victorioso en la epopeya de la Independencia era un sólido bloque fundido en la fe religiosa y monárquica, en la alegría del triunfo y en la esperanza en su monarca. Fernando Vil era —indiscutiblemente— el Rey de todos los españoles. No llegaba traído por un bando vencedor para ser impuesto a una facción vencida. No venía como jefe de un partido o representante de una ideología frente a otra. Advenía como Caudillo natural y legítimo de una nación ávida de recoger la cosecha de paz y bienestar sembrada y regada con su sacrificio. Y, sin embargo, él fue quien trajo la división y el odio. Él quien encarnizó las rivalidades y banderías, quien negó la sustancialidad de una unidad hasta entonces intacta, quien corrompió la hermandad sublime de una raza que sólo había combatido hacia afuera. Desde que su pie pisó la tierra española, las gentes de la vieja Iberia compacta empezaron a mirarse con recelo y con rencor; a espiarse y delatarse; a tomar las navajas fratricidas olvidando las espadas liberadoras. La lucha civil puso fin a una Historia externa gloriosa. Neos o liberales, apostólicos o francmasones, moderados o progresistas, se olvidaron de los enemigos seculares, de los laureles pasados y las vergüenzas presentes. El fantasma de Gibraltar se arrumbó como una goleta carenada; la misión africana impuesta en el Testamento de Isabel de Castilla se abandonó al nuevo imperialismo francés. España se encerró en su recinto para reñir con ella misma la batalla más larga, más cruel y más estéril de su secular combatir. La traición, la delación, la sublevación, la horca y el piquete se elevaron a categoría de instrumental político, a servicio de ínfimas rencillas y grotescas preocupaciones. Con. todo ello, la noble hidalguía hispana se hizo morboso romanticismo; la picaresca, bandolerismo; la pobreza, miseria; la gracia, chulería; el valor, ferocidad; la religiosidad, hipocresía; la tibieza, ateísmo; la cultura, delito, y la barbarie, casticismo. El clima moral español se llenó de miasmas de agonía. La España hechizada de Carlos II volvió a existir, más miserable y envilecida que nunca, porque en lugar de un pobre idiota moribundo encarnaba la majestad augusta un verdugo borracho de sadismo, sin dignidad humana ni decoro real. Un verdugo que, sin convicción política alguna, hasta el momento de morir jugó con la vida de su pueblo dictando y revocando decretos que contenían nada menos que el germen de la guerra civil en campo abierto por la sucesión de la Corona.

* * *

Andando el tiempo se había de afirmar —repitiéndola hasta la saciedad— la frase de que «cada pueblo tiene el Gobierno que merece», aplicándola siempre al momento en que le conviene airearla al agitador político de turno. Dentro de su falsedad podría decirse mejor: «cada época tiene el Gobierno que merece». Pero también encerraría una supina inexactitud el conocido tópico. El pueblo de la piel de toro, ¿qué Gobierno merece? ¿El de Enrique IV, el de los Reyes Católicos, el de Felipe II o el de Fernando Vil? Nadie podría responder. El pueblo es el mismo y el resultado bien distinto en unos y otros Reinados. Entonces, veamos la época. ¡Falso también el aforismo! La época de Enrique IV es la misma de Isabel I. La de Fernando Vil es la misma de la guerra de la Independencia. Veinte años —que son la tercera parte de la duración de una generación— no pueden cambiar ni definir una época. Los súbditos leales de Isabel la Católica fueron los antes turbulentos de Enrique IV, como los corrompidos vasallos de Fernando Vil habían sido los héroes de la Independencia.

La frase es falsa de toda falsedad. Un pueblo —masa eternamente niña e inconstante— no merece jamás —del todo al menos— el premio de una Reina Católica o el castigo de un Rey felón. El

pueblo es una continuidad de fuerzas humanas —virtudes y defectos— que necesitan un guía que las encauce en el servicio de un alto ideal de Estado. Un pueblo es siempre ingenuo y maleable y siempre receloso e indómito. Un pueblo es una energía noble y bruta, como un caballo. El caballo cumple su destino plástico cuando hace al caballero, cuando compone la estatua ecuestre de quien recibe la alta misión de cabalgarlo y conducirlo, frenarlo o lanzarlo a la ardiente carrera. El caballo es la fuerza y el instinto, y el jinete la destreza y el mando. Un caballo de buena raza no se completa hasta que un buen jinete lo domina. El espectáculo de un caballo desnudo y salvaje es un puro goce de estética rusoniana, de vuelta a la Naturaleza. El caballo requiere la rienda, la silla y necesita el mando y la disciplina del jinete para que su energía no se desgaste inútilmente. Esta es la grandeza y la servidumbre del Monarca, que sólo será caballero en cuanto jinete. Y esa es la servidumbre y grandeza del pueblo, tan ennoblecido por un cabalgar de recio muslo y duro puño únicos, como envilecido si le enganchan a un encuarte de tiro penoso, trallazo y blasfemia.

Ahora bien, esta consustancialidad de caballo y caballero para la realización práctica y plástica de una misión conjunta, inseparable, ¿qué requiere cuando la metáfora entra en la realidad de la política? Necesita un conocimiento mutuo, un acoplamiento de los temperamentos y las energías. El pueblo —como el caballo— conoce por instinto al primer contacto el valor o la medrosidad del jinete, y si no advierte seguridad en la mano que conduce la rienda y justicia en el talón que lleva la espuela, pronto hará extrañas cabriolas para derribarle. Lo logrará o no, pero la cabalgada será una batalla que si inunda de sangre el ijar del corcel, troncha de fatiga los ríñones del caballero. Lo mismo, el jinete debe saber al poner el pie en el estribo la capacidad del pecho del animal, la flexibilidad de sus extremidades. Ha de adivinar en la temperatura de la sangre que riza las venas de su cuello y su vientre, en la espuma de su crin y su sudor, el nervio para la carrera y el ímpetu para el obstáculo. Ha de oír en el fuelle musical de su jadeo cuándo hay que convertir la galopada en trote y el trote airoso en paso lento y cuándo —vueltos a su equilibrio los vitales jugos— puede activarse, con ligero acicate sobre la piel sensible, el deseo de rapidez y heroísmo del caballo.

Ése fue el secreto del éxito de los grandes Reyes: saber montar y montar siempre. Y ése fue el fondo del fracaso de los Reyes ineptos: tener al caballo encerrado en la cuadra sin convertirlo en pieza fundamental de la majestad, pues nadie es majestuoso yendo a pie. Cuando se acercaban al animal, el animal los desconocía y rechazaba, coceando y relinchando con furor.

Desde Fernando Vil, los Reyes no montaron como debían el brioso caballo que era España y por eso dos veces se les escapó de la caballeriza y fue atrapado por manos de chalanes que lo engancharon a un pesado carromato que llamaban república, del que se habría de soltar para encontrar un jinete joven y delicado en los campos de Sagunto —Alfonso XII— que no podría hacer completa la jornada, o a toda una juventud con sus flechas dispuestas en un arco tenso.

XXXVII. OPERETA, TRAGEDIA Y SAÍNETE

Los treinta y cinco años que ocupa el Trono de España la hija primogénita de Fernando Vil discurre la historia de la piel de toro entre los polos opuestos del género dramático: entre la opereta picaresca y dislocada que vive la Corte y la horrible tragedia fratricida de la guerra civil, las revueltas y los pronunciamientos que desangran al pueblo. En los siguientes —hasta ser proclamado Alfonso XII— se representa un saínete triste y desgarbado.

La primera escena de la larga opereta es la bofetada de la blanca mano **inofensiva** de la Infanta Carlota al terrible Scarpia-Calomarde con motivo del codicilo en que Fernando Vil volvía a poner en vigor la Ley sálica derogada por su padre. Simultáneamente, la primera escena de la tragedia tiene lugar. El Infante don Carlos María Isidro amenaza sostener con las armas en la mano sus derechos al Trono, en virtud de aquella ley francesa que ya Carlos IV había arrumbado. El pleito jurídico y familiar se convierte en ola de odios nacionales. Don Carlos levanta una bandera seductora para muchos, alzando su voz en nombre de la Tradición monárquica española —foral, gremial, patriarcal, jerárquica, católica, imperial, antifrancesa y antibritánica— frente a las nuevas formas políticas —constitucionalismo, parlamentarismo, liberalismo— que al parecer han de inspirar a la Regente María Cristina de Nápoles cuando Fernando vaya a dormir su eterno sueño a El Escorial. Por desgracia para don Carlos y sus partidarios, la primera razón de su tradicionalismo es antitradicional. Aunque estuviera en pleno vigor la Ley Sálica, el espíritu de exclusión de las hembras a la sucesión a la Corona chocaba con lo más puro de la tradición española. Isabel la Católica era —y es— el más grande monarca de Castilla y de España. Y antes de ella habían ocupado el trono, como Reinas titulares o regentes, hembras tan esclarecidas como doña Berenguela y doña María de Molina. Estos recuerdos quebraban de paradoja la pretensión tradicionalista. Por otra parte, don Fernando Vil había derogado la Ley y hecho jurar heredera a su hija en uso de sus facultades de Rey absoluto, sin que entonces se levantara voz alguna frente a su decisión soberana. Para el concepto que de la autoridad real tenía don Carlos, la decisión de su hermano debía haber sido inapelable. Estos fallos elementales en la adopción de su postura histórica frente a la sucesión abierta enfrentaron con don Carlos a la opinión liberal del país, que, además, no confiaba demasiado en que las dotes intelectuales del Infante merecieran premiarse con el nombre de Carlos V. Don Carlos había vivido siempre en la sombra. No era popular. Durante los muchísimos momentos de odio nacional contra el Rey, el pueblo jamás pensó en el Infante como en el salvador de sus desdichas. Ni siquiera cuando los tres primeros matrimonios estériles del Rey Deseado le daban el derecho a la sucesión. Don Carlos aparecía como un enigma incluso para sus partidarios. Claro es que también la idea de poner la Corona de España sobre las sienes de una niña de tres años en aquellos momentos de turbias ideologías y de pasiones contrapuestas era un azar arriesgadísimo. Todo ello justifica la vacilación de España y su división al juzgar cuál había de ser el camino mejor para afianzar su incierto porvenir.

Adelante con la opereta, la Reina viuda de tres meses, fresca y opulenta, sale un día en su coche para La Granja. A su estribo cabalga un mocetón guapo y robusto que se llama Fernando Muñoz y sirve en la Guardia de Corps. Por la ventanilla, la Reina le mira, le admira y se enciende por él su temperamento joven y meridional. Un pequeño accidente adorna el rostro de la majestad regente con las rojas flores de su sangre borbónica. La travesura de Eros ha querido que Cristina y su dama hayan olvidado sus finos pañizuelos y ha puesto la clásica venda de sus ojos como pañuelo en la escarcela del arrogante guardia. La venda de Eros, empapada en nieve de la Sierra, restaña la sangre real. ¿Qué más invitación para un vals romántico si todo esto ocurre a fines de 1833, cuando «Hernani» lleva ya tres años declamando sus alejandrinos ampulosos? El picante misterio de una boda secreta prolonga la farsa largos años: los mismos que dura la guerra encendida por don Carlos en las provincias del Norte. Los viejos guerrilleros del 808 —supervivientes de las reacciones absolutistas de Fernando Vil— son ahora generales de Cristina, cargados de años, laureles y reúma. Han cambiado su manera de guerrear dinámica, al margen de la estrategia, por la cartografía de los Estados Mayores y son batidos continuamente por los discípulos de su primera manera bélica, uno de ellos intuitivo tan sólo —

Cabrera— y otro adornado de un genio militar de primer orden —Zumalacárregui.

Las dos realezas en pugna —la del austero Cuartel General de Oñate y la de los salones rococó de San Ildefonso— se infestan de intrigas camarillescas, de intentos de mediación, de sobornos y espionaje, de ayudas extranjeras, mientras el pueblo —partido en dos como el rubí de la metáfora zorrillesca— combate ajeno a cuanto no sea el goce de combatir y morir por una idea bastante poco clara... por lo menos en los liberales.

Otra escena de final de acto ocurre en La Granja el verano del 36. Los sargentos de la guarnición se sublevan y obligan a María Cristina a jurar la Constitución de 1812. Hay quien dice que se coaccionó a la mujer —después de intentar la coacción de la Reina— amenazando con fusilar a Fernando Muñoz —ya su esposo morganático— y que sólo ante esta presión tremenda, la soberana accedió a firmar cuanto los amotinados le exigían. La situación requiere un ruidoso concertante seguido de un dulce dúo de amor por los jardines con luna y ruiseñores.

Más tarde un napolitano y un francés a servicio de la Regente y el Pretendiente urden en las retaguardias de sus ejércitos heroicos una intriga llena también de teatralidad, por la que se pondría fin a la guerra civil prometiendo la mano de la Reina niña al primogénito de don Carlos. El pastel se descubre antes de haber llegado a su punto y no hay paz. Pero como «ya estaba el horno para bollos» y el país se arruinaba con una guerra cuya decisión por las armas resultaba punto menos que imposible, las idas y venidas de los más sutiles zurcidores arreglaron una paz ficticia en los campos de Vergara. Espartero y Maroto, jefes de los ejércitos cristino y carlista, se abrazan ante sus soldados y ponen en vigor el tópico «aquí no ha pasado nada», que tanto gustará durante un siglo a los políticos ibéricos y que tan poquito agrada al pueblo. El pueblo ibérico se ha hecho intransigente y extremista. La «cosa pública» se ha convertido en botín de vencedores en lugar de patrimonio de todos para la administración de los mejores. El acceso al poder se ha hecho facilísimo para quien tiene la audacia de tirar «por la calle de en medio». La aplicación del sufragio, más o menos restringido, pone sobre la almohada del sueño de cada español una ilusión de mando. Con ello, las ambiciones se desatan y cada abogadete recién salido de las aulas y todo generalito con un ascenso en campaña se cree elegido por la Providencia para salvar a España dentro de ésta o la otra Constitución o después de ese o aquel pronunciamiento. Las más veces el abogadete tiene que huir hacia la expatriación y el generalito que comparecer ante un piquete. Todo ello, dentro del tono grandilocuente que han puesto de moda Byron, Víctor Hugo, Leopardi, Lamartine y Espronceda. Política de esquinas y emisarios, embozados y delatores. Política de rencillas y apetencias menudas, de logias y camarillas: no política de alto vuelo e interés ibérico auténtico.



Ilustración 53. La reina «castiza», «la de los tristes destinos», más víctima que culpable —como España de la desdichada herencia de Fernando VII



Ilustración 54. El general Zumalacárregui, genio militar de primer orden, malogrado caudillo del ejército del pretendiente Don Carlos María Isidro

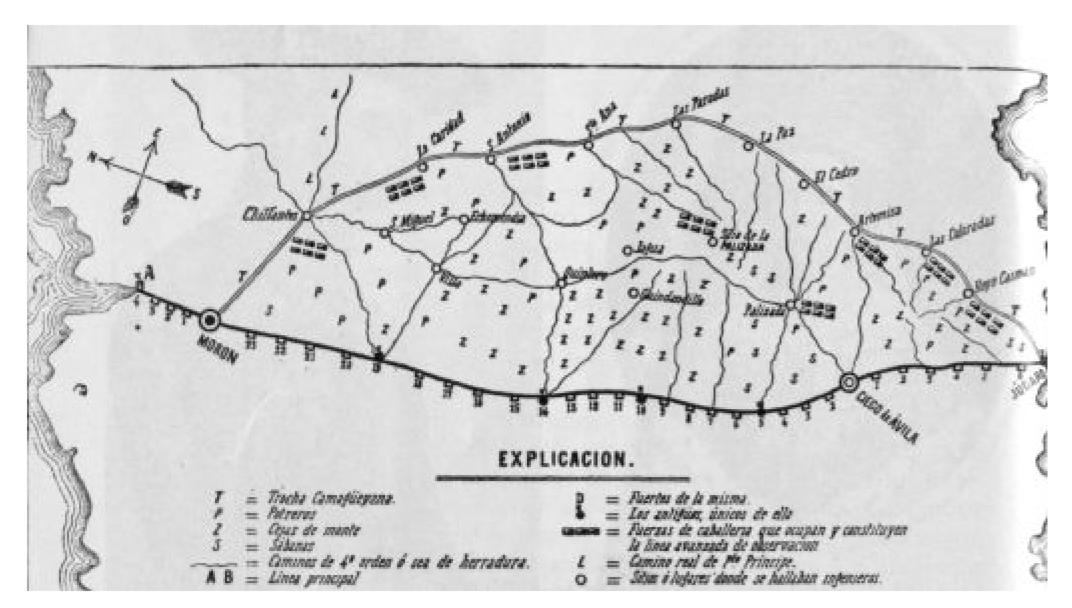


Ilustración 55. La guerra de Cuba. Plano de la Trocha camagüeyana

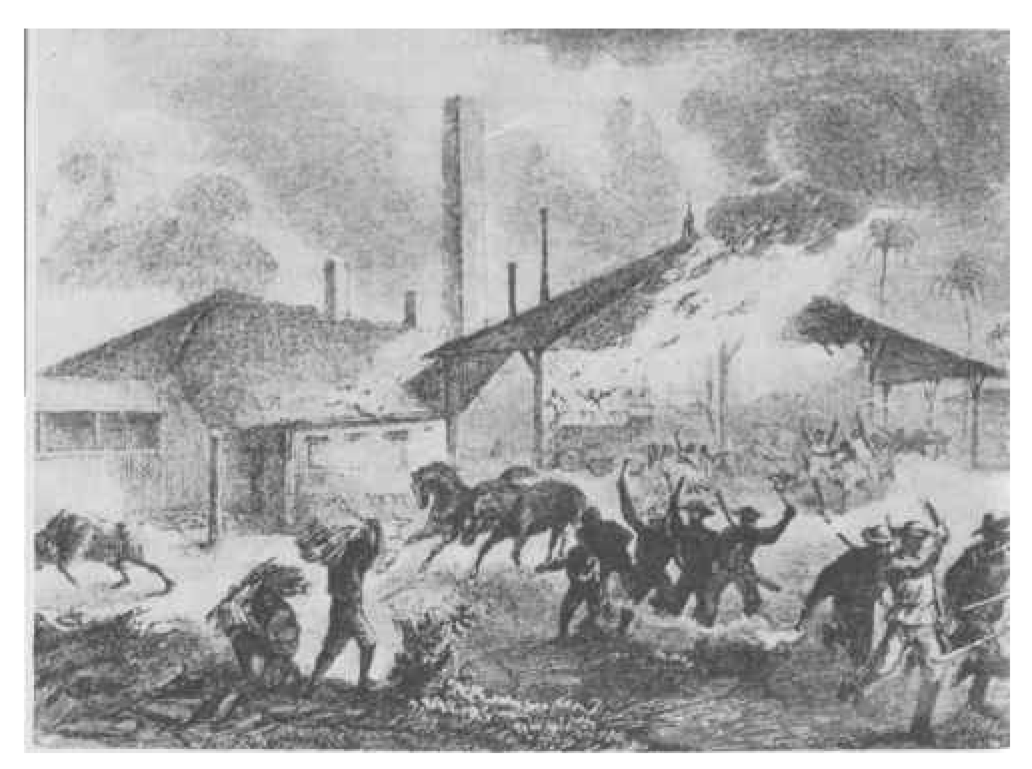


Ilustración 56. Patriotas cubanos sublevados contra España queman un ingenio

En la cúspide del Estado, agotada la posibilidad de equilibrio de la Regente casada en clandestinidad, se ha tomado la decisión absurda —no el remedio heroico— de proclamar mayor de edad a una niña entre avispada y panfila, maleducada y arbitraria, con la que juegan los politiquillos como una muñeca. Trampas, engaños, coacciones, intentos de rapto, proyectos matrimoniales, conspiraciones, monjas llagadas milagreras, generales bonitos, poetastros, discurseadores, poco pan, muchos toros y renuncia completa del Estado a devolver a la Nación su fe en sí misma, rodean la

adolescencia de Isabel II, heredera de la inconstancia política de su padre y de la sangre sensual de su madre María Cristina y su abuela María Luisa. Una disparatada razón de Estado la une en matrimonio a su primo hermano el Infante Francisco de Asís. La boda complica más las cosas, provocando un grave problema íntimo que repercute en la zona operetesca de la política nacional. En la zona trágica, todo ello tiene también sus consecuencias y las partidas carlistas —ahora cargadas de razón ante el caos político de Madrid— vuelven a tronar los campos con sus cánticos de guerra. Faltan del mando de Zumalacárregui —muerto antes del «abrazo» de Espartero y Maroto— sucumben en 1849. E! carlismo queda durante muchos años al margen de la actividad política nacional, en un voluntario y melancólico ostracismo en el que acrisola sus virtudes tradicionales al propio tiempo que transforma en una auténtica doctrina lo que en sus principios fue tan sólo impulso intuitivo y patriótico. La doctrina tradicional se solidifica y fragua, mientras lo que de patriótico e intuitivo tenía también el liberalismo de los ingenuos constitucionales de Cádiz, se desmorona y pulveriza con los diferentes ensayos y matices moderados y progresistas, a los que pronto se mezclan —al mediar el siglo— las nuevas ideologías anarquistas y socialistas de los Proudhon, Bakunin, Marx y Engels. La división del pensamiento español alcanza un ápice de atomización que necesariamente tiene que dar al traste con la Institución monárquica que no ha sabido conservar lo más esencial de su significado: unidad de mando, permanencia de los valores jerárquicos, conservación del nexo entre Corona y Pueblo, comunidad de ideal nacional en los hombres y las tierras.

Cuatro generales —bien dotados los cuatro de cualidades diferentes en sus temperamentos— lucharon a lo largo del Reinado de Isabel II para evitar la catástrofe que fatalmente había de producirse: Espartero, Narváez, O'Donnell y Prim. Progresistas o moderados, masones o ultracatólicos, privaban en ellos los sentimientos de adhesión leal a la Corona y del honor militar. Pero esos sentimientos se estrellaban contra la insensatez de la Reina —arrastrada por las camarillas y por el galán de turno— y contra el aturdimiento de un pueblo de imaginación exaltada, ávido de experimentos que sacaran al país del piélago confuso por donde navegaba. De todos ellos, Prim era el de espíritu más selecto y el que veía con más lucidez que gran parte de las desdichas españolas se debía a la falta de aires de afuera y de hazañas internacionales. Por ello trató de encaminar a España otra vez hacia las rutas de aventura y de gloria y embarcó a nuestros soldados en las empresas de África y de Méjico. Tardía e inútilmente. La fantasía napoleónica en Méjico fracasó de modo ruidoso y, aun cuando el fracaso no pudiera imputarse a nuestras fuerzas expedicionarias, la situación no fue brillante para ellas. La guerra de África reanudó laureles bélicos, que se convirtieron en piezas de museo en lugar de servir de jalón inicial para una actividad marroquí —preconizada por la Geografía y la Historia— a la que habría de llegar España cincuenta años más tarde en condiciones de inferioridad manifiesta respecto a Francia, nación que, sin imperativo alguno como los españoles, se atribuyó en todo el norte de África —espacio vital hispánico— derechos y obligaciones.

Prim acaudilló la mayor conspiración del siglo XIX. Una gran coalición de militares y civiles progresistas, moderados y republicanos, derribó la Monarquía de los Borbones en 1868. Isabel II, la operetesca Reina «de los tristes destinos», huyó a Francia sin abdicar. Con ella marcharon todos los isabelinos que quedaban: sus hijos, sus domésticos y su alto séquito.

Isabel I había hecho la unidad y la Monarquía. Su homónima lo había deshecho todo. Por primera vez en quince siglos, España quedaba sin Rey, en el trance gravísimo de sustituir —¿con qué?— al Régimen que le había dado tanta gloria. Por primera vez el pueblo se encaramaba al poder sin encontrar para su fuerza ciega el valladar de una Institución aseguradora de la permanencia de una misión y el cumplimiento de un destino. La energía de Prim y el propio sentido del pueblo, conservador aun dentro de lo anárquico, evitaron durante más de un año la proclamación de un Régimen ajeno a la Historia de la piel de toro. Aun cuando la calle encrespada, las logias en sesión permanente y los agentes de ciertas potencias clamasen por un cambio de régimen, el sentimiento monárquico de la mayoría del país y de los dirigentes de la Revolución de septiembre se inclinaba a cambiar nada más la dinastía. Era menos arriesgado el experimento, aun cuando a muchos les horrorizara la idea de entronizar a un Rey no español, olvidando que ni Carlos I ni Felipe V lo eran y que sus dinastías borgoñona y francesa habían acabado por identificarse con el modo de ser hispánico. Triunfante el criterio de buscar un Rey para España, el problema nacional se hizo internacional. Francia, Inglaterra,

Prusia y la Italia recién nacida tenían sus candidatos. (Es curioso recordar que Prim había tenido uno tiempo atrás: el Rey Leopoldo II de Bélgica.) Gran parte de los españoles quería proclamar Rey al viejo General Espartero. La candidatura de un Príncipe de Hohenzollern provocó la guerra —inevitable— entre Francia y Prusia, que habría de hundir en Versalles al II Imperio francés y erigir al II Reich alemán. Se desistió de un príncipe germánico y, después de algunos cabildeos, se proclamó Rey de España al Duque de Aosta, segundo hijo del Rey Víctor Manuel II de Italia. Los carlistas —desorientados y desalentados— desaprovecharon la ocasión para salvar la dinastía de Borbón e imponer al que consideraban soberano legítimo de España.

Asesinado misteriosamente Prim la víspera de la llegada a Madrid del nuevo Rey, Amadeo I se encuentra piloto de una nave carenada, en un mar de arrecifes y de escollos y azotado por los más encontrados vientos, sin práctico a bordo. Dramática situación que le hace pensar inmediatamente en las tierras de su Italia, donde el esfuerzo unificador de su padre acaba de realizar lo que aquí en España está en trance de fractura: la unidad. Amadeo es animoso y probablemente habría sido un gran Rey en uno de aquellos estados balcánicos que por entonces le nacían a Europa en los viejos feudos de la Sublime Puerta. En un Estado de nacionalidad todavía fragante e ingenua, de Historia virgen y de porvenir inseguro, sus buenas condiciones personales serían susceptibles de conducir la nueva ilusión histórica. En España, la tarea de Amadeo I era la más difícil: se trataba de aglutinar todas las desilusiones para volver a encender una ilusión y una fe colectivas; de recoger todo el escombro de un Imperio derrumbado para edificar un cuerpo político susceptible de un equilibrio casi imposible de legrar por las corrientes subterráneas que minaban la cimentación. Durante dos años, Amadeo I, a ciegas en aquel bosque de sombras que ha brotado en la piel de toro, estrella su buena voluntad y embota sus buenas disposiciones. Le cercan espadones y francmasones, carlistas y liberales, las supersticiones viejas y los tópicos nuevos, sólo de acuerdo en la denegación de alientos, en el saboteo moral. Amadeo —imparcial y desapasionado por extranjero— contempla con ojos de estupor y tristeza la vocación de suicidio de que hace gala España metida en el ahogadero de sus diferencias ficticias, de sus falsos abismos temperamentales. Y consciente de su responsabilidad, renuncia a su papel en la tragedia. Se va como un fantasma, sin pena ni gloria, dejando su efigie en unos sellos de correos para los filatélicos y en unos duros que, al decir de las gentes, valen seis pesetas. José Bonaparte y Amadeo de Saboya, los dos Monarcas que interrumpen la cronología de la Casa de Borbón, abandonaron España sin gestos teatrales ni frases huecas, entre una indiferencia de los españoles que nunca les habían tomado en serio. Con ellos van sus mujeres, las pobres y dulces Reinas Julia y María Victoria, que no han llegado a prenderse con garbo la mantilla. Ni José I ni Amadeo I han dejado siquiera el recuerdo de un Infante de su casta enterrado en El Escorial, lo que Dios sabe si les hubiera unido más al Trono que toda su voluntad de acierto en la función a que les elevaran los caprichosos arabescos del Destino.

* * *

Los errores de los últimos Borbones habían sido tan grandes; de tal manera hicieron fracasar el sentido de quince siglos de Historia española, que, al vaciarse de Realeza el Palacio de Oriente, pareció vaciarse de sentido monárquico toda España. Bruscamente, toda la fe ancestral en la institución de derecho divino, todo el respeto supersticioso a la Majestad sagrada e inviolable, toda la confianza en lo que le ha sido familiar durante la vida entera, se escapan del alma española, deslumbrada por un espejismo nuevo, al que —contrariando su intimidad afectiva— se lanza de una manera desesperada. No hay otra solución. España hubiera querido morirse como se mueren las novias abandonadas, pero un pueblo no muere aunque lo desee. Más que como medio salvador, acepta la única fórmula que le queda por ensayar —la república— como una droga que la adormezca o la elimine.

¡Pobre España! ¡A lo que la han llevado Carlos IV, Fernando Vil e Isabel II! A renunciar a su manera de ser, a su heroísmo alegre, a su fe y energía, a su misión de eternidad... Con cuatro reyes suyos en el extranjero —Isabel II, Amadeo I, el Carlos VI del sueño iradicionalista y el joven Alfonso XII, de cuya fresca juventud, madurada en la tristeza del destierro, esperan la pacificación algunos fervorosos monárquicos—, España se tiene que resignar a oírse llamar República española, a sabiendas de que la palabra «república», en el lenguaje sentimental de la piel de toro, no expresa tan

sólo una idea política, pues tiene un significado de mucha más profundidad que una mera escena de saínete.

En un país que debía sus glorias a unos cuantos monarcas insignes compenetrados con sus vasallos para la realización de un destino glorioso, República quería decir tanto como fractura de la línea engarce del pasado con el futuro. En un pueblo cuya clave constructora de una Unidad y un Imperio había sido el sentido católico y militar de la existencia, «república» quería decir hundimiento de lo tradicional en la inquietud de lo contrario al meollo íntimo de la nacionalidad. República y democracia pretendían construir una inverosímil avenida de pedestales sin estatuas en un pueblo cuya fuerza espiritual colectiva había culminado en las individualidades llenas de genialidad y heroísmo de los artistas, los sabios, los capitanes y los santos de los siglos pasados. La República española rompía, pues, con toda la tradición, con toda la unidad moral de vivos y muertos, con todo cuanto no es materia en el corazón de los hombres de una misma raza. Al despertarse republicanos el día 11 de febrero de 1873, los españoles debieron creerse trasladados de planeta, llevados a un mundo en donde todo les era ajeno. Ni mejor ni peor, pero extraño. La República conservaría su idioma, sí, el idioma, las corridas de toros, la copla, el vino, el pan escaso, la pobreza al sol y la eterna sed de justicia. Y, sin embargo, todo tendría un sabor exótico, ni más gustoso ni más desagradable: diferente, inadaptable a lo más indefinible del alma nacional. Cada español, incluso los mismos republicanos, debió sentir en el fondo de su ser ese amargor de desencanto, ese remusgo melancólico con que se recuerdan la casa paterna, el juego de niños, la tortura del estudio y las rebeldías infantiles en el momento en que la adolescencia nos transforma el mundo a los ojos del alma. (No llamamos españoles a los pescadores en los ríos revueltos.)

La República no era la transformación de lo externo, sino la alteración inútil de lo íntimo. Por tanto, no podía ser la creadora de una felicidad ilusoria, sino el viento prendedor de nostalgias pasadas de un mundo quemado en fuego de artificio. La primera República española —como luego la segunda— no advino por un ímpetu seductor, una fuerza heroica o una ilusión del alma nacional. Antes, al contrario, nació del cansancio y la debilidad de la jerarquía y de la desilusión del pueblo en lo que llevaba más arraigado en su alma. La primera República española, que no había podido nacer con la Revolución del 68 —momento que quizá la hubiera justificado y consolidado la acritud nacional contra las tremendas faltas políticas de Isabel II—, hubo de advenir cuando fracasados todos los ensayos, la Monarquía se abandonaba a sí misma.

Pero para llegar a tiempo al asalto del Poder sobran las cautelas y prudencias que caracterizan al zorro republicano, en espera siempre de la caída del fruto maduro. Muchas veces, las más, el fruto que se desprende está, más que maduro, pasado e incomible. Así ocurrió a los pobres primeros republicanos españoles, generosos e ingenuos. Presenciaron la revolución del 68 sin mezclar su abogadismo al clamor militar que derrumbara a la Casa de Borbón en Alcolea y esperaron un momento sin riesgo de fusilería para cambiar el régimen de la manera más legal y pacífica posible. ¡Legalismo y pacifismo en quienes se llamaban revolucionarios! La paradoja mueve a risa y no inspira compasión, sino desdén.

La República temía al hombre fuerte —su enemigo nacional— y por ello se compuso de tímidos o mediocres. La República tuvo miedo al Poder y por ello se hizo archiparlamentaria y liberal. De haber aparecido un hombre enérgico —además de inteligente y de buena fe— en la República, se hubiera convertido inmediatamente en su enemigo natural, empeñando una batalla a muerte con el régimen, a fin de rescatar el poder de los sortilegios democráticos. La primera República española no encontró a ese hombre —a los inteligentes y de buena fe que sucesivamente la presidieron les faltaron la fortaleza y el valor— y se consumió, anémica y estéril, en sus propias disensiones, después de negar quince siglos de Historia en tres años de pintorescos bizantinismos. La irrupción del general Pavía en el salón de sesiones del Congreso, donde se debatía interminablemente el ser o el no ser de España, fue el chasquido fina! de aquella desbaratada sinfonía patética.

* * *

La primera República española, antiheroica en su nacimiento y en su vida breve, tampoco alumbró su caída con la antorcha de la tragedia. Se fue como había venido —sin pena ni gloria— al

más plácido de los limbos democráticos. Sus grandes gerifaltes aplazaron para mejor ocasión sus proyectos federalistas, autonomistas, lingüistas y pacifistas, retirándose por el foro entre la indiferencia de la España espectadora del triste sainete al que no perdonó sus muchas faltas.

XXXVIII. LA VUELTA DE LA MONARQUÍA

El destierro —castigo corporal y espiritual de crueldad terrible— suele ser para los príncipes una enseñanza y una experiencia de dos filos. Indudablemente, el descenso precipitado del trono, la salida de la Patria entre la hostilidad o la indiferencia, el cambio de las cámaras suntuosas por la mediocre decoración de un hotel aunque sea de lujo, la ausencia de los aduladores —aislantes de toda palpitación auténtica— la salida a pie por las calles de la ciudad hospitalaria, el nuevo género de curiosidad morbosa o compasiva que despierta su paso, las «interviews», la democratización forzosa impuesta por las circunstancias, son lecciones tan saludables para la condición **humana** de las personas de sangre real como para cualquiera otra mortal, sometida por la vida a un revés de fortuna. Para la condición **jerárquica** del príncipe, ¿es beneficioso ese salto brusquísimo de la atmósfera palatina y cortesana al aire libre, pequeño burgués? ¿Es mejor el príncipe humanizado en la amargura que el deshumanizado en el barroquismo severo de la etiqueta? ¿No pierde mucho del propio concepto de su Destino al perderse entre la riada humana de la ciudad que le acoge? ¿Cómo se considera a sí mismo el nieto de cien reyes que ve sustituido el ritmo de su vida entre los amortiguadores de las dobles puertas palaciegas por el torbellino de la existencia sencilla de un buen señor independiente? ¿Qué matiz caracteriza en la conciencia íntima del príncipe el nexo roto con su pueblo? ¿Puede llegar al conocimiento y a la interpretación objetiva de las profundas razones que tiene siempre cualquier gran transformación nacional? ¿Discierne su propia responsabilidad entre la masa colectiva de responsabilidades derivadas de los acontecimientos que condujeron al hecho histórico fatal? ¿Le nublan los ojos del espíritu las lágrimas nostálgicas de la Patria o del Poder, del dolor, la amargura o el despecho? ¿Acata sinceramente la fatalidad del suceso o, por el contrario, guarda con avaricia un rencor a su pueblo, confundiéndolo con el Destino?

Es fenómeno corriente que los Reyes desterrados por una revuelta popular aparenten conformidad con el acontecimiento, aun cuando desde el primer momento abriguen en su fuero interno la intención de desacatarlo en cualquier ocasión que para ello se les brinde. Es un fenómeno corriente y humanísimo, pues raro es el ser con suficiente grandeza de alma para reconocer por encima de la obstinación en sus equivocaciones, la razón ajena y suprema de un pueblo enfrentado con ellos. Si este fenómeno es común incluso en revolucionarios geniales como Napoleón, nada puede extrañar que se produzca en un príncipe de vieja casa reinante que lleva en las venas y en el espíritu una idea muy diferente sobre el origen de su poder.

Otros monarcas en el destierro fingen la más absoluta indiferencia —inverosímil salvo en casos de cretinismo integral— hacia el rumbo emprendido por su país y se dedican a la jardinería, el deporte o el exhibicionismo, sin perjuicio de volver al Trono en cuanto una nueva convulsión política los reclama. Este caso es frecuente en dinastías poco arraigadas en los países adonde llevaran a sus próximos antepasados las jugadas diplomáticas de otras potencias. Es el que podría llamarse fenómeno balcánico.

Al caer los Borbones de España en 1869, la Familia Real huye a Francia y se instala en París. Isabel tiene en esos momentos una serenidad solemne y señorial, inesperada después de la frivolidad de su Reinado. Sin renunciar a la Corona de sus mayores, sin conformarse con la Revolución que se la hizo perder, la ex Reina de España comprende que jamás volverá a ceñirla a sus sienes. Isabel II no abriga la intención de recuperarla para ella, pero siente en su corazón de Reina, de madre y de española el anuncio secreto del Destino de su dinastía. Y, desde el primer momento, deposita su fe en el Príncipe Alfonso, transmitiéndole el escaso puñado de isabelinos que quedan por el mundo.

El Príncipe de Asturias, adolescente apenas, se dispone, con un sentido de seriedad impropio de sus años mozos, a prepararse para Rey de España en la escuela experimental del destierro. La espada de dos filos amenaza su formación intelectual. ¿Qué le pueden enseñar de España y para España el París corrompido del Imperio agonizante o la Inglaterra victoriana con sus fórmulas políticas de imposible versión española? Poco menos que nada. Todo aquello que en la ideología y fraseología del momento «se lleva» en Europa, sirve muy poco a la originalidad temperamental de la vieja piel de toro.

El parlamentarismo liberal-conservador británico, con su política de báscula entre el proteccionismo y el libre cambio, entre la ambición imperialista de los jóvenes estadistas y



Ilustración 57. A los diez años de la Restauración de la dinastía murió Alfonso XII, sin que España y él llegaran a precisar si se amaban de verdad. Madrid, en donde nació y murió, le dedicó este monumento



Ilustración 58. El general Prim, después de servir a la monarquía isabelina la derribó, y logró que los españoles, esquivando a la república, proclamaran rey —efímero— a Amadeo de Saboya, duque de Aosta, hijo segundo del rey Víctor Manuel II de Italia. La víspera de la llegada a Madrid del nuevo monarca, Prim fue asesinado así en la madrileña calle del Turco



Ilustración 59. La Reina Regente, doña María Cristina de Habsburgo-Lorena, mujer y madre ejemplar, con su carácter de una pieza asumió por entero todas las difíciles tareas que el destino juntó en su mano

el quietismo de los viejos, ¿podría aplicarse a España, donde la industria es rudimentaria, la cultura ciudadana deficientísima y el sentido imperial yace enterrado bajo un suelo removido de un feroz anarquismo individualista? ¿Podría intentar un monarca español las experiencias financieras de un Leopoldo II de Bélgica? ¿Podría un gobernante de la Península imponer la disciplina a la prusiana

de un Bismarck avizorando el II Reich? Imposible de todo punto. ¿Qué se podría intentar entonces en España? Quizá el Príncipe de Asturias, con su clara inteligencia, intuya que el camino de salvación de su pueblo está en buscar las formas tradicionales de las antiguas Monarquías españolas, mucho más liberales y regionalistas que el absorbente liberalismo oficial, como había dicho no un pensador hispánico, sino Carlos Marx. Pero quizá también le asuste formularse ese pensamiento que es el de los carlistas, enemigos mortales de su madre, a quienes los partidarios de Isabel II han motejado siempre de reaccionarios. El Príncipe desterrado tiene que desechar tal idea, porque un irónico Destino ha hecho depositario de ella a otro príncipe, también llamado Borbón y también desterrado, con el que un pleito familiar hace imposible la coincidencia ideológica. Además, el mundo —Europa— sigue otro camino de libertad, de cultura, de maqumismo, de industrialización, de reformas sociales. ¿No será mejor llevar por él también a España?... ¡El caso es que España no se aviene a él! El Rey intruso y la no menos intrusa República se esfuerzan en meterla por él, y España se resiste o lo desborda. ¿Es que el pueblo de la piel de toro no cabe en moldes ajenos? El Príncipe Alfonso va creciendo en el destierro y sin quererlo va olvidando cómo es España realmente. España no es como esas gentes de París con las que dialoga en los bulevares; España no es como esos jóvenes «dandies» londinenses, ni como esos «junkers» prusianos, ni como esos alegres burgueses de Viena. ¿Cómo es? El destierro enseña muchas cosas a un príncipe, pero de nada sirve si le hace olvidar eso fundamental que no se aprende en ninguna parte más que en el centro mismo del alma nacional: el tono del alma nacional.

Ya Rey de España, Alfonso XII —después del golpe de Estado de Pavía y la proclamación de Martínez Campos en Sagunto— persiste en ese error de perspectiva. España no es Francia, ni es Inglaterra, ni Bélgica, ni Suecia, ni Italia. La tradición monárquica española es totalmente distinta de la de esos países. Y Alfonso XII, que con la buena intención de la lección aprendida en el destierro ha olvidado lo que fuera fundamental en el entendimiento del mando de nuestros grandes Reyes, tergiversa de manera lamentable la Historia nacional al encargar a las Cortes una Constitución a la europea, según la cual —como pasa en otros países— «el Rey reina, pero no gobierna». Esta norma de liberalismo, que tal vez sirva con éxito a naciones cuyo carácter tiene que ver muy poco con la raíz psicológica e histórica de España, en la piel de toro corre el riesgo gravísimo de convertirse en aquel algo desvirtuado e inoperante que otras veces la había conducido a la decadencia: el Rey, dedicado a lo fácil —reinar— y vuelto de espalda a lo áspero y a lo arduo, pero sagrado —gobernar—, encomendándolo a favoritos o a ministros «responsables», en retorno deplorable a los tiempos de los últimos Austrias o de Carlos IV. Y no sólo está el peligro en la interpretación al pie de la letra del pueril aforismo liberaloide. También puede ser sumamente delicado que el Monarca constitucional, interpretándolo a su manera, «reine y no gobierne... pero tampoco deje gobernar», como habían hecho en casi todos los momentos de su estancia en el Trono, María Cristina e Isabel II, enviciadas en la práctica, semiabsoluta semiconstitucional, de la política de camarillas y pronunciamientos. Con esa fórmula mediocre, que reduce la potestad de mando a la simple función «moderadora»; limitando las facultades auténticas de la soberanía al ámbito angosto de lo decorativo y frío, fracasaba precisamente lo que se quería restaurar en España: la Monarquía. El Rey, figurón tan sólo, nada tenía que ver con el Monarca glorioso de la Historia española —capitán, político o burócrata, según el sesgo de las circunstancias—. La teoría del Presidente coronado nacía condenada, como todo lo híbrido, al fracaso y a la esterilidad igual que cualquiera de los tipos de república concebida en el seno de una logia masónica. El Rey, sin facultad de **cabalgar,** sometido su poder ficticio a la fragmentación ineluctable consecuente a la llamada «división de poderes», quedaba incapacitado para despertar al pueblo español de su marasmo y enderezarle hacia un destino único y en consonancia con el pasado. El pueblo español, adormecidas sus virtudes por la falta de estímulos conductores, no podía salir de la inercia y el bostezo sin un jefe audaz que espoleara su alegría vital entontecida durante un siglo. Y precisamente el «Jefe de Estado» en un régimen liberal, constitucional y democrático, no puede ser jamás el conductor, el «jefe nacional», el capitán, el caudillo. Eso de que «el nombre no hace a la cosa», es otra de las mil frases estúpidas que han hecho fortuna en un mundo de imaginación atrofiada. Jefe del Estado... ¿Jefe de qué?... Pero ¿sabe el pueblo, sabe la nación lo que es el Estado? ¿Se identifica la Nación **humana** —no la Nación concepto juridicopolítico— alguna vez con el Estado? La humanidad que vive sobre un mismo territorio, con una sola historia y una sola esperanza, conoce, ama y siente lo concreto, lo lleno de voz y de sangre, no lo abstracto y exangüe, lo estrictamente

político y legal. El Rey constitucional acaba convirtiéndose en una ficción en la que nadie cree y a la que culpan todos —sin embargo— cuando «los que gobiernan» fracasan en su misión. Su presunta «irresponsabilidad» es la que antes se pone en la picota.

Como en Inglaterra y en Bélgica, en Suecia y en Italia se iba bien con esas fórmulas, Alfonso XII, creyéndolas eficaces para restaurar a España, se sometió a ellas con más corrección que convencimiento, con más resignación que entusiasmo. No es probable que su alma juvenil creyera sinceramente que la Constitución del 76 era la panacea capaz de operar milagros sobre la piel de toro. A buen seguro hubiese confiado más para arrebatar a España en su prestancia de buen mozo, en decirle en voz alta el amor sentido por ella en la ausencia, en pedirle quereres y heroísmo... Pero el Rey constitucional no puede dirigirse a su país si no es con el refrendo de sus ministros. Para el Rey constitucional no hay ágoras improvisadas ni ventanas a la multitud desde las que entablar diálogos de corazón a corazón... La Monarquía constitucional es frígida y glacial como un clima nórdico y lejanísimo. A los diez años de la Restauración de la dinastía, Alfonso XII murió sin que España y él llegaran a precisar si se amaban de verdad. La Historia de aquellos años, relativamente pacíficos, no puso a prueba ese amor y la solidez del contrato constitucional que lo legalizaba, con una conmoción profunda de las entrañas populares.

No por escépíicos del constitucionalismo habremos de negar que el cuerpo legislativo de 1876 tuvo una eficacia aparente en el tiempo. La fatigada atonía del país, la buena voluntad del Rey y las habilidades de Cánovas y Sagasta —jefes de los partidos turnantes conservador-liberal y liberal-conservador, tan poco diferentes de visión y composición— conciliaron exteriormente a los españoles, para una vida lánguida y pobretona, sin ideal alguno de (altura nacional. Para la vida «triste y chata» de los personajes galdosianos, donde de vez en cuando chispeaba una intransigencia para lo humano sobre el mar llano de la tolerancia política. Triunfo de lo intermedio y lo vulgar en todo: sin cúspides ni abismos, sin grandes males ni grandes remedios, la época alfonsina carece de estilo y de genio. Es una etapa de «pan y cebolla», sin más aspiración nacional que la consolidación de la mediocridad y la imposibilidad de la aventura. España se inhibe de todo problema de aire internacional, sometida en esta órbita a la influencia de las grandes Potencias occidentales, tradicionalmente sus enemigas y ahora sorprendentemente amigas.

Tan inhibida, tan metida en su. brasero y su tute, su recuelo y su folletín vive la España alfonsina, que no intuye el peligro que la joven, potente y ambiciosa mentalidad yanqui está creando para los restos del Imperio americano. No adivina que la divisa de Mon-roe es la máscara de un imperialismo que pretenderá borrar para siempre de América a la España eterna. Si lo adivina, nada hace por poner atención al problema. Ello molestaría a las logias y a las tertulias del liberalismo. El primer trance gravísimo de Cuba —planteado el 68 y no resuelto por Isabel II, Amadeo I y la República— se aplaza por el espíritu pacificador de Alfonso XII con la llamada «paz del Zanjón». Paz que no es sino una tregua de España con un puñado de súbditos en rebeldía más administrativa que política. Los patriotas cubanos no eran todavía francamente separatistas y su propósito al concertar la tregua con la madre Patria era el de llegar a un entendimiento con ella, para obtener una autonomía administrativa. Los políticos alfonsinos, no comprendiendo el peligro norteamericano, negaron a Cuba y Puerto Rico lo que lógicamente su tendencia a imitar todo lo inglés debiera haberles aconsejado: la transformación de las últimas provincias ultramarinas en «dominios» de la Corona española. Al contrario; la amplia tolerancia política de la Península, donde todo lo más disgregador se incubaba al amparo de la Constitución, no se aplicó ante el problema autonomista americano, dando con ello pie a la intromisión y la propaganda yanqui contra España en los territorios de ultramar y preparando la catástrofe final del 98, en la que la bandera española desapareció para siempre del Nuevo Mundo. Aunque en el tiempo, la pérdida total del Imperio americano corresponde al reinado posterior, no hay duda que su germen próximo estuvo en el de Alfonso XII, por la falta de un criterio enérgico y justo para enfocar el problema autonomista.

La cortedad de miras de la política de la Restauración no logra restañar las viejas desgarraduras de la piel de toro. Ni los carlistas ni los republicanos aceptaron convencidos la subida al Trono del hijo de Isabel II y durante algún tiempo se abstuvieron de compartir la menor tarea nacional. Cuando al fin llegaron a las Cortes a participar sin responsabilidad en el trabajo legislativo, su actitud fue oposicionista siempre. Ni siquiera el terrible «crac» del 98 unió a los hombres representativos de

España en un ideal amplio y elevado que barriese las rencillas por el matiz y la división por las palabras —más que por las ideas—, tan características entre los españoles.

Por todo ello consideramos que la Restauración tiene en su haber cuarenta y tantos años de una innegable paz pequeñita, incompleta y pobretona, de una visión estrecha del porvenir, de un olvido lamentable de la visión del pasado y de un apaciguamiento agarbanzado que quizá fuera la aspiración de la generación aquella, pero tiene también el debe tremendo de haber sido tan sólo Restauración de la dinastía, pero nunca Restauración total de una Patria grande y libre, capaz de continuar su pasado glorioso, si no en lo puramente material del poder físico, al menos en una norma altísima de espiritualidad, de cultura y de fe. No supo serlo, y ése es su fracaso. España desapareció del concierto europeo y del americano y olvidó su misión en África. Los mares y los Pirineos parecieron de nuevo murallas infranqueables para su aislamiento. El mundo entero olvidó la historia y el brillo de la espada que lo había dominado. Iberia se hizo país de cromo pintoresco, de color local, de chafarrinón impresionista de españolada por fuera y de amargor expresionista de «esperpento» por dentro. Sin ambición, sin destino colectivo en lo universal, voluntariamente neutral ante la actividad política de las grandes Potencias europeas, la imagen de aquella caricatura histórica fue considerada por algunos como un colmo de felicidad doméstica y ciudadana. Sin embargo, aquella dicha mesocrática, de siesta en la tumbona, sin aguijón de empresas vitales y urgentes, sin «quehacer en la Historia», habría de pagarse al precio altísimo de la mejor sangre moza de la raza, en las siguientes etapas dramáticas de la crónica de la piel de toro...

XXXIX. EL FRACASO DE QUINCE SIGLOS DE HISTORIA

Al asomarse al penúltimo capítulo de este esquema de cimas y simas de nuestra Historia, la pluma se detiene temerosa de vértigo. Vértigo de la velocidad de los sucesos del medio siglo transcurrido entre la muerte de Alfonso XII y el 18 de julio de 1936; vértigo por la profundidad y negrura del abismo abierto el 14 de abril de 1931; vértigo por la proximidad de los hechos y la presencia en nuestros sentidos corporales de los rostros y las voces de sus autores; vértigo por el clamor subjetivo de nuestro juicio; vértigo por la evidencia de la Historia que conocemos exacta por el relato de lo que vieron nuestros padres o lo que hemos visto nosotros. Historia evidente y no libresca, palpitante y no erudita, sangrante y no empolvada. Preferiríamos evocar otra vez al hombre de Altamira a tener que hablar un poco de nosotros mismos al referirnos al amargo destino de nuestra generación y de la de nuestros padres y maestros.

Si los libros se hicieran solamente por el placer de crearlos y nos dejaran libertad de abandonarlos allí donde el placer se hace dolor, podríamos haber limitado este nuestro de la piel de toro a los diecinueve siglos primeros de la España cristiana. Pero un libro es un deber cuyo cumplimiento no puede excusarse. Se nos impone al corazón y a la mano como los mandos al piloto de un avión. Si se ha despegado y el motor vibra y las alas están tensas, no se puede interrumpir el impulso del vuelo por temor al vértigo. Hay que seguirlo o suicidarse. Un libro, y más si es histórico —aun cuando en él la Historia sea tan rápida y leve como en éste—, es una tremenda aventura dramática que es menester iniciar y terminar con el mismo ánimo intrépido y apasionado, si su propósito no es el de la pura erudición, sino el de una obra artística. Don Marcelino Menéndez Pelayo, en su discurso de ingreso en la Real Academia de la Historia, nos enseña que «como la pasión es el alma de la tragedia y de la oratoria, el historiador clásico, que es ante todo orador y poeta trágicos, es apasionadísimo, a despecho de los preceptos de los retóricos, que le imponen la más severa neutralidad, y lejos de olvidarse de que es griego o romano, español o florentino, aristócrata o demócrata, republicano o amigo del Imperio, no aparta nunca de los ojos su Patria, su raza y su partido y esculpe a sus héroes predilectos en actitudes épicas y sublimes y a sus enemigos y émulos los rebaja y ennegrece, o a lo sumo les da la grandeza del mal. Y así, no hay una de estas grandes historias que no deba sus mayores bellezas a la pasión más o menos descubierta del autor: pasión de venganza contra la democracia ateniense en Tucídides; pasión de soberbia patricia y estoica en Tácito; pasión de la unidad italiana en Maquiavelo; pasión de portugués separatista en don Francisco Manuel de Meló. Aun a los más serenos y majestuosos, a los que han querido abarcar todo el curso de la vida de un Imperio, a Tito Livio, verbigracia, los domina !a pasión por la grandeza de su pueblo, y esta pasión es la que da unidad a su obra y color y fortaleza heroica a su estilo, y perpetuidad como de mármol o de bronce antiguo. De todo lo cual infiero yo que la historia clásica es grande, bella e interesante, no por lo que los retóricos dicen, sino por todo lo contrario; no porque el historiador sea impar-cia!, sino, al revés, por su parcialidad manifiesta; no porque le sean indiferentes las personas, sino, al contrario, porque se enamora de unas, y aborrece de muerte a otras, comunicando al que lee este amor y este odio; no porque la historia sea en sus manos la maestra de la vida y el oráculo de los tiempos, sino porque es un puñal y una tea vengadora; no porque abarque mucho y pese desinteresadamente la verdad, sino porque abarca poco y descubre sólo algunos aspectos de la vida, encarnizándose en ellos con fruición artística; no porque sirva de gran enseñanza a reyes, príncipes y capitanes de ejército, dándoles lecciones de policía, buen gobierno y estrategia, sino porque ha creado figuras tan ideales y serenas como las de la escultura antigua, y otras tan animadas y complejas como las del drama moderno; no porque «enseñe a bien vivir», como dijo Luis Cabrera, a pesar de los aforismos que solían engalanarla, sino porque produjo en Tácito el más grande de los artífices creadores de hombres, si se exceptúa a Shakespeare» [3].

Nada más lejos de la modestia del autor de este libro que compararse con los historiadores

[3] Menéndez y Pelayo (Marcelino): «La Historia considerada como obra artística» (1883). En «Estudios de crítica literaria». Colección de escritores castellanos, Madrid, Pérez Durruti, 1884.—Págs. 100 a 104.

citados por Menéndez Pelayo. Pero como el roce de un tema histórico contemporáneo requiere pasión y muchas veces la pasión produce descontento en quienes tienen otra contraria o frialdad en el alma, considera necesaria esta digresión y estas citas para justificar cualquier apasionamiento de su juicio a lo largo de este capítulo o de los precedentes.

* * *

Los quince siglos de historia de la España ya separada del Imperio Romano fracasaron estrepitosa y lamentablemente en los cincuenta años que duran la Regencia de la Reina madre doña María Cristina de Habsburgo-Lorena, viuda de Alfonso XII, y el Reinado de su hijo Alfonso XIII. La etapa que sigue a la proclamación de la II República —hasta la desaparición del «nuevo régimen» por los pasos de la frontera pirenaica con los últimos restos de su ejército rojo vencido y destrozado —no es ya el fracaso de la Historia de España, sino el de una parte de la Historia de la democracia europea. La caída de la Monarquía el 14 de abril de 1931 es un dolorosísimo episodio nacional... El derrumbamiento de la república soviética española el 1.° de abril de 1939 es un acontecimiento internacional de magnitud insólita, que anunciaba grandes acontecimientos en el Viejo Continente.

¿Por qué fracasa la Historia de España en el último Reinado? Ya se ha apuntado en el capítulo anterior. Porque el pronunciamiento de Martínez Campos restauraba la Monarquía, pero no a la auténtica Monarquía española ni a España. Que no era del todo exacta la pretensión de muchos de la consustancialidad de la Monarquía con España, lo prueba el que España se salvara sin Monarquía el 18 de julio de 1936.

Doña María Cristina de Habsburgo-Lorena, mujer y madre ejemplar, huye, desde el momento en que su viudez la coloca en el trance de ejercer la Regencia de España, de todo cuanto pueda recordar el período de la alegre farsa en que su homónima María Cristina de Borbón se encontrara en situación análoga. Nada más contrapuesto que los caracteres de las dos Reinas Regentes del siglo XIX. La archiduquesa austríaca estaba educada en unos principios de austeridad católica y protocolo borboñón, por los que habían resbalado las turbulencias eróticas de la Corte de su tío el Emperador Francisco José. Doña María Cristina, por la pureza de sus costumbres y la alta autoestimación de su jerarquía, era una auténtica princesa habsburguesa, más bien de la antigua rama española que de la austríaca. Nada más lejos de su rigidez bondadosa que un mínimo deseo de popularidad o chabacanería. La realeza era para ella algo hermético y sagrado, inaccesible al aire de la calle. Difícilmente podía conciliarse esa consideración «tabú» de la personalidad real con la necesidad del contacto con las figuras egregias que parece requerir el sentimiento democrático. Doña María Cristina no comprendía que una Reina -—como la difunta Mercedes de Orleáns, primera esposa de Alfonso XII— pudiera incorporarse al «folklore» de su pueblo. Por ello, encerró su prematura viudez tras la pétrea mole del Palacio de Oriente, y el pueblo español, que lloraba cantando —como en la petenera— su pena por el Rey muerto en la flor de la mocedad, no llegó a saber si lo que ocultaba la Regente en el Alcázar era un duelo femenino sincero o unos ojos enjutos sin lágrimas. En la rudimentaria psicología sentimental de la masa popular, esta duda enfrió el afecto, que nunca fuera muy ardoroso, hacia la Reina viuda. Si los mantos de luto por el apuesto Alfonso XII los hubiera vestido la reinita sevillana que España adoraba, a buen seguro que la musa honda y callejera habría acompañado con canciones de corro de chiquillos y guitarra de ciego el duelo de la soberana. Y una canción popular hubiese unido más que un respeto frío y distante a los dos elementos que debían integrarse armónicamente en la fórmula constitucional de la Monarquía restaurada: realeza y pueblo. También al pueblo —que entonces y siempre «tiene su corazoncito»— le hubiera agradado considerarse un poco padre del niño Rey recién nacido. Pero doña María Cristina, con su carácter de una pieza, asumió por entero todas las difíciles tareas que el Destino juntaba en su mano: criar y educar a un niño de complexión delicada, hijo de un tuberculoso avanzado, y regir a un país cansado y sin alientos, falto de fe en sí mismo y de ilusión en su porvenir, al que se había apartado de los principios tradicionales que informaban su manera de ser íntima para inculcarle otros más modernos, falseados totalmente en la práctica. Diez años de vigencia de la Constitución no habían mejorado en nada la situación del pueblo español, entregado a las pugnas sin horizonte nacional de los partidos políticos y a la colosal desvirtuación del liberalismo, convertido en los «ismos» tentaculares del capitalismo naciente y del caciquismo en pleno florecimiento. Aquel pueblo, acostumbrado al campo y las calles con pólvora de las guerras de la Independencia o civiles y

a los pronunciamientos de la época isabelina, no podía darse por satisfecho con las mezquinas garantías constitucionales y con la comedia engañosa del flamante sufragio universal, que no servía para expresar su voluntad política ni para mejorar su posición social. La Constitución y sus leyes complementarias, inútiles como un castillo de fuegos artificiales, ni siquiera llegaban a drogar al pueblo, desazonado por deseos nuevos e inconcretos, fomentados misteriosamente por agentes internacionales. La Reina Regente, con su escrupulosa fidelidad a la Constitución jurada, nada podía hacer por remediar el desasosiego nacional creciente, ya que ésa era la servidumbre de la Monarquía restaurada. Los hombres que con ella gobernaban —siempre en el sistema de balancín de los nombres más que de las ideas— tampoco encontraban en la estructura política del Estado la posibilidad de superar con un esfuerzo personal constante o una genialidad audaz las barreras de tedio que alzaban los artículos de la Ley fundamental jurada por todos.

Mientras la Reina trataba de reinar hasta donde le estaba permitido, los políticos profesionales hacían malabarismos con los tópicos más trasnochados y el pueblo se impacientaba, empezando a creer vagamente en un evangelio rojo predicado por los discípulos españoles de los Marx y los Bakunin. El pueblo español había sido **revoltoso en lo político,** y la tenaz propaganda que se infiltraba en él para mostrarle en toda su crudeza las injusticias que llevaba padeciendo muchos siglos, tendía a **convertirle en revolucionario en lo social.**

Ningún cabecilla de las algaradas y motines del siglo XIX había manejado el **odio** del pueblo, sino su candor, su buena fe, su ingenuidad, su optimismo. El pueblo español se había venido sublevando periódicamente hasta entonces, más que ganado, deslumhrado por la palabra de este o el otro ¡efecillo. Lo más frecuente era que tomase las armas con alegría infantil alentado por vivas inocentes y que, aun cuando alguna vez desmandado cometiera tropelías, jamás se mostrara torvo y rencoroso ni exaltado en su ímpetu con mueras. El pueblo español venía siendo sin interrupción un Instrumento político. En adelante, habría de ser un arma más violenta para una lucha nueva, no de ideologías fanáticamente ingenuas y esperanzas siempre defraudadas, sino de una oposición de clases surgida, en gran parte con razón, por las atroces diferencias sociales y económicas.

La ceguera del sistema político en vigor impedía a los gobernantes advertir esa transformación. Algunos de esos gobernantes habían de pagar con sus vidas la visión insuficiente. Cánovas, Canalejas y Dato caerían víctimas del nuevo fanatismo rojo. Y la ceguera del sistema no encontraría la replica adecuada que hubiera sido, tras la sanción ejemplar a las organizaciones criminales, la creación del fanatismo de una revolución nacional que recogiese todo el ímpetu de las masas, encauzándolo para una tarea de solidaridad y unión. Un solo hombre tiene, entre 1886 y 1923, la claridad mental suficiente para diagnosticar las causas del torcimiento del espíritu nacional —la crisis de la autoridad— y prescribir el remedio único —la revolución desde arriba—. Ese hombre es Antonio Maura, a quien, aun cuando tratemos de evitar los detalles personales en este capítulo, que forzosamente ha de ser una síntesis veloz no podemos dejar de citar cuando tenemos que hablar del fracaso político de la Restauración y de la amargura inmensa del desastre del 98. Insuficiente la paz del Zanjón para contener el derrumbamiento de nuestro poder en las Antillas y el Pacífico e impotentes las autoridades españolas en las Islas ultramarinas para contrarrestar eficazmente la infiltración de la propaganda y el oro norteamericanos, los autonomistas y separatistas cubanos afirmaban su ideal de independencia frente a la inacción de los gobiernos españoles. Antonio Maura, ministro de Ultramar, estudia —a distancia, claro, pues ningún estadista español fue capaz de cruzar el Atlántico para enterarse por sus ojos de lo que pasaba en las provincias americanas— el problema y trata de resolverlo con un gran proyecto de reformas políticas y administrativas que presenta a las Cortes en 1893. El Parlamento español —escuela de oratoria y picaresca, algunas veces sacudido de epilepsia combativa, pero las más amodorrado de «cansera»— nunca se atreve a dar cara a los arduos problemas nacionales y, haciendo de aquella cuestión vital para los andrajos del Imperio un menudo pleito de pasillos y tertulias, la echa abajo entre mofas y desdenes, como había echado antes y echaría después cualquier intento de reanimar la decadencia. La razón de ello —aparte la cerrilidad y falta de preparación técnica de la inmensa mayoría de sus componentes— estribaba en que el Parlamento español, en su cámara popular, se componía —con raras excepciones— de servidores de las logias masónicas y de la agarbanzada y egoísta política de campanario, y en la cámara alta, de representantes de una

aristocracia de sangre o de dinero, totalmente olvidada de la alta misión social que la incumbía, por cuanto que aristocracia, etimológica e históricamente, no significa goce fácil de privilegios heredados, sino áspero servicio que justifique todo lo que supone de selección el apelativo «aristócrata». El proyecto de Maura quedó en proyecto y en su lugar se aprobó una ley corta, estrecha y rancia, que en manera alguna podía dar satisfacción a los patriotas cubanos y portorriqueños partidarios de la autonomía o de la independencia.

«El grito de Baire» volvió a llenar de rifles y machetes las maniguas y selvas tropicales. El humo de la pólvora volvió a ennegrecer los purísimos cielos antillanos. Los soldados de Espara, mal armados, aclimatados apenas, pálidos de la fiebre amarilla y la disentería, mordidos de las víboras y abrasados del sol casi tropical, volvieron a guerrear contra los insurrectos apoyados por la colosal riqueza yanqui. El Gobierno de España, sin querer o sin lograr ver toda la turbiedad masónicofinanciera que se escondía tras la alegre guajira patriótica del insurrecto, exigía a los capitanes generales de las islas contestar a la guerra con la guerra, cerrando con bayonetas los caminos de una conciliación, todavía posible. En general ha sido siempre más fácil a los Gobiernos españoles convertir en héroes a sus soldados —cuestión de una arenga bien dicha que inflama la sangre caliente de las venas mozas— que hacer una ley justa o una concesión oportuna al sentido común. Los mozos de España sorteados para Cuba que no podían redimirse por dinero comprando un sustituto, embarcaban para América con trajes de rayadillo y sin quinina, entre canciones que se llamaban patrióticas, ascendidas bruscamente a tal jerarquía desde los escenarios de género ínfimo y los tabla-dillos de los cafés-conciertos. Los mozos de España, embriagados con la musiquilla, iban a morir por España en las trochas cubanas, sin preguntar la razón. El nombre de la Patria era bastante causa para dejar la vida cara al sol en ellas, pero también era cierto que el Gobierno no habría sabido encontrar una razón —menos heroica, pero más razonable— para enviarlos a morir. La tragedia de España en aquellos momentos consistía principalmente en sostener la postura intransigente de Felipe II en Flandes, sin tener a un Felipe II sobre el Trono ni a un Duque de Alba o un Farnesio al frente de unos Tercios invictos; sin contar con una escuadra poderosa, unos recursos inagotables en las Indias, ni mucho menos poseer la moral de victoria que produce un Imperio en plenitud. «Sostenella y no enmendalla» era una frase de puro sabor imperial que, repetida por los políticos de la Monarquía constitucional, se deslavazaba como un vino aguado. «Sostenella» —la guerra— ¿con qué? ¿Sólo con el valor, la resistencia, la sobriedad y la fe del soldado español?... Por el soldado español no quedaría. Por el soldado español no ha quedado nunca. El soldado español podrá ser vencido, pero jamás ignominiosamente. Allá en Cuba, abrasado, mordido, devorado por los rigores del clima, la astucia v el valor combativo de los patriotas cubanos, el soldado español sostenía su bandera sin desfallecimientos, meses y meses.

Obligación de un buen Gobierno es, mientras el soldado combate y muere, estudiar las posibilidades de la vuelta a la paz y evitar cuanto pueda prolongar o complicar la lucha. El Gobierno español no lo hacía. Eso hubiera sido «enmendalla», y un Gobierno español de aquel sistema liberal no se «enmendaba» nunca. Caso de equivocarse, tenía siempre la salida cómoda de una crisis, unas elecciones y «aquí no ha pasado nada». En el sistema constitucional de 1876 se hablaba de una responsabilidad de los ministros, que jamás habría de ser exigida a ninguno. Bien sabían los políticos que sus mayores fracasos quedarían impunes. Mientras las charangas de «La marcha de Cádiz» atronaban el aire de la piel de toro de patriotismo bullanguero, la tozudez gubernamental empeoraba la situación de Cuba y de las Filipinas, también sublevadas por los mismos motivos y las mismas influencias que la hermosa Isla antillana. La duración de la lucha, la violencia de los procedimientos peculiares de las guerras de carácter civil, donde son tan fáciles y peligrosas la infiltración y el espionaje, enternecieron —**de pronto**— el siempre sensible corazón de los «demócratas» del país del dólar, que se quitaron la máscara dispuestos a intervenir en el conflicto. El Gobierno español —suicidamente digno— hizo oídos sordos a los gemidos yanquis, comprendiendo que no eran más que el pretexto para tratar de legitimar su inminente ingerencia en el problema español. La sombra de Monroe, que no se atrevía a cernerse sobre las tierras americanas todavía auténticas «colonias» de Francia e Inglaterra, se proyectó sobre las **provincias ultramarinas** españolas, que «casualmente» eran las más ricas de todas las tierras del Nuevo Mundo poseídas aún por Europa. Los Estados Unidos sabían conciliar su sentimentalismo democrático y los intereses de su capitalismo imperialista y escoger, para hacerlos triunfar, la ocasión más alevosa. Pueblo de mentalidad infantil e impresionable,

sus dirigentes no vacilaron en excitarle contra España con una campaña de difamación y de leyenda negra y más tarde con una espectacularidad hasta entonces no conocida en la Historia. La habilidad del «gabinete negro» de Washington sorprendió una carta del ministro de España Dupuy de Lome a don José Canalejas, donde se juzgaba de una manera bastante áspera y desabrida la política «jingoísta» del Presidente Mac-Kinley. El documento así conseguido pasó a la primera página de todos los periódicos norteamericanos con titulares de escándalo, como noventa años antes los servicios de prensa y propaganda de Napoleón habían hecho con la famosísima «carta interceptada» del primer ministro prusiano barón Stein al Príncipe de Wittgenstein. La desdichada misiva del diplomático español logró lo que era deseo nortéamericano: exaltar más contra España la opinión yanqui. Sin embargo, las excusas y la caballerosidad del Gobierno español —aunque malos gobernantes, los políticos españoles eran caballeros— evitaron mayores males. Pero !a norma del ambicioso es la de que «el que la sigue la mata». Y los políticos yanquis la siguieron, enviando su Presidente un emisario personal —tan del gusto de la política de aquella democracia— para conminar a la Reina Regente con un ultimátum incalificable, en el que se proponía a España la «compra» de sus provincias antillanas. ¡Ah, e! sentimentalismo, y el monroísmo, y los «derechos del hombre», y la autodeterminación cubana! ¿Dónde quedaban? Sin embargo, el intervencionismo yanqui continuaba afirmando públicamente no tener pretensión territorial alguna sobre Cuba y Puerto Rico, a las que el Gobierno español —advirtiendo a última hora el peligro gravísimo— ofrecía autonomías tardías. El ultimátum se frustró también. España lo rechazó con orgullo justo. Cuba podría perderse por su voluntad, pero España no habría de venderla jamás. Nunca como en aquella ocasión dolorosa España fue **más que madre** de la tierra de América, por su genio descubierta y por su esfuerzo civilizada. La Reina Regente y el Gobierno estuvieron a la altura de las circunstancias. Al rechazar al mensajero de la insinuación ofensiva, sabían que la guerra con los Estados Unidos era ya inevitable. Pero el honor y la sangre valían mucho más que los trescientos millones de dólares en que los tasadores norteamericanos veían Justipreciada la Isla que España **sabía** ya perdida definitivamente.

Fracasados el escándalo del periodismo y la oferta del chalaneo, quedaba a !a tenacidad rabiosa de Norteamérica una última carta, que puso sobre el tapete en la jugada más monstruosa que registra la Historia; jugada que ni Maquiavelo ni Napoleón hubiesen concebido: la voladura del «Maine».

El «Maine» era un viejo crucero yanqui anclado en visita «de cortesía» —mientras el grueso de la escuadra merodeaba en torno a Cuba— en la bahía de La Habana. Una noche de abril del 98, mientras su comandante y oficialidad asistían a una comida a bordo de otro barco, el «Maine» hizo explosión bajo la luz maravillosa de las estrellas cubanas. Horrible explosión, que convirtió en chatarra humeante al navio y en pasto de tiburones los cuerpos deshechos de tres centenares de marineros de la tripulación. Los marinos de los barcos españoles acudieron al salvamento de los supervivientes y a la extinción del incendio, con ese desinterés y heroísmo peculiares en la fraternidad de las gentes de mar. Los mismos marinos norteamericanos hubieron de reconocerlo y agradecerlo, pero los periodistas, financieros y políticos de Nueva York y Washington, **antes de que cualquier investigación técnica pudiera esclarecer las causas de la catástrofe,** imputaron a España —con una celeridad y una unanimidad sospechosísimas— la provocación de la misma, oponiéndose a que una comisión mixta dictaminase. La calumnia era tan indignante, que el propio pueblo español dormido se levantó con un clamor de cólera. Jamás en su Historia —tan falseada y desfigurada por los enemigos—, España había utilizado una estratagema vil para cualquier finalidad política de posibilidades favorables. ¿Iba a realizarla entonces, en tan gravísimo instante de tensión, con la amenaza de un enemigo cien veces más poderoso, al que todas las circunstancias económicas, políticas y estratégicas señalaban como ganador en la guerra inminente? ¿A quién beneficiaban las consecuencias de la voladura del crucero? Quien pueda contestar esta última pregunta tendrá la clave de un enigma histórico..., a no ser que crea ciegamente en la fatalidad.

Nuestra política de aislamiento internacionaí durante el torpe siglo XIX nos dejó desamparados ante el enemigo ya declarado. Estábamos solos en un mundo indiferente u hostil. Ni un solo Tratado nos ligaba políticamente a los grandes pactos internacionales ya existentes o previsibles. Desde la vuelta de Fernando Vil habíamos dado la espalda a Europa —sin dar frente a otras posibilidades de misión universal— con un estúpido desdén inconcebible hacia las líneas directrices del Continente. Ni

una voz se alzó en defensa nuestra y hubimos de aceptar la guerra, no heroicamente resignados de antemano a la derrota, sino convencidos por una autosugestión infantil de que podíamos vencer. ¡Y no podíamos! Nuestros barcos eran viejos, pesados, frágiles y escasos. La flota yanqui, poderosa, moderna y abundante. Nos era imposible presentar batalla, con probabilidades a favor, en el Atlántico y en el Pacífico, donde Yanquilandia atacaba sus objetivos antillanos y filipinos. En Santiago y en Cavite nuestros «barcos con honra» —que no se dispara— sucumbieron, llenos de gloria, de metralla enemiga y de cuerpos heroicos deshechos. Cada pobre crucero o cañonera fue como un trozo de Sagunto o de Numancia, exasperado y suicida sobre las aguas de los mares por España descubiertos. Cada tripulación, un puñado de héroes. Cada capitán de navío, un auténtico heredero de sus abuelos, vencedores o vencidos, de Lepanto y Trafalgar. En tierra, cada fortín y cada parapeto, un muro de cadáveres. El episodio de Baler en Filipinas, la reencarnación de las más viejas gestas. Pero todo fue inútil, desesperadamente inútil, trágicamente inútil para otra cosa que no fuera cerrar con la gloria de los nombres de Cavite y Baler un siglo abierto con los de Trafalgar y Zaragoza. Derrotada España, el Tratado de París de 10 de diciembre de 1898 dio la libertad a la República cubana y la soberanía yanqui a las Islas de Puerto Rico y Filipinas, desapareciendo de aquellas tierras, tan entrañablemente queridas, la llama de oro y sangre de la bandera española, a cuya sombra aprendieron a hablar en castellano sus nativos. ¡Todo se había consumado! Rugosa y seca, la vieja piel de toro ibérica era ya la sola España, que quedaba apretada en su dolor y su angustia, en espera de Dios sabría qué nuevos amargos episodios. Todo cuanto había ganado fuera de ella en buena lid y a buen precio de sangre, en buena lid y a buen precio de sangre lo tenía perdido. Toda la historia de un Imperio auténtico, generador de pueblos y de raza, había terminado.

* * *

¿Le quedaba a España algo por hacer en el mundo?... A esta tremenda pregunta, planteada al día siguiente de la paz humillante y dolorosísima, tenía el deber de contestar la «generación del 98». La «generación del 98» —en manera alguna constituida tan sólo, como muchos creen, por los grandes escritores nuevos, sino también por los políticos, los militares, los burgueses y el pueblo de la derrota— no encontró la respuesta afirmativa y tajante, el sí vigoroso que pudiera sostener a España en su rango de gran Nación misionera. La generación total del 98 adoptó el encogimiento de hombros como postura, la subestimación propia como virtud y la indiferencia o el esnobismo como calmantes del dolor hondísimo de su alma, mientras la dirección nacional, amargada y fría del fracaso reciente, se debatía en la impotencia para emprender un camino hacia arriba;. Hubiera hecho falta entonces en España un héroe popular preciso, un capitán de victoria y aventura, un piloto de mano firme. La Constitución vigente impedía el advenimiento no ya del Superhombre, sino del «hombre» que en tan críticas circunstancias hubiese impuesto con su prestigio personal inmaculado el rumbo deseable a las masas gregarias y a los fantoches parlamentarios. La piel de toro, pues, no pudiendo alumbrar ese hombre, se resignó al humorismo acre y desencantado de los fraseólogos pesimistas que pretendían echar las llaves al sepulcro del héroe máximo de una Patria a la que, por no saber encontrar el pulso vivo, aspiraban a ver germanizada, afrancesada o britanizada.

Los escritores nuevos, que para su gloria y amargura habían de representar ante el futuro la totalidad de la generación —ya que la obra literaria tiene una robustez y permanencia de que carecen el cansino murmurar estéril, la molicie burocrática e incluso la tarea legislativa de la «Gaceta»—, asumieron un papel ingratísimo: el de hacer labor quijotesca… sin escribir el «Quijote». Don Quijote reaparece con la misma fuerza que en 1605. Unamuno, Maeztu, Azorín —y Ortega más tarde— lo estudian y analizan, lo glosan y apostillan. El «quijotismo» se pone de moda. No en balde era el libro de la vuelta de la guerra. La tremenda tragedia de aquella generación literaria de espíritu quijotesco fue no poder escribir otro «Quijote», ya que, como hemos dicho más arriba, la obra de Cervantes era el libro del ex combatiente, y los valores literarios de la generación del 98 **no habían combatido.** Si uno cualquiera de esos gloriosos escritores hubiera sido soldado en la manigua o marino en los Océanos, la generación entera habría cuajado en otro libro definitivo y definidor. Pero su ausencia de los escenarios de la gloria y de la muerte, su alejamiento físico del tremendo desgarrón de la derrota, les imposibilitaban para crear el libro humano del desastre. La tragedia del 98, en su magnitud cósmica, no podía ser reflejada por quien no hubiera sentido bajo el sol abrasador la

sequedad de la pólvora y el frío de la muerte de un compañero. Cervantes sí pudo escribir el libro del ex combatiente con toda su grandeza y melancolía y dejar a los siglos el espejo de su desencanto. La generación del 98 —¿redimida por dinero de ir a Cuba?— sólo podía gemir antiheroicamente como los emboscados, sumarse a la conspiración masónica del antimilitarismo y disimular su vergüenza con el cobarde «no me hable usted de la guerra». ¿Las responsabilidades del desastre? Como no importaban demasiado las próximas —de toda la generación—, se buscaban las remotas. Se divagaba. Se decían cosas bellísimas y exactas, pero con carencia total de convicción. España les dolía —como a Unamuno— en el cogollo simbólico del corazón; no como a Cervantes en el muñón del brazo perdido por la Patria en Lepanto Por eso no se pudo escribir un nuevo «Quijote», aun cuando se hicieran ensayos espléndidos. Por eso, cuando el tiempo convirtiera en «maestros» a los entonces aprendices, la juventud, admirándolos literariamente, no les querría como conductores al emprender un nuevo rumbo. Las generaciones futuras —la nuestra sobre todo— aprenderían mucho de ellos «en el amargo camino de la crítica», pero les despreciarían tanto más al tomar la Historia entre sus manos —para reanudarla con plena conciencia, de una manera ardiente y combativa, en uno y otro bando— en la hora crucial y angustiada de la Revolución Nacional. Mucho se ha debatido sobre los escritores de la «generación del 98». Por la servidumbre y grandeza de la tarea literaria se les han atribuido culpas que no eran exclusivamente suyas y triunfos que no les correspondían. La discusión en su torno se ha desviado de la significación precisa de su obra, que sólo tendrá lugar apropiado en la Historia de la Literatura, pero nunca en la Historia humana y política de la Patria. Ni uno solo de sus libros ha influido de modo terminante en el pensamiento y en la acción de los revolucionarios rojos o de los revolucionarios nacionales, aunque sus análisis de las realidades españolas hayan podido servir en ocasiones a unos y a otros indistintamente. La triste paradoja de estos escritores —inclinados casi en su totalidad superviviente en la hora decisiva al «pelotón de soldados» de que hablaran Spengler y José Antonio— es que en el momento culminante de la tempestad de fuego sobre la piel de toro tuvieron que reconocer el fracaso de su postura intermedia y contemplativa cuando las ráfagas de la ametralladora barrían la crítica estéril; cuando el embudo de la granada buscaba las verdades eternas en las entrañas de la tierra ensangrentada; cuando la ironía, la estética y la «supervisión» nada tenían que hacer ni decir frente a las voces tremendas que dialogaban con tanques y aviones sobre el ser o el no ser de España.

Agobiado por la tragedia reciente de la Patria, cercado por el envarado protocolo y por las trabas constitucionales, el Rey niño Alfonso XIII ciñe la Corona al cumplir los dieciséis años. Como su madre al tomar la Regencia, el Rey nuevo no encuentra el hombre nuevo que pueda gobernar de verdad mientras él reina. Barbas blancas más o menos venerables, voces cascadas, ideas rancias y entorchados descoloridos rodean al Monarca. Alfonso XIII es un gran intuitivo y un gran carácter. Pero su intuición y su carácter están aún en estado embrionario, como es lógico dada su corta edad. Y España —en la convalecencia de la posguerra— está más difícil de gobernar que nunca, por el desaliento, la tristeza, la miseria, la frivolidad, la pereza, el egoísmo y el odio que la envuelven. Junto a los partidos del juego constitucional han surgido, pujantes y amenazadores, otros partidos que alteran el cómodo sistema de los turnos conservador y liberal apoyados en las mayorías parlamentarias fabricadas desde el Ministerio de la Gobernación por el muñidor correspondiente. Ahora hay que contar para legislar —y lo que es peor, para ejecutar e incluso para «moderar»— no sólo con las banderas viejas renovadas del tradicionalismo y el republicanismo, sino también con esas banderas —nuevas y enigmáticas— llamadas «partido socialista obrero» y «regionalismo catalán». Antes ya se sabía que liberales y conservadores se entendían a la perfección para el disfrute del balancín del Poder y que republicanos y carlistas no eran más que pobres «cocos» ingenuos, amenazas ficticias y torrentes de oratoria, sin fuerza suficiente para provocar una grave crisis de régimen. Ahora, los nuevos grupos políticos presentaban un aspecto menos plácido. En el fondo de sus actividades se adivinaba un sentido de desintegración nacional verdaderamente peligroso. El socialismo minaba la unidad de las clases, y el regionalismo la unidad de las tierras. Ello era mucho más temible que las trasnochadas esperanzas decimonónicas de carlistas y republicanos.

Para todos los partidos que jugaban la partida de España —salvo el tradicionalista— suministraban hombres las logias masónicas, con su ideología oscura y sus procedimientos torvos. ¿Qué impulsaba a las logias a su tenaz labor disgregadora?

Alfonso XIII ha estudiado con ímpetu la Historia de su Patria y de fijo —como su padre en el destierro— comprende la dificultad de servirla adecuadamente con el enmohecido instrumental que pone en sus manos la fórmula de la Monarquía democrática. Su juventud querría hacer y deshacer cosas, instituciones, torpezas y hombres inútiles, pero el respeto a la otra «soberanía» —la «soberanía popular», que en realidad tampoco existe, como no existen los fantasmas, aunque tenga esa fuerza real que entre los crédulos y pobres de espíritu adquieren los fantasmas— se lo impide. De las dos viejas soberanías que la Monarquía constitucional establece, la más «tabú» es la del pueblo. La soberanía popular puede derrocar al Monarca, pero el Monarca no puede derrocar al pueblo soberano. Esta paradójica concepción política debe parecer poco menos que monstruosa al adolescente orgulloso de descender de Carlos V, Felipe II y Luis XIV y habrá de preocupar sus primeras noches insomnes de Rey en el ejercicio de su oficio no elegido libremente. Poco a poco, cuando toda la complejidad del mecanismo político se le vaya revelando en los Consejos de Ministros, a la vez que su inteligencia adquiera esa solidez que la realidad práctica da a la abstracción teórica estudiada en los libros, el Joven Rey se sentirá más prisionero todavía en una red o un laberinto complicado. Su mocedad ardorosa empezará a sentir la repugnancia natural por esa atribución a su persona de las condiciones deshumanizadas de «sagrada» y de «irresponsable». ¿Es posible sentirse verdaderamente Rey, sabiéndose sin responsabilidad? ¿Es posible considerarse un hombre verdadero, sabiéndose sagrado? ¿Se puede, en efecto, pilotar un barco sin la responsabilidad y sin el riesgo de encallarlo o hundirlo? ¿Se puede ser sinceramente demócrata considerándose —dejándose considerar por los demás— algo tan lejano y diferente de los demás mortales como es el ser sagrado?

La tragedia de todos los reyes constitucionales —tragedia política y humana— es ésa. Y se agrava más en los pueblos donde la imaginación es rápida y caliente como en este pueblo de la piel de toro. El Rey constitucional se debate en la angustia de no llegar a saber exactamente lo que quiere decir eso de «rey constitucional por la gracia de Dios». ¿Por qué la gracia de Dios ha de llevar el refrendo de un ministro tal vez masón? ¿Por qué ha de ser uno de esos cretinos a quienes alza figurón el trampolín del encasillado o de la «yernocracia», el responsable de un acto de gobierno querido por el Rey con voluntad patriótica e inteligencia lúcida, mientras el Monarca permanece al margen de la responsabilidad que es la gloriosa servidumbre del querer y el poder?

Alfonso XIII sentirá toda su vida el dramatismo de ese artificio para reyes fantoches que es una Constitución liberal. En el fondo, el mismo dramatismo angustiará a su pueblo, engañado también por la democracia con el espejuelo de la soberanía. En realidad, Rey y pueblo son víctimas del mismo truco irónico, y como ambos tienen una imaginación muy superior a la mediocridad de las fórmulas inventadas para otras latitudes, han de pugnar forzosamente para evadirse de ellas, cada uno por el único camino posible para él: el Rey por el de la Dictadura; el pueblo por el de la Revolución. Ambos caminos —antidemocráticos— son las únicas salidas posibles de la Democracia. Los dos podrán cruzarse un instante, pero desgraciadamente jamás coincidirán Rey y pueblo en esa intersección que sería justamente la Revolución Nacional.

La historia del reinado de Alfonso XIII y la del pueblo español bajo su reinado es sencillamente esa pugna de uno y otro por superar la dualidad de soberanías «sagradas e irresponsables». O todo el poder para el pueblo —1917 y 1931— o todo el poder para el Rey —1923 y 1930—. Pero ni pueblo ni Rey, al plantearse a sí mismos la magnitud de la decisión, la aceptan por entero. La práctica democrática de la irresponsabilidad de su soberanía les ha entumecido los músculos para el franqueo del último obstáculo, y por ello en el trance de vencer, resignan su fortaleza: el Rey en un General, y el pueblo en un cenáculo de seudointelectuales y advenedizos que nada tienen que ver con él. Y se frustran —con



Ilustración 60. La guerra de Marruecos



Ilustración 61. El teniente coronel Franco contempla al enemigo desde una posición avanzada en Marruecos



Ilustración 62. El hidroavión «Plus Ultra», en el que realizaron su memorable vuelo transatlántico Ramón Franco, Julio Ruiz de Alda, Juan Manuel Duran y Pablo Rada. A bordo se ve a los dos primeros

regocijo de las logias, que temen lo fresco y lo auténtico español, prefiriendo lo rancio y lo imitado— un Rey caudillo o unas Comunidades españolas, para dar paso a una dictadura bonachona primero y luego a un pre-soviet con gorro frigio. El Rey y el pueblo han perdido las ocasiones nacionales del 13 de septiembre y del 14 de abril. A última hora les ha fallado a uno y a otro el corazón, enmohecido de orín democrático. A última hora no compareció el genio nacional, gastado en la estúpida consideración a la legalidad constitucional y en el necio respeto a lo irrespetable e inútil. A última hora faltó el gran aliento preciso para abrir una gran etapa histórica. Tanto el Rey como el pueblo perdieron partidas ganadas, por pequeños escrúpulos entorpecedores del vuelo de la aventura. El Rey que soñara un poder personal e incluso un Imperio africano se contentó el 13 de septiembre de 1923 con una dictadura militar incruenta como única salida del laberinto del desastre marroquí. El pueblo se conformó el 14 de abril con una república anunciada como «de derechas». Ambas salidas falsas de la encrucijada nacional preparaban para la piel de toro un drama espantoso de alcance indecible. ¡Qué enorme ironía ésta de los «poderes irresponsables»! ¡Qué responsable del fracaso de quince siglos de historia! ¡Qué inmensa tristeza para el Rey morir en el destierro, luego de ver a su pueblo agonizar lentamente en la guerra civil más espantosa! ¡Qué amargura para toda una tradición histórica monárquica que el pueblo contemple el desmoronamiento secular de la institución gloriosa, sin dolor y sin ira!

Porque eso fue el mezquino y angosto «triunfo republicano» en abril de 1931. La Monarquía cayó por consunción de su savia, por falta de misión, por agotamiento, por licuefacción de su tuétano, no porque la derribase un violento empellón popular cargado de sangre y de ideas. Unas turbas de alquiler —el populacho, no el pueblo— pisotearon sobre la piel de toro una historia y una bandera respetabilísimas sin que el pueblo reaccionara ante el espectáculo. El verdadero pueblo —la fusión de todas las clases sociales—, inhibido de su obligación de defenderse, se entregaba voluntariamente

inerme a una aventura desaforada y dudosa. Su indiferencia ante las urnas del día 12 y la calle del día 14 fue espantosamente glacial, como si aquello que se le marchaba quince siglos de historia— jamás hubiera sido un bien suyo. Algún figurón corto de luces podía afirmar al día siguiente —con aparente razón— que España se había acostado monárquica y despertado republicana. Idéntica afirmación —con idéntica falta de verdad en las premisas— podría hacerse sobre su sentimiento católico, cuando unas hordas abrasaran los templos del Cristo de Iberia un día de mayo... El pueblo —todas las clases sociales— se inhibió también de defender al Dios de toda su historia. Poco después, cuando las Cortes Constituyentes de la II República española afirman la renuncia a la guerra como instrumento de política nacional y sancionan la desintegración de Cataluña de la piel de toro ante los hombros encogidos de todo un país atónito como bajo un maleficio, no ya un fatuo cualquiera, sino la propia conciencia hispánica, la voz infinita e inefable de los muertos y de los no nacidos, está a punto de clamar colérica que España había dejado de ser España. El trance fatal parece inminente. Todo cuanto había constituido el ideal nacional para las centurias pasadas —Dios, Rey y Patria— se hundía indefenso, salvo en algún episodio individual, magnífico, pero incapaz de engarzar todos los eslabones de una colectividad inflamada. Una ola de poesía satánica y destructora inundaba el aire de los pulmones españoles, sin que otra poesía de promesas frescas y alegres saltara por los montes y los llanos para purificarlos. La interpretación materialista de la vida y de la historia del marxismo dominaba casi todos los sectores del pensamiento republicano, y sus colaboradores, como los pegajosos y vigorosos tentáculos de un calamar inmenso, aunque carecía de la fuerza y la moral suficientes para imponer a rajatabla, sin miramientos pero sin rencores, revolucionaria pero humanamente, la revolución de la verdadera justicia social de que el país estaba hambriento. Por su parte, una supuesta espiritualidad nacional, que se consideraba depositaría del legado de los siglos, renunciaba, amedrentada, a lo más excelso de su esencia —la alegría cristiana de la generosidad, el heroísmo y el martirio— en aras de una fórmula «bienpensante», de males menores, bienes posibles, conformismos y tácticas, acatamientos y disimulos, hielos y sales para arrasar las almas cándidas y arrastrarlas tal vez de nuevo a ese estúpido balanceo de los partidos turnantes que lo mismo sirve para adormecer a una Monarquía constitucional que a una República de trabajadores de todas clases. España se acercaba a su aniquilamiento irremediable, llena de odios y terrores como en un nuevo milenario alucinante, como en un nuevo final de un siglo XVII supersticioso, hechizado e impotente, en los que faltara la fe en el milagro y hasta ese clamoroso estallido del miedo que significa el grito de «¡sálvese quien pueda!».

* * *



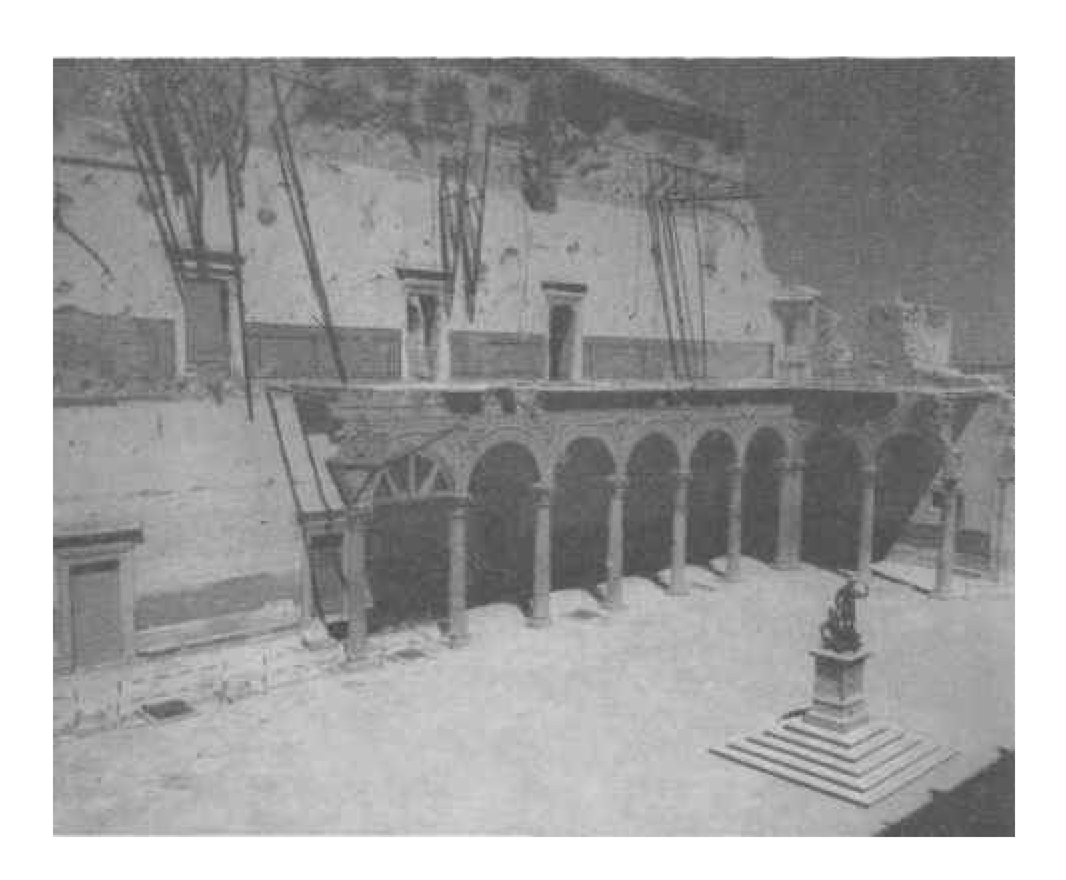
Ilustración 63. Alfonso XIII ha estudiado con ímpetu la Historia de su patria y de fijo —como su padre en el destierro— comprende la dificultad de servirla adecuadamente con el enmohecido instrumental que pone en sus manos la fórmula de la monarquía democrática



Ilustración 64. El Rey, que soñara con un poder personal e incluso un Imperio africano, se contentó el 13 de septiembre de 1923 con una dictadura militar incruenta, como única salida posible del laberinto marroquí. Aquí le vemos despachando con el Jefe del Gobierno, general Primo de Rivera



Ilustración 65. La segunda república empezó a morir antes de cumplirse un mes de su nacimiento. Engendró la horrible tragedia de una larga guerra civil llena de páginas heroicas, simbolizadas en las ruinas del Alcázar de Toledo



Pero el genio de la raza no había muerto. Dormía soterrado como el agua más fresca, esperando el gesto alegre, la pisada recia, el pico férreo, la voz de mando o de revelación, armoniosa y sugestiva, que le pusiera en pie y en posición de firmes para entregarle el «quehacer histórico» capaz de devolverle la alegría de vivir con misión y destino. La voz, impregnada de poesía y profecía, sonó ligera y suave en un principio, agrandándose luego por todos los límites y rebordes de la ancha piel de toro extendida sobre las verdiazules aguas de tres mares. Era la voz sonora y milagrosa de una generación nueva y viejísima, sin mancha de pecado original política: una generación dispuesta a aceptar la dura carga de los pecados de sus antepasados para purificarlos en el Jordán de su sangre generosa. Una generación nacida heroica por voluntad divina, en una casa solariega donde se habían liquidado las antiguas divisas poéticas, los rancios escudos de piedra, las panoplias de ilustre abolengo, las imágenes primitivas de la capilla, los sagrados latines biográficos de las tumbas. Una generación nacida rica por voluntad divina en una casa solariega arruinada, con las escasas tierras divididas y las exiguas rentas embargadas. Una generación bien nacida en medio de un derrumbamiento moral de padres divorciados y en pleitos, de hermanos pródigos y hermanas prostituidas o malcasadas. Una generación que parecía estigmatizada y destinada a sucumbir al menor soplo y que, sin embargo, traía las fuerzas de un semidiós para derrocharlas en los más duros trabajos y en los más crueles días. Una generación a la que se suponía muda y dócil, pero dotada de la más tremenda voz v la máxima capacidad de rebeldía: la voz de la eternidad de la historia y la rebeldía del afán de hacer a toda costa la revolución que la patria necesitaba para proseguir la marcha hacia el futuro, sin importarle los terribles obstáculos y los graves peligros de esa marcha. Una generación, en fin, dotada de una ambición inédita a lo largo de los siglos de la decadencia española —la ambición de incorporar a una tarea universal a una raza encaminada a la desaparición— y sabedora de que para lograrlo debía someterse a las pruebas del fuego, de la sangre y de la muerte.

Los jóvenes españoles no vacilaron a la hora decisiva, y entregaron generosamente los tesoros de sus vidas prometedoras en una larga batalla por España y para España.

XL. LA GUERRA DE ESPAÑA

Las últimas esperanzas de que el régimen republicano pudiera ofrecer alguna vez unas posibilidades mínimas de convivencia entre los españoles y de proyección hacia un futuro normal del país murieron con la misma bala que, en la madrugada del 13 de julio de 1936, asesinara alevosamente a don José Calvo Sotelo, jefe de la oposición e implacable fiscal de los terribles errores del gobierno en el desaforado hemiciclo de un Parlamento con aires de Convención.

Sublevado el Ejército de África el día 17, la vieja piel de toro ibérica se convirtió el 18 en un gigantesco escenario para la representación de la mayor tragedia colectiva de su historia. Larga y lenta tragedia de pavoroso patetismo, cuya magnitud superaría todos los horrores concebidos por las imaginaciones de los grandes trágicos, ya que en ella el protagonista y el antagonista no fueron —aunque lo pareciesen y bajo esa óptica se hayan visto mucho tiempo— dos entes distintos y diferenciados, movidos por pasiones contrapuestas y movidos por la fatalidad inexorable y ciega, sino las dos mitades de un ser único, con un mismo temperamento y un mismo destino —España— en lucha desesperada consigo y contra sí misma para lograr subsistir y renovarse.

Precisamente por esa insólita singularidad, el enfrentamiento por las armas de una mitad contra la otra —que pronto recibiría los nombres de «alzamiento nacional» o «rebelión facciosa», de «guerra española» o «guerra civil», de «cruzada» o «epopeya popular» y otros muchos contradictorios en cuanto definición— sería una catástrofe mucho más desgarradora que cualquiera de las luchas civiles presenciadas por el mundo. Y también la que tanto dentro como fuera del ámbito en donde se desarrollara suscitaría durante largo tiempo la bibliografía más copiosa, las exégesis más apasionadas, las interpretaciones más arbitrarias, las deformaciones más pintorescas. Los reporteros, los historiadores auténticos y supuestos, los novelistas de gran número de países —muchos de ellos combatientes dentro de uno de los dos «medios seres» beligerantes— darían una importancia mucho mayor a la guerra de España que a otras contiendas internas, anteriores o posteriores, no menos violentas y crueles, quizá porque en la nuestra —tan exclusiva y arriscadamente hispánica en un principio— pronto se vieron implicados limpia o turbiamente, no sólo los sentimientos **afectivos** de la admiración y el horror, la simpatía y la antipatía, sino también los intereses **efectivos** de la política, la economía y la estrategia internacionales, a los que convenía bien la supervivencia bien el aniquilamiento de la una o la otra media España en pugna. Tanto Francia, regida a la sazón por un Frente Popular de idéntica inspiración comunista y fisonomía liberal-marxista que el triunfador en los comicios españoles de febrero, como la Italia en el apogeo del poderío fascista; tanto la Gran Bretaña imperialista, aristocrática y conservadora, como la Alemania nacionalsocialista en pleno hervor y delirio de grandezas, y, finalmente, la URSS, firmísima en su designio de la revolución universal y de cumplir la profecía de Lenin de hacer de la Península Ibérica la primera República soviética de Occidente, decidieron impedir a España arreglárselas por sí sola en la aventura recién iniciada. Con su ayuda, primero disimulada y descarada luego, el escaso contingente —partido también— del Ejército español en filas y las vehementes milicias diferentemente abanderadas que encuadraban a millares y millares de mozos afanosos de servir a su media España venciendo a la otra media, perdieron pronto su aspecto de inmprovisación castrense para convertirse en las dos formidables mitades de la que, de haber sido una sola Institución militar nacional, hubiese podido devolver a la nación unida su perdida jerarquía de gran potencia. A ambos lados de la frontera del rencor, los estudiantes, los obreros, los empleados, los campesinos de la generación con el alma partida, pero con la cálida sangre castrense intacta, se improvisaron magníficos soldados aprendiendo con rapidez extraordinaria el manejo de las modernas armas de tierra y aire y las nuevas tácticas y estrategias bélicas que traían los extranjeros para su ensayo y experimentación sobre la piel de toro. El innato genio militar hispánico, inventor antaño de la anárquica guerrilla y de la ortodoxa superación técnica de las falanges macedónica o romana que serían los «Tercios», dejaba estupefactos a los expertos rusos y alemanes al revelar, por ejemplo, la mayor eficacia contra los carros de combate de la botella de líquido inflamable arrojada por un soldado heroico que la de la artillería antitanque, o al inventar los bombardeos en picado y en

cadena.

(La capacidad de resistencia en una fortaleza o una ciudad, la abnegación espartana de un jefe, el estoicismo ante la muerte del soldado o del civil, ya se habían dado en Sagunto o Numancia, Gerona o Zaragoza, en Tarifa o en Rocroy, siglos antes que en el Alcázar de Toledo, Santa María de la Cabeza, Oviedo, Huesca, la conquista y la reconquista de Teruel o el sitio de Madrid. Cada mitad de la España combatiente era digna rival de la otra media en el ataque y la defensa, en la virilidad y la resistencia en la batalla.)

Mientras la mitad de España avanzaba y la otra mitad se replegaba; mientras una mitad ganaba y otra mitad perdía a costa de sus sangres —que eran la sangre única de la patria— cada palmo de terreno; mientras incendiaba sus campos, destrozaba sus ciudades, saqueaba sus tesoros, segaba la flor de su juventud, ciega ante su propio espanto, sorda a sus propios alaridos de dolor, las cancillerías extranjeras se dedicaron a fabricar, de buena o mala fe, las más sutiles artes diplomáticas aplicables a la pesca en las aguas revueltas. En París y en Roma, en Londres y en Ginebra se organizaron el tráfico de armas, el espionaje, los fondos, socorros y comités internacionales para ayudar a la mitad de España que seguía fiel a la «democracia popular» que iba sustituyendo a la República liberal, y también la virulenta propaganda —todavía hoy activa y operante— contra la otra mitad que la había rechazado. Se sentaron las bases para la colaboración de las potencias totalitarias de un lado y de las democráticas del otro; se firmaron pactos mentidamente pacifistas, se crearon Comités híbridos para fingir la juridicidad internacional de las abstenciones, no intervenciones, bloqueos y contra-bloqueos y, por último, las grandes jerarquías comunistas autorizaron la creación de las Brigadas Internacionales, en las que figurarían como comisarios políticos algunos destacados militantes de los partidos comunistas de todos los países europeos que revalidarían en nuestra patria sus estudios moscovitas, capacitándose para desempeñar futuros altos cargos en las suyas cuando llegara la coyuntura favorable que siempre espera en todas partes el marxismo.

Reforzadas de este modo, las dos mitades hispánicas beligerantes prefigurarían la fisonomía de los futuros bloques combatientes en la gran guerra europea o mundial que se avecinaba. Ahora bien, la presencia de los elementos extraños no llegó a ser decisiva en la contienda, por mantenerse equilibrados su material y sus efectivos. En la dramática pugna, todos podrían repetir al final de la tragedia la frase del mercenario: «Ni quito ni pongo rey».

A lo largo de los treinta y dos meses de duración de la contienda se sucedieron en los frentes grandes batallas que pusieron de relieve la eficacia de las armas utilizadas, la preparación técnica, el valor y el ardor de los combatientes, cada día más tenaces en el mantenimiento de sus posiciones bélicas y políticas. Por la superioridad de los mandos en todos sus escalones, por la mayor disciplina y la mejor organización de su retaguardia, la mitad de España calificada de «rebelde», «facciosa» o «fascista» por la otra mitad llamada «roja», obtenía constantes ventajas, a pesar de su evidente inferioridad económica y financiera. Poco a poco, muchos de los países que en los primeros meses de la contienda mantuvieron relaciones diplomáticas con Madrid, Valencia y Barcelona, sucesivas capitales de la República forzada a la trashumancia por el continuo repliegue de sus fuerzas, retiraron de ellas a sus representantes, reconociendo de hecho y de derecho al gobierno de Salamanca y de Burgos como al auténtico representante de toda España. Solamente aquellos Estados que en sus edificios oficiales de Madrid habían dado asilo a millares de personas perseguidas y amenazadas, conservaron una aparente buena amistad con la República para evitar posibles violaciones del derecho de extraterritorialidad que dejaran a los refugiados a merced de sus enemigos.

En cada pueblo o ciudad que la España que avanzaba iba conquistando a la España que retrocedía, era menester un enorme esfuerzo para reorganizar la vida, restablecer la tranquilidad y el orden, restaurar la convivencia entre una y otra, rota y al parecer insoldable. Más difícil y no menos heroico que el batallar en campo abierto era afrontar con serenidad los infinitos problemas humanos, jurídicos y sociales suscitados en las regiones ocupadas por la miseria, el hambre, el dolor, el derecho conculcado, los sentimientos entrañables ultrajados y ofendidos. Aparte del estrago de las operaciones militares, el vendaval de la vesania y la exasperación internas había incendiado y asolado cuarteles, templos, monumentos, edificios y obras públicas, instalaciones industriales o docentes, dispersado

museos, bibliotecas, archivos oficiales y colecciones particulares de arte, liquidado efectivos, cajas fuertes y depósitos de los establecimientos bancarios públicos y privados, saqueado almacenes y tiendas, llevándose en la retirada víveres, enseres, animales y aperos de labranza, todo, en fin, cuanto pudiera contribuir a reorganizar la existencia conjunta de las dos mitades en pugna. La mitad de España que se iba reconquistando a sí misma al volver a los campos y ciudades que momentáneamente parecieron dejar de ser ella, se veía en el deber primordial de subsistir reparando las ingentes destrucciones de la otra mitad, compartiendo cuanto en ella empezaba a escasear con la otra mitad carente en absoluto. Había que reanudar no la vida en común, sino simplemente la vida. Porque lo mismo que los dos ojos, los dos oídos, las dos piernas, no ven, oyen o andan «en común», sino sencillamente ven, oyen y andan, aquellas dos mitades del ser único —España— tenían que dejar de serlo y procurar la rápida cicatrización del tajo sangrante, preparando el día de la reconciliación y la paz que todos los hombres de bien deseaban largo, interminable.

Cuando a las nueve y cuarto de la noche del día primero de abril de 1939 los altavoces difundieron en el viento primaveral y alborotado que vibraba sobre la rugosa y vieja piel de toro las hermosas y lacónicas palabras del documento castrense más importante tal vez de nuestra historia —«en el día de hoy, cautivo y desarmado el ejército rojo, las tropas nacionales han alcanzado sus últimos objetivos. La guerra ha terminado»—, único parte oficial firmado personalmente por el Generalísimo Franco, el acorde de clamor y silencio con que se acogieron no fue expresión de júbilo por una victoria o de dolor por una derrota pagadas con un torrente de sangre y de lágrimas, sino el crujir gigantesco de los huesos de España, del temperamento y el destino de España, la gran vencedora en la larga lucha desesperada consigo y contra sí misma. Era —en una primavera que de verdad reía oyendo al fin el cadencioso paso de la paz— el anuncio de la resurrección nacional que con tan heroica voluntad había querido la ardorosa juventud española combatiente y con tantas esperanzas decía su adiós a las armas que con tanto brío y tanto honor empuñara el 18 de julio de 1936.

XLI. LA DIFÍCIL POSGUERRA

Desgraciadamente, aquel crujir gigantesco de la osamenta hispánica, querido de voluntad y de amor por sus hombres y sus tierras acongojados y exhaustos, sería interpretado del modo más insensato o pérfido por algunos hombres representativos de ciertos países a los que ha venido correspondiendo eternamente el papel de antagonistas de España en el drama de la Historia.

Para estos hombres y parte de sus pueblos, el Alzamiento Nacional español de 1936 en defensa del auténtico espíritu español —de ese espíritu que hemos tratado de evocar a lo largo de los capítulos precedentes— frente al ataque de las ideologías exóticas que pretendieron desgarrar la piel de toro, sólo constituyó una nueva ocasión de desenterrar y orear a la luz del siglo XX la vetusta, polvorienta, carcomida, calumniosa y desacreditada «leyenda negra», con la que desde comienzos del siglo XVI se venía combatiendo a España al margen de las espadas, las lanzas y las demás armas caballerescas.

Mientras los marxistas obedecían las consignas de aniquilamiento de todo lo más profundamente español —la fe cristiana, el sentido humano y familiar de la existencia, la alegría y el gusto del heroísmo y la aventura— y la juventud española emprendía con ímpetu una soñada Revolución Nacional, afanosa de concertar aquellos sentimientos con la imperiosa exigencia de una justicia social auténtica, los países ultrapirenaicos presenciaron la pugna sin querer calar en sus hondas raíces y razones, o tomaron parte indirecta en la contienda, en contra —claro es— de esa Revolución nacional, esgrimiendo los mismos tópicos trasnochados usados ya contra Fernando el Católico, Carlos I o Felipe II.

La España trágica de violencias tan antiespañolas como las checas, los campos de concentración, las matanzas en masa, las torturas, el saqueo, el incendio, las violaciones y las exportaciones de niños al extranjero, parecía significar para muchos grandes estadistas del mundo la quintaesencia de lo democrático, el progreso, la libertad, la igualdad y la fraternidad más inefables. Por el contrario, la España militar y juvenil que, arma al brazo, defendía los ideales de unidad, libertad y grandeza con los que poder servir más y mejor aún que a su propia causa **española** a la causa **europea y universal** de la civilización de Cristo y la cultura de Occidente, se vio motejada de retrógrada y reaccionaria y acusada de los mismos **horribles crímenes** imputados antaño a la Casa de Austria, cuando frente a sus banderas católicas y unitarias se agrupaban —fundidos por el odio— el hermano latino de las Galias y el pirata berberisco, el gran turco mahometano y el inglés altanero, separado de la Catolicidad por la testarudez de un monarca soberbio. Aquellos **horribles crímenes** —que no fueron otros sino la elevación de Carlos de Habsburgo a la majestad cesárea «por libre decisión de los Príncipes electores del Imperio»; la colonización y cristianización de las Indias descubiertas por los navegantes españoles y su rápida transformación en el más rico y vasto Imperio transoceánico; la adopción de normas legales y espirituales para prevenir y atajar el grave riesgo espiritual y político de un cisma de las conciencias en la inmensa extensión de los territorios concedidos por la gracia de Dios a los monarcas hispánicos, etc.— volvieron a encender en muchos gobernantes europeos los ancestrales recelos de España, atizados ahora desde las orillas del Moskova.

A pesar de la actitud de tales estadistas europeos, la piel de toro logró conservarse íntegra en la cruenta batalla librada sobre su superficie. Las llamas devoraron riquísimos tesoros pertenecientes al acervo común de la Civilización occidental, y las balas, la metralla y la dinamita segaron un millón de vidas españolas. Pero todos los instrumentos de destrucción moral y material empleados contra la carne ibérica resultaron insuficientes para abatir el espíritu nacional. Desangrada, mutilada, dolorida y empobrecida, España salió de la tremenda prueba con el ánimo intacto y fortalecido. El tronar de los cañones y el vibrar de los clarines habían disipado pesadillas de capricho goyesco y los cidianos gallos mañaneros quebraron albores de días nuevos cargados de promesas de paz. España, despierta y consciente de su razón, renunciaba generosa al resentimiento y al deseo de venganza y tendía su mano abierta a toda Europa, con ademán fraternal a quienes le demostraron amistad durante la dura prueba y con prometedor gesto de olvido a quienes, por el contrario, trataron de impedir el batir de las alas de su victoria. La España renovada que surgía de sus propios escombros aspiraba —nada más y

nada menos— que a alcanzar el mínimum a que su condición de pueblo libre y Estado soberano



Ilustración 66. La gigantesca Cruz del Valle de los Caídos, en Cuelgamuros



Ilustración 67. Adhesión del pueblo español a su Jefe de Estado y a su Gobierno después de la retirada de los Embajadores extranjeros.

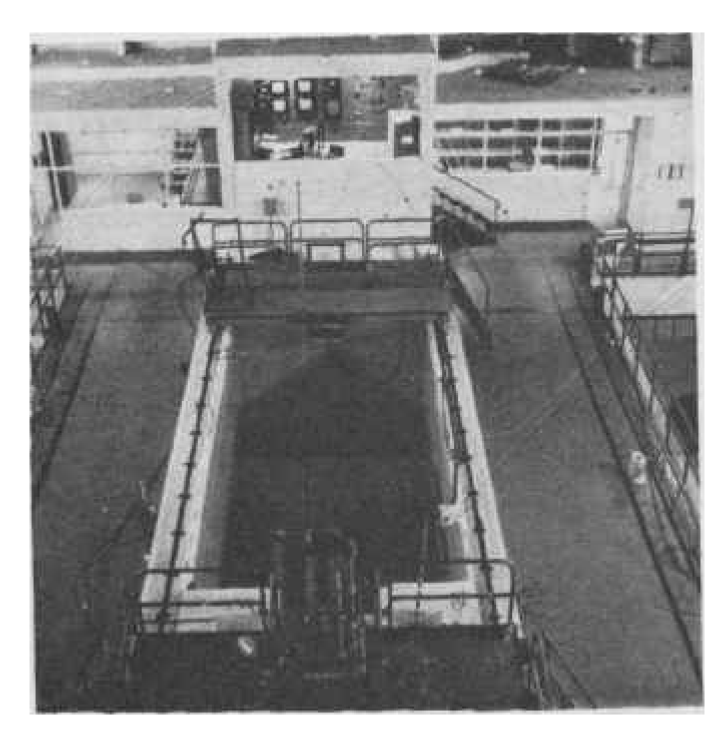
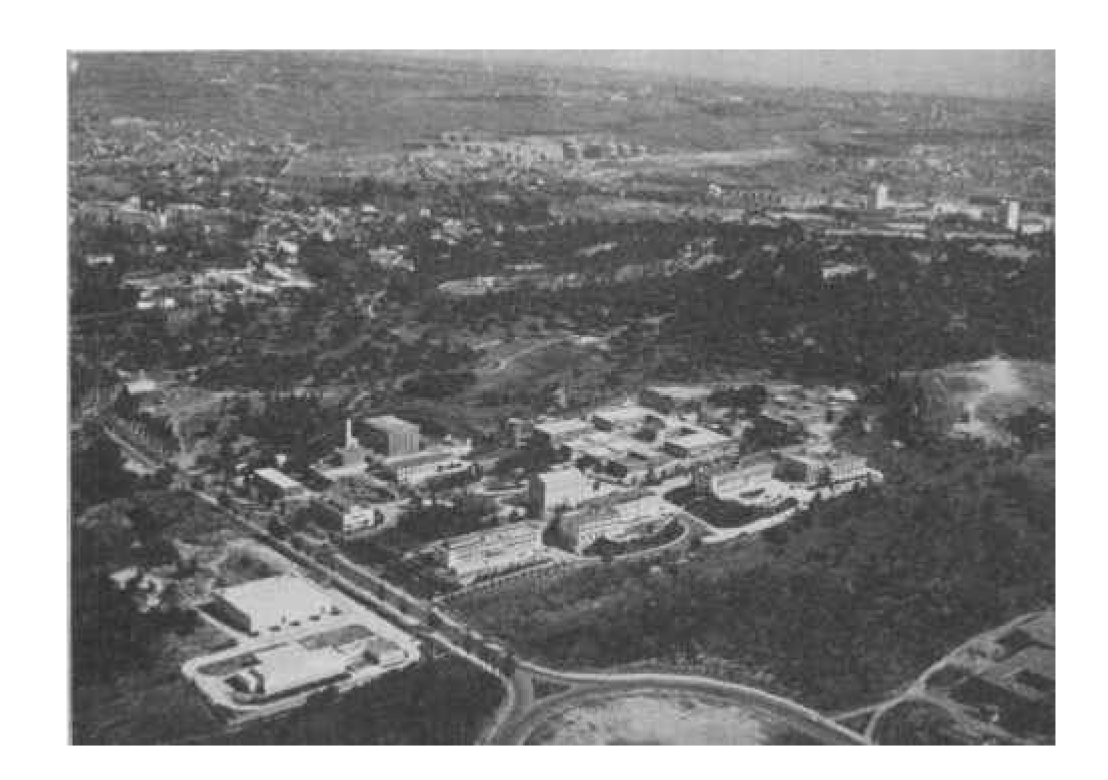


Ilustración 68. Reintegrada con pleno derecho a la comunidad internacional, España se incorpora a la técnica científica con estas instalaciones de la Junta de Energía Nuclear



le daba derecho: a escoger libremente sus fórmulas políticas internas y a determinar con idéntica autonomía su posición ante los enmarañados problemas exteriores. Derogada por las armas nacionales la Constitución intemacionalista de 1931, que le imponía vergonzosas renuncias y humillantes sumisiones, España anhelaba trabajar en paz y vivir dentro de la comunidad europea —a

la que pertenecía por la geopolítica, la sangre y la cultura— como un verdadero pueblo **su¡ juris,** no como una tribu cipaya o un Estado satélite. Esta justa pretensión de España, escandalizaba a ciertas Cancillerías, acostumbradas desde muchos años atrás a darle un trato casi colonial a sus modestas aspiraciones políticas, sin duda por creerla captada para sus futuros planes estratégicos en defensa casi exclusiva de intereses que le eran ajenos. La España nueva, insumisa a los manejos maquiavélicos de la diplomacia tradicional, irritaba a los enchisterados representantes de aquel sistema, quienes creyeron ver a través de sus monóculos un grave peligro para sus cálculos egoístas, en la independencia recobrada por España. La nueva España se escapaba de los dedos de quienes antes la manejaran como a una marioneta. La nueva España convertía en acero inconmovible la blanda y maleable cera que venía siendo desde los tratados de Westfalia, de Riskwyck, de Utrecht y de Viena.

* * *

En esta situación estalló en el corazón de Europa la más disparatada y brutal de las guerras. Una vez más Francia y Alemania —con Flandes en medio— alzaron las espadas de su discordia eterna... inexistente ahora, pues Alemania apuntaba hacia Oriente sus cañones y ni un solo francés consideraba razonable batirse hasta morir por Polonia. Pero Inglaterra —la vestal que siempre supo mantener encendidas las hogueras de las rivalidades y rencores— vertió en ellas a manos llenas todos los sahumerios de los tópicos bélicos y democráticos, y Occidente se dejó seducir una vez más por su cascada voz de vieja sirena. La guerra comenzó sin fe y sin entusiasmo. En una guerra absurda —calificada de «drôle de guerre» por los mismos belicistas franceses—, aparentemente ideológica, pero tremendamente materialista en el fondo, ya que ambas partes buscaban con avidez la hegemonía política-económica en el Viejo Continente, España no podía adoptar más que una postura, la neutralidad, aun cuando uno de los bandos estuviera constituido por sus más nuevos amigos, y en el otro se aliaran codo a codo sus seculares enemigos, quienes, en la reciente ocasión de la guerra civil sobre la piel de toro, acababan de poner de manifiesto la permanencia de su absoluto desafecto a una posible España grande y libre. Este bando, además, era el que conservaba entre sus manos todos aquellos trozos de tierra que España tenía derecho a reivindicar para completar su unidad nacional y reparar las desvirtuaciones de algunos tratados internacionales que le concedieron derechos escamoteados en seguida por la mala fe y la codicia ajenas. Por si todo ello fuera poco, la tentación intervencionista se hacía más sugestiva por el fácil cálculo de probabilidades de la derrota de ese bando, muy inferior en armas, bagajes materiales y preparación moral a su contrincante. Pero España, como hemos visto a lo largo de esta historia de la piel de toro, jamás empuñó las armas por espíritu de codicia, de desquite o de conquista. Jamás entró en liza si no existían altísimas razones morales que lo justificaran. Y en la guerra de 1939 España no tenía por qué intervenir. Ni siquiera el pretexto de la contienda —el católico y débil polaco agredido por el gigante teutón— podía obligarla a «quijotear», pues también era cierto que el pequeño polaco detentaba contra todo derecho natural una porción de la tierra germánica, cuya devolución venía solicitando Alemania año tras año, desde la firma del Tratado de Versalles.

Por todo ello, España declaró solemnemente su neutralidad. Por la experiencia de la primera guerra mundial de 1914-1918, el mundo estaba obligado a conocer el alcance de la neutralidad española. Neutralidad española significaba intervención caritativa y enérgica cerca de uno y otro beligerante para suavizar la dureza de las armas y humanizar el fuero de la guerra. Significaba el asilo, la protección, la mediación, la gestión cordial y humanitaria para el concierto de una tregua o un armisticio; la posibilidad de un territorio alejado del bélico fragor en donde sostener bajo bandera no combatiente posibles conversaciones encaminadas a atenuar el bárbaro dolor del fuego o el campo de prisioneros, e incluso a sondeos previos para la negociación de una paz. España había dado pruebas emocionantes y abundantes de su espíritu generoso, altruista, hidalgo y cristiano durante la primera guerra europea. Por exaltarlo e interpretarlo fielmente hubieron de ganar la admiración y el respeto universales las figuras caballerescas del Rey don Alfonso XIII y de su Ministro en Bruselas, don Rodrigo de Saavedra y Vinent, Marqués de Villalobar.

Pero ¿cómo podían creer los enemigos de España —que tan recientemente habían utilizado los pasos pirenaicos para abastecer de cañones, aviones, fusiles y milicianos internacionales al marxismo español— en la auténtica intención de la nueva neutralidad española? ¿Cómo podían imaginarnos tan

cristianos y quijotescos que estuviésemos dispuestos a devolverles bien por mal? Cuando meses más tarde, España hubo de cambiar su postura de neutralidad por la de «no beligerancia» —al convertirse el mar Mediterráneo en teatro de operaciones por la entrada en la guerra de Italia—, Inglaterra y Francia se llenaron de alarma sospechando que ese «no» que precedía al vocablo «beligerancia» pudiera ser un «sí» como fuera el de ellas al acordar en 1938 su «no intervención» en la contienda española, acuerdo que llevó aparejada incluso la protección de ciertos convoyes con armas para el bando marxista por los buques de guerra de Su Graciosa Majestad el Rey de la Gran Bretaña. Monsieur Tartuffe y Sir John Falstaff, imaginando a Don Quijote de su misma contextura, pusieron en tela de juicio la honestidad y pureza de aquella «no beligerancia» proclamada en el momento que la impresionante derrota de los aliados en Francia parecía ofrecer a los españoles la mejor coyuntura de ricas ganancias sin riesgo. También es cierto que la misma sorpresa y extrañeza, mezcladas de ira y despecho, causó en el otro bando beligerante aquella decisión de España de sostener, pese a todo, su actitud inicial de no empuñar las armas, aun cuando hacerlo en el último instante le supusiera una participación —poco honrosa, pero evidentemente fructífera— en un posible inmenso botín en el que podía encontrarse nada menos que Gibraltar, el alto sueño del irredentismo hispánico.

Después de las intervenciones de la diplomacia española en Bélgica, Francia y otros países —que tantas vidas humanas salvaron al facilitar la capitulación de Bruselas y el armisticio de Compiégne, por ejemplo—, cabía una rectificación de conductas y actitudes frente a España. Sin embargo, no fue así. Los países del Eje no acertaron a ganar la guerra relámpago y los del bloque aliado sacaron fuerzas de flaqueza para resistir y organizar nuevos pactos a fin de asegurarse el triunfo final en la enconadísima batalla. Por su posición geográfica —África y América «empiezan en los Pirineos» de verdad, no en broma despectiva— la Península Ibérica venía a ser la clave de la estrategia mundial. No importaba esta o aquella victoria de uno u otro rival en el Cabo Norte o en la isla de Creta, en las faldas del Cáucaso o en el mar del Coral. La decisión final de la guerra tenía que pasar —fatalmente— por el Estrecho de Gibraltar. De que España mantuviese su «no beligerancia» o accediera a las apremiantes peticiones de quebrantarla dependía el triunfo de unos u otros Ejércitos. Las presiones de ambos adversarios sobre los gobernantes de la piel de toro tuvieron todos los matices, desde la adulación hasta la bárbara amenaza, desde el halago rastrero hasta el desvergonzado insulto, desde la súplica humillante hasta el infamante bloqueo... Se agitaron todos los señuelos seductores del botín y se mostraron todas las máscaras horribles del hambre, la revolución, la miseria y el aislamiento. Todo fue inútil. Para sacar a España de una postura de fidelidad a su propio espíritu habría sido menester cambiar la forma de la piel de toro ibérica, extendida al sol hace miles y miles de años. Y eso no hay poder humano que pueda conseguirlo, aunque lo apoyen las «Panzer Divisionen», la «Home Fleet» o la bomba atómica. Sin temor, pues, a nada ni a nadie, España conservó hasta el final su ejemplar neutralidad, merced a la cual si nada material ganó, tampoco perdió una sola millonésima fracción de la gran fuerza moral de su historia.

La tremenda derrota de los Ejércitos del Eje permitiría a los vencedores penetrar hasta los más recónditos secretos de los archivos diplomáticos. Aniquilados Alemania, Italia y el Japón y castigados con arreglo a una norma jurídica internacional inédita e insólita algunos «criminales de guerra», urgía encontrar la evidencia de una complicidad española con los criminales procesados y ahorcados con la que justificar las precipitadas concesiones hechas en Yalta, Teherán y Potsdam a José Stalin so Ve el futuro de la piel de toro. Era preciso encontrar nuevos «criminales de guerra» en España. Y a buscarlos se dedicaron millares de técnicos militares, historiadores, diplomáticos, sagaces reporteros, criptógrafos y equipos de propagandistas de todos los países partícipes en la victoria, quienes hurgaron, leyeron, tradujeron, cotejaron e interpretaron con lupas, con claves, con reactivos, con tintas simpáticas, con microscopios, con todos los elementos —en suma— de los más perfectos «gabinetes negros», todos los «dossiers» referentes a España existentes en las Cancillerías y Ministerios de Asuntos Exteriores de Berlín, Roma y Tokio, así como en los papeles privados de sus titulares. Las montañas de folios del proceso de Nuremberg con las declaraciones y aportaciones documentales de reos, testigos, fiscales y defensores; los diarios íntimos de ministros, embajadores y generales; las colecciones protocolarias; las cartas privadas: todo, en fin, cuanto la curiosidad más morbosamente mezquina pudo hallar o investigar, no fueron suficientes para aportar al mundo una sola prueba de incorrecciones o vacilaciones de España en el camino que se trazara para no alterar su neutralidad, incluso en las

situaciones de dificultad extrema. Nada ni nadie fue capaz entonces, ni lo ha sido luego, de encontrar un argumento sólido que desvirtúe las palabras de los altos jefes políticos o militares de la Gran Bretaña y los Estados Unidos, reconociendo que la victoria aliada fue posible gracias a la firmeza y exquisitez de la neutralidad española. Nada ni nadie ha podido —ni podrá— demostrar que España cometiera un solo acto indecoroso para consigo misma, ni que subordinara su calidad de nación cristiana y amante del Derecho y la Justicia, a una conveniencia material de momento. Nada ni nadie podrá probar que en una sola de sus actuaciones desde el 3 de septiembre de 1939 hasta la fecha de la tercera edición de este libro, España haya amenazado la paz o dejado incumplido uno sólo de sus deberes de pueblo civilizado y perteneciente a la gran comunidad occidental. Son ya innumerables los volúmenes escritos por las más importantes personalidades del mundo victorioso en donde se reconoce expresa o tácitamente esta conducta española generosa, nobilísima y heroica. Heroica, sí, porque también hay heroísmo en soportar con gallardía y silencio las patéticas circunstancias que hubo de soportar el pueblo español en el primer lustro de su post-guerra, coincidente con la gran contienda mundial.

* * *

Y, sin embargo...

Y, sin embargo, cuando al terminar la guerra se anunciaba el comienzo de una era de paz y reconciliación entre los pueblos; cuando se hacía patente la necesidad de unión de todas las buenas voluntades para salvar los restos de la civilización cristiana que yacían aprisionados bajo los escombros de Europa; cuando el mundo exigía la movilización de todas las reservas espirituales de la Cristiandad en servicio de una altísima causa ecuménica; cuando se comenzaban a dibujar netamente en el horizonte los futuros peligros —que sólo España supo adivinar y conjurar en 1936— para la gran comunidad occidental; cuando más necesaria parecía para armonizar el mundo roto la audición de las voces serenas e imparciales de quienes por no ser vencedores ni vencidos pudieran acertar con el matiz y el tono exactos para lograrlo, la asamblea de ganadores agrupada bajo el título de «Organización de las Naciones Unidas», excluyó rotundamente a España de toda participación en los trabajos de reorganización y ajuste del mundo en quiebra. Y no satisfecha con infamarla con semejante exclusión, escuchó —tal vez complacida— las más insidiosas acusaciones y aceptó la propuesta de unas cuantas naciones convertidas en satélites de la URSS de aislarla diplomáticamente del mundo. Y sin oírla —lo que ni en el derecho procesal más rudimentario se hace—, la condenó con un gesto frío que recordaba la falta de valor político y humano de un Pondo Pilato que se enjuga las manos cuando debe decidir ante la plebe la condena del Justo o del delincuente.

Muchas gentes de buena fe se preguntaban estupefactas en todos los países civilizados: ¿Puede ser condenada España al aislamiento, como si toda su aportación a la cultura universal y a la trama de las ideas y los hechos, como si toda su historia —una de las más varias y más dramáticas, de las más altas y más profundas de todas las historias de las parcelas del mundo— pudieran borrarse de los siglos porque alguien quisiese pasar sobre el Tiempo una esponja empapada en odio?... ¿Podrían consentirlo las grandes Naciones libres de Occidente que, bien a su pesar, conviven en el cónclave internacional igualadas a otras sojuzgadas?... ¿Va a consentirlo Francia, hermana de raza y de cultura, que sabe cuántos millares de hijos suyos salvaron la vida en 1940 merced a la intervención de España en el armisticio, y cuántos otros cruzaron más tarde la frontera huyendo del invasor, camino de Argelia, para reorganizar el Estado y el Ejército deshechos por la tragedia?... ¿Va a consentirlo Inglaterra, cuyo Primer Ministro reconoció en pleno Parlamento que el desembarco en el Norte de África, primer escalón de la victoria definitiva, pudo hacerse gracias a la exquisita neutralidad española, ya que España, con un solo gesto o una sola palabra, hubiera podido inutilizar todos los planes estratégicos del Estado Mayor interaliado?... ¿Van a consentirlo los Estados Unidos, sabedores de todo esto lo mismo que la Gran Bretaña, y que además tienen con España —entre otras de índole moral— la deuda de las numerosas vidas de sus aviadores salvados y liberados en las costas de la piel de toro?... Aun suponiendo que todo ello, por excesivamente cercano carezca de perspectiva para ser agradecido o que el furor de la batalla recentísima prive de la suficiente claridad a la visión política de sus estadistas, ¿podrán Francia, Inglaterra y Estados Unidos, naciones civilizadas, cultas, refinadas y de agudo sentido político, entregar al odio de las masas movidas por el comunismo —incluso dentro de ellas

mismas— a una Nación como España, de historia tan gloriosa y a la que tanto debe la Humanidad soñadora de Giraldas, Alhambras y Escoriales en sus momentos de exaltación quijotesca?... Nadie puede creerlo; nadie lo cree y, no obstante, así es. Francia, Inglaterra y Estados Unidos callan, sumando sus silencios al griterío de los que escarnecen el nombre de la patria de Cervantes, de Velázquez, de Suárez, de Vitoria, de Goya, de Falla...

Por un momento —angustioso— pareció que España, la gran civilizadora, la creadora de pueblos y de mitos, no encontraría valedores en aquel infierno de injurias verbales y silencios cómplices.

Lo pareció, sobre todo, porque Portugal, el pequeño y gigantesco hermano de sangre y de fe, de ríos e idiomas, de gestas y expolios, tampoco tenía puesto en aquella asamblea, sin duda porque también supo guardar una hidalga neutralidad durante la Segunda Guerra Mundial.

Mas, por fortuna, donde no estaba el Portugal fraterno, estaban la Argentina y el Perú filiales... La Argentina y el Perú —dulcísimos acentos para hablar una única lengua, y un solo latir cordial exacto con que expresar la gozosa congoja de la Hispanidad— salen a la palestra a lidiar por la madre España. Y con ellos —pues no en balde habla el idioma en que Camoens cantara las hazañas de los nautas lusitanos— el Brasil inmenso. Y El Salvador —el país más bellamente bautizado por los españoles en el Mundo Nuevo por ellos descubierto—, Santo Domingo y otros pueblos americanos de estirpe ibérica, sin que faltase entre ellos —¿por qué, Señor?— alguno que, con hondo pesar de su corazón, ahogara con los puños cerrados el grito de amor que desde aquél le subiera hasta los labios.

Y a estas voces del Continente de origen hispánico se unieron, en un grandioso acorde de eternidades, las viejísimas de los pueblos islámicos de Asia y de África que, siglos atrás, dejaran sobre la piel de toro las huellas imborrables de sus maravillosas civilizaciones. Así, en las ulteriores votaciones de la Organización de las Naciones Unidas, se pudo dar el caso —estupendamente paradójico— de ver cómo se ponían de parte de España numerosos países de Asia, África y América, mientras ni uno sólo de los europeos —coaccionados sabe Dios por qué rencores lejanos o qué próximos temores— tuvo el valor de emitir un sufragio favorable que destruyera las mentiras y calumnias acumuladas sobre España por una alevosa y monstruosa propaganda. Parecía como si Europa, ya despedazada e inerme, quisiera entregar la sangre ibérica a la voracidad de unas fieras hambrientas y en acecho.

Pero España ni acató entonces, ni acatará nunca, los designios de la torpeza o de la cobardía ajenas. España no renunció a su razón de existir por complacer a los contemporizadores con la injusticia. España, serena, impasible, sin desfallecimientos ni jactancias, sin arrogancias ni claudicaciones, aguardó y aguarda sobre la piel de toro a que suene la voz del Destino, dispuesta como siempre a continuar —pese a quien pese— una historia en cuyas más altas cumbres y más hondas simas hizo siempre honor a su condición hidalga, sin dejar incumplido uno sólo de sus deberes de pueblo europeo, occidental y cristiano.

EPÍLOGO LOS AÑOS DE LA PAZ

Al día siguiente de escritas las palabras finales del último parte de la guerra española, se convirtieron .en las iniciales de un nuevo período de la vida nacional. En realidad, aquellos cuatro sobrios vocablos —«La guerra ha terminado»— querían decir: «La paz ha empezado». Querían decirlo, pero no se atrevían, pues todavía la tierra olía a sangre fresca, el aire a pólvora quemada, los campos a barbecho obligado, las mujeres a lágrimas amargas, los hombres a sudor acre. Todavía a una parte de la piel de toro no habían regresado los pájaros ni las sonrisas y el miedo y el dolor agarrotaban los corazones de muchas gentes, impidiéndoles acordar con el volteo efusivo de las campanas que entonaban un Te Deum tan clamoroso como inmenso era el beneficio que podía esperarse de la paz recién nacida, y aún asustada y encogida por los ecos del fragor de la lucha.

Pero ¿por dónde se podía empezar a hacer la paz después de la guerra larguísima? Eran tantos los destrozos físicos que reparar, las heridas que curar, las ofensas que perdonar, las deudas que liquidar, los nudos que romper, los vínculos que rehacer y reforzar, los malos impulsos que frenar, los rencores que atenuar, los dolores que aliviar, los muertos morales insepultos que enterrar piadosamente, que el ánimo nacional se habría acongojado, anonadado, considerado impotente para emprender la titánica tarea del desescombro individual y colectivo de la patria, de haber flaqueado un instante la fe en que siempre se fundara la fortaleza de España.

Era preciso hacer todo de nuevo y apenas había con qué. Los órganos gubernamentales encargados de poner en marcha la máquina de la paz se horrorizaban ante el terrible balance ofrecido por las estadísticas. Al millón de muertos y los miles de mutilados necesitados de reeducación antes de incorporarse al trabajo de la reconstrucción, había que sumar la tremenda emigración volun-

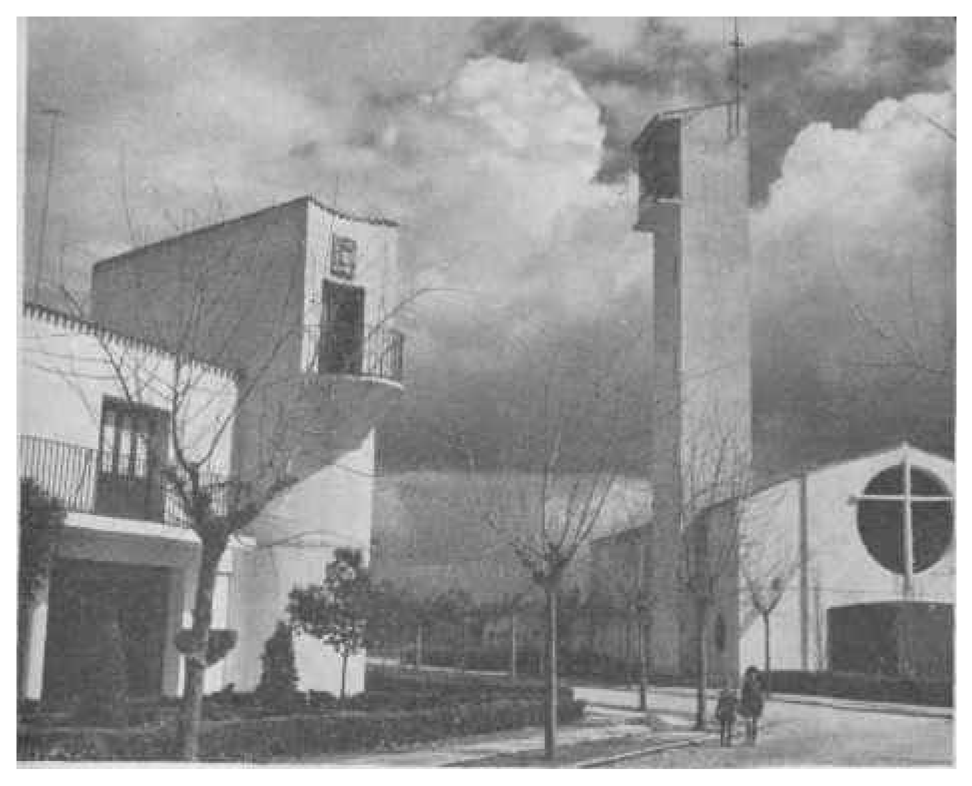


Ilustración 69. Pueblos nuevos: Vallebota, dentro del Plan Badajoz



Ilustración 70. España, sanatorio de Europa con su sol y sus mares. Vista de Benidorm



Ilustración 71. Obras Públicas de la España actual. Saltos del Sil (Orense)

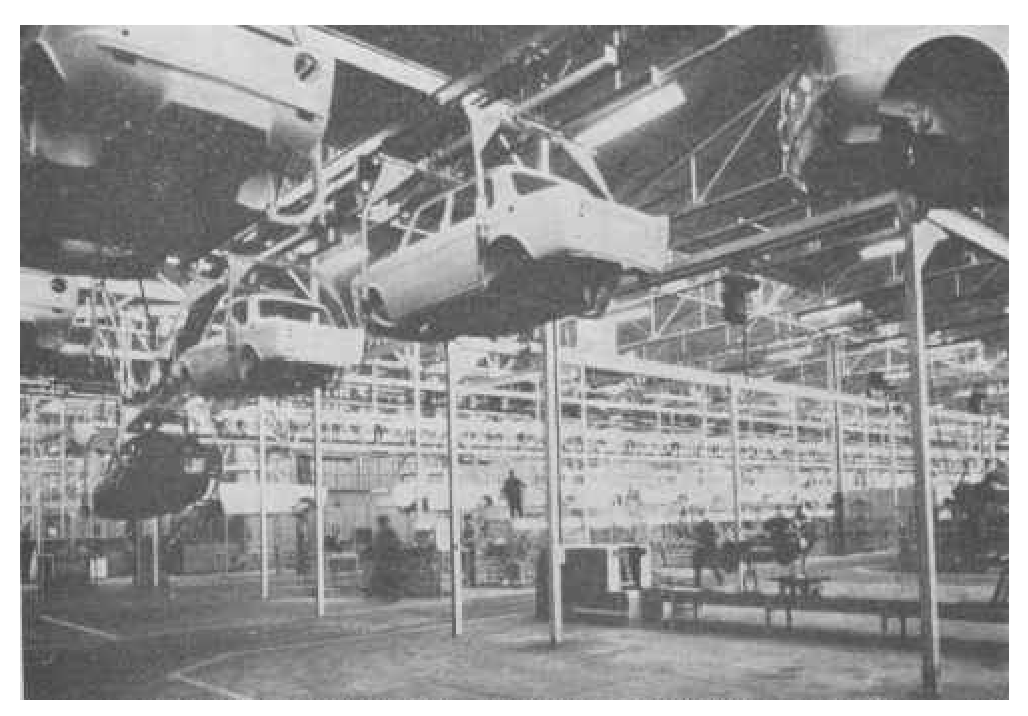


Ilustración 72. Empresas privadas de la España actual: Factoría Barreiros (Madrid)

taria o forzosa de cientos de millares de personas —combatientes y no combatientes, comprometidos y no comprometidos: hombres, mujeres, niños, ancianos— que en los últimos días de guerra cruzaron los pasos del Pirineo catalán o embarcaron en los últimos puertos en poder de la República, creyendo ingenuamente que se trataba de una breve ausencia con aire de aventura, para encontrarse en la terrible cárcel del destierro de la que muy pocos regresarían pronto; otros, lo harían tarde para ellos y para España, cuando el aletazo del pajarraco de la muerte les despertase a un afán de ser enterrados en la tierra en donde yacían sus mayores; algunos sólo retornarían muertos, y otros —los más, y quizá los más ¡nocentes, por humildad, pobreza e ignorancia— jamás encontrarán la posibilidad de un retorno que les cure el cáncer de la ausencia que, sin saberlo, les roe el alma. ¡Santo Dios, cuántas claras inteligencias, cuantas firmes voluntades, cuántos brazos fuertes hacían falta para reconstruir España, y cuántos se había llevado la muerte o arrastrado el vendaval incontenible de un absurdo miedo o un rencor insuperable! ¡Santo Dios, cómo se iban a echar de menos en aquella hora crucial para los habitantes de la piel de toro!

Junto a las cifras de los hombres perdidos se alineaban las de la riqueza destruida. Ciudades, pueblos y aldeas arrasados, incendiados total o parcialmente. Y dentro de ellos, volados, quemados, martirizados por la metralla y la ferocidad de las exigencias revolucionarias o bélicas, artísticos templos, históricos monasterios y palacios, universidades, institutos, conservatorios, instalaciones deportivas, colegios, escuelas, laboratorios, hospitales, grandes hoteles, fábricas, talleres, con sus reliquias, sus lienzos, esculturas y tesoros, sus bibliotecas, su material, sus instrumentos, sus máquinas, sus utensilios, enseres y herramientas robados, destrozados, inutilizados, dispersos. En torno a las ciudades y los pueblos se extendían los campos con sus granjas, sus aperos, sus silos, sus graneros, sus bodegas, sus molinos, sus almazaras, sus colmenares, sus rebaños, sus piaras, arrasados, abrasados, saqueados, esterilizados, aniquilados. La mayor parte de las carreteras estaban muy deterioradas por los bombardeos, el tráfico excesivo y la falta de atención. Los puentes volados, las líneas férreas saltadas, impedían en muchos puntos la circulación de los escasos trenes. Los vagones y locomotoras que sobrevivían al cataclismo se encontraban en un estado lamentable, casi inservibles. Lo mismo ocurría con numerosas unidades de la flota mercante o pesquera, hundida, averiada o carenada, que exigía una urgente reparación total o su condena al desguace. Las reservas oro del

Banco de España, que hubiesen podido servir para respaldo de la moneda nacional y garantía de préstamos exteriores, se habían volatilizado al entregarse al extranjero por los hacendistas de la República para pagos de armamentos y especulaciones inconfesables. Y con el oro del Tesoro público habían desaparecido los depósitos de valores y riquezas oficiales y particulares, los tesoros de los templos, las alhajas de los patrimonios familiares, las obras de arte...

Es imposible imaginar una ruina más completa que la del trozo de la piel de toro sobre el que ondearon cerca de tres años la bandera republicana que nadie acataba ni respefaba, y la roja que nada representaba jurídica y políticamente, aunque de hecho fuera la del régimen instaurado el 14 de abril de 1931. En ese trozo estuvieron todo el tiempo de la guerra las dos ciudades más importantes del país, Madrid y Barcelona, y durante casi todo, las ricas y ubérrimas regiones catalana y levantina, con sus ¡mportant'es ciudades —entre ellas Valencia, la tercera de España—, sus poderosas industrias, sus ríos engendradores de electricidad, sus huertas fecundas, sus Altos Hornos, sus magníficos puertos para la importación. En el primer año de la contienda también fue «republicano» todo el litoral cantábrico, con sus grandes puertos —Bilbao, Santander, Gijón—, así como sus zonas mineras e industriales, sin que su riqueza, su utillaje, su situación y su actividad, entregadas al desorden y las pugnas de los partidos del Frente Popular, roto en mil pedazos, sirvieran para sostener la economía republicana y contrarrestar a la pobreza disciplinada del otro trozo austero y agrícola. Mucho más que los grandes y naturales destrozos de la guerra, arruinaron la economía de la zona republicana las disensiones de los grupos que afirmaban sostener al régimen. Al sonar la hora de la paz aquella ruina afectaría a todo el país.

Gracias a la destreza de la diplomacia española, al final de la guerra casi todo el mundo reconocía **de jure** o de **facto** al nuevo Estado y parecía propicio a reanudar plenamente las relaciones políticas, comerciales, culturales y financieras con él, por lo que quizá hubiera sido posible, al cabo de unos meses de terminada la contienda, obtener préstamos de los países amigos e incluso de algunos hostiles en los que la seguridad del lucro habría lubrificado las discrepancias ideológicas. Esta probabilidad se vino abajo al empezar en septiembre de 1939 la Segunda Gran Guerra, impidiendo a las potencias en ella implicadas la distracción de un céntimo o un producto para algo distinto de sus propias e imperiosas necesidades. España se encontró, pues, con todos los caminos cerrados para la obtención de los créditos financieros y las materias primas indispensables para emprender el retorno a la normalidad



Ilustración 73. Paradores Nacionales: Castillo de Santa Catalina (Jaén)

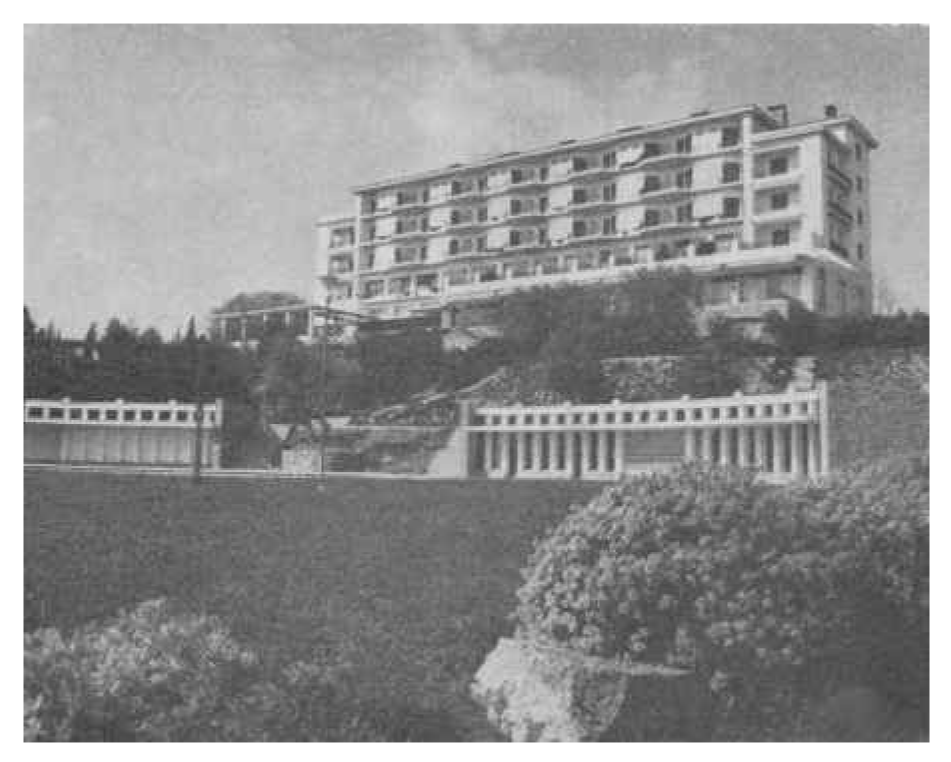


Ilustración 74. Paradores Nacionales: La Arruzafa (Córdoba)

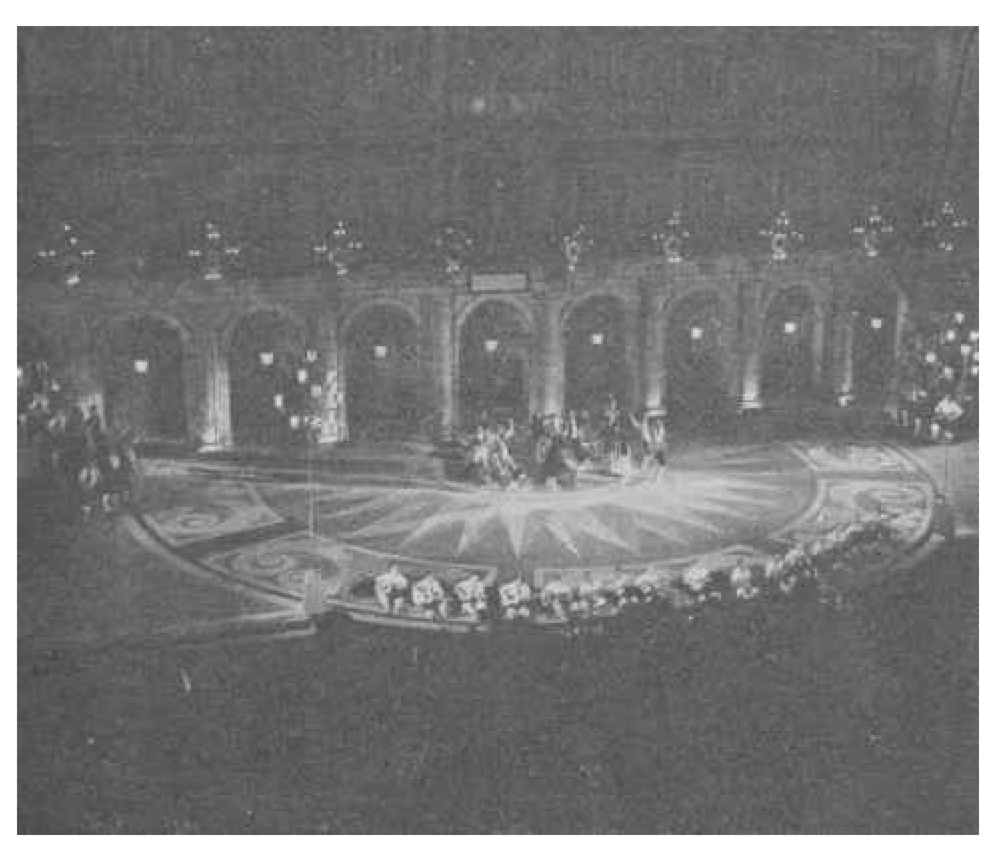


Ilustración 75. Festivales de España en la Plaza Mayor de Madrid (1967)

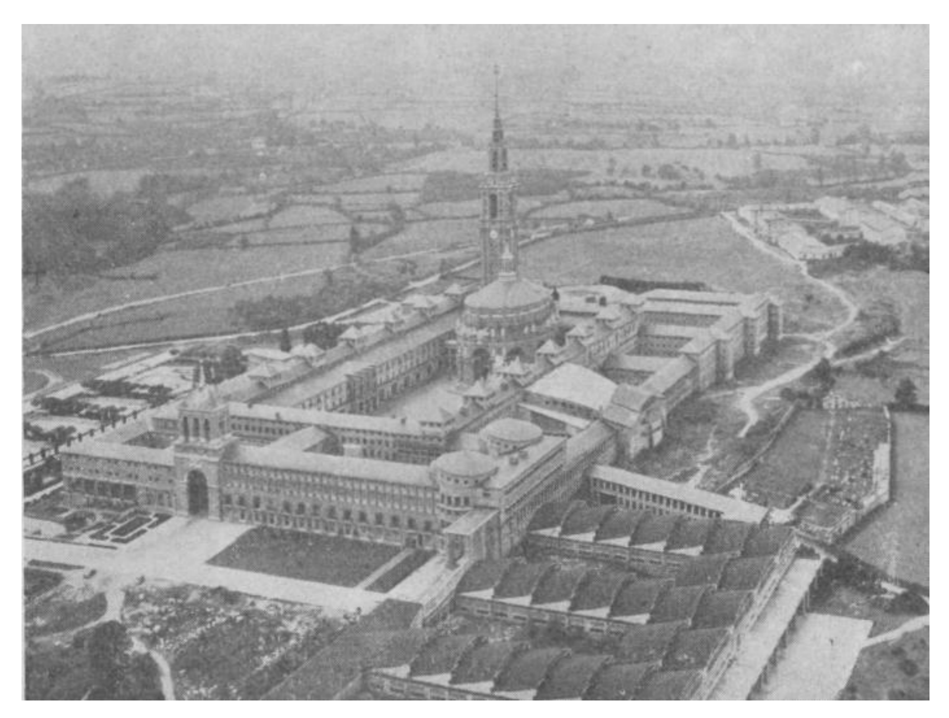


Ilustración 76. Universidad Laboral de Gijón (Asturias)

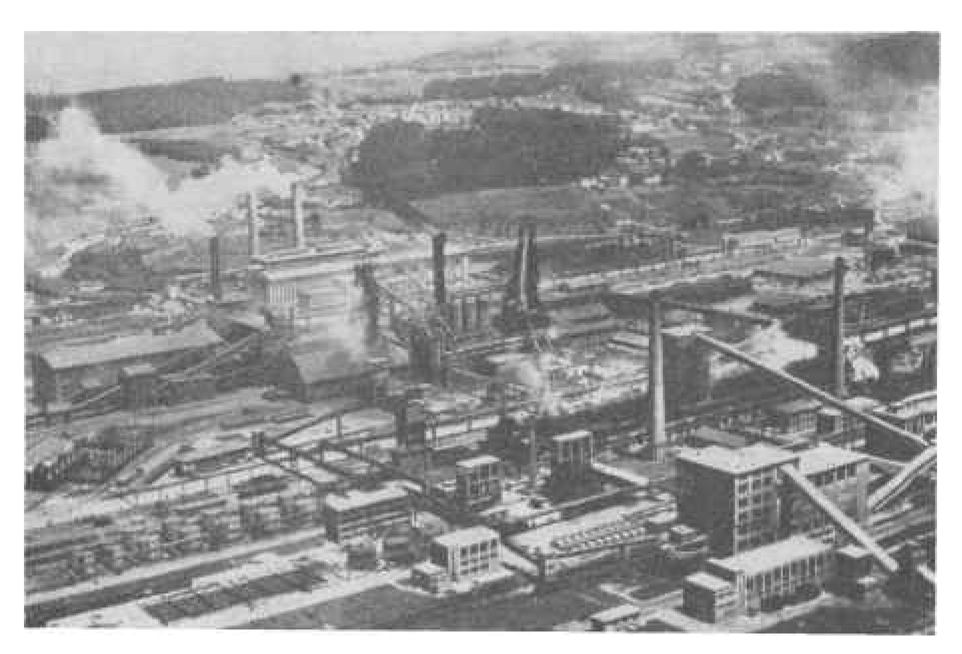


Ilustración 77. Empresa Nacional Siderúrgica de Aviles (Asturias)



Ilustración 78. Consejo Superior de Investigaciones Científicas (Madrid)

económica y casi para su subsistencia. La escasez de pan, de carne de aceit'e, de carburantes, de hierro, de cemento y la penuria dé los transportes, obligaba a drásticas disposiciones restrictivas aceptadas con gran espíritu por el país, dispuesto a no dejarse abatir por las adversidades o el pesimismo. Con lentitud, pero sin interrupción, la voluntad unánime de gobernantes y gobernados empezó a superar dificultades y carencias e inició con admirable tenacidad la reconstrucción material, moral e intelectual del país. Simultáneamente a las batallas de su supervivencia y reorganización, España libraba la de la neutralidad en la guerra —mundial desde la entrada de los Estados Unidos y el Japón en 1941— con la esperanza de reincorporarse con plenitud de derechos a la vida de la comunidad internacional el día que la paz se concluyera. Pero, como hemos visto más arriba, esa esperanza se frustró. Terminada la conflagración universal, algunos países aliados de los vencedores, otros enemigos derrotados y varios que no tardarían en ser enemigos suyos, fueron premiados por los poderosos Estados Unidos en la gran Lotería del Plan Marshall, que repartió millones y millones de dólares. España —a quien su propia dignidad le impidió tender la mano mendigando una ayuda que le hubiera supuesto claudicaciones, renuncias e hipotecas del decoro— se vio excluida de la altruista generosidad norteamericana y condenada a proseguir lenta y penosamente, sin ayuda de nadie, su trabajo de recuperación. Al contrario; la flagrante ofensa de la injusticia y el rencor del mundo siguieron poniendo obstáculos al paso de la paz hispánica. Y cuando, al fin, terminó su exclusión de los Organismos políticos, jurídicos o técnicos internacionales —situación nueva que no supuso perdones ni

dádivas jamás solicitados— ya se habían vencido en la altiva y amarga soledad muchos gravísimos problemas internos, que en algunos momentos llegaron a parecer insolubles. Poco a poco, los expertos españoles incorporados a las conferencias, consejos, asambleas y simposios internacionales, ponían de relieve con sus palabras y sus hechos la firme voluntad cooperadora de España a cuanto se hiciera en beneficio de la ciencia, del arte, del derecho, de la ética. Invitados primero como observadores, no tardaron en ir ascendiendo a vicepresidencias y presidencias y en obtener para las ciudades españolas la honra de ser sedes de importantes reuniones, en las que sus huéspedes podían apreciar los resultados del gigantesco esfuerzo realizado por el pueblo español, seguro de sí mismo, de sus razones y de sus conductores, que luego de la batalla de la guerra obtenían victoria tras victoria en la batalla de la paz. Poco a poco también, los extranjeros fueron recordando que tendida al sol casi africano, sobre el blanco Mediterráneo de las playas doradas y las velas latinas, enfilado sobre el Atlántico misterioso, inquieta al borde del hosco Cantábrico, se encontraba la Península Ibérica, con su forma de piel de toro, tierra una y varia como una síntesis de la creación. Una tierra hermosa, iluminada por un sol tibio y cariñoso y habitada por unas gentes alegres y cordiales, que desde tiempo inmemorial atraía y fascinaba al mundo por su arte y por su historia, por sus sentimientos y costumbres, por sus virtudes y sus defectos. Hacía mucho tiempo que su tragedia y las tragedias universales tenían cerrada para quienes la conocían y la amaban o la desconocían y la soñaban, la tierra de Cervantes y de Santa Teresa, de Velázquez y de Berruguete, de Goya y de Albéniz, y ahora también de García Lorca, de Salvador Dalí o de Picasso, quizá más conocidos mayoritariamente que los grandes genios del pasado. Primero con timidez y temor —¡tanto chafarrinón siniestro y embustero creado por la propaganda adversa nublaba incluso las mentes lúcidas de los hombres más cultos!—, luego con tranquilidad y confianza, las gentes extrañas se acercaron a España para redescubrir sus viejos encantos y sorprenderse con los nuevos modos de su existencia y comprobar que los años de la paz, restaurando con amor lo más antiguo y entrañable de las tradiciones típicas, no habían puesto freno al afán del país de modernizarse, europeizarse y universalizarse sin renunciar a **ser diferente** de los demás pueblos. Una vez bien seguros de todo ello, los extranjeros eligieron libremente a la piel de toro como el lugar ideal para el descanso al sol, y España, por su parte, no sólo se lo ofreció con generosidad, sino que se propuso acomodar a las exigencias de la época todos los dones derramados sobre ella por la Providencia. Con celeridad y acierto, el turismo se convirtió en empresa nacional, en gran industria colectiva, en la mayor fuente de ingresos de divisas, en el mejor altavoz de las verdades de España. Como por arte de magia, surgieron aeropuertos y paradores, y muchos antiguos y modestos pueblecitos de pescadores del soleado litoral ibérico se convirtieron de la noche a la mañana en espléndidas ciudades estivales con magníficas instalaciones hoteleras, deportivas y recreativas, sumando sus nombres, hasta poco tiempo antes ignorados, a los clásicos paraísos de Francia, Italia y Grecia, incluyéndose en el catálogo de ilusiones de los enamorados del sol. Esos nombres —por no citar más que los cuatro de mayor notoriedad— pueden ser Lloret de Mar, Benidorm, Torremolinos, Laredo. (Las islas Baleares y las Canarias, así como San Sebastián y las ciudades monumentales de Castilla, Galicia, Andalucía y Cataluña ya figuraban en los itinerarios oníricos de los más refinados artistas e intelectuales del mundo entero.)

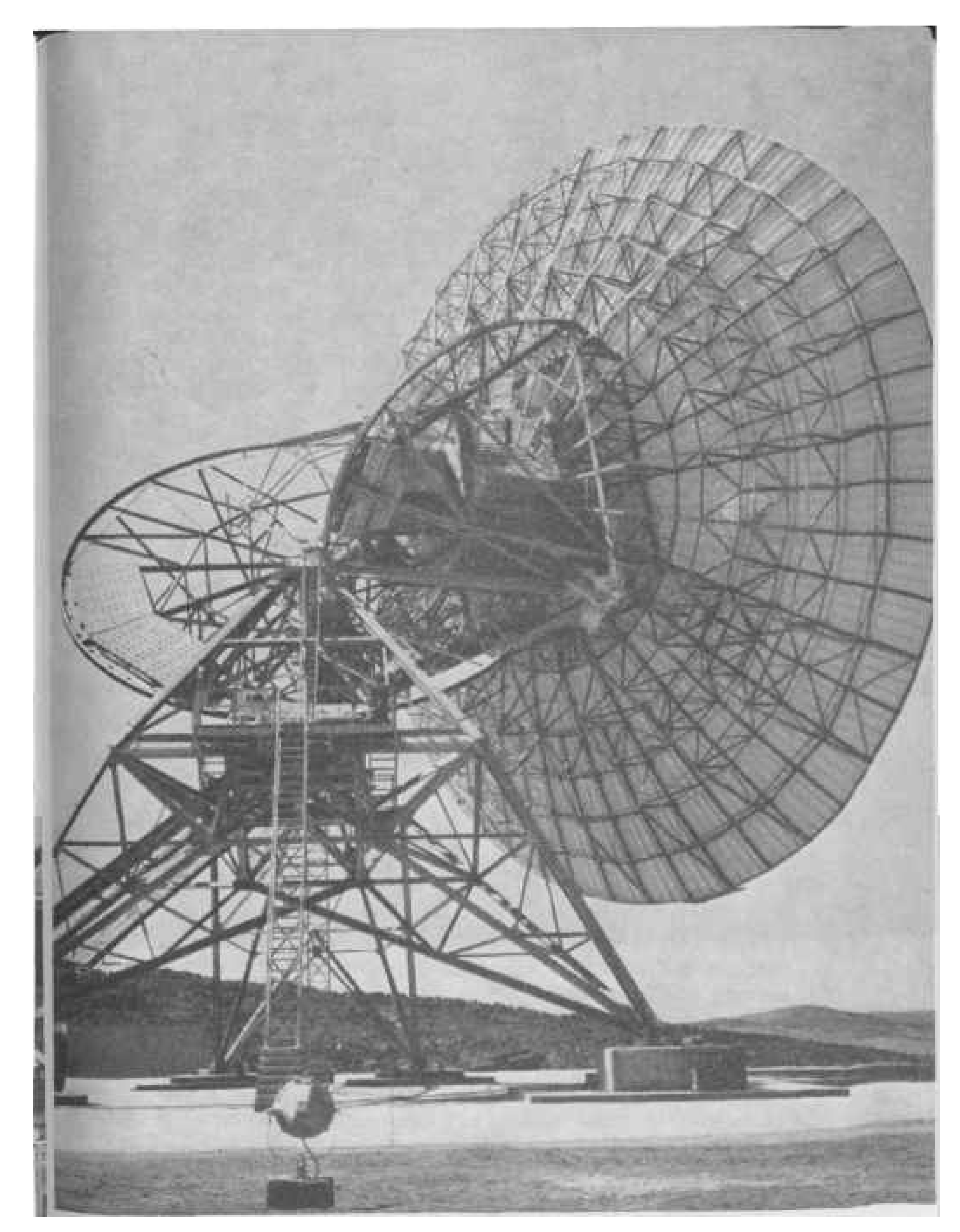


Ilustración 79. El mundo verá muy pronto la llegada del hombre a la luna, hazaña a la que contribuirán eficazmente las instalaciones científicas de Robledo de Chávela

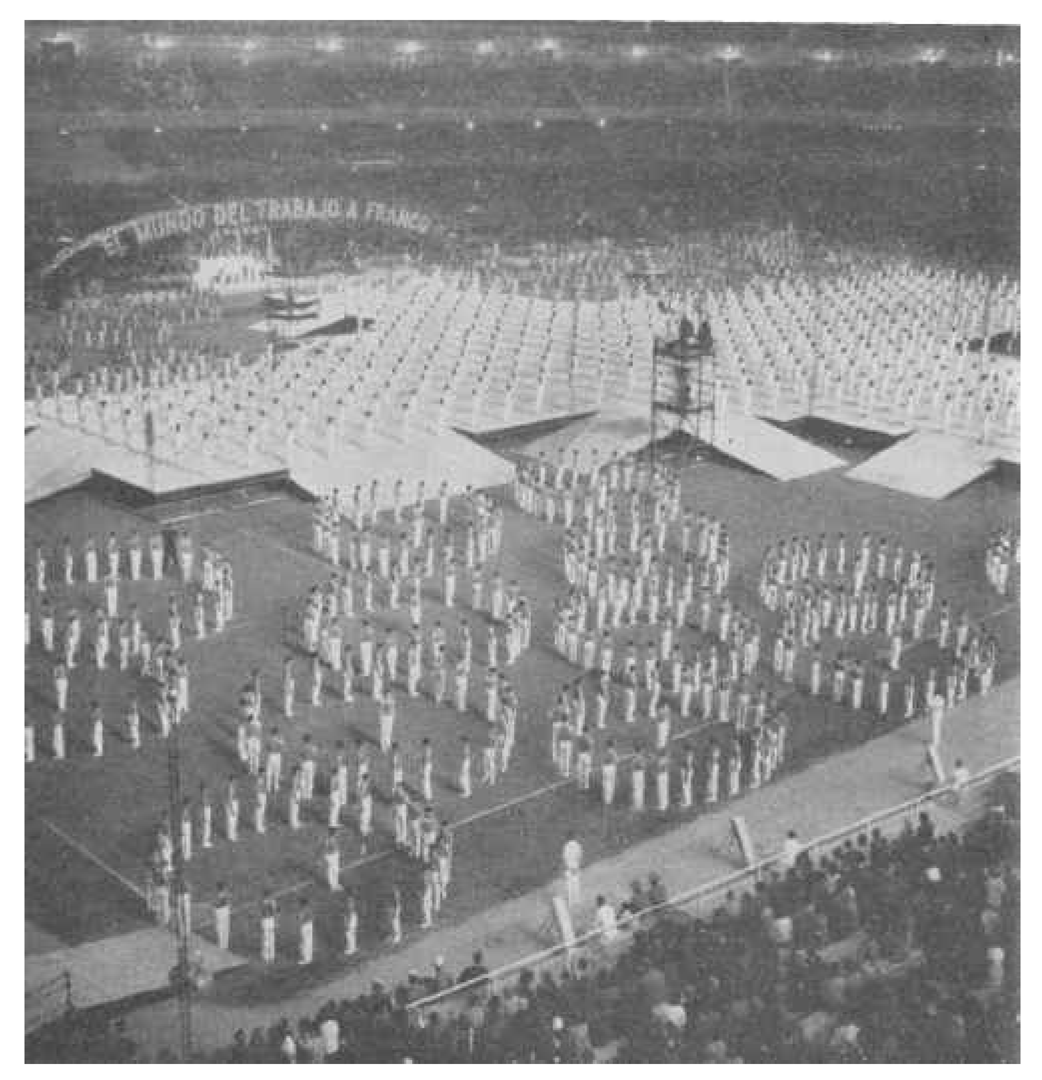


Ilustración 80. España celebra con coros, danzas, deporte o gimnasia la fiesta laboral del 1 de mayo (Estadio Santiago Bernabéu, Madrid, 1963)

Después de ver, oír, palpar y gustar las luces, las músicas, los perfumes, las tierras y los sabores de España, millares de turistas quieren dejar de serlo y convertirse en habitantes de la piel de toro cuando suene para ellos la hora del artritismo y del disfrute plácido de la pensión de retiro, por lo que procuran afincar en ella. Asimismo, muchos extranjeros llegados con escéptica curiosidad incrédulos de cuanto se les decía del orden y el equilibrio de la paz hispánica, deciden invertir una gran parte de sus capitales y ahorros en diferentes parcelas de nuestra economía y nuestra industria. Es decir: al mismo tiempo que España se incorporaba a la totalidad de la vida internacional, muchos de los países que la mantuvieron en el lazareto durante los primeros años de la post-guerra mundial, sin llegar a rectificar del todo sus prejuicios, que dejan traslucir de vez en cuando, fueron incorporando a la vida española su simpatía, su admiración o simplemente su interés, tanto en las relaciones públicas de cancillerías y tratados como en las privadas, más eficaces muchas veces por la espontaneidad y cordialidad que las preside.

* * *

Los años de la paz, al mantener con firmeza el orden —base de la convivencia de los hombres, la unidad de las tierras y la armonía del trabajo— modificaron el ritmo y el perfil de las ciudades, impulsaron el crecimiento de los niveles de vida, abolieron arcaicos prejuicios éticos y sociales,

destruyeron rancios conceptos estéticos y urbanísticos. El Estado, al fomentar y estimular las grandes obras hidráulicas destinadas a saciar la sed de inmensas comarcas condenadas a la miseria y la esterilidad —las del Plan Badajoz, las de las canalizaciones de las Bardenas y de los Monegros, por ejemplo— logró transformar la fisonomía de los campos, convirtiendo su parda adustez en tierno verdor profético de próximas fecundidades. Por su parte, las Empresas hidroeléctricas, renovadas y ampliadas, permitieron el renacimiento de muchas y tradicionales industrias y la creación de otras nuevas e insospechadas.

Simultáneamente a todo esto ocurrido a la sombra de las banderas de la paz, los artistas, los hombres de ciencia, los deportistas, inscribieron sus nombres y alcanzaron importantes galardones en cuantas exposiciones, concursos, simposios y competiciones internacionales se convocaron. Los lienzos y esculturas de los viejos y los nuevos maestros continúan siendo adquiridos por los museos, y los coleccionistas del mundo entero. Los compositores más jóvenes reciben honrosos encargos de importantes Fundaciones e incluso de la Organización de las Naciones Unidas. Muy recientemente esta última ha elegido a un gran músico madrileño para componer una Cantata conmemorativa del XX aniversario de su Declaración de los Derechos Humanos, en la que si España no pudo participar materialmente por estar relegada entonces a su forzoso apartamiento, estuvo presente en el espíritu de sus gloriosos juristas del siglo de oro, creadores de tantas normas irrevocables del Derecho natural y del internacional. Arquitectos españoles construyen audaces edificios fuera de España. Médicos e investigadores salidos de las Universidades nacionales colaboran en las clínicas y laboratorios más famosos a los que dan brillo y esplendor con sus descubrimientos, sus experiencias, sus técnicas. Arqueólogos hispánicos han intervenido e intervienen en trabajos trascendentales en Egipto y en los países sudamericanos. Físicos y matemáticos prestan valiosos servicios en los centros instalados para la vigilancia y control de los vuelos astronáuticos. Modesta, pero decidida, la presencia de nuestro país en todas las tareas de paz, de cultura, de solidaridad humana es un hecho constante e innegable, que no necesita reforzarse con cifras estadísticas, pues, como dijo don José Ortega y Gasset, «cuando en historia —y este libro, aunque humilde, tiene ambición de ser historia— se habla de estadísticas no se pretende ni interesa, como en física, llegar a una precisión cuantitativa. El guarismo aproximado y vago a que se llega tiene, más bien, el papel de precisarnos cualitativamente las cosas. Buscamos una precisión verbal más que aritmética».

La paz española —a punto de cumplir veintinueve años cuando se escriben estas líneas— es un hecho excepcional en nuestra historia. Sus artífices —los que dieron su sangre, los que pusieron su pensamiento, los que aportaron su sabiduría y su energía— la quisieron y la quieren perpetua, pero dinámica. Para que pueda ser así y prolongar sus beneficios a las generaciones venideras, no será suficiente su tremendo y fecundo esfuerzo. La complicada coyuntura del mundo en los últimos años de este segundo tercio del siglo XX afecta también a nuestro pueblo que, amenazado como los demás de su fe, su civilización y su cultura por feroces enemigos y pavorosos cataclismos, necesitará la presencia en la vida pública de una juventud con gran rigor intelectual, férrea firmeza de convicciones y moral inquebrantable, capaz de hacerse cargo del relevo para proseguir, sin dejarse vencer por el desaliento o la pereza, la ascensión de España hasta la cumbre, iniciada por quienes lograron sacarla del abismo.

ÍNDICE DE ILUSTRACIONES

ILUSTRACIÓN 1. UN CIERVO PINTADO EN LOS MUROS DE LA CAVERNA DE ALTAMIRA (SANTANDER) 9

ILUSTRACIÓN 2. IBEROS Y CELTAS ANCLAN EN LA PENÍNSULA Y CONSTRUYEN SUS DÓLMENES DE PIEDRA, COMO ESTE «DOLMEN DEL SOTO», QUE SE CONSERVA EN EL TÉRMINO DE TRIGUEROS (HUELVA) 9

ILUSTRACIÓN 3. LOS CELTÍBEROS NO SON CAPACES DE PONER PUERTAS AL CAMPO, SIQUIERA SEA PARA GUARDAR A SUS «DAMAS DE ELCHE», MAJESTUOSAS Y BELLAS..............10

ILUSTRACIÓN 4. NUMANCIA, LA DEL VIENTO FRÍO Y EL ALMA DE PIEDRA, RESISTIÓ VEINTE AÑOS A LAS LEGIONES ROMANAS. AL FIN, LOS DEFENSORES PRENDIERON FUEGO A LA CIUDAD Y SE SUICIDARON COLECTIVAMENTE. ESTAS SON SUS IMPRESIONANTES RUINAS. 18

ILUSTRACIÓN 5. EL ARCO DE BARÁ, RELIQUIA DE ROMA EN EL CAMPO DE TARRAGONA 19

ILUSTRACIÓN 6. MURALLAS ROMANAS EN LA CIUDAD DE TARRAGONA..............20

ILUSTRACIÓN 7. LOS NIETOS DE LOS PASTORES CELTIBÉRICOS SON RETÓRICOS, FILÓSOFOS O ABOGADOS ELOCUENTES. LUCIO ANNEO SÉNECA, CREADOR DE UNA MANERA DE PENSAR ORIGINAL Y PROFUNDA. 23

ILUSTRACIÓN 8. EL IBERO SE EMOCIONABA EN LOS TEATROS ROMANOS DE SAGUNTO Y MÉRIDA, COMO MÁS TARDE LO HARÍA EN LOS CORRALES CLÁSICOS..............24

ILUSTRACIÓN 9. UNA DE LAS MAYORES «OBRAS DE ROMANOS» SOBRE LA PIEL DE TORO: EL ACUEDUCTO DE SEGOVIA 29

ILUSTRACIÓN 10. CON LA FE DE CRISTO NACE UN ARTE NUEVO QUE TENDRÍA SU EXPRESIÓN PLÁSTICA EN LA PINTURA, COMO EN ESTE «PANTOCRATOR» DE UN FRONTAL ROMÁNICO DE LA SEO DE URGEL. Y EN LA ARQUITECTURA, COMO EN LA BELLÍSIMA IGLESIA DE SANTA MARÍA DEL NARANCO (OVIEDO) 30

ILUSTRACIÓN 11. SOLDADOS DEL EJÉRCITO VISIGODO Y PASTORES DE CANTABRIA, CLÉRIGOS DE TOLEDO Y LEÓN Y SEGLARES DE MUCHAS CIUDADES —EMBRIÓN DE UN PUEBLO—, DERROTAN EN LA PEÑA SANTA DE COVADONGA A LOS MUSULMANES Y PROCLAMAN A PELAYO EL PRIMER REY NACIONAL DE ESPAÑA, QUE TODAVÍA SE LLAMA SÓLO ASTURIAS 41

ILUSTRACIÓN 12. «EN BUENA HORA NACIDO», RODRIGO DÍAZ DE VIVAR, ¡OVEN NOBLE, DE SOLAR Y SANGRE BURGALESA, ES EL MILAGRO DEL ALMA ESPAÑOLA POR LOS SIGLOS DE LOS SIGLOS. SU ESTATUA EN SU PUEBLO NATAL, OBRA Y DONACIÓN DEL MÉDICO-ESCULTOR SEÑOR CÁTALA. LA ESPADA DE LAS CIEN VICTORIAS CIDIANAS. 42

ILUSTRACIÓN 13. EL ROMÁNICO DE LA CATEDRAL DE SANTIAGO DE COMPOSTELA SE COMPLETA CON EL MARAVILLOSO GÓTICO DEL PÓRTICO DE LA GLORIA 52

ILUSTRACIÓN 14. EL GÓTICO MÁS SOLEMNE Y SUNTUOSO DE ESPAÑA ESTÁ EN LA CATEDRAL DE TOLEDO 53

ILUSTRACIÓN 15. LA GRACIA Y LA SENSUALIDAD ORIENTAL DEL PATIO DE LOS LEONES EN LA ALHAMBRA DE GRANADA 53

ILUSTRACIÓN 16. LA AUSTERA RELIGIOSIDAD MUSULMANA EN LA MEZQUITA DE CÓRDOBA..............54

ILUSTRACIÓN 17. ALFONSO X DE CASTILLA, FRUSTRADO EMPERADOR ALFONSO I DE ALEMANIA, REY TROVADOR Y SABIO, HEREDÓ DE SU PADRE, SAN FERNANDO, LA AMISTAD Y LA NOBLE RIVALIDAD CON EL REY DE ARAGÓN..............70

Ilustración 18. El gran rey de Aragón Don Jaime I, llamado el Conquistador, inició en el siglo XIII, con Fernando III y Alfonso X de Castilla, la España que ordenaría el mundo en el siglo XVI........70

Ilustración 19. Así aparecen representados los Reyes Católicos en un medallón que figura en la fachada principal de Salamanca........71

Ilustración 20. Fatigada de glorias y caminos, traspasada de todos los dolores como madre, muere la gran Isabel I de Castilla en Medina del Campo, después de disponer y firmar este admirable testamento........86

Ilustración 21. España padece sed de mar y hambre de islas, y Cristóbal Colón sabe que puede ganárselas. El gran pintor Daniel Vázquez Díaz ha inmortalizado así la salida del puerto de Palos de las carabelas descubridoras, el 3 de agosto de 1492........87

Ilustración 22. Discutido el lugar de su enterramiento como el de su nacimiento, parece que los restos del descubridor de América descansan bajo este mausoleo en la catedral de Sevilla........87

Ilustración 23. La reina Juana de Castilla, viuda trágica, ha traspasado definitivamente las fronteras de la razón........95

Ilustración 24. Francisco Ximénez de Cisneros, el gran Cardenal alcalaíno, el de la Biblia Políglota y la Universidad plateresca, castellano en el tuétano de los huesos, entregaría los reinos de España que gobernara como Regente, a los emisarios flamencos del hijo de Doña Juana, quien se niega a verle al llegar a la Península........96

Ilustración 25. Carlos I de España, Emperador de Alemania con el nombre de Carlos V, César de Europa........96

Ilustración 26. La conquista de Túnez, uno de los grandes hechos de armas del rey-emperador, se representa así en un magnífico tapiz conservado en el Palacio Real de Madrid........116

Ilustración 27. Felipe II, retratado en su juventud por Antonio Moro........117

Ilustración 28. El Real Monasterio de San Lorenzo de El Escorial (Madrid), creación y panteón del gran rey de España........117

Ilustración 29. Don Juan de Austria, el guapo bastardo bienamado del César, en sus últimos años, cuyo nombre juvenil y encendido de laureles alteró el sueño de todas las doncellas de Europa........123

Ilustración 30. La batalla de Lepanto —la más grande ocasión que vieron los siglos, como la calificó un humilde combatiente en ella— empezó con esta disposición de las Escuadras de la Cristiandad y del Turco, según un grabado de Marius Cartaris de 1572........124

Ilustración 31. El prototipo del español de esa centuria gloriosa y fracasada —el siglo XVI— es Miguel de Cervantes Saavedra........124

Ilustración 32. Don Quijote de la Mancha es el libro de todos los ex-combatientes del mundo........125

Ilustración 33. Francisco Pizarro........126

Ilustración 34. Hernán Cortés........127

Ilustración 35. Don Pedro de Alvarado........127

Ilustración 36. El Adelantado Sebastián de Bealcazar........128

ILUSTRACIÓN 37. PEDRO DE VALDIVIA 128

ILUSTRACIÓN 38. PEDRO MENÉNDEZ DE AVILÉS 129

ILUSTRACIÓN 39. DON FRANCISCO DE QUEVEDO, EL MÁS ALTO ESPÍRITU ESPAÑOL DEL SIGLO XVII 133

ILUSTRACIÓN 40. SE HA PERDIDO ROCROY, PERO LOPE DE VEGA HA TERMINADO SU ESPLÉNDIDA TAREA 134

ILUSTRACIÓN 41. EN CORRALES COMO ESTE DE LA «CASA DE COMEDIAS», DE ALMAGRO, NACIÓ, VIVIÓ Y ALCANZÓ GLORIA UNIVERSAL «EL GRAN TEATRO DEL MUNDO»: EL ESPAÑOL DEL SIGLO DE ORO 134

ILUSTRACIÓN 42. FLANDES SE NOS VA DE LAS MANOS, Y RUBENS Y VAN DYCK YA NO SERÁN PINTORES DE REYES E INFANTES ESPAÑOLES; PERO PARA INMORTALIZAR SUS OROS Y MARFILES TRABAJA EN LA CÁMARA REAL DIEGO VELÁZQUEZ 135

ILUSTRACIÓN 43. FELIPE IV ES COMO UN REY DE PLATA EN EL SIGLO DE ORO 138

ILUSTRACIÓN 44. DEFENSA DE SAN JUAN DE PUERTO RICO, POR DON JUAN LÓPEZ DE HARO, CONTRA LOS HOLANDESES, EN 1625. DERROTADOS LOS HOLANDESES, INCENDIARON LA CIUDAD ANTES DE ABANDONARLA (COPIA, POR JESÚS MOLINA, DEL ORIGINAL DE JUAN LEONARDO) 139

ILUSTRACIÓN 45. TOMA DE BRISSACH POR EL DUQUE DE FERIA, DON GONZALO SUÁREZ DE FIGUEROA EN LA GUERRA DE LOS TREINTA AÑOS (1633) (COPIA, POR JESÚS MOLINA, DEL ORIGINAL DE JUAN LEONARDO) 139

ILUSTRACIÓN 46. CARLOS II «EL HECHIZADO». DE NIÑO PARECÍA UN VIEJO; ADULTO YA, NO HA PERDIDO EL AIRE DE INFANTILIDAD RAQUÍTICA Y ENCLENQUE. SU FIGURA, EN MEDIO DEL DRAMATISMO DE UN REINADO EN EL QUE TODO ESTÁ A PUNTO DE PERDERSE POR FALTA DE PULSO, ES UNA SOMBRA SIN PERSONALIDAD NI ANÉCDOTA 143

ILUSTRACIÓN 47. LA CORTE DE LOS BORBONES YA NO VA A EL ESCORIAL O A EL PARDO ESPAÑOLÍSIMO, SINO A LA GRANJA O ARANJUEZ DE LOS JUEGOS DE FUENTES VERSALLESCAS Y LOS JARDINES AFRANCESADOS 144

ILUSTRACIÓN 48. LAS PACES DE UTRECHT Y DE RASTADT, DRAMÁTICO REGALO DE LAS BODAS DE LA PIEL DE TORO SUPONEN LA PÉRDIDA DE SICILIA, CERDEÑA, NÁPOLES, MILÁN, LOS ÚLTIMOS PEDAZOS DE FLANDES Y DE GIBRALTAR. PERO GIBROLTAR NO ERA AZAR, SINO ESENCIA Y CARNE DE LA CARNE Y LA ESENCIA IBÉRICA. GIBRALTAR ERA Y ES EL VÉRTICE DE LA FORMA QUE A ESTA TIERRA DE ESPAÑA DIERAN LAS CONMOCIONES DE LA TIERRA EN BUSCA DE SU PERFIL DEFINITIVO. GIBRALTAR NO PODRÍA QUITÁRNOSLO MÁS QUE DIOS, QUE LO HABÍA HECHO NUESTRO ¡PERO GIBRALTAR SE LO LLEVARON LOS INGLESES!. 147

ILUSTRACIÓN 49. CON CARLOS III —TERCER HIJO DE FELIPE V QUE OCUPA EL TRONO DE ESPAÑA— ENTRA EN LA PIEL DE TORO EL AIRE NUEVO Y ARCHI-EUROPEO QUE AGITA LAS CORTES DE PARÍS, BERLÍN, VIENA Y SAN PETERSBURGO (RETRATO DE MENGS. MUSEO DEL PRADO) 148

ILUSTRACIÓN 50. EL 2 DE MAYO DE 1808 MADRID SE SUBLEVA CONTRA LOS FRANCESES «AMIGOS». 156

ILUSTRACIÓN 51. EL 2 DE MAYO DE 1808 LOS FRANCESES «AMIGOS» FUSILAN A MADRID. EL GENIO DE GOYA INMORTALIZARÍA LA PATÉTICA ESCENA EN LA MONTAÑA DEL PRÍNCIPE PÍO 156

ILUSTRACIÓN 52. EL GENERAL DUPONT FUE BATIDO POR CASTAÑOS EL 19 DE JULIO EN LOS CAMPOS DE BAILEN. LA CAPITULACIÓN DE LAS TROPAS NAPOLEÓNICAS SE FIRMÓ EN

Andújar el 22. Con un recuerdo de la famosa Rendición de Breda, de Velázquez, Casado del Alisal pintó el encuentro 157

Ilustración 53. La reina «castiza», «la de los tristes destinos», más víctima que culpable —como España de la desdichada herencia de Fernando VIl....165

Ilustración 54. El general Zumalacárregui, genio militar de primer orden, malogrado caudillo del ejército del pretendiente Don Carlos María Isidro....165

Ilustración 55. La guerra de Cuba. Plano de la Trocha camagüeyana 166

Ilustración 56. Patriotas cubanos sublevados contra España queman un ingenio 166

Ilustración 57. A los diez años de la Restauración de la dinastía murió Alfonso XII, sin que España y él llegaran a precisar si se amaban de verdad. Madrid, en donde nació y murió, le dedicó este monumento 172

Ilustración 58. El general Prim, después de servir a la monarquía isabelina la derribó, y logró que los españoles, esquivando a la república, proclamaran rey —efímero— a Amadeo de Saboya, duque de Aosta, hijo segundo del rey Víctor Manuel II de Italia. La víspera de la llegada a Madrid del nuevo monarca, Prim fue asesinado así en la madrileña calle del Turco....172

Ilustración 59. La Reina Regente, doña María Cristina de Habsburgo-Lorena, mujer y madre ejemplar, con su carácter de una pieza asumió por entero todas las difíciles tareas que el destino juntó en su mano....173

Ilustración 60. La guerra de Marruecos 185

Ilustración 61. El teniente coronel Franco contempla al enemigo desde una posición avanzada en Marruecos 185

Ilustración 62. El hidroavión «Plus Ultra», en el que realizaron su memorable vuelo transatlántico Ramón Franco, Julio Ruiz de Alda, Juan Manuel Duran y Pablo Rada. A bordo se ve a los dos primeros....186

Ilustración 63. Alfonso XIII ha estudiado con ímpetu la Historia de su patria y de fijo —como su padre en el destierro— comprende la dificultad de servirla adecuadamente con el enmohecido instrumental que pone en sus manos la fórmula de la monarquía democrática 188

Ilustración 64. El Rey, que soñara con un poder personal e incluso un Imperio africano, se contentó el 13 de septiembre de 1923 con una dictadura militar incruenta, como única salida posible del laberinto marroquí. Aquí le vemos despachando con el Jefe del Gobierno, general Primo de Rivera 188

Ilustración 65. La segunda república empezó a morir antes de cumplirse un mes de su nacimiento. Engendró la horrible tragedia de una larga guerra civil llena de páginas heroicas, simbolizadas en las ruinas del Alcázar de Toledo 189

Ilustración 66. La gigantesca Cruz del Valle de los Caídos, en Cuelgamuros 195

Ilustración 67. Adhesión del pueblo español a su Jefe de Estado y a su Gobierno después de la retirada de los Embajadores extranjeros. 195

Ilustración 68. Reintegrada con pleno derecho a la comunidad internacional, España se incorpora a la técnica científica con estas instalaciones de la Junta de Energía Nuclear....196

Ilustración 69. Pueblos nuevos: Vallebota, dentro del Plan Badajoz 201

Ilustración 70. España, sanatorio de Europa con su sol y sus mares. Vista de Benidorm 202

ILUSTRACIÓN 71. OBRAS PÚBLICAS DE LA ESPAÑA ACTUAL. SALTOS DEL SIL (ORENSE) 202
ILUSTRACIÓN 72. EMPRESAS PRIVADAS DE LA ESPAÑA ACTUAL: FACTORÍA BARREIROS (MADRID)...........203
ILUSTRACIÓN 73. PARADORES NACIONALES: CASTILLO DE SANTA CATALINA (JAÉN)................................204
ILUSTRACIÓN 74. PARADORES NACIONALES: LA ARRUZAFA (CÓRDOBA)..205
ILUSTRACIÓN 75. FESTIVALES DE ESPAÑA EN LA PLAZA MAYOR DE MADRID (1967) 205
ILUSTRACIÓN 76. UNIVERSIDAD LABORAL DE GIJÓN (ASTURIAS) 206
ILUSTRACIÓN 77. EMPRESA NACIONAL SIDERÚRGICA DE AVILES (ASTURIAS) 206
ILUSTRACIÓN 78. CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS (MADRID)...............................207
ILUSTRACIÓN 79. EL MUNDO VERÁ MUY PRONTO LA LLEGADA DEL HOMBRE A LA LUNA, HAZAÑA A LA QUE CONTRIBUIRÁN EFICAZMENTE LAS INSTALACIONES CIENTÍFICAS DE ROBLEDO DE CHÁVELA 209
ILUSTRACIÓN 80. ESPAÑA CELEBRA CON COROS, DANZAS, DEPORTE O GIMNASIA LA FIESTA LABORAL DEL 1 DE MAYO (ESTADIO SANTIAGO BERNABÉU, MADRID, 1963) 210